



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

SA 3688.5

Harvard College Library

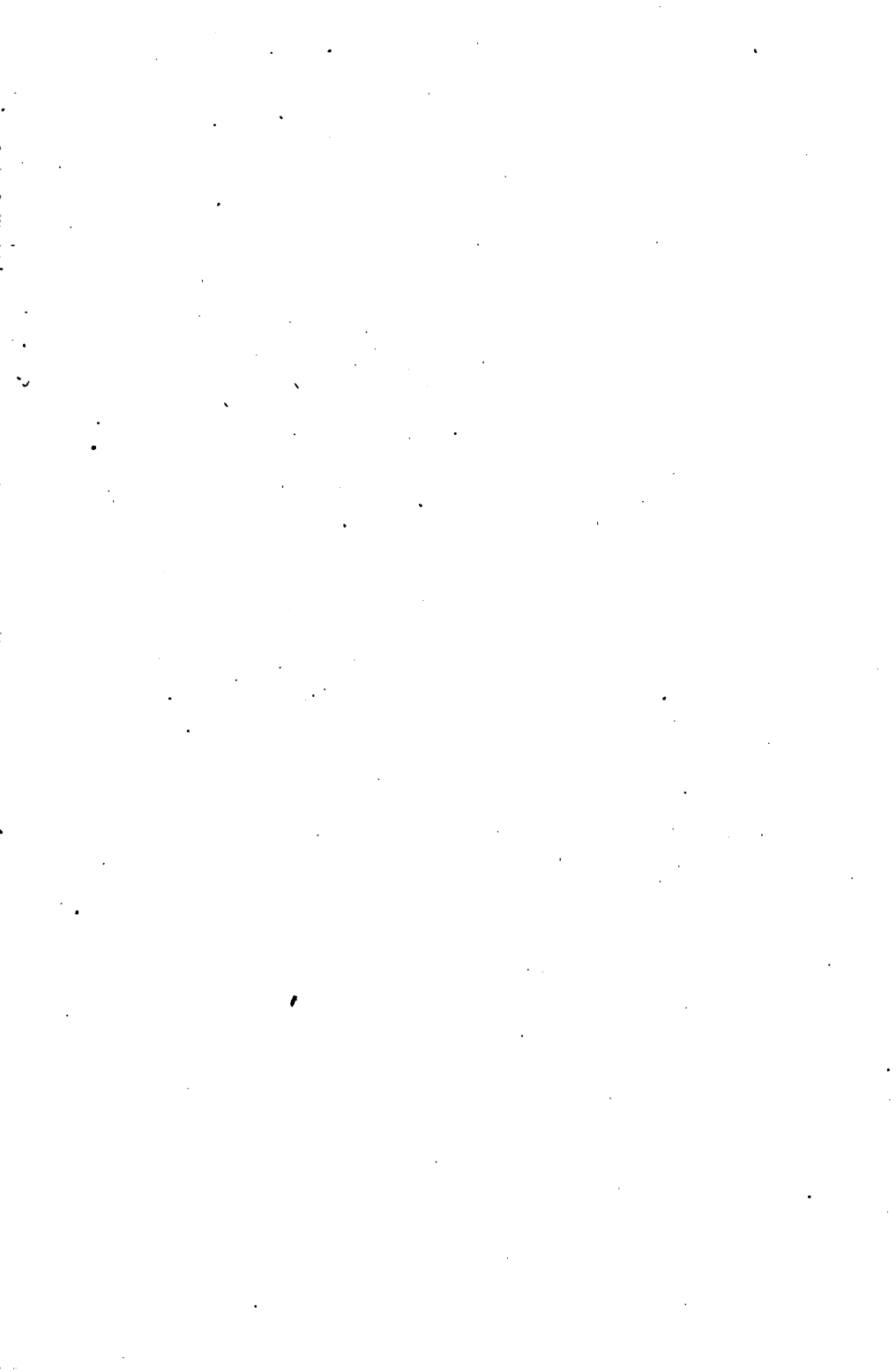


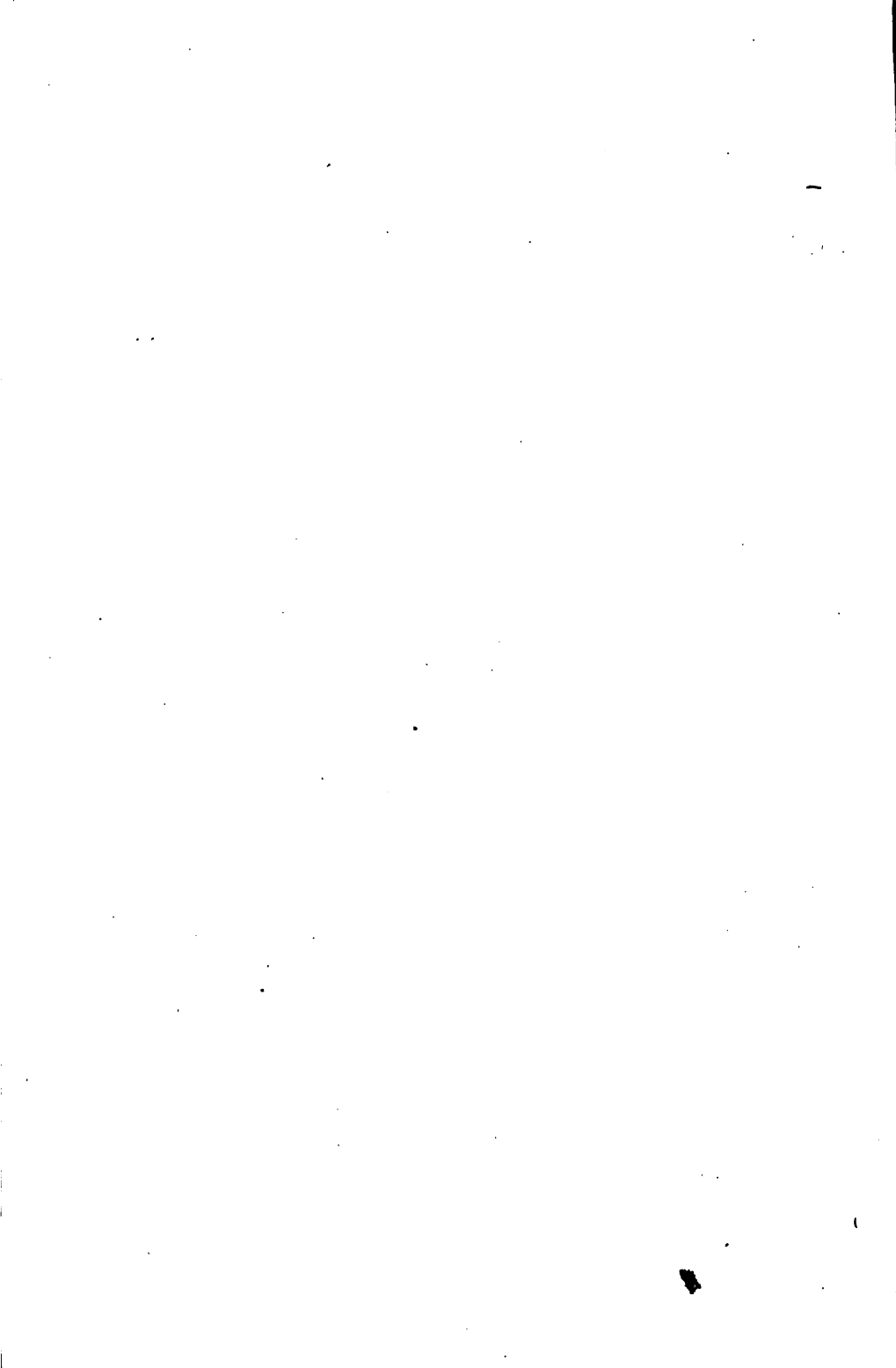
FROM THE FUND

FOR A

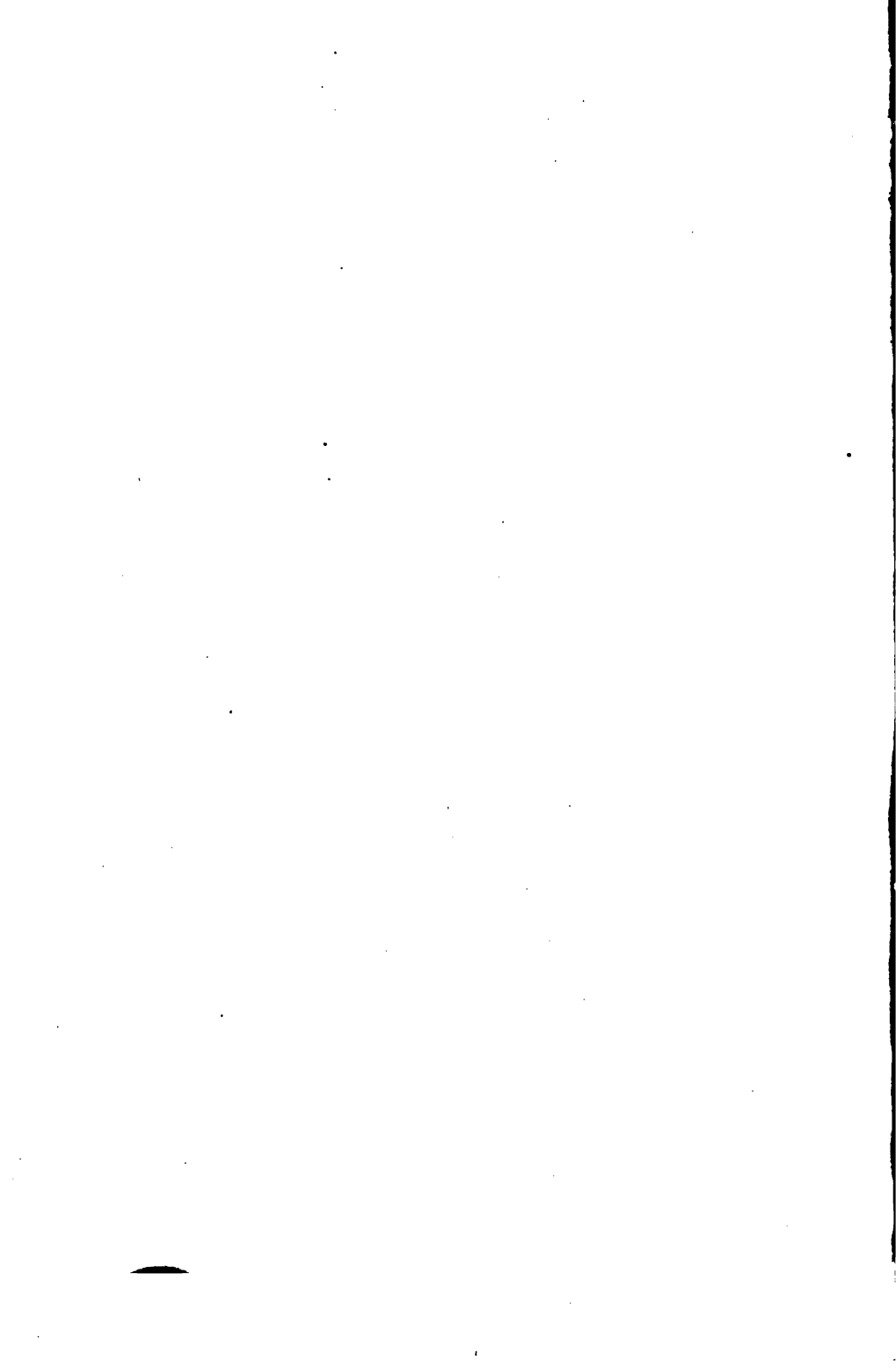
**PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS**

ESTABLISHED 1913













GUADALAJARA.

(LA FLORENCIA MEXICANA.)

1914-1915

GUADALAJARA.

(La Florencia Mexicana.)

VAGANCIAS Y RECUERDOS.

EL SALTO DE JUANACATLAN

Y

EL MAR CHAPALICO,

POR

EDUARDO A. GIBBON

DE LA SOCIEDAD DE

GEOGRAFIA Y ESTADISTICA Y DEL LICEO MEXICANO

AUTOR DE

"LONDRES NOCTURNO," "REFLEXIONES SOBRE ARTE NACIONAL,"
ETC., ETC.

GUADALAJARA.

IMP. DEL "DIARIO DE JALISCO."—PRISCILIANO SANCHEZ, 36.

—
1893.

(Los derechos de reproducción y traducción quedan reservados al autor.)


✓
SF 3688.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

Aug. 20, 1923

Es propiedad del autor.

POR VÍA DE PREFACIO.



ALLA, en aquellos años juveniles cuando mi entendimiento comenzaba á despertar y dar idea de la enseñanza objetiva del arte, después de la lucha del aprendizaje en la escuela y los placeres del juego, recuerdo muy bien, cómo me encantaba sentarme frente á un cuadro en la casa paterna y contemplarlo detenidamente. Era mi cuadro favorito, porque era el que más me impresionaba. Cromo,—seguramente de los primordiales que habían venido al país,—representaba una vista de la bella Guadalajara!

Aquel cromo-litográfico, con sus tintas especiales, representando el valle de Atemajac con su cordillera caprichosa, con sus remolinos de polvo levantándose en columna espiral como espectros del pensamiento, aquellas nubes en el confín lejano reventándose en la región pluvial como cascadas de plata cayendo en el espacio. Aquella ciudad de fantástico aspecto con sus cimborrios, sus torres, su caserío y jardines como un gran conjunto con sus detalles unidos formando armonioso espectáculo. Aquella ciudad como Sultana

de Occidente, tendida entre cojines y divanes soñando satisfecha en medio la realidad de las magnificencias orientales. Todo, todo aquel conjunto con sus grupos de arrieros, *charros* y *tapatías* con el vistoso traje nacional que en artísticas actitudes se destacaban en primer término bailando un *jarabe tapatío*, y en el camino real; á donde entre nubes de polvo, se dibujaba la silueta de una recua de mulas enjaezadas al estilo andaluz, era para mi joven mente y el sentimiento estético, un cuadro de inexplicable encanto y atracción.

¿Quién me había de decir que aquel cuadro que tanto me encantaba en años juveniles, sería para mí estímulo para venir á conocer más tarde á la ciudad Reina de la República? ¿Quién me había de decir, cuando era niño, que alguna vez escribiría sobre esta bellísima Toscana, esta Florencia de la patria mexicana?

Recuerdo, pues, aquel como con reverente cariño, puesto que él fué el primero en servir de eslabón á la cadena, que con muy fuertes lazos, más tarde me uniría en sentimiento y pensamiento á esta Guadalajara.

Con estos antecedentes desde la infancia, y con la idea de iniciar por medio del libro el conocimiento de lo que en realidad es y representa ser Guadalajara, he escrito este trabajo, si se quiere, extraña mezcla de monografía, libro de viajes y guía práctica para el forastero.

Convencido tambien de que de Estado á Esta-

do, apenas si nos conocemos, y que, de consiguiente es relativa la apreciación de todo aquello que como mexicanos debemos conocer de preferencia en nuestro vasto país, pretendo con el presente estudio, despertar la conciencia de otros escritores nacionales á la importancia de escribir monografías de los Estados de la Unión, que nos acerquen más y nos den á conocer íntimamente.

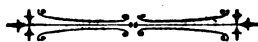
Es la unión la que hace la fuerza de los pueblos. Lo que nos importa saber es: qué han sido los Estados mexicanos en el pasado, qué son en el presente, qué prometen para lo porvenir. Mucho se ha escrito, no le niego, por hábiles plumas nacionales respecto á los Estados; pero aquellos escritos diseminados en periódicos ó Revistas Literarias, no han tenido más vida ó propaganda que aquella pasajera del capullo ó de la flor silvestre, que nace hoy para morir mañana; ó la vida de lo que oculto vive y olvidado como el ermitaño en la montaña, como la perla escondida en su propia concha en los abismos del Océano.

Necesitamos, pues, una obra amena que nos sirva de estudio y á la vez de consulta sobre cada Estado. Este mi pobre libro, resultado de VAGANCIAS Y RECUERDOS en Jalisco, es un pobre destello, un rayo aislado de la luz de la idea patriótica nacido en mi cerebro. Pero inicio esa idea de dar á conocer lo que es el país hermoso en que nacimos,—lo que la civilización ha hecho por él en el pasado y lo que está haciendo en el presente.

Pido, pues, la indulgencia de críticos y lectores en aras del patriótico móvil que me ha impulsado á escribir y publicar este libro. ¡Ojalá y su lectura sirva de algo, y que también sirva de estímulo para que muchos vayan á conocer y admirar esa esplendente Guadalajara, que por el espacio de muchos años ha permanecido, si no del todo olvidada, sí por lo menos no tan presente, aunque valiosa perla, en el lejano confin del Occidente de la República!

EDUARDO A. GIBBON.

México, Marzo de 1893.



CAPITULO I.

LA CIUDAD-REINA.

ARRIBO, VAGANCIAS E IMPRESIONES.

CELAJE azul simbólico del cielo, colorido muy digno del Giotto y Tintoreto; aborregadas nubecillas de plata errando por el espacio como precursoras de las grandes nubes de la región torrencial. Campiñas adonde nacen las silvestres flores sin más besos que los del sol, ni más admiradores que los sencillos campesinos. Cristalinos arroyos murmurando sus quejas en voz baja; arbolado bellísimo y variado meciendo su ramaje agitado por el viento con toda esa libertad que el valle le otorga, con toda esa altivez que imparte la libertad á la naturaleza, esa fuerza libre que también es propiedad del hombre. Por todos lados el valle y la montaña, por doquier la riqueza en las entrañas de los montes y la tierra, en los campos, en las plantas y hasta en los libres pájaros del aire. Este es Jalisco, esta es en gran parte

la patria mexicana, grandioso Edén ignorado hasta de sus propios habitantes—pero que hoy día ya recorreremos en alas de ese invencible explorador del mundo que se llama locomotora! Contemplaba el paisaje, pensaba en el pasado, en el presente y sentía todo lo antedicho junto á la ventanilla de un wagón del Ferrocarril Central, cuando serpenteando el tren por llanos y colinas se presentaba á mi vista en el fondo de un valle (cual Nereida del mar Ejeo saliendo de entre las ondas), esa bella Guadalajara, la ciudad Reina de Occidente. Sí, allí estaba.....la que tanto anhelaba por conocer. Las torres de su catedral destacándose con su forma caprichosa en esa atmósfera llena de luz como de nácar; las bellísimas cúpulas de sus templos y edificios, cual globos caídos del espacio, perdidos, suspendidos y semiocultos por el gran caserío de la ciudad. ¡Qué impresión más bella para el viajero! En verdad que en mis largas vagancias por el mundo no conozco ciudad que ostente una catedral y un obispado que no valga la pena de mirarse. En donde hay catedral hay historia; en donde hay historia hay museo; en donde hay museo hay biblioteca; en donde hay biblioteca fuerza es que haya civilización. Y á fé mía que Guadalajara posee todo esto; es por eso que yo he venido á visitarla; por eso y por mucho más escribo estos apuntamientos nacidos de mis impresiones, grabados mientras viva, en mis recuerdos.

Pero el tren en su veloz carrera se ha enderezado al fin y tomando vía recta abandona las curvas para entrar por entre dos largos muros y penetrar casi hasta el corazón de la bella metrópoli.

—¡Guadalajara! ¡Guadalajara! anuncia con acento el conductor. La gran locomotora da un bra-

mido, es su saludo á la ciudad; en seguida disminuye su fuerza como el reloj que sin cuerda acaba por pararse poco á poco. Así lo verificó el tren hasta detenerse á la extremidad de la Estación. Salté al andén en medio de una multitud desconocida pero sonriente, aseada y llena de un colorido propio, eché de ver una fisonomía muy conocida: ¡la de un amigo de treinta años! ¡Sabeis, lector, lo que significa encontrarse á un viejo amigo entre una muchedumbre extraña y en tierra ignorada? Pues es lo mismo que para el gambusino encontrarse el tan deseado tejo de oro entre un montón de arena en la dilatada playa de un río plagada de buscones.

Estamos en plena estación de ferrocarril americano. Amplia, llena de luz, bien ventilada; pilastras que no reconocen parentesco alguno con orden arquitectónico conocido, sosteniendo grandes tejados inclinados con armazón de esqueleto de hierro. Todo simbólico de la fuerza resistente; pero nada que revele que la ingeniería se hermana con el arte decorativo; pues si bien Sansón nos caracteriza la fuerza, también Vulcano, junto con la fuerza, enseñó al hombre el arte de elaborar los metales y con éstos produjo las maravillosas armas de Aquiles y de Eneas, el collar de Hermines y el cetro de Agamémnon. No, el arte, no está de pleito con las grandes construcciones de la ingeniería moderna; por el contrario ya tiene su arte decorativo magestuoso y propio.

Pero hay que dejar todo esto atrás para irse con las maletas á otra parte. Cuando se está en pleno Guadalajara, hay que abrir los ojos para recrear la vista y dejar que lata el corazón con pulsaciones de expansión, con sentimientos de alegría. Salidos de la estación, adonde por ventura el despacho de los equipajes

se lleva á efecto con actividad, las impresiones de la ciudad son desde luego, gratas é interesantes. Las cúpulas y la gran torre del exconvento de San Francisco se destacan envueltas en sus propias sombras con su historia monástica pasada. En sus espesos muros pinta hoy la moderna civilización comercial y especuladora el aviso, el eterno aviso que se graba, hasta en las rocas, adonde anida el águila en la montaña, por donde atraviesan los ferrocarriles y desde adonde el viajero lee á su paso que el "Aceite de San Jacobo" es remedio infalible para el reuma; las píldoras de D. Fulano, para todas las enfermedades del hígado; el ungüento de D. Mengano, para curar radicalmente hasta los caballos! Todo eso está muy bueno, más lo que está muy malo en muchas partes, es que nos vengán los mutiladores del arte pegando sus avisos en la esquina de un edificio adonde el cincel del escultor ha esculpido una inspiración, adonde ha grabado en piedra un pensamiento conmemorativo, adonde se ha tratado de perpetuar un arte que habla en la piedra muda de una civilización ó de una historia humana. Porque las piedras en su mutismo hablan, como hablan las páginas de un libro; pero esto á la ignorancia le tiene sin cuidado; sin embargo, diremos, que en esta ciudad culta se prohíbe con esmero todo lo que pueda afearla, todo aquello que en otras ciudades de nuestra República ofende la vista del transeunte y contribuye á la pública insalubridad. Por eso es tan grata esa primera impresión de Guadalajara, porque es por excelencia una ciudad aseada; y el aseo es precursor del arte sus múltiples manifestaciones. Así pues, tras de tan limpieza es consecuente tropezar con lo artístico, c lo singularmente bello, con la fuente y su agua cristalina, con el jarrón y la estatua de jardín, con los lind

camellones de alfombrilla y pensamientos, con la elegante palma mecedora y el frondoso platanar. Con las torres flechando el espacio, con las cúpulas blancas, azules y amarillas, de lustrosa cerámica, rivalizando en color con en el arco-iris, dando imponente aspecto á la ciudad!

Pero decía, que las cúpulas y la gran torre del exconvento de San Francisco se destacan envueltas en sus propias sombras, con su historia monástica pasada, y como este es el primer templo que al salir de la estación en paso al centro observa el viajero, no estará por demás detenerse un rato para evocar frente á sus muros unos recuerdos. Yo no sé que haya una sola ciudad de importancia en el mundo cristiano adonde las huellas de la sandalia del monje franciscano no se dejen de ver hasta el presente. En verdad, que tan sólo en Inglaterra contaba esta orden en la época en que los decretos de Enrique VIII lanzaban al monje fuera de sus conventos, unos cincuenta y cinco monasterios y casas de asilos pertenecientes á ellos. No es, pues, indispensable ir hasta Umbría ó Florencia, la primera cuna de San Francisco el fundador de la órden, la segunda fuente sublime del arte religioso de su época; basta haber conocido la obra magna de esta orden monástica en nuestra misma patria, para comprender toda su importancia religiosa, artística y social. Es imposible hablar de un convento de San Francisco, en México, sin recordar al flamenco Fray Pedro de Gante, y á sus no menos notables compañeros, Fray Juan de Aora y Fray Juan de Tecto. Ellos fueron los primeros frailes Franciscanos que pisaron nuestro suelo, ellos los primeros y los mejores amigos de la indígena raza conquistada. A Fray Pedro de Gante

se debe el catecismo de la cristiana doctrina en mexicano; (*) á sus nobles esfuerzos la educación primaria de los indios; de entre aquellos espesos muros del monasterio Franciscano que guardaba siete templos, la civilización de Occidente se propagaba gratuita. La catedra abarcaba muchas ciencias, muchos conocimientos humanos; tras de la educación primaria vino la educación científica, y el arte europeo, la música, la pintura, la escultura, encontraron su centro en aquella institución monástica, como lo habían encontrado ya tres siglos más antes en otras partes del viejo mundo, en las abadías y los planteles de educación de esta gran orden religiosa. Orden que en medio su régimen austero, era propagadora de la enseñanza, protectora del arte, amiga de la industria y del trabajo.

Consecuentes con su programa civilizador apreciaron los frailes Franciscanos en la Nueva Galicia, hoy soberano y libre Estado de Jalisco, después que la conquista del terrible Nuño Beltrán de Guzmán había agregado á la Corona de España esta bellísima porción de la tierra mexicana. Como sus correligionarios de la capital del Nuevo Reino, no sólo levantaron en Guadalajara un soberbio monasterio con sus siete templos como los de México (templos que de los siete existen hoy tan sólo tres), sino que, no conformes con la obra del claustro y del gran templo, enriquecieron con otros hermosos edificios la ciudad. Frente á esos viejos muros de cerca de tres siglos de existencia, el amante á la historia y la investigación tiene por fuerza que evocar los

(*) Este catecismo, traducción del célebre monje, se enseñaba la actualidad en algunas escuelas de indígenas de Guadalajara N. B.

cuerdos y encontrar el origen de las cosas. Si Guadalajara tiene mucho de grande y de bello se lo debe á los trabajos de los franciscanos. El punto de arribo y de partida para el viajero lo es hoy: San Francisco, el primer templo, el primer claustro erigido en la ciudad. En época no muy remota este barrio, no tenía mayor importancia que el templo y el convento de San Francisco; pero hoy, es un centro importante. Aquí está la estación ferrocarrilera y al humo de la locomotora se junta el humo de tres fábricas, tan cerca de la estación, que casi forman parte de ella. ¡Qué hermoso es ver el viejo pasado con toda su gran historia y experiencia tendiéndole la mano al joven del presente con toda su palpitante vitalidad! Por un lado las antiguas cúpulas y torre del templo franciscano renegridas por las tempestades y el tiempo, ensimismadas guardando silenciosas la historia de tres siglos! Por el otro los nuevos muros de la estación, blancos como la nieve; la jadeante locomotora mensajera incansable del comercio, del correo, de la civilización moderna que nada oculta y todo lo propaga!

Ante estos contrastes, con estos pensamientos me apartaba de aquellos sitios adonde como llevo dicho el viejo pasado tiende la mano al joven del presente.

*
* *

¿Qué cosa más grata para todo viajero á la entrada de una ciudad que encontrarse de luego á luego con una plaza-jardín? El Eden, nos dice el Génesis fué el primer jardín plantado por Dios. En él colo-

có al primer hombre—á la primera mujer. El Dios hombre buscó el jardín para orar.... para sufrir en su agonía.... Eterno asilo de nidos, de pájaros, de amores, ha sido y será el jardín. Los poetas de Grecia y Roma buscaban la inspiración entre las flores. Epicureo y Platón daban cátedra en los jardines y más de tres siglos antes de la venida de Jesús, Teofrasto, el célebre botánico griego, escribió la historia de las plantas. Los monjes siempre han sido asíduos floricultores, y la ciudad antigua ó moderna se juzga hoy más ó menos salubre por el número de jardines públicos que posee. Guadalajara, la tierra de las flores, ostenta sus bellos jardines por doquier. El primero con que tropieza el viandante á su llegada es con el que frente á San Francisco se destaca frondoso y aromático. Antiguamente existía aquí una gran plaza, una de esas adonde en las grandes festividades de la Iglesia salían á luz las procesiones con toda aquella pompa tradicional de la Iglesia de Roma, con todo aquel esplendor que encuentra sus orígenes en el Paganismo.

Hoy, el culto católico es todo interno; así lo ha determinado la Reforma. Las grandes plazas ya no sirven ni para procesiones, ni aún para revistas militares, los jardines las han invadido pacíficamente; adonde antiguamente se veía la procesión, la revista de tropas y se oía el estruendo del cañón, hoy no se ve sino el ciudadano tranquilo, sentado en un asiento de hierro escuchando los acordes de una banda de música, en medio de las flores, de las mariposas y el gorgceo de las aves. La ley de los contrastes es una vieja ley que pertenece á todas las edades, que solo acaba con un siglo para empezar con otro.

Muy agradable es la impresión que causa la pla-

za-jardin de San Francisco, con su vejetación abundante y su cultivo. En el centro se ha comenzado á levantar un monumento á la memoria del desgraciado Gobernador del Estado, General Don Ramón Corona, cuya trágica muerte es bien conocida para repetirla en estas páginas. Perpetuar la memoria de los hombres ilustres y de los benefactores de un pueblo, es deber de toda nación culta y, aunque á nuestro país nunca se le ha ocultado esta verdad, hemos sido si no olvidadizos, si por lo menos algo remisos en llevar á efecto muchos proyectos de monumentos y de erigir estátuas á los grandes hombres del pueblo mexicano. Ciertos es que, en una nación como la nuestra, que por tan largo espacio de años ha tenido que pasar por tantas guerras y tantas vicisitudes, no era por cierto el arte escultural el que podía florecer entre nosotros. El arte necesita de la paz, como los pájaros necesitan del aire para poder volar, como los peces necesitan del agua para poder vivir. Nos pasa hoy, en nuestra escala, lo que pasó á la vieja Europa con el Renacimiento—hemos vuelto á nacer mecidos en la cuna de la paz—nuestro Renacimiento tiene por consecuencia que traernos incalculables y trascendentes ventajas. La paz, ha hecho para México todo; por eso nuestros gobernantes ya se ocupan, hasta donde es posible, en perpetuar la memoria de los muertos ilustres, por medio del mármol y del bronce.

Si Cristóbal de Oñate, el verdadero fundador de esta ciudad, pudiera contemplarla en su estado actual, bien se puede decir que su sorpresa no encontraría límites. Hacia esta reflexión cuando pasando de la Plaza de San Francisco entraba por la calle de este mismo nombre y me recreaba con sus edificios de doble piso, sus elegantes tiendas de comercio con gran-

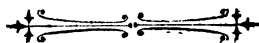
des aparadores de cristal ostentando los productos del arte y el comercio del mundo civilizado. Sus amplias tranvías cruzando por todas lados, cual blancos cisnes en tranquilas aguas; sus aseadas banquetas; su pueblo cortés, simpático y limpio. En el balcón ó en la ventana de los pisos bajos, muestras maravillosas de gracia y de belleza, de esa gracia y belleza tapatía que, cual la de Granada y de Sevilla son de reputación universal; pues como ha dicho ya un extranjero inteligente: que la belleza de las mujeres de esta tierra sobrepuja á la belleza de las mujeres de Shakespeare.

Así tan agradablemente impresionado llegaba al centro culto, artístico y pintoresco de esta Guadalajara, quiero decir: á los alegres portales, á la bellísima Plaza de Armas, destacando por un lado su monumental Catedral, como un coloso de ambar (*) labrado por la mano del arte—y por el otro, su palacio de Gobierno, con su magnífica entrada principal, cuya fachada respira arte arquitectónico español, severo é imponente como todas las concepciones de su género en el siglo XVII—extraña mezcla de diversos estilos, que trasplantó á la América el conquistador y con los que formó ese género de arquitectura especial conocido y definido por los sajones con el nombre de estilo *pseudo-español*.

Tocaban las campanas de los templos el *Angelus*; la hora misteriosa en que las sombras de la noche se suceden para apagar la luz del día. ¡Cuán-

(*) Permitáseme esta metáfora; pero al ver por vez primera esta regia basílica, con sus torres, su cimborrio, sus muros, su habitación para el padre sacristan—todo de un color amarillo—bañado por la dorada luz del sol poniente, creí tener delante un *coloso de ambar*.

tos no la verían jamás! ¿Pero para qué evocar recuerdos de este género en la bella Guadalajara? ¿Acaso no están llenas de gente, de animación y vida, sus plazas, sus calles y portales? ¿Acaso no revela toda la presencia, el aspecto de una ciudad comercial, industrial y manufacturera de 90.000 habitantes? No se puede lamentar la desaparición del día en una población cual ésta que tiene en su centro una luz eléctrica tan buena. Además el trueno y el rayo cruzaban magestuosos el espacio, y el relámpago junto con la luz incandescente, se disputaban á porfía la iluminación de la ciudad más artísticamente bella que posee la República Mexicana. Había que huir de ese chubasco y buscar abrigo bajo de techo: recoger el pensamiento, dormir, soñar.... y esperar el despuntar del nuevo día, para con él comenzar más vagancias y cosechar nuevas impresiones.



CAPITULO II.

W A D I L - A D J A R A .

Mas vagancias. En busca de lo desconocido,

QUE bella es la aurora matutina en estos climas semi-tropicales! Para poder apreciar todo lo que valen nuestras mañanas, es preciso haber experimentado otros países, otros climas, hablo de aquellos adonde la estación terrible del invierno hace no saludar a uno la luz matutinal; adonde en la obscura alcoba del rico cual del pobre no hay más luz que la que pueda arrojar un mechero de gas en la pared. ¡Bendita luz, esa luz radiante mexicana que nos da vida y nos alegra el corazón! Esa luz que no la apreciamos en todo lo que vale, pero que es el encanto, la admiración de todos nuestros visitantes extranjeros.

Eran las seis de la mañana, hora en que me levantaba para ir al balcón de mi alcoba. ¡Luz y brisa matutinal! ¡Qué dos elementos más atrayentes para

un amante de la naturaleza? Grata la luz, pero aún más grato el aroma de las plantas del bello jardín de la Universidad, situado á la vuelta de la esquina. Jamás olvidaré aquellas primeras impresiones de *Wadil-ad jara* por la mañana. Tenía en la mano el laborioso guía de la ciudad, escrito por el patriota hijo de Jalisco D. Joaquín Romo. Ojeando con interés sus páginas, me encontré al principio de la novena la explicación etimológica de la palabra "Guadalajara;" significa ésta: *Río pedregoso*, compuesto de dos voces árabes, *Wadil-ad jara*, las cuales por defecto de pronunciación en los españoles, las convirtieron en "Guadalajara." Bastante de árabe y de morisca tiene esta ciudad (llena de colorido), para que se le pueda llamar *Wadil-ad jara*. En los tipos de sus bellas mujeres, en las torres de sus templos aisladas, cual minaretes, en sus celajes como de turquesa, en sus patios con losas de cerámica, cubiertos de macetones de hortensias y otras flores. La trepadora enredadera sirviendo de cortinaje á los muros internos, y los pájaros de múltiples colores entonando sus trinos armoniosos. En la contraesquina y desde mi balcón, se echa de ver en el angulo del portal de Allende una columna morisca proyectante coronada por el barandal de hierro de un amplio balcón. (*) ¡Qué artístico y qué poético! Pero ¿adónde está la huri de aquel torreón que no aparece por la ojival entrada envuelta en su *rebozo* y mostrando tan sólo sus ojos centellantes cual luceros del alba? ¡Ah! en vano es buscarla en el balcón cuando anda ya por la calle mecida como la palma del Oriente por la brisa matutina. Sí, héla allí por los embanquetados en camino

(*) Lamento decir que esa columna y ese balcón han sido demolidos después de escrito lo antes dicho.

al templo en busca de la misa, ó subiendo al tranvía en dirección al baño. ¡Qué oriental es la escena! Al templo ó al baño. ¿Oración ó ablución?

Por doquier que se fija la mirada del observador y del amigo del arte, hay algo qué admirar. Las calles tiradas á cordel con altas casas de elegantes fachadas, frecuentemente pintadas al óleo, relumbrando en la diáfana luz como el casco de metal de un guerrero. A mi derecha, una casa con balcón corrido; junto á su balaustrado un macetón ostentando una elegante palma. Todo allí es verde: la fachada, el barandal, la planta, el macetón; allí se reúnen todos los verdes conocidos. Llámase á esta mansión la casa de la Palma. Parte el blanco tranvía con su listado cortinaje flotando en el aire como banderola, y con su cargamento de gente que va al precioso baño de El Fresno, se desliza por las calles como la góndola veneciana por el gran canal. En seguida cambia la decoración, pues una enorme carreta cargada de alfalfa fresca aún con el rocío de la mañana, y tirada por dos grandes bueyes, ocupa el centro de la calle. Sobre el monton de alfalfa un niño como de seis abriles, de rizados cabellos y de morena tez; pero tan blanco y limpio en su vestido como un pilón de azúcar. Arrea los bueyes un hombre de elevada estatura, de tipo árabe, envuelto en un *sarape* rojo como el carmín. Le sigue sus pisadas un can bastante grande, semi-perro, semi-oso, pero negro como el azabache. ¡Qué cuadro! Asunto digno del pincel de un Fortuny, de un Landseer, de una Rosa Bonheur. Por el estilo de éste y otros no menos de interés he visto, y se miran muchos cuadros realistas en las calles de este luminoso *Wadil-ad jara*. Hay momentos en que el viajero (como yo) no sabe si ha amanecido

en la Toscana, ó si dormido más de lo regular en tren expreso y errando el rumbo, se ha llegado á Granada en vez de Guadalajara, digo, la de Jalisco, que en todo supera á la de España, como en diversas cosas también supera hasta otras ciudades de nuestra República.

* * *

Era preciso irse del balcón en busca del baño, del almuerzo, y en seguida en busca de lo desconocido. Mas antes diré una palabra en honor de mi alojamiento. "Guadalajara—nos dice el Sr. Romo en su obra—tiene hoteles muy cómodos y elegantes como el *Hidalgo*, *El Nuevo Mundo*, *El Museo*, etc." Yo no he oído mencionar más que dos de preferencia: *El Humboldt* y *El Cosmopolita*,

Este último lo conozco y puedo recomendarlo como una hermosa casa, adonde el dueño se esfuerza en complacer á todos sus hospedados. Pero en cuestión de hoteles, sea dicho (aunque con pena) estamos muy atrasados los mexicanos. La verdad es, que hemos siempre ocupado el hotel, como antiguamente ocupábamos la diligencia: por necesidad, pero jamás por gusto. En los Estados Unidos, en Europa, se vive en el hotel por gusto no por necesidad; de allí nace que aquellos hoteles sean muchos de ellos palacios encantados, donde la civilización moderna ha desplegado todo su *comfort*, toda su cultura, todo ese lujo de arte y de belleza que los caracteriza con sello de reputación universal. No; mi alojamiento no es el de un hotel; lo es el de una casa de huéspedes, con

todas las ventajas del hogar y ninguna de las desventajas del hotel (quiero decir, de los nuestros.) Sita esta casa en uno de los más bellos centros de la ciudad, frente al jardín de la Universidad, se goza aquí de un aire puro, de excelente manjares, de bien ventilados aposentos respirando un aseo conventual; y si á todo esto se agrega una asistencia asidua y el cariñoso trato, los concienzudos precios de las patronas de la casa, no creo se pueda exigir más en un alojamiento. Sale uno del zaguan y encuentra la tranvia para todas partes. Quiere uno poetizar; allí está en frente el bello jardín que narcotiza con sus flores y da el reposo con sus asientos cómodos. Quiere uno orar, allí también está el templo de la Universidad, con su grandioso pórtico de tres arcos Dóricos, evocando el recuerdo de la clásica Grecia. Quiere uno estudiar leyes, pues junto al templo está la Escuela de Jurisprudencia, esa Escuela que ha producido ya tan buenos resultados. Construyeronse estos edificios debido á la munificencia del gran Obispo Alcalde, que dejó \$60.000 para esta obra. Enseñaron allí los Doctores jesuitas la Teología, el Derecho Civil y Canónico; más aún, la Medicina. Hoy este edificio ha pasado al dominio del Gobierno y sirve también de palacio al Tribunal Supremo de Justicia y á los Juzgados de lo Civil y de Hacienda.

De este lugar que infunde respeto por su historia y destino, que alegra la vista por su arte y su jardín, pasaré á los alegres portales que están enfrente. El portal, busca su origen junto con su razon de ser en los climas muy cálidos. El arco, cuya antigüedad es tan grande, que se remonta á la temprana historia de la arquitectura Egipcia y Asiria, fué la base de partida para la construcción de la ar-

quería, como lo fué para la de los portales. De suerte que este género de construcción es sin duda antiquísimo y oriundo del Oriente. El portal, es á mi juicio importación árabe en España, como entre nosotros lo es importación española en América. Bien se puede decir, que no hay en la República población de más ó menos importancia que no tenga sus portales. Los de *Wadil-ad-jara* son amplios, elegantes é inundados de luz, y como que hay catorce y algunos de ellos se extienden por los cuatro costados de las dos manzanas principales, como son los que limitan á la Plaza de Armas por el poniente y por el sur, el que por ellos anda vagando, como yo, acaba por perderse, ó lo que es aun más gracioso,—¡tras de vueltas y revueltas siempre retorna al punto de partida! ¡Pero cuán agradable es poder extraviarse por tan simpático, por tan entretenido laberinto! Son estos portales para nosotros, lo que es el Bazar para los Turcomanes:—un centro de comercio, un punto de partida para vender y comprar. Yo creo que no pueden existir los recuerdos de la infancia, sin que el portal figure en línea principal. ¡Allí hemos ido todos á comprar nuestros juguetes, nuestros caramelos,—quién sabe cuánto más!

Al portal se le quiere como á la niñera, tan intimamente está ligada una cosa con la otra. ¡Ella la fiel compañera que encamina los pasos de los niños al portal; ella que carga con ellos y además con los dulces y juguetes!

He notado, con gusto, que los portales, á excepción del de Washington, llevan nombres ilustres de nuestros héroes nacionales, tales como Hidalgo, Morelos, Matamoros, Mina y Allende. En todos estos, como en los demás de otros nombres, se encuentran

buenos establecimientos de comercio y gente llena de educación y de cortesía, siempre dispuesta á servir al parroquiano al pensamiento. Todo esto es muy grato para el viajero; y lo es doblemente para los que, con el carácter de vagos ó de curiosos (como yo), se meten por todos lados, queriendo sacar provecho de cuanto hay é investigarlo todo. Ruedan las horas sin sentir por aquellas arcadas, centro de gran atractivo para la vagancia. En realidad, no hay por qué estar de prisa, cuando allí todo se consigue: desde un relój de Waltham, hasta una fotografía de Mora; desde un salchichón suizo, hasta un vaso de horchata. En prueba de lo dicho, contaré que una noche á las once, me hallaba en el Portal Quemado, sin candela para mi cigarrillo. Todo estaba cerrado y no había donde comprar los fósforos codiciados. Me acerqué á un gendarme, participándole mi desdicha, cuando un caballero que á la sazón estaba por allí, con espontánea cortesía, ponía en mis manos toda su caja de cerillos. Acepté unos cuantos, le dí las gracias y proseguí mi camino haciendo esta reflexión: ¿Qué no conseguirá el viajero en esta tierra hospitalaria y generosa, aun á deshora de la noche?

Perdone el lector mis digresiones, pero ellas nacen de una causa justificada: el agradecimiento, la simpatía que me inspiran los hijos de este *Wadil-ad-jara*.

* * *

Aconsejaría á todo aquel que tiene una cita *inglesa*, y que con relój en mano quiera asistir á ella,

no pase por los portales, si quiere cumplir su compromiso. El clima, aunque en general es templado y salubre, es bastante cálido en verano, pues la altitud de la ciudad sobre el nivel del mar es la de 1.567 metros. Así, pues, nadie anda muy de prisa, sino es para huirle á los candentes rayos del sol, y como consecuencia natural, meterse á los portales. Una vez aquí, es más fácil la entrada que la salida, no obstante lo ancho de sus arcos. Ya un amigo le detiene á charlar; ya otro le invita á beber algo; ya un grupo de bellas señoritas hace á uno aflojar el paso, ó lo que es natural, ponerse á un lado para cedersele. Finalmente, algo interesante en los escaparates de los aparadores, le hace á uno penetrar á la tienda é inquirir el precio. ¡Vamos! estos portales tienen sin duda imán, y tanto para asistir á las citas fuera de ellos, como para ir en busca de lo desconocido, preciso es no pasar por aquí, ó cuando menos pasar como las golondrinas que, penetran por un arco para salirse por el otro.

No sé por qué nuestros conquistadores dieron á todas las grandes ciudades que construyeron en América, igual distribución; pero es el caso que todas se asemejan cuando menos. En todas, la misma Plaza de Armas; en ella la catedral de un lado, el palacio de Gobierno de otro, las Casas Consistoriales y el portal cerrando siempre el cuadro. ¡Poderosa fuerza en su tiempo fué esa unión de la Iglesia, el Gobierno y el Municipio! Seguramente, por eso en aquel entonces, construyeron los españoles sus respectivas catedrales y palacios tan cerca el uno al otro. La Reforma ha separado la Iglesia del Estado, pero los edificios siguen unidos tradicional como localmente. Así es, que con alguna frecuencia en-

contramos, en las páginas de la historia patria el nombre de un prelado con el de un gobernante, el de un presidente municipal con el de ambos; pero la obra de todos unidos ó separados, se echa de ver prácticamente, como en esta ciudad, por todos lados. Sin salir de los límites de la Plaza de Armas, se puede recrear la vista con su bello jardín, su monumental Basílica y su hermoso Palacio del Gobierno. A los dos primeros consagraré unas páginas aparte; en cuanto al último, diré algo ahora, resultado de mis impresiones.

Como el Palacio de Gobierno erigido por los conquistadores, se distingue entre nosotros más bien por su solidez, amplitud y aspecto de fortaleza, que por su belleza arquitectónica, no es poca mi sorpresa al ver que este de Guadalajara, me marca el alto con su bello pabellón central perfectamente labrado, con sus dos arcos Dóricos y sus columnas Salomónicas, con sus bien tallados y macisos adornos, coronando la parte superior un gran relój. El resto del edificio es sencillo por fuera; sus balcones, puertas laterales y ventanas siguen el orden Dórico; pero es el pabellón central lo que da aspecto y grandeza á este palacio; sin él todo esto sería un vasto edificio, pero nunca un palacio, bajo el punto de vista del arte. Construido en 1643, tiene su sello de antigüedad como también de historia. En su aspecto se ve la mente del arquitecto influenciado por la arquitectura española de su siglo:—siempre la invocación del arte decorativo de los árabes, unida á la sólida esplendidez del arte flamenco. En breve: la lucha infructuosa por la originalidad de un estilo perfectamente diverso á los demás estilos conocidos.

No cabe duda, los españoles han sido muy gran-

des arquitectos en nuestra América, pero han tenido que apelar al eclecticismo, cuando no se han sujetado á los estilos clásicos de la antigüedad, ó al gótico grandioso de la Edad Media. Interiormente se asemeja este palacio á todos los de su género en el país: grandes patios con su arquería doble; largos y anchos corredores; vastos salones adonde la mano del decorador ha hecho poco ó nada para su embellecimiento. Anchas escaleras, palaciegas más por sus proporciones que por su belleza arquitectónica. En suma: quedan las huellas de que aquí habitó la Real Audiencia del Reino de Nueva Galicia, con la pompa y el poderío de su época; pero estas huellas, más bien las echa de ver el espectador en la puerta principal del edificio, que por su parte interna, bastante modernizada, sobre todo, después de la catástrofe del 10 de Enero de 1859, cuando se incendió una gran cantidad de parque que estaba almacenado aquí, causando tan terrible explosión, que demolió el interior, haciendo innumerables víctimas. El edificio permaneció en ruinas por el espacio de catorce años, hasta que por fin fué restaurado debido á los esfuerzos del gobierno del Sr. Vallarta.

La visita al palacio que tan grata se hace por la exquisita cortesía de todos sus empleados, evoca como es muy natural, los recuerdos históricos.

Haciendo á un lado el período colonial con sus grandes episodios y sus no menos interesantes crónicas legendarias, para lo que hay que consultar la obra voluminosa de Antonio Tello, sobre la "Historia Espiritual y temporal de la Santa Provincia de Jalisco," y partiendo desde la iniciativa de la Independencia de México hasta fechas recientes, el estudiante de la historia patria, tiene que encontrar en

este palacio, en estos sitios, mucho de interesante. Por ejemplo: aquí se alojó el gran caudillo Hidalgo en Noviembre de 1810; aquí ⁴organizó un gobierno formal, nombró ministros, envió á los Estados Unidos sus plenipotenciarios y firmó el sublime decreto: *¡la emancipación de todos los esclavos en los dominios de la Nueva España!* Este solo hecho es más que suficiente para que todos visitemos este edificio con respeto, para que le veamos con veneración. ¡Solo pueden ser grandes los pueblos que son libres! De este palacio salió Hidalgo para ponerse á la cabeza de cien mil patriotas que componían su numeroso ejército. Por esas anchas puertas, adonde hoy monta guardia la Gendarmería del Estado, han entrado y salido los activos comisionados, que enviados por el célebre caudillo, fueron por todas partes á encender el fuego sacro de la insurrección.

Centro interesante de recuerdos y episodios son todos los palacios de Gobierno; alojamiento en turno de amigos y enemigos de los pueblos. Sale Hidalgo de este edificio, lleno de esperanzas y de proyectos; lo derrota el general Calleja en Puente Calderón, y entra triunfante este último á Guadalajara y al palacio, para saborear en medio del festín la victoria alcanzada sobre un pueblo que luchaba por su libertad, como el náufrago lucha con las olas.

Hombres muy prominentes en la historia del país y del Estado, han ocupado este palacio con el carácter de gobernantes; no es extraño, pues, que registremos aquí los nombres de Prisciliano Sánchez (primer Gobernador de Jalisco después de consumada la independencia); de Antonio Escobedo, gran benefactor, cuya elección emanó del sufragio público; de Joaquín Angulo, honrado patricio é inteligente go-

bernante, y de otros, cuya lista sería larga de enumerar.

Este palacio fué también asilo, como fué prisión del eminente Don Benito Juárez y de sus notables ministros Don Melchor Ocampo, Don Manuel Ruiz, el vate popular Guillermo Prieto y Don León Guzmán, cuyas vidas peligraron al grado de que el cuadro respectivo estuvo formado para fusilarlos y la voz de mando para hacer fuego á punto de darse al pelotón del 5.º regimiento, que ya les apuntaba, cuando la llegada oportuna del General Landa, los salvó de una muerte que hubiera manchado con la sangre de un asesinato al palacio de *Wadil-ad jara*. Consignado este hecho detalladamente en las páginas de nuestra historia, así como la enérgica actitud y la elocuencia que desplegó en esta terrible ocasión el poeta del pueblo, Guillermo Prieto, que tanto contribuyó á la salvación de todos, hago tan sólo un recuerdo histórico propio al lugar, pues yo creo que todos aquellos acontecimientos que atañan á la vida histórica de los pueblos, nunca está por demás evocarlos cuando el caso lo exige. Hecha esta salvedad, referiré otro acontecimiento notable en este palacio; el del 10 de Enero de 1859, al que he aludido ya en estas páginas: la explosión del depósito de pólvora.

La derrota de D. Santos Degollado por el General Miramón, en las Barrancas de Beltrán, había dado el triunfo al partido conservador. D. Leonardo Marquez, á la sazón Gobernador y Comandante Militar de Jalisco, recibía en este palacio, junto con el héroe de la jornada, las felicitaciones de su partido, cuando á las once menos cuarto de la mañana, una detonación espantosa, echaba por tierra los techos y los muros de una parte considerable de este

edificio, sepultando en vida á más de 200 soldados y oficiales, algunos paisanos igualmente, entre los cuales se encontraba un abogado notable: D. Antonio Escoto. Márquez y Miramón tomaron la determinación de evadirse por medio de una cuerda amarrada á un balcón; determinación que les salvó la vida, pues mientras de este modo descendían á la calle, se hundía el piso del aposento que venían de abandonar de una manera tan adecuada, sobre todo, al carácter arrojado y valeroso de Miramón. Desde este histórico balcón, se domina una vista preciosa de la bella ciudad, cuyas antiguas luchas fratricidas se han convertido hoy en luchas nobles en los campos grandiosos del humano progreso!

Interiormente no se encuentra nada notable en este palacio, á no ser el departamento de la Dirección General de Rentas.

Los salones de recepción no tienen grandes muebles. Falta en ellos ese sello de antigüedad y de arte, que es lo que da á todos los palacios su aspecto propio y singular.

Aquí todo es más ó menos moderno. Lo único que despierta verdadero interés, son los retratos de los hombres notables que adornan las paredes.

De la visita á los salones oficiales, pasé en compañía de dos amigos, á visitar el salón del Congreso que está ubicado aquí.

Penetramos por una sala que, con puertas al corredor, tiene bastante luz. El mobiliario es raro, y todo de metal imitando el bronce. El cortinaje en las puertas está arreglado con cierto arte; los muros con un tapiz propio para destacar los cuadros allí colgados, entre los que hay dos bastante buenos; uno

del cura Hidalgo y otro del Sr. Juárez. (*) ¡Vamos esto sí ya tenía aspecto de un aposento de palacio! Dormitaba el portero de Congreso recargado en un codo sobre una mesa-escritorio; su actitud y su tipo, junto con los retratos de hombres célebres que le rodeaban y la luz sombría en esta parte de la sala, formaban un cuadro bastante bueno, como asunto, para el pincel de nuestro hábil pintor de género, Alejandro Casarín. Mi presencia venía á interrumpir la siesta del portero, propia de un día bien caluroso del mes de Junio. Mi pregunta de si era fácil ver el salón del Congreso sin molestar á nadie, fué contestada en la afirmativa; y el atento portero, haciendo á un lado el cortinaje de la puerta inmediata, hizo penetráramos al recinto de la soberanía del Estado.

Estábamos en un lugar que llamaré sagrado á la vez que histórico: la antigua capilla del palacio y el lugar de la prisión del Sr. Juárez y de sus ministros, el 13 de Marzo de 1858. Es necesario convenir, en que es difícil para un arquitecto convertir un templo religioso en templo de las leyes, sin que se echen de ver varias huellas del primordial objeto á que fué destinada la construcción. Así es, que por fuera se echa de ver la cúpula y linternilla de este recinto, como por dentro se notan espesos muros con una puerta baja que da entrada á un pasillo que conducía antiguamente hasta el respaldo del altar mayor. En este sitio, y tras de la puerta, se escuchan efectos de acústica admirables. Del lado opuesto á

(*) Estos retratos fueron pintados por el distinguido artista jalisciense D. Felipe Castro. También hay aquí un gran retrato de cuerpo entero del libertador Iturbide; y el del Gobernador, Gral. Galván, es también obra de un buen pincel, el del Sr. José Nieto.

este muro, en el salón, se transmite la voz con suma claridad; la forma cóncava del muro, contribuyendo no poco á los efectos del sonido, cuya velocidad hace que éste recorra una distancia enorme en el espacio de un segundo. La luz de las antiguas ventanas de la capilla arrojan en este salón unas sombras simpáticas, de aquellas que traen á la memoria el recuerdo del templo construido expresamente para orar y recoger en él los pensamientos en lo más íntimo del hombre: su conciencia. . . . Este salón infunde doble respeto; pero tal como está ahora, no sé qué le encuentro de *teatral*, pues lo que forma su fondo, es todo un anfiteatro con columnas doradas y estucadas, con palcos y graderías que me parecen fuera de proporción para el lugar en donde están. No es de extrañarse que este conjunto hiciera en mí el efecto que se experimenta cuando del patio de un teatro se pasa al foro con el fin de ver de cerca el escenario. Tal vez esté yo equivocado y que mi juicio resulte ser un efecto de la imaginación. Por lo demás, diré que: es lujosa esta Cámara de Diputados; que hay aquí un retrato de cuerpo entero del Gral. Corona; que la mesa del Presidente del Congreso tiene un bajo-relieve representando el "sacrificio de Cuahutemoc," trabajo de talla en madera de bastante mérito. Finalmente, asentaré que el fino y amistoso recibimiento de los señores Diputados al visitante, hace que sea muy grata la visita al recinto de la soberanía del Estado.

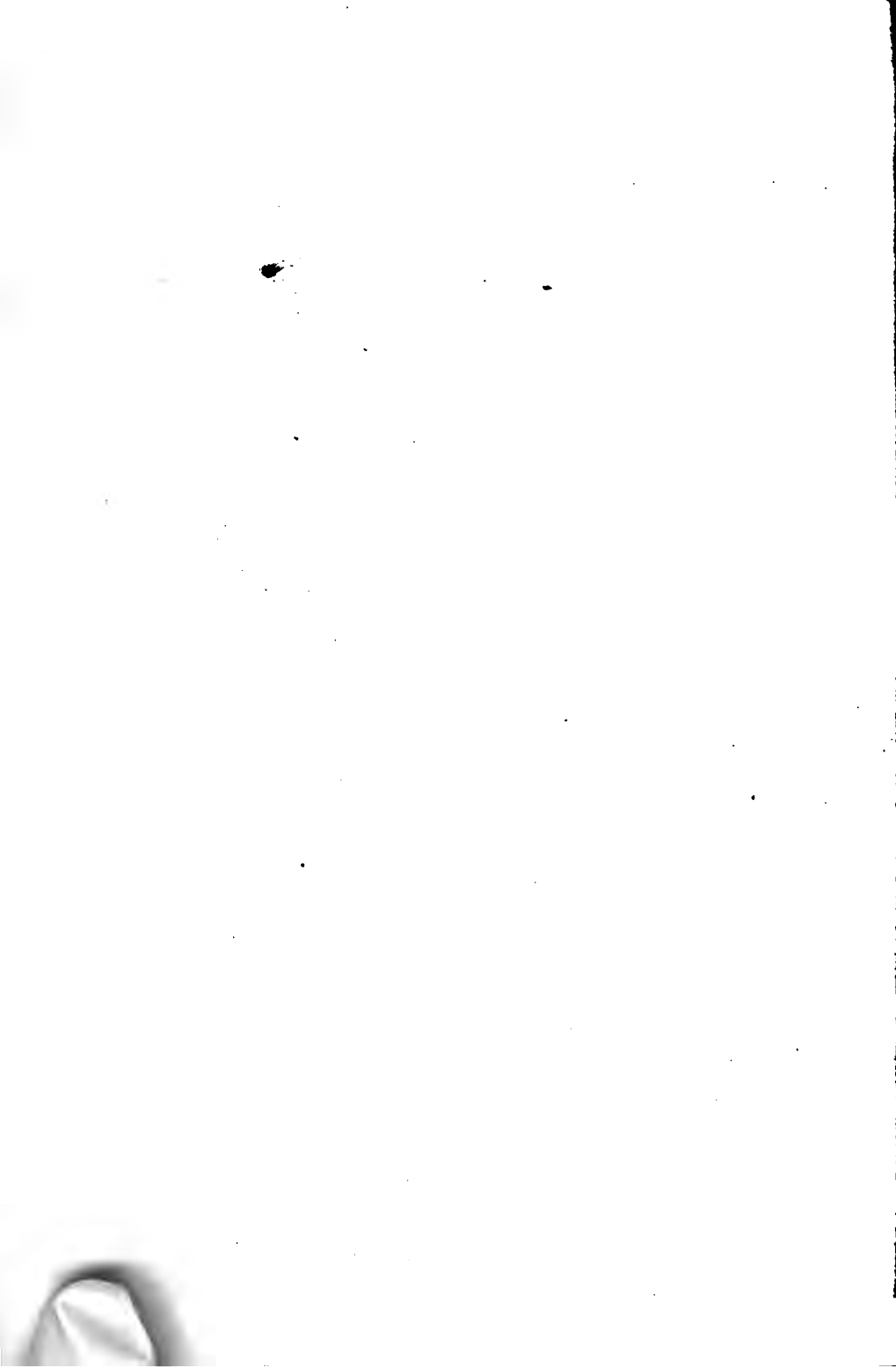
Terminaba mi inspección del Palacio pasando ver el lujoso departamento de la Dirección General de Rentas. Saliendo de la Cámara de Diputados dando un paseo por los amplios corredores inunde de esa luz diáfana y plateada tan peculiar á estas

giones, llegamos á una puerta adonde un elegante cancel de vidrios apagados indicaba la entrada al departamento mencionado.

Bien distribuidos, y artísticos son todos sus salones. Pero son los tallados de madera los que más llaman mi atención. Me refiero con especialidad á los del mostrador de la tesorería y de los escritorios, en los que no han quedado en olvido las lecciones que en esta clase de trabajo de arte nos legaron los tallistas de los siglos XVII y XVIII. Hay armonía en todo aquí. El mobiliario, el cortinaje de puertas y de balcones arreglado á estilo Luis XV; los tapices, adorno de los muros y decoración de cielo raso, todo es de muy buen gusto.

Confieso haber salido de este departamento bastante complacido, pues donde hay unidad, hay arte, y como consecuencia, adonde hay arte, fuerza es que haya belleza y gratas impresiones, como las recibidas en mi visita al histórico Palacio de esta *Wadilajara*.





CAPITULO III.

LA GRAN BASILICA.

Impresiones del arte externas e internas.

SI Guadalajara no tuviera otra cosa con que atraerse al viajero y al amante de lo bello; si nada hubiera que enseñarle de importancia, bastaría tan sólo con su gran Basílica para recompensarle con usura todas las molestias, todas las fatigas de una larga peregrinación. El punto objetivo de esta bella ciudad, lo es sin duda su catedral. Por verla y estudiarla he venido yo aquí. Mis horas de vagancia en busca del arte y de sus impresiones eternamente bellas, dulces y consoladoras, siempre han comprendido la contemplación de la gran Basílica, tanto por dentro como por fuera. Desde sus gótico-toscanas torres he visto al sol poniente tender su manto de púrpura y de oro por todo el valle, los montes y la ciudad. ¡Allí me he ensordecido pasageramente, cuando el bronce de la campana, repitiendo la oración de la tarde mo-

ribunda, enviaba sus lamentos al espacio junto con las p[re]ces del creyente, al cielo! Desde las bancas de hierro del aromático jard[í]n de la Plaza de Armas, he contemplado, absorto el pensamiento, esa enorme mole arquitectónica de tan bellas líneas y matemáticas proporciones destacándose ante mi vista como un palacio de oro bañado todo por la argentina luz de la luna. ¡Qué conjunto aquel! Torres piramidales, de 70 metros de elevación, cúpulas semi-esféricas; la del coro, amarilla y brillante como una gran toronja; la del Sagrario, clásica y armoniosa, como una concepción del arte helénico trasplantado á Roma, de allí importada á Guadalajara y erigida en este templo por el insigne arquitecto jalisciense D. Manuel Gómez Ibarra. Arcos dóricos entre columnas jónicas formando columnata, con colosales ventanas y vidrios de forma triangular; elegante cornisamento sirviéndole, en su parte superior, de balaustrado con pedestales y jarrones que corresponden con cada una de las columnas de abajo; sobre todo esto, la media naranja de la cúpula; arriba de ella, una preciosa linternilla, de siete metros de altura, poética y artística como el kiosko de una princesa del Oriente, y todo coronado por una bola sobre la que se levanta airoso una cruz griega de metal, evocando el lema eterno de Constantino: "IN HOC SIGNO VINCES." (*) Sí, ¡qué conjunto más bello es el formado por la gran Basílica y el edificio del Sagrario! En la primera todo revela el espíritu del arte toscano que, aunque una degeneración del dórico, tiene en medio su sencillez cierta, hermosura arquitectónica. En el segundo todo es casi griego; por eso es tan armonio

(*) Bajo este signo vencerás.

tan bello é inspirador. ¡Qué gran realización del arte! . . . dos monumentos en uno; Grecia y Toscana en la bella Guadalajara. Allí está el pórtico que ve al Poniente, formado por seis columnas de orden dórico, coronadas por un precioso ático perfectamente labrado, y sobre el que descansan en sus diversos pedestales tres grandes estatuas: la de la Fé en el centro, con su correspondiente elevación al triángulo del ático; á su derecha la Esperanza, á su izquierda la Caridad. Tienen en su actitud estas estatuas bastante magestad; tan griegas en el tratamiento de sus paños, como romanas pueden serlo en su expresión. Tras de tan clásico pórtico se destaca esa parte del edificio que forma la cruz latina, circundado por elegante balaustrado con macisos jarrones; y después la gran cúpula de que venimos hablando, que se echa de ver por todos lados como un pensamiento de Bramante realizado en Guadalajara. Bella es también la parte de este edificio que tiene vista hacia la Plaza de Armas, con su gran puerta estilo también dórico, sus elegantes proporciones y su poética habitación del padre sacristán, los arcos de la cual dan también á la Plaza. Aquella tranquila mansión tiene su atractivo con sus plantas, sus pájaros y su estilo hispano-morisco.

Es hermoso también el átrio de la Catedral; su enverjado de hierro digno de cerrar tan magestuosa fábrica arquitectónica. Sobre las puertas de éste, guardianes silenciosos de esta Basílica, se destacan las llaves y la mitra de la iglesia católica y de los prelados ilustres que han sabido ser honra y progreso del catolicismo en la Nueva Galicia. Con todo este conjunto tan lindo y armonioso me he deleitado muchas veces. Como amante del arte, como

adorador de lo bello, me es muy grato estudiar la Gran Basílica y su Sagrario; por eso yo la he visto exteriormente, cuando el rayo atronador pasaba arriba de sus torres y el relámpago fugaz la iluminaba, ó la luz apacible de la luna, cambiando la decoración, envolvíala, como se envuelve á una novia, en blanco y vaporoso velo. También la he contemplado cuando el luminar del día le arrojaba su luz, y ella ensimismada se cubría con el manto imperial de sus propias sombras.

* * *

Cuenta la historia de la fundación de esta ciudad, que después del templo de San Francisco se edificó la Catedral; y á juzgar por una inscripción que se ve en su interior, fué comenzada en el año de 1561 y concluida un siglo después. Pero el siglo XVII fué en realidad el verdadero siglo para el arte religioso de la Nueva España, pues á las nuevas creaciones del Renacimiento italiano, había que agregar todos los ideales realizados del arte flamenco; así es que, era rico el material para la edificación de los templos; pero también había ya en América mucho espíritu religioso y cuantiosos caudales para llevar á cabo las obras magnas de arte. Por eso, en este siglo se terminaron las obras cuyos cimientos se habían puesto en el anterior y sobre los que tenían levantarse tantos templos y basílicas que hoy admiramos en nuestra patria, como obras maestras del humano ingenio. Si México, desde 1573 ha comenzado á levantar su grandiosa dórica-cate-

sobre las ruinas del idólatra templo, y si ésta había tenido tan notable arquitecto, como lo fué Alonso Pérez Castañeda, no cabía en lo posible, que, Guadalajara no encontrase en el arquitecto Martín Casillas, un tan célebre constructor como lo fué el primero. Si la fundación de este gran templo se le debe al segundo Obispo de la Diócesis, al Illmo. Sr. Don Pedro Ayala, el proyecto de construcción se le debe al genio de Casillas, tan empapado en los ideales de su siglo, como imbuido en las realidades y bellezas de las creaciones de la antigüedad. Pero no solo á él debe Guadalajara lo que es hoy día su espléndida Basílica; el paso de los años y las convulsiones de la naturaleza, debido á erupciones volcánicas, ha hecho sus estragos, felizmente repuestos por obra de inteligencias superiores, que siempre serán honra del Estado y del país. Así, por ejemplo, el terrible temblor de 1750 que amenazó, según tradición, sepultar la ciudad, como en este mismo año había acontecido en Santo Domingo, con Puerto-Príncipe, derribó el frontis de esta Catedral y arruinó muchos otros edificios. Más en aquel entonces, según cuentan las crónicas, florecían las artes, el comercio y la industria junto con la agricultura; en ciudad como ésta, lógico era suponer que en el lugar del derrumbado frontis se levantaría otro nuevo que superaría en belleza al anterior. Sea como fuere, el actual es hermoso como lo es bastante original en su concepción. Pertenece á un orden arquitectónico que reconoce y comprende el estilo toscano, el dórico y aun algo que tiende al gótico, como se echa de ver en las lucarnas de forma oval en las terres y en el gran semicírculo que corona el frontis del edificio, ornamentado con ese estilo ojival usado por los españoles.

en los siglos XVII y XVIII. Tres grandes puertas dan entrada á esta Basílica en su frente principal. La del centro es la más ornamentada, pues su arco dórico, de bellas proporciones ostenta de cada lado dos columnas de orden corintio; en el entrepaño de arriba, un laborioso bajo-relieve representando los apóstoles en tres nichos con proyectante marco, todo de bellas proporciones. Es un fondo de altar tallado en piedra sobre el muro, evocación de la escuela pre-Rafaelista, y bastante común en los frontispicios de todos los templos erigidos en América por los conquistadores. Arriba de todo esto, un hermoso alto-relieve representando la asunción de la Virgen. Pero tendiendo la vista más arriba, se echa de ver en forma de abanico, el gran adorno que en el centro forma el semicírculo dividiendo sus ojivales la preciosa torrecilla del reloj que airosa y elegante se levanta en las alturas, como un recuerdo, aunque en pequeño, del arte de los árabes.

Al terremoto mencionado de mediados del siglo XVIII le siguió otro: el de 1818, que echó por tierra las antiguas torres de este templo del arte religioso; y, por fin, otra imponente convulsión de la naturaleza, 31 años después, venía á destruir otra vez más las torres que por tercera vez se han vuelto á construir, bajo el diseño del ya mencionado insigne arquitecto jalisciense D. Manuel Gómez Ibarra. Pero sea dicho de paso, pues no con poca frecuencia encontramos que el nombre de Gómez Ibarra, como el de Miguel Angel, en Roma y en Florencia, se encuentra conectado con todas las obras monumentales de esta Guadalajara. Por lo menos, apenas si hay un punto de vista en esta capital desde donde no se adquiere de cerca ó de lejos, alguna obra arquitectural.

tectónica en la que su ingenio no haya desplegado en alas del más riguroso clasicismo, las verdades y las magnificencias de su arte.

Caen las torres por tierra, como llevamos dicho; pero él levanta otras llenas de tanta originalidad, belleza y proporciones, que en su género no hay otras en toda la República. Pirámides octagonales en que termina cada torre, con airosa cruz griega en su remate; góticas flechas en sus cuatro extremidades; escudos con las armas de la Iglesia, todo esto coronando los cuadrados campanarios de estilo toscano, enteramente puro. ¿Podrá encontrarse más singular conjunto? Sólo lamentaré que tan hermosas torres no hayan sido construidas con el mármol.

Ya he dicho cómo es la cúpula del Sagrario; ya también me he esforzado en describir por sus afueras este templo; pero lo que no he dicho es, lo que voy á decir ahora: que también al talento de Gómez Ibarra, debe Guadalajara este santuario. Su historia, es una breve historia. A la munificencia del gran Obispo Alcalde (de quien ya hablaré como merece), y quien dejó fondos especiales para su construcción, se debe esta obra. Mas ahora, en cuanto á su ejecución: en 1808, y bajo proyecto y dirección del arquitecto D. José Gutiérrez se comenzó, cuando la guerra de independencia; dos años después, hizo que daban suspensos los trabajos, permaneciendo en este estado hasta el año de 1835, época en que Gómez Ibarra, encargándose de ellos, continuó la hermosa construcción hasta finalizarla en 1843, reformando el proyecto de la cúpula y realizando la estructura de un monumento que, en mi juicio, es bastante helénico para dejar de evocar un recuerdo de la clásica Atenas en Wadil-ad jara.



Pero es ya tiempo de penetrar en la Gran Basílica, vagar por sus naves, contemplar su belleza arquitectónica, subir al altar mayor, sentarse en el coro é ir por fin en busca de todo lo que tiene, como el célebre cuadro de Murillo, que está en la Sacristía y es la joya pictórica de esta catedral

El valor de una impresión muy favorable al penetrar á un templo, es un valor muy duradero, pues nadie olvida los efectos estéticos de una primera impresión, de una cosa, de un objeto, real y verdaderamente bello. Con esta Basílica me ha pasado lo que con otras de su género en diversas partes del mundo: me ha encantado haciéndome sentir los efectos maravillosos que en el alma se experimentan con todo lo que es perfecto, armonioso, hermoso en su esencia y en alto grado representativo de la idea germinada en el humano cerebro é interpretada maravillosamente en su traslado al mármol, al bronce ó á la cantera. Mas haciendo abstracción de estas reflexiones, junto con mis particulares sentimientos, pasaré á hacer la descripción del interior de esta Basílica, tan digna, por mil títulos, de encomio y admiración.

Las naves.—Dividen el interior tres de éstas: dos laterales y una principal que es la del centro, antiguamente interceptada por el coro, según costumbre en las catedrales de origen español, hasta que en 1827 el arquitecto D. José Gutiérrez comenzó á quitarlo dejando libre esta nave, como en la generalidad de las basílicas de Italia, Francia, Bélgica y otras

partes, dando con esto más amplitud y magestad al templo cuya nave central conduce siempre al punto objetivo de toda creencia dimanada del catolicismo, quiero decir: el altar mayor. ¡Pero cuán bellas son estas naves! Bellas por sus proporciones—256 piés de longitud por 57 de latitud y 108 de ancho;—bellas, porque representan el espacio poblado de columnas que parecen un bosque tropical con bóvedas que ponen dique á su mayor crecimiento, y con arcos de punto redondo que embellecen la perspectiva bajo la influencia de la poesía de su propia luz, con su natural contingente de sus propias sombras.

Las columnas.—Treinta hay en el templo, de las que dieciséis corresponden á los lados N. y P. de la nave del centro, y aunque todas están muy bien construidas, las que más llaman la atención, son las de la nave principal, por su originalidad y sólida grandeza. Jamás he visto en ninguna basílica del mundo columnas parecidas á éstas: grupos de cuatro columnas dóricas formando una sola y coronando su base superior un capitel, que parece una canastilla hecha con las airoas ramas y hojas de la palma, y que se entrelace con las bóvedas, de arista, como un pensamiento de la tierra que busca una salida para el cielo. Con razón alguien ha comparado este interior á un hermoso bosque de esbeltas y graciosas palmeras. Tan fundada encuentro esta ideología, que si la arquitectura debe mucho al génio del hombre, éste á su vez, debe mucho á la naturaleza. ¿Acaso el tronco del árbol no sugirió la idea de la columna? ¿No fué la hoja de acanto lo que dió á Calimaco, la bellísima idea del capitel corintio? ¿La bóveda celeste, no ha sido acaso el sublime modelo, la fuente inspiradora, para la creación de la gran cúpula? ¡Ah! el eminente

te crítico Ruskin, hace ya muchos años que nos viene diciendo: *“El arquitecto, así como el pintor, debe de residir en la ciudad lo menos posible. Enviadle á los cerros y que allí se ponga á estudiar qué cosa es un baluarte, qué una cúpula, tal cual la naturaleza lo interpreta.”* Pero volviendo á las columnas de esta Basílica, diré que su valor arquitectónico no sólo depende, á mi juicio, de su belleza y buena construcción, sino también de que en ellas se ha estampado la eterna alegoría de lo que es hermoso y natural en la creación. De este conjunto resulta, pues, su mérito; ahora, en cuanto á lo demás, el autor de ellas no ha hecho más de lo que hicieron los Lombardos en su época: recoger los fragmentos de un arte más noble que el suyo y con éstos reconstruir algo que estuviera más en armonía con sus propios pensamientos; ó lo que hizo también el arquitecto de la basílica Romanesca, (según Ruskin): tomar sus columnas y sus capiteles de donde los pudo encontrar. Sólo en una cosa no puedo estar de acuerdo: con que se hayan pintado estas columnas y, con que más adelante se les pinte todavía más. Pintar la cantera para imitar el mármol, es cosa común entre nosotros; broncear el yeso para imitar el bronce, es otra aberración propia, como lo he dicho varias veces, á esos mutiladores del arte. El gran Creador nos ha hecho la montaña con sus espléndidos componentes de rocas, piedras, mámoles y metales; entre estos últimos el bronce. A cada cosa le ha dado su colorido propio, como le ha dado su fuerza y su belleza altamente representativa, completamente ideal; y el hombre en su ignorancia ó su torpeza, pretendiendo enmendarle la plana á la naturaleza, ha incurrido en graves é inconvenientes errores en materia de arte.

Presumo que á la altivez de la raza española, junto con su carácter naturalmente fastuoso, debemos esa idea de pintarlo todo y hacer aparecer á la piedra mármol, ó bronce á lo que no lo es. ¡Triste realización del falso ideal que siempre anda á caza de lo que no es verdadero!

Luz y altares en las naves.—De todas nuestras catedrales ninguna tiene tanta luz como ésta. Poco ó nada hay aquí oculto entre las sombras, sino es cuando declina el sol ó se anublan los cielos; y no es la luz por cierto lo que da aspecto magestuoso á una basílica. Es la sombra, la misteriosa sombra lo que le da á San Marcos, en Venecia, á San Denis, en Francia, á las catedrales y abadías en Inglaterra, á San Gédule, en Bruselas, y en otras basílicas del mundo; ese aspecto grandioso é imponente, cuando el ropaje de las tinieblas envuelve los objetos y semioculta las grandes y edificantes creaciones del arte en sus siglos diversos. Yo, quisiera que estas hermosas naves tuvieran menos luz blanca, y que por sus claraboyas y ventanas penetrase una claridad velada por vidrios de colores, como tienen los cancelos de sus puertas, ó las hermosas vidrieras pintadas al estilo de la Edad Media, de las ventanas cabeceras de las naves, obra ejecutada en París: una que representa la “Mujer adúltera,” la otra, la “Resurrección de Lazaro.” Pero aun más, quisiera que lo que falta por hacer fuese pintado á mano con más pasajes bíblicos, por pintores jaliscienses, y que esto modificase la luz de la Basílica y con ella ese aspecto que tiene de moderna que, sin contar con muchos siglos de existencia, sí por lo menos data del siglo XVII á la época presente. Pero hay, además, algo en estas naves que las hace aparecer todavía más llenas de

luz; sus once altares, de orden Corintio, blancos como la espuma del Océano, con infinitos adornos dorados, principalmente por su parte inferior. Prevalece en todos nuestros templos, este género de altates en casi todas nuestras naves, y si hacemos excepción del altar mayor y los de estilo Churrigueresco en algunos lugares, como en el templo de Santa Clara en Querétaro, ó el altar llamado de los Reyes en la catedral de México, soberbias realizaciones de un arte demasiado fantástico, bien se puede asegurar que aquel que ha visto uno de estos altares blanco y oro los ha visto todos.

El altar mayor.—Ya he dicho que el punto objetivo en la nave principal de un templo es el altar mayor. En mi estudio sobre “La Catedral de México,” publicado en el segundo tomo de *El Artista* (1875), dije hablando tocante al altar: que éste fué instituido (en las iglesias de la cristiandad), por Sixto I. A. D. 135; y consagrado por el Papa Silvestre, dato que ahora me permito repetir, por creerlo siempre de interés para muchos que lo pudieran ignorar. Como punto objetivo, de la nave principal de esta Basílica, y bajo el centro de su penúltima bóveda, al Oriente, se destaca en alta y ancha plataforma, con escalera de mármol blanco y lindo balaustre de lo mismo, con adornos de bronce dorado, ejecutados en Milán, el marmóreo tabernáculo, cuyas puertas, también de bronce, encierran el portentoso misterio de la Fé Católica. Es el ciprés, en sí mismo, todo un pequeño templo, demasiado pequeño (á mi juicio), para la magnitud de esta Basílica. Pero presumo que como el coro queda detrás, haberle dado mayores dimensiones á este altar, hubiera sido ocultar las magnificencias del primero con

la mayor magnitud de lo segundo. Por todos sus costados se puede decir misa, pues son cuatro los altares que tiene y sobre éstos se eleva coronándolos, una especie de rotunda con su cimborrio y cruz latina, que asume la forma de la basílica bizantino-romana. En los cuatro ángulos de este altar, se destacan cuatro magníficas estatuas de mármol de Carrara, representando á los evangelistas. La altura de éstas es la de 2 metros; y como obra de la estaturia, en su género, no sólo es lo mejor que tiene este gran templo, sino lo más hermoso y perfecto que poseemos en toda la República. Es de lamentarse que este ciprés y sus estatuas, no sean obra de los escultores del país; pero á nadie debe sorprender, que habiendo sido este ciprés, estas estatuas, obra de marmolistas y de cinceladores genoveses, resulte una bellísima y atrayente concepción del arte. Encuentro en estas cuatro estatuas, todos los principales rasgos característicos de la grandeza de estilo que tanto distingue á la estatuaria romana, como por ejemplo: la selección del noble asunto, el amor á lo grande junto con lo bello y la inventiva siempre á la altura de la ejecución. Estas estatuas parece que hablan y piensan; revelando todas y cada una el carácter de los grandes personajes que han desempeñado un papel, una misión tan elevada en la historia del mundo. Hay, pues, en ellas grandes rasgos fisonómicos perfectamente interpretados en el mármol por el cincel del escultor, como hay una apostura natural y un tratamiento de paños bien comprendido. Hasta el año de 1860, hubo aquí un ciprés de plata, el que junto con los candiles de esta basílica del mismo metal precioso, se perdió en la revolución del año citado. El actual data desde 1868, época en que fué traído de Gé-

nova por el ilustre Arzobispo D. Pedro Espinosa, habiendo sacado un costo de treinta mil pesos. Bellísima obra del arte, la he visto detenidamente con suma admiración; lamentando, como llevo ya dicho, que, por no cubrir las bellezas del coro, no haya sido conveniente darle mayores proporciones y con ellas esa grandiosidad propia á todo altar mayor, en catedral como ésta, preciosa joya del arte cristiano con todo su simbolismo y todos sus ideales realizados.

El coro.—Como llevo asentado, hasta el año de 1827 ocupó éste, la nave principal, fecha en que se comenzó á cambiarle de lugar al sitio que hoy ocupa tras del altar mayor. Fué terminada esta innovación por el arquitecto D. Mariano Mendoza; á él también se debió la cúpula de este coro, arruinada más tarde por un temblor, y sustituida hoy en día por la que, hablando en sentido metafórico, me he permitido comparar (por fuera), con una gran toronja amarilla y brillante. Autor de esta grandiosa cúpula, lo es un señor arquitecto, Domingo Torres, el que sin duda se ha inspirado en los grandes cimborrios romanos para construir el suyo. La separación del coro de la nave central, costumbre que vienen observando muchos arquitectos desde tiempo de Constantino, no se observó, en España; por lo tanto era de esperarse, que en la construcción de las basílicas del Nuevo Mundo, el coro, con todos sus esplendores de tallados, bronces y dorados órganos y sillería, se interpusiese entre el altar mayor y la puerta de entrada en la nave principal.

Ignoro, por supuesto, cómo sea el antiguo coro de esta catedral antes de su traslación; pero lo que no ignoro es que el actual es bastante importante y suficientemente hermoso para sentarse en él á estu-

diarlo con alguna detención, como yo lo he hecho varias veces. Lamento no tener á la mano las dimensiones de este lugar; pero diré que es bastante espacioso, que está casi cuadrado; que la sillería ocupa el muro frente al altar mayor, prolongándose contra los que están á diestra y á siniestra en forma de gradería. También diré que, arriba de estas grandes poltronas del coro, hay un corredor volado con un espléndido balaustre, á mi juicio demasiado pesado cuando debajo de él está esa sillería de grandes tallados y de suprema solidez. No así las estatuas que en los nichos del muro superior de este corredor ó galería aligeran el peso del rico decorado de las alturas con sus frescos representando á los Evangelistas en episodios importantes de la Historia Sagrada; con sus vidrios de colores (*) enviando desde sus altas ventanas de la cúpula y de su linternilla una luz que durante el día, llamaré luz colorante de celeste arcóris que baña este recinto, debajo de cuyo piso descansan en la paz de la cripta oscura y silenciosa los restos venerados por el pueblo jalisciense, de los que en vida fueron sus benefactores, sus grandes preladados. En este coro está la puerta que dá entrada y conduce á esos sepulcros subterráneos. Sentado frente á ella, filosofaba sobre cómo la muerte á todo pone fin, y cómo pasan las grandezas humanas, cuando la muerte, esa verdadera República, á todos nos nivela en ese trance de profundo misterio: ¡la cesación de la vida sobre la tierra! Pero en medio de todo esto

(*) Las cuatro grandes ventanas del muro del Oriente sobre que descansa el timborrio representan, la de la parte baja, el "Espasmo de la Virgen," copia del cuadro de Rafael; la de la parte superior, la "Coronación de la Virgen;" la de la izquierda, "La Anunciación," y la de la derecha, "La Presentación."—N. B.

había la ley de los contrastes, pues si debajo de donde me encontraba todo era misterio, obscuridad, silencio, arriba todo era vida, ruido, luz, belleza y trabajo. ¡El noble trabajo del arte que tanto deleita y enaltece! Allá, en las altas regiones de la cúpula, muchos andamios y sobre éstos los decoradores dorando molduras, cornisas, repisas y no sé cuánto más; un poco más lejos, los canteros labrando en el muro y otras partes los intrincados adornos; é interpretando con el cincel los pensamientos que las matemáticas y el arte, hicieron nacer en el cerebro humano la idea completa del arquitecto y del decorador. Se ha hecho, y se está haciendo de este coro, un lugar digno de la Gran Basílica, pero á mi juicio y bajo el punto de vista importante del arte, las dos cosas que en él sean dignas de llamar la atención, son: abajo la sillería, arriba la cúpula. La primera, es una revelación de imitación perfecta de cómo los tallistas del siglo XVII trabajaban las maderas preciosas, convirtiéndolas en verdaderas joyas de arte; y en un país como el nuestro, adonde tanto abundan esas maderas, no es de extrañarse que en nuestros templos y basílicas, se encuentren tantas preciosidades en el arte encantador de los tallistas, preciosidades que, ó pasan desapercibidas, ó hasta tal vez ignoradas de muchos. En mis vagancias por los antiguos Países-Bajos, en busca del arte Flamenco y de sus bellos ideales realizados, recuerdo haber hecho muchas veces, estudios comparativos entre la talla de aquel país y la de nuestro, sacando á luz como consecuencia de mis investigaciones, en lo que concierne á este arte, que fuente en que bebió el conquistador español, fué de todo flamenca y que los artistas ibéricos se inspiraron más en las maravillosas creaciones de los V

bruggen, Van-der Voordt, de los Artus Quellin, y de otros célebres tallistas de Flandes, que en sus propias y originales creaciones. En los coros, como en los púlpitos, en la sillería como en los órganos, en los altares como en la estatuaria de madera, se lee, por decirlo así, la incrustación del espíritu flamenco en el espíritu español. Mas si en general alcanzaron los tallistas españoles un éxito sorprendente en sus trabajos de talla en nuestros templos y basílicas, pocas ó raras veces, estuvieron felices en la estatuaria de madera que en México encontramos en los altares de los siglos XVII y XVIII, si bien llenas de expresión, faltas en lo general de proporciones, sobre todo cuando éstas pasando de cierto tamaño, asumen el natural, ó pasando de éste á lo que en escultura se llama: *al grado heróico*. Apenas, si se pueda encontrar una prueba más evidente á mis asertos, de que el espíritu español se inspiró en las creaciones flamencas en el arte de la talla en madera, que el hecho de que en Felipe Vigarni, (llamado Felipe de Borgoña), encontramos uno de los primeros extranjeros que fueron á España á enseñar el arte del escultor. En las grandiosas basílicas de Burgos y Toledo, he registrado el nombre del flamenco Vigarni, como el del autor de las soberbias sillerías del coro y de los púlpitos también. La sillería de este coro, es para mí, la evocación del arte flamenco importado por los tallistas españoles del siglo XVII. Como obra de mérito, se le puede juzgar más que como obra de belleza. Construida de una madera que se encuentra en el Estado de Jalisco, (*) presta cierto interés que lla-

(*) Esa madera fina fué traída de las inmediaciones de Amatlán de Cañas, en el Distrito de Tepic, y se le conoce bajo el nombre de *Corcobol*. N. B.

maré patriótico. De construcción muy sólida, han pasado sobre ella 65 años, como sobre ella se han sentado canónigos y obispos célebres por su inteligencia, su saber y su filantropía en los anales de la historia patria. El tiempo, ha seguido obscureciendo esa sillaría con sus macizos tallados, y sus respaldos góticos en forma de puerta de capilla, que se destacan de sus blancos muros como negros espectros del pasado, con la esplendente luz del nuevo coro! Ahora, en cuanto á la cúpula, ya he dicho quién es su autor, así como que es grandiosa y que á mi juicio se ha inspirado su arquitecto en los grandes cimborrios romanos. Su forma, ni es Bizantina, ni es Árabe, ni es Etrusca, sino simplemente romana. Su decorado pertenece al período del Renacimiento Italiano, con verdadero lujo de doradas y pesadas molduras bien comprendidas éstas últimas, cuando ellas se alijeran vistas á gran altura por el espectador que está en el coro. En resumen: no es poco lo que he encontrado en este lugar de grande, hermoso y de artístico; en esta basílica, digna de tanta admiración, y de ese cuidado que en ella se revela por su conservación y constante embellecimiento; de esas ideas, que sujieren las modernas concepciones del arte, y el espíritu de sus guardianes junto con el sentimiento religioso de su pueblo.

El cuadro de Murillo en la Sacristía.—Abandonar el régio coro de esta Basílica, para ir en busca de una obra de Murillo, es agregar una emoción m grande á las ya experimentadas en todo este hermoso templo. El paso del coro á la sacristía es bi corto por cierto, pues descendiendo los escalones ciprés y tomando á la izquierda, se encuentra u gran cortina; pasada ésta, se toma á la derecha y

penetra desde luego al aposento que guarda en alto muro arriba de la puerta de entrada, la joya pictórica del insigne sevillano; joya no sólo de esta catedral, sino de todo el Continente Americano; pues en los Estados Unidos, de los ocho cuadros de este autor en poder del Museo Metropolitano de Nueva York y de particulares, ninguno es comparable con esta sublime Asunción.

Cuando el espectador tiene la dicha y el privilegio de encontrarse frente á frente de una de esas grandes inspiraciones religiosas de Murillo, como lo es la que vengo hoy á estudiar detenidamente, se concentra el pensamiento todo en la composición, y el alma, movida por agentes ocultos y misteriosos, siente una emoción indecible. ¡Qué poder de este artista para trasladar al lienzo lo místico y lo celeste, lo ideal con lo real! Parece que su brocha, obedeciendo al pensamiento, rasga los negros velos que ocultan los misterios de una existencia desconocida, y nos hace vislumbrar fragmentos sublimes de ese cielo, de esa vida futura, por todos tan temida, cuanto anhelada debe serlo. Murillo, como el Beato Fray Angélico, es por excelencia el pintor del cielo y de las escenas de la vida eterna, que en alas del más refinado idealismo nos hacen sentir las realidades de la vida, de esos seres divinos que han peregrinado por la tierra, para decirnos y enseñarnos por dónde y cómo se va al cielo.

La Asunción de la Virgen, sublime é incomparable, fué asunto de grande y portentosa inspiración para este artista. Su misión, pues, para el arte y para el mundo del sentimiento religioso, fué misión tan sagrada, á mi juicio, como lo pudo haber sido la del Apostolado. Un genio como el suyo, era ade-

cuado á su cometido: ser apóstol del sentimiento místico y del arte religioso de su siglo. ¡Más fué tal su poder de concepción, tal la brillantez de su colorido, tal el lujo de bellezas ideales, tales las formas humanas que dibujó y pintó con la expresión divina, que pasman al espectador y le arrullan, como arrullan los vientos á los mares con el vaivén de sus tupidas olas!

Hablar de una Asunción de Murillo, sin entrar en ciertos detalles descriptivos, de coloración, dibujo y sentimiento, sería incurrir en un error de trascendencia, pues ya he dicho que este asunto sublime lo fué de grande y portentosa inspiración para el artista, y uno de entre los cuales se ha demostrado más fecundo. Registran los historiógrafos de este excelso pintor, un sin número de cuadros que tratan de este mismo asunto, pero con cambiantes de vital importancia. Me asombra que entre catálogos tan completos como aquellos formados por Sterling, Tubino, Curtis y el reciente biógrafo de Murillo, Luis Alfonso, no se haya hecho mención de este soberbio lienzo de la gran Basílica, en una época prenda preciosa del templo de la Soledad en esta Guadalajara. Presumo que entre los *cuarenta y siete* cuadros de Murillo, cuyo actual paradero se ignora en Europa, debe contarse esta soberbia tela, cuya historia de su venida á nuestra patria, me reservo á relatar más adelante.

Paso ahora á su descripción. Casi al centro cuadro se encuentra la Purísima de pie sobre nube. Arriba de su cabeza brillan doce luceros como cinto de Orión, y abajo de la nube, grupos maravillosos de ángeles de una belleza encantadora, en esa angélica asunción, la ofrecen lirios, rosas y

exquisita palma. Viste la Virgen, su blanca túnica hebrea modesta y pura, cual su alma celestial. Como un recuerdo del color del cielo, la cubre en partes el azul manto de flotantes paños. La media luna aparece á sus piés. Rompe el celaje con el color del ámbar y colora las nubes con matices soberbios. Vuelan por todo aquel espacio los querubes, como fragmentos celestiales de un poema de infinitos cantos. Flota la negra cabellera, y cae sobre los hombros de la Virgen, como una cascada de finísima seda. Sus lindas alabastrinas manos descansan suavemente sobre tan delicado seno; y la mirada hácia arriba, revela todo un mundo de sentimiento, de ternura y adoración de la madre sublime en áreo vuelo, en busca de ese Hijo-Dios á quien dió á luz sobre la tierra!

Frente á tan soberbia tela de Murillo, me he deleitado varias veces contemplándola detenidamente, y en mi libro de apuntes encuentro estas notas que fueron resultado de mis observaciones:

Inspiración..... Es sublime la de este cuadro, y revela toda esa imaginación rica y brillante que caracterizó á Murillo en sus composiciones religiosas.

Dibujo..... Correcto y armonioso, sin una línea fuera de su lugar, y comprendiendo toda una lección de anatomía.

Colorido..... Espléndido, y en medio su vigor, bello como las luces de cambiantes matices en el ópalo.

Género..... Pertenéce al vaporoso, con el que los españoles han justamente calificado todas las Anunciaciones y las Asunciones del gran artista sevillano.

Claro-oscuro Sorprendente, cuando no hay en este lienzo una luz que no arroje propiamente su sombra, ni una sombra que no sea consecuencia científica de esa divina luz.

Expresión Maravillosa, cuando esa Virgen habla con sus divinos ojos. Cuando el mutismo de ángeles y de querubes llevan en sus semblantes la alegría del cielo, la adoración perpétua en sus espíritus.

Idealismo Todo muy digno de este maestro, pues como dice el crítico Viardot: "si Velázquez fué el pintor de la tierra, Murillo "fué el pintor del cielo."

Realismo Lo hay muy bien comprendido en esta composición unido al idealismo. Por un lado, la Torre Davídica que se destaca en el espacio rodeada de querubes. Más abajo, los ángeles sosteniendo el espejo de la Justicia. A la izquierda del cuadro, también en las alturas, la Escala Mística que sostiene un ángel, mientras otro la sube entre espléndida nube de risueños querubes.

Colocación del cuadro Excelente en cuanto á luces, pero tal vez á demasiada altura para el espectador.

Estos son á mi juicio, los rasgos distintivos que caracterizan esta gran tela de Murillo, joya sin precio de la Gran Basílica; orgullo del Cabildo y del pueblo de Guadalajara, encanto del viajero; modelo puro y eterno en la enseñanza de un arte religioso sublime, y de un pintor que, cual el insigne sevillano, pasó por el mundo como un ave mensajera del arte,

como un géneo que ha dejado su espíritu eternamente enlazado con sus divinos lienzos.

Hasta aquí, la descripción y crítica de la célebre Asunción de Murillo; mas ahora, pasaré en cumplimiento de lo ya ofrecido, á relatar en vista de datos oficiales inequívocos, cuándo y cómo vino á dar este soberbio cuadro á la ciudad de Guadalajara.

Durante la invasión francesa en España, conocida en la Historia de Europa bajo el nombre de guerra de la Península, cuando Napoleón I, con esa sed de conquista y dominio cesarea, que tanto lo distinguió en su vida y gobierno, los hijos de la Nueva Galicia, fieles á las tradiciones de sus abuelos, en cuyas venas corría una sangre que había hecho de los hombres de Iberia héroes por el largo transcurso de los siglos, no podían permanecer indiferentes ante aquella invasión injustificada de su madre patria. A los cruentos sacrificios monetarios, hechos por los hijos de españoles, ó por los españoles mismos, viniendo á la Nueva Galicia, en contra aquella invasión de España, se agregaban los del Cabildo de esta Catedral, que remitió á Carlos IV, fuertes sumas de dinero para arrojar al invasor francés, tanto más estimadas, cuanto que, en un solo caso, aquellos dineros representaban todo el valor en pesos acuñados de un gran candil de plata (de esta Basílica), que se había mandado fundir con ese objeto. El Rey Carlos IV, agradecido á los esfuerzos de aquel Cabildo y como recompensa á los servicios prestados á la madre patria, donó al templo de la Soledad de esta Metrópoli, la joya maravillosa de Murillo, que había sido ostentada en el Escorial por el espacio de largos siglos.

¡La invasión de España por Napoleón I fué la causa que vino á determinar la venida á esta bella

porción de la tierra conquistada por Nuño de Guzmán, de este cuadro soberbio! Aquella invasión francesa de 1812, tan desastrosa para España, le hizo perder muchas obras valiosas de sus grandes artistas, entre otras, aquella también célebre Asunción de Murillo, sacada de Sevilla por el mariscal Soult, y que hoy ostenta con orgullo el gran museo del Louvre. Ruedan los años, y con ellos los grandes acontecimientos en la historia de las naciones. Llega á la amada patria mexicana su turno de una invasión francesa; y un general francés que representa por la fuerza á otro César Napoleónico en esta Guadalajara, pretende llevarse á Francia la Asunción de Murillo, creyendo que al digno é ilustrado Cabildo de esta basílica, se le podría comprar con el oro tentador, esta joya sin precio, esta imagen que, si por un lado se le admira como una obra maestra de un génio soberano, por el otro se le ama con filial ternura y se le acata con veneración santa y sagrada, como es aquella que reside en la íntima conciencia de un pueblo eminentemente religioso. No; la pobre oferta de \$40,000, hecha por un general de Napoleón III á un Cabildo tan ilustrado como fiel al cumplimiento de deberes sagrados, era una irrisión indigna de un general ilustrado de cualquier país del mundo. Mas el cabildo, seguramente, trayendo á la memoria cómo todo invasor en país extraño, hace botín de guerra todo lo más valioso de aquel pueblo invadido, tomó una feliz determinación: ocultarlo y hacerlo aparentemente perdedizo. Al efecto, después de haber sido éste, maravillosamente oculto por el espacio de 10 años, ha vuelto á luz del mundo. ¡Por eso, en esta sacristía ostenta hoy todas sus bellezas y nos eleva con toda su enseñanza!

Imposible me sería resistir la tentación (no obstante las dimensiones de este mi estudio, sobre la Gran Basílica), de hacer, aunque sea de paso, unas cuantas reflexiones, pequeño estudio comparativo entre esta Asunción de Murillo, y la no menos célebre del Louvre. Comenzaré por destruir un error muy común, y es el de creer que, el cuadro del Louvre, es la única Asunción de verdadera importancia que ha pintado el príncipe de los pintores sevillanos. Tan no es así, que la Asunción conocida en Sevilla como *La perla de las Concepciones*, tiene desde luego tanta importancia artística, que la del mencionado Louvre; y es opinión del crítico Luis Viardot, que este cuadro de tanto renombre, fué comprado por la nación francesa á los herederos del Mariscal Soult, “con gran “estrépito y á un precio exorbitante, (*) y está muy lejos de poderse llamar como la de Sevilla: *La Pêrla de las Concepciones*. No opina así el crítico español Ceán Bermúdez, pues ha dicho que esta Asunción del Louvre “es superior á todas las de Sevilla, tanto por la belleza del color, cuanto por el “contraste del claro-oscuro.” Pero pasando á la comparación entre ésta de Guadalajara y la del Louvre, (**) diré por qué á mi juicio, considero más be-

(*) : Efectivamente, el Gobierno de Francia pagó por este lienzo, la respetable suma de 615,000 francos, ó sean en nuestra moneda, unos \$123,000. El general francés que durante la guerra de intervención en nuestra patria, ofreció al Cabildo por su Asunción de Murillo, unos \$40,000, sabía muy bien lo que traía entre manos. N. B.

(**) : Al hablar de la Asunción del Louvre, bueno será advertir al lector, que me refiero á la que arrebató á España el Mariscal Soult, y vendieron después sus herederos al gobierno francés; y no á la otra que también sacó aquel personaje de España, y que también vendió al Louvre en 8,000 francos.

lla ó más inspiradora la que hoy también felizmente posee esta basílica.

La Asunción del gran museo de París, fué originalmente pintada por Murillo para el Hospital de venerables sacerdotes, y consiste su belleza y defectos en lo siguiente:

Inspiración..... Sublime.

Dibujo..... Deja algo que desear, en cuanto que hay líneas algo duras, como por la parte adonde el vestido cubre la pierna derecha. El torso aparece desproporcionado; la cabeza demasiado hundida.

Colorido..... Espléndido y vivificante.

Claro-oscuro..... Fiel en todo al gran maestro en el manejo de luces y de sombras.

Tipo de la Virgen..... Demasiado español, y por lo tanto no suficientemente hebraico para denotar el origen de raza de la que descendió la madre del Redentor del mundo.

Grupos de ángeles de primer término..... Encantadores, en grado tan superlativo, que forman, á mi juicio, el complemento y éxito de esta soberbia tela, ante la cual inclina la cabeza hasta, el escéptico, y se han movido y moverán muchas conciencias.

La Asunción de la Gran Basílica de Guadalajara; ¿qué podrá agregar mi débil pluma con todo y lo que ya he dicho sobre ella, que no sea un pálido reflejo de la realidad? Sin embargo, comparemos á ésta con la del Louvre en sus bellezas tan sólo, pues mal podría yo, ó alguien otro, hablar de sus defectos, cuando siendo como es esta tela una composición perfecta, nada deja á la crítica y mucho sí á la admiración humana.

Inspiración.....Mayor y más espiritual que la del Louvre.

Dibujo.....Tan correcto, que no hay línea fuera de su lugar. Está tan bien parada esa figura de la Virgen; son tan delicadas sus alabastrinas manos; flotan sus paños de túnica y de manto con tal belleza y precisión matemática, que bien puede decirse que en tan milagrosa escena, en su parte realística, ha observado Murillo leyes que en nada están en pugna con las leyes científicas y físicas del globo.

Colorido.....Vigoroso y vivificante como el de la tela del Louvre.

Claro-oscuro.....Luces y sombras más imponentes en éste que en el del Louvre.

Tipo de la Virgen.....Tan ideal como lo es inspirador, y concuerda bajo el punto de vista humano, con el sublime tipo de la madre de Dios.

Grupo de ángeles de primer término.—Menos en número mas no en belleza celestial. Se nota que son los mismos ángeles que en el cuadro del Louvre, en diversas posturas. Pero si los de aquel cuadro se limitan tan sólo á adorar á la Virgen, los del lienzo de Guadalajara, no sólo adoran, sino también ofrecen lirios, flores y palma á la Madre sublime.

Tenor general de la composición.—Más difícil, más alegórica, y más importante que el cuadro del Louvre que no comprende otra cosa, que la Concepción, los grupos de ángeles y de querubines, y un romplimiento de celaje me-

nos imponente é inspirador que el que revela el cuadro de Guadalajara.

Hasta aquí, mi estudio comparativo de estos soberbios cuadros de Murillo. No sé hasta qué punto estén en regla mis pobres observaciones, nacidas de un interés profundo en determinar á cuál de estos dos lienzos se debe considerar, tanto en el mundo del sentimiento y la veneración religiosa, como en aquel del arte, como el más bello é inspirador. Mal que bien he iniciado el estudio de estas dos grandes obras, y debo esperar que verdaderos críticos del arte pictórico, marquen mis errores, corrijan mi opinión y nos digan por fin cuál de estas dos Asunciones tiene más importancia en el mundo del arte religioso, de la belleza y el sentimiento. Entre tanto esto se verifica, no tengo inconveniente en asentar como ya lo he hecho que, á mi juicio, y como resultado de mi particular estudio comparativo, que es por las razones expuestas en mi crítica, más bella la divina Asunción de Murillo de esta catedral, que la universalmente conocida de nombre ó hecho, en el grandioso museo del Louvre.

No estará por demás, el decir que Murillo, durante su vida de artista, pintó en su género *vaporoso* 27 Asunciones diversas, y que con datos fidedignos puedo decir dónde se hallan.

En América hay dos: la de esta catedral de Guadalajara, y otra en poder de la familia Aspinwall, en Nueva York. Este cuadro, en un tiempo propiedad del rey de Holanda, fué comprado en 1857 por la familia mencionada.

En Europa quedan, pues, 25 cuadros representando el mismo asunto. El Museo Provincial de Sevilla posee, á más de la *Perla de las Concepciones*,

otras dos. La catedral de Sevilla, una. Cádiz, una en el templo de San Felipe Neri. Madrid, Museo del Prado, posee cuatro, y un Sr. Ceriola, una. El Museo de Kensington, Londres, una. Lord Caledon, una. H. Graves y Ca. tienen una que fué pintada para un arzo bispo de Lima. El conde Northbrook, tiene una en Inglaterra; y Lord Overstone, otra. La galería de Sir Richard Wallace, otra; el Sr. Culling Hanbury, otra. El Palacio de Allerton, en Liverpool, contiene una bellissima. En el condado de Northampton, otra de un Sr. W. C. Cartwright. París, posee dos, como llevo dicho, en el Museo del Louvre. San Petersburgo, una en el Palacio del Hermitage, perteneciente al Emperador; y el príncipe Orloff Daridoff tiene otra. Turín, una en la Pínnacotea Real; y por fin en Amberes, venimos á trazar la última en poder de un particular.

No habiéndome sido posible averiguar para quién pintó el excelso pintor sevillano esta tan perfecta como sublime Asunción, joya inestimable en valor y sentimiento de esta catedral, debo inferir que, habiendo sido regalo al templo de la Soledad, de Guadalajara, por uno de los monarcas españoles, debe haber sido pintado por orden de alguno de ellos, y formado parte de la colección suntuosa de las Vírgenes en el afamado Escorial. Mas sea esto como fuere, no es, á mi juicio, la sacristía de templo ninguno el sitio adecuado para la colocación de tan grandiosa tela. Un cuadro altamente representativo como lo es éste para el sentimiento católico, así como para el mundo del arte, merece ser colocado en lugar como el regio coro de esta basílica, adonde la espléndida luz de esa cúpula revelaría al espectador todo lo que es este lienzo, todo lo que vale y todo lo que

significa, para honra de nuestra patria, ser feliz poseedora de una joya como ésta. Yo, quisiera igualmente que este cuadro tuviera para su mejor conservación un cristal, así como un marco de mejor foco que el que en la actualidad tiene; y finalmente, que así como en la catedral de Amberes, tienen las grandes telas de Rubens en sus altares una cortina que sólo se descorre en ciertos días de la semana para poder contemplar las obras religiosas del gran pintor flamenco, así también en esta catedral tuviese la Asunción la suya, para tan sólo descorrerla en días determinados, y que, tanto el común espectador, como el viajero inteligente ó el amigo del arte, comprendiesen que es privilegio y dicha singular mirar un cuadro que, cual éste, es obra de una divina inspiración otorgada al mágico pincel de un artista, cuyas obras serán siempre inmortales para el mundo del arte, como inmortal lo es su gran espíritu, ese que, á decir del inspirado poeta Velarde: "con la fé "por guía al cielo fué á buscar los resplandores" que circundan la imagen de la divina Virgen que nos ha pintado.

*
* * *

Si el punto objetivo de esta sacristía, es la Asunción de Murillo, no por eso olvidaré pasar sin nota alguna, un lienzo enorme que ocupa toda la testera del muro opuesto. Representa este asunto á la Santísima Trinidad, y es copia de uno de Rafael, con esta diferencia, que en lugar de los santos fundadores de algunas órdenes religiosas que están al pié del lienzo original, aparecen aquí en este cuadro de los

antiguos doctores, dos de los modernos, Santo Tomás de Aquino y San Bernardo. Es esta tela, obra del pincel notable de un pintor jalisciense ya mencionado en estas páginas: D. Felipe Castro. La entonación de esta copia, es de escuela moderna: fondos y tintas aperladas y suaves. El dibujo, demasiado acabado, y el claro-oscuro falto de más vigor y entonación. La superabundancia de luz en esta sacristía, para la que ha sido pintada expofeso esta tela y su asunto, indicarían magistralmente que á tanta luz, es preciso más sombra y entonación más fuerte. Pero haciendo abstracción de esta crítica, diré que es un hermoso cuadro y en todo digno de esta sacristía. La cajonería de los suntuosos ornamentos que posee esta Basílica, es un trabajo de talla perfecto y propio al siglo XVIII. Estas amplias cómodas contienen los ornamentos, entre los que se cuentan con orgullo unos toledanos de diversos colores, que sirven para las grandes festividades de la iglesia. Hay igualmente algunos modernos, sumamente preciosos, como el azul y un blanco, confeccionados en renombradas fábricas de Lyon, en Francia. Pero es preciso salir ya de esta tranquila sacristía y pasar en revista otras cosas de bastante interés para el artista y para el crítico.

Saliendo de la sacristía, y en el centro de la nave Sur, se encuentra una amplia capilla dedicada á la Purísima. Un cimborrio le dá bastante luz, demasiada, á mi juicio, para el recogimiento del espíritu. Yo, quisiera que hubiera aquí más ~~sombras~~, de aquellas que envuelven el arte religioso con su imponente manto de misterio y poesía, como tienen algunas de las capillas de nuestra catedral en México y en otras partes. Pero esa blanca y fuerte luz que

deslumbra y destaca todos los objetos, desde el altar hasta la cúpula, es, á mi juicio, inconveniente á los efectos estéticos del simbolismo de un arte sagrado, que es tanto más atrayente, cuanto más oculto pueda estar á las miradas del devoto ó del expectador. Que esta capilla, es de por sí hermosa y elegante, nadie lo negará. Que la escultura de talla de la Virgen, en el nicho principal, es una bella obra de Victoriano Acuña, muy digna de admirarse, es también innegable. Pero ese conjunto de altar blanco (estilo romano), con su ornamentación de bronce, de esos muros de escayola con sus candelabros de pared, época Luis XVI, de bronce y dorados á fuego, es demasiado deslumbrador. Los cuadros, con pinturas alegóricas de las virtudes de la Virgen, todos de un vigoroso colorido, y el monumento de blanco mármol de Carrara, dedicado al Illmo. Sr. Espinosa, primer Arzobispo de Guadalajara, todo destacándose sin suficientes sombras, será también deslumbrador, pero á mi juicio, no es de ninguna manera una feliz inspiración en el sentido verdadero de la estética sagrada. La verdad es, que se nota en esta capilla la ausencia completa del arte y la creación religiosa de los pasados siglos. Todo es aquí moderno; y hace nacer en mí, el recuerdo de esos palacios contemporáneos de los ricos improvisados, en donde se ve la ostentación de la riqueza, mas nunca el arte puro marcando un siglo, una creación perfecta, un sentimiento y un gusto que nacen con el organismo y nunca pueden el resultado aislado y la obra del dinero. Moderarlo todo por medio de la ostentación humana, chivando el pasado con su noble enseñanza, con ignorante idea de que lo antiguo no sirve para nada es desgraciadamente, un rasgo característico de nu

tra época, que cree arreglarlo todo en fuerza del dinero. Y, si bien es cierto, que el arte sin el dinero nada puede alcanzar, también es cierto que éste sólo puede encontrar su inspiración creadora y rentadora en sus propias creaciones, y jamás en las arcas de hierro del nuevo rico improvisado.

En el semicírculo, en la parte superior del ático del altar, está un cuadro de la cena, que es una copia del afamado original del Ticiano. En realidad, entre los numerosos y sorprendentes lienzos de aquel génio creador de la Escuela Veneciana, este cuadro de la cena está considerado como una de las más célebres obras de su fecundo pincel. Tiene además su anécdota interesante, aquella que cuenta Palomino y que en sustancia es como sigue: Cuando llegó este afamado cuadro de la cena al Escorial, se encontró que era demasiado grande para que cupiera en el tablero del refectorio para el que estaba destinado. Felipe II, propuso entonces que se le cortase al tamaño debido, pero *El Mudo*, como le llamaban á Juan Fernández Navarrete, [*] intervino hasta donde pudo, para que no se cometiera semejante disparate con el valioso cuadro de su maestro predilecto, ofreciendo copiarlo en el espacio de seis meses, poniendo de apuesta su cabeza si así no lo verificaba. Mas el Rey vaciló, tomando en cuenta los seis meses; entonces el discípulo, redobló sus esfuerzos, diciendo copiaría el cuadro en menos tiempo. Por fin, la oferta no fué aceptada, y se cometió la estupenda aberración de cortar el lienzo en medio de las contorsiones del dolor que ajitaron á *El Mudo*.

Al contemplar en esta capilla, la copia bastante

(*) También le nombraban *El Ticiano Español*, por lo brillante de su colorido. N. B.

regular del insigne Ticiano, recordaba la historia anecdótica, que marca con un sello de mayor interés esta tan inspirada composición, célebre en los anales del arte religioso, como lo es la renombrada Cena de Leonardo da Vinci. El hecho de encontrarme en esta capilla, aunque fuera con una copia del Ticiano, (ese príncipe de los grandes coloristas), venía á afirmar mi opinión tocante á la apreciación que aquí se tiene por lo bello, y la admiración por los grandes maestros.

En los entrepaños de los costados del altar de la Virgen, hay cuatro cuadros de brillante colorido y representan á Moisés, Aron, Abraham y á Isaac. El resto del decorado en la cúpula, las cornizas y demás partes de esta capilla, revelan gusto; pero es la excesiva luz blanca y la ausencia del arte antiguo en este sagrado recinto, lo que á mi me disgusta. Quisiera ver aquí, como en las hermosas naves de la basílica de Puebla, más sombras, tendiendo por todos lados su cortinaje magestuoso, y ocultando los objetos del arte y de la inspiración, entre los misterios de sus pliegues. No son, á mi juicio, las obras de la creación religiosa, las que se deban presentar con toda su desnudez ante el espectador y á primera vista, en una soberbia catedral como ésta. Es el espectador el que deba buscarlas por todos lados, en el más recóndito lugar, sin poder descifrarlas, hasta que al aproximarse pueda cerciorarse de su real mérito y valor representativo. Hé aquí el encanto misterioso de templos como San Marcos en Venecia, Santa Gudela en Bruselas, Nuestra Señora de París, y de tantos otros, que estaría por demás mencionar, en donde el velo profundo de las sombras, todo lo envuelve y convierte en misterio, hasta que las ideas

imitativas de la verdad y de la belleza, asumen el realismo, una vez que habituada la vista, discierne los objetos en medio aquella luz que es propia á toda sombra.

A mi paso por las naves, había notado en uno que otro de los confesonarios (que son de talla antigua), que los confesores portaban un traje morado como de obispo. Me parecía increíble, que á la sazón hubiera confesando más de un Prelado; é indagando el significado de ese traje, se me informó que en toda la República, sólo los canónigos de esta catedral, tienen el privilegio concedido por la Santa Sede, de portar traje semejante. El efecto es muy bueno, y concuerda perfectamente bien con la dignidad propia á los sacerdotes de este Cabildo, que siempre se han distinguido por su finura y su saber. Todo el piso de la basílica está formado con la madera del mezquite, que ha sido traída de la Hacienda del Cabezón, situada cerca de Ameca, y forma un dibujo precioso á manera de mosaico, sin que aparezca ningún clavo. Este piso, es un complemento al conjunto artístico y armoniosamente inspirador de este templo hermosísimo.

Las dimensiones de este capítulo, me obligan á no seguir pasando en revista otros asuntos de interés artístico-religioso, en los blancos altares de las naves y en la otra capilla que hay aquí. Pero diré algo sobre el magnífico órgano recientemente armado en esta basílica y construido en París, por la conocida casa fabricante de estos instrumentos: M. Merklin y C.^{as}

Colocado el espectador en la nave central de este templo, tiene al frente ese inspirador conjunto formado por el altar mayor y el coro. A su espal-

da y sobre la gran puerta principal de entrada se levanta revestido de su propia grandeza el nuevo órgano. Descansa el artístico é imponente instrumento sobre sólida fábrica, que revestida de blanca escayola con un decorado de oro fino, sencillo y elegante, destaca el armazón de bellos tallados en madera de encino que, entre arcos caprichosos y columnas fantásticas divisorias, encierran los deslumbrantes tubos musicales del órgano sagrado. Como bello remate del arco del centro, se desprende en el aire una gran estatua de la Virgen, con manto y con corona, sosteniendo con su mano derecha la cruz, signo sublime y siempre inspirador. Como remate á esas columnas, formadas caprichosamente por los tubos musicales, unos cimborrios, evocación del arte de Bizancio, decorado por la cruz y el idealismo de los griegos.

¡Qué conjunto más bello y más sencillo que el formado por este órgano que, á su perfección como instrumento mecánico, reúne un gusto artístico indiscutible! Se le mira de lejos, desde el coro ó la nave central, y se destaca elegante y luminoso como un astro fijo allá en el fondo de las sombrías alturas de las bóvedas góticas. Se le acerca uno, y se le ve en toda su magnitud como un Sinaí del templo, desde cuyas alturas resuenan voces musicales imponentes como el mismo Decálogo que, en medio de relámpagos, truenos y trompetas, fué proclamado al gran Moisés en el histórico desierto de Sin. Mas para tener una idea del trabajo mecánico de este gran órgano, es preciso subir á donde está colocado y verlo en su parte interior. Invitado para inspeccionarlo por la persona encargada de arreglarlo, subí á sus alturas y no tardé en hallarme dentro de un complicado, pero muy hábil mecanismo.

Confieso mi incapacidad para describir científicamente este instrumento, el más notable en su género en toda nuestra patria. Así es que, me limitaré tan sólo á hacer uso de las notas que sobre él se me han proporcionado, recomendando para mayor informe un largo artículo descriptivo que publicó el año pasado *El Tiempo*.

Frente al cuerpo colosal del instrumento, aislada del conjunto, se desprende la tribuna del órgano adonde está el teclado con su correspondiente dotación de pedales. Este instrumento comprende:

1.º Teclado grande órgano.....	56	notas	13	mixturas.
2.º Teclado Positivo (expresivo)	56	"	8	"
3.º Teclado Recitativo expresivo.....	56	"	10	"
4.º Teclado de pedales separados.....	30	"	7	"

TOTAL..... 38 mixturas.

5.º Serie de 17 pedales y botones de combinaciones y de expresión.

La altura desde el pié de esta tribuna, hasta la corona de la estatua de la Virgen, es la de diez metros.

El organista, sentado en esta tribuna con la cara hácia el altar mayor, domina una vista completa de todo el templo, y puede de esta manera, estar al tanto de todo lo que pasa en el ciprés, durante las ceremonias religiosas ahí verificadas.

Penetrando dentro del órgano, es cuando se viene á comprender su mecanismo admirable y esa distribución especial de martillos, cuerdas, tubos acús-

ticos musicales y fuelles de fácil contracción, expansión y movimiento. Este instrumento, es comparable sólo en su difícil mecanismo, con esos cronómetros sorprendentes de Bennett, Dent ó de Lozada, en donde todo está combinado con cálculo matemático y precisión increíble. No es de admirarse, pues, que este órgano, como otros de su clase en las Américas y en Europa, sea un instrumento tan perfecto, que imite hasta el sonido de la voz humana, con la misma facilidad con que imita también varios instrumentos de delicado sonido, como lo son: la flauta armónica, la de éco, el clarinete y otros.

Los antecedentes de la compra y traída de este órgano, tan digno de la Gran Basílica, son sumamente honrosos para el V. Cabildo, pues vienen á ser una de las consecuencias del movimiento musical religioso, iniciado hace veinte años en esta Guadalajara, por el ilustrado canónigo de esta catedral, Dr. D. Rafael S. Camacho, hoy digno obispo de Querétaro.

La compra, fué iniciada igualmente, por el ya célebre organista de este templo: D. Francisco Godínez, cuando se hallaba en París en 1880, haciendo sus estudios de piano. Pero esta iniciativa no tuvo resultado práctico, sino hasta nueve años después, cuando el V. Cabildo comisionó expresamente al dicho Sr. Godínez, á que fuera á París, y mandase construir este órgano, y además, otro más pequeño para el coro, que ha sido traído también de aquella capital. Terminada que fué la construcción de estos dos instrumentos, fueron examinados y recibidos en Europa por una comisión de los principales organistas, entre los que figuraban los eminentes artistas, Alejandro Guilmant, Teodoro Dubois y Eugenio Gigout, profesores del citado organista Godínez.

El órgano destinado al coro, es muy bueno y artístico en su aspecto y construcción. Según noticias fidedignas, este instrumento es el único *Electro pneumático* que hay en las catedrales de la República. (*) El mismo Sr. Godínez, me ha comunicado por escrito, que Guadalajara, es la única ciudad del país, que tiene en nueve de sus iglesias, órganos con teclados para los pies; siendo de notarse, que en la capital no existe ninguno con dicho teclado bien construido.

El costo de estos magníficos instrumentos, con gastos de instalación y otros, asciende á la suma de \$60,000. Pero es el caso, que si exceptuamos á Cuicuilán, Sinaloa, (la que también posee un órgano construido por los Sres. Merklin y C.^{os} de París), no hay una sóla basílica después de ésta, que tenga un par de órganos como éstos, de tan magnífico mecanismo científico, de sonidos tan celestiales, y de tan inesperados efectos, que dan alas al sentimiento religioso, y con ellas, elevan el espíritu á esas regiones adonde todo es puro é inspirador.

¡Qué poder el de un órgano como este! ¡Qué influencia tan colosal y misteriosa, aquella ejercida por la música sagrada! Es la imponente y magestuosa voz del órgano; junto con los regios cantares en el coro, lo que en los templos católicos de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, está haciendo más conversiones diarias para el catolicismo. El poder de estos órganos, junto con la música clásica ejecutada á la perfección en aquellos países pensadores, despierta el sentimiento, y con éste, la conversión de

(*) El motor *electro-pneumático* de este órgano, posee tres baterías. Las pilas son nuevas en su género, y de bastanté efecto. Producese la corriente, por medio de la sosa cáustica, que ataca los polos conocidos de zinc y cobre. N. B.

muchos á la religión verdadera de Cristo. Este aserto, tal vez no se comprenda bien en general entre nosotros; pero se comprenderá más adelante, conforme las gentes de otras partes del país, vayan teniendo oportunidad de escuchar estos soberbios órganos, y sentir por medio de la música sagrada, el despertar del alma al conocimiento de la fé verdadera.

“No es el Protestantismo en México,—me decía en Washington, una celebridad, hoy día eminente figura del Episcopado católico en los Estados Unidos,—el que por cierto echará raíces y dará frutos entre un pueblo como el mexicano, en el que todo es sentimiento y delirio por la música. El Protestantismo, sin altares, sin arte, sin ideales, sin simbolismo y muchas veces sin más música que aquella de los salmos cantados en orfeón por los fieles, es un culto muy frío, severo y poco ó nada inspirador, para la mayoría de sus paisanos. La desnudez de esos templos, y la frialdad de esas ceremonias, jamás podrán concordar con los sentimientos de pueblos acostumbrados á encontrar en el arte religioso y la música, la fuente perenne de su inspiración y de sus creencias católico-apostólico-romanas! No creo, pues, que nos deba preocupar demasiado la propaganda de los misioneros protestantes en la católica México.... y, así se lo he hecho presente á su Eminencia, el Cardenal Gibbons, cuando alguna vez, sobre este asunto, charlábamos en Baltimore.”

Muy grato es saber, que hombres eminentes como son los citados, tomen tanto interés en cuestiones de vital importancia, y que tan directamente afectan á los mexicanos. Por eso me he permitido intercalar en estas páginas, la sustancia de aquella interesante conversación, seguro que será he

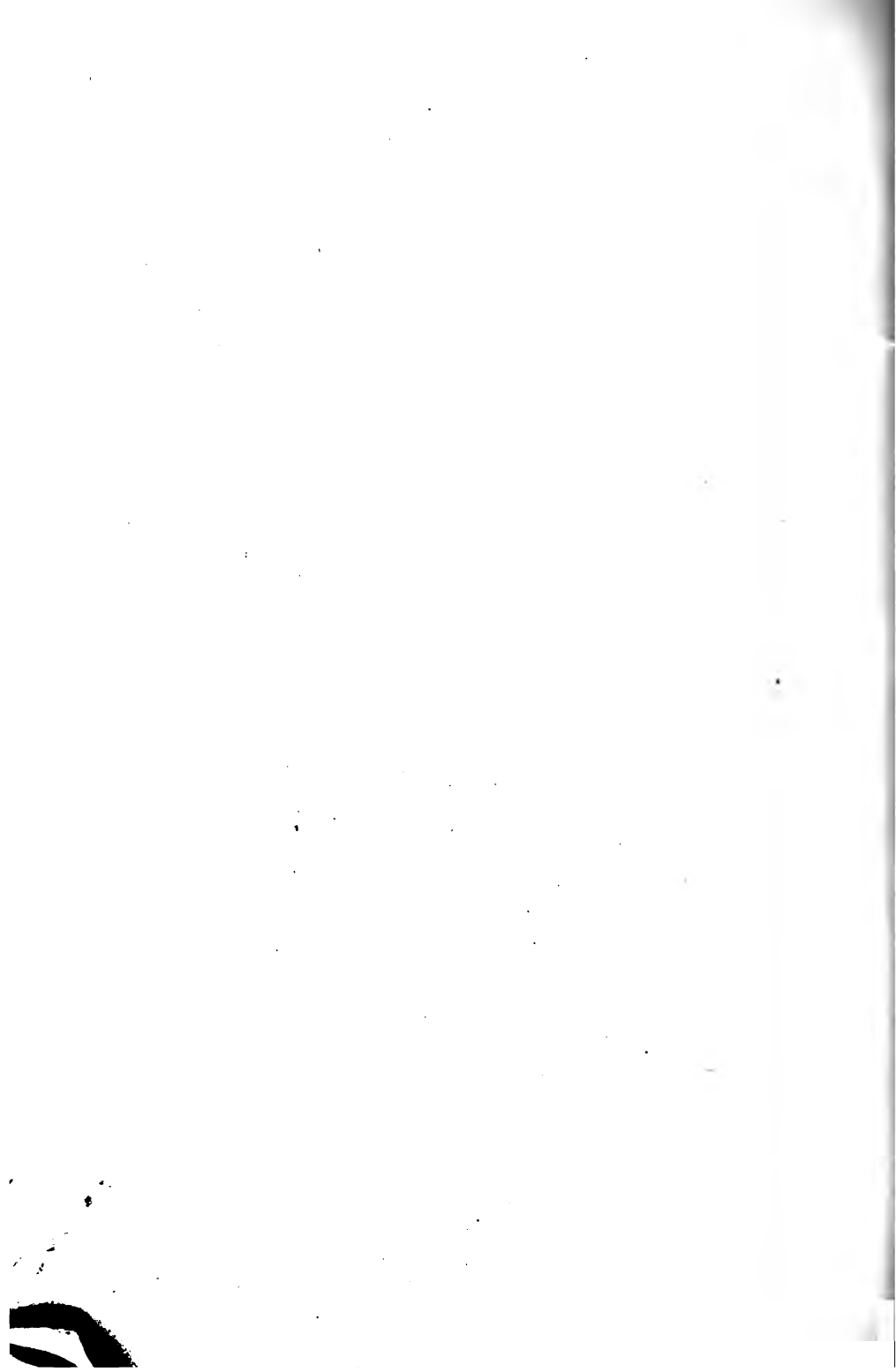
lagadora para muchos, cuando se sepa que el catolicismo, y los católicos de los Estados Unidos, vigilan con fraternal cariño y simpatías profundas á los católicos mexicanos.

Al bajar por la escalera de caracol que del órgano conduce á la gran nave, recordé aquella conversacion tenida en Washington. Seguramente, mi visita al hermoso instrumento, no había contribuido poco á traerme á la memoria las ideas y opiniones de una lumbrera del catolicismo.

Hasta aquí, mis impresiones del arte externas é internas en esta Gran Basílica, en donde he pasado muchas horas de estudio, de placer y de enseñanza. Más de dos siglos y medio han transcurrido, desde que se dió término á esta suntuosa fábrica; y sin embargo, en vez de decaer, se presenta cada día más bella para el arte y para el sentimiento religioso.

Los templos y las basílicas erigidas por el catolicismo al culto del verdadero Dios, siempre serán grandiosas, pues son: el resultado de la Fé, que es todo el consuelo del creyente, y la Esperanza, que es toda la vida del espíritu.





CAPITULO IV.

UNA TARDE EN SAN PEDRO TLAQUEPAQUE.

(Arte del alfarero.)

HERMOSAS tardes las de Guadalajara! Parece que se establece entre éstas y sus lindas mañanas, una rivalidad que llamaré femenil, un celo propio á dos bellezas que entablan una competencia justificada, cuando ambas se revisten de esos colores esplendentes tan propios á natura; de ese conjunto ideal, que se despliega á toda luz en sus celajes y sus nubes, con sus carros de oro y sus leones de plata, atravesando ese anchuroso espacio, adonde el poeta busca la inspiración y el artista los colores. Yo, no puedo contemplar una tarde de éstas, sin traer á la memoria á Guido Reni, el pintor de la aurora, y á los coloristas venecianos, y á Ruskin, cuando nos dice: "¡Dios ha empleado ciertos colores en su Creación, como los acompañantes invariables de todo lo que

“es más puro, inocente y preciosol” Con estos pensamientos, en tarde calurosa, llena de colorido y de belleza, salía en busca del tranvía que me debía conducir á San Pedro Tlaquepaque, población veraniega de los alrededores de *Wadil-adjara*. Con la estación de aguas de Junio á Octubre, según tenemos entendido, emigran las familias de la ciudad, en busca de las frescuras del campo y sus placeres sociales; adonde se cambia, por razón natural, la etiqueta y aristocrática tirantez, propia á toda metrópoli en la jovial franqueza, que también concuerda con la libertad del campo; donde todo es libre, desde el rebaño hasta la flor silvestre, desde el arroyo cristalino hasta el labrador, la aldeana, el niño, el gran señor. El campo, es pues, un gran nivelador de las clases sociales, una verdadera república, cuando el arriero lleva sobre su burro ó su carreta, la preciosa carga de damas y señoritas de la más alta gerarquía; ó cuando se almuerza y se baila en las huertas del humilde campesino, ó se estrecha la mano del honrado artista en su modesto taller, donde modela en barro, esas obras del arte, que si mucho admiramos, poco ó nada protegemos, por lo menos, al grado en que, arte de este género, se protege con igual admiración en otras partes del mundo.

Mas en esta ocasión, no buscaba los placeres del campo, iba en busca de los artistas alfareros, de los modeladores en barro, de los fabricantes de la *terracotta*, de esos de quien desde la infancia, había hablar en México, adonde había admirado sus trabajos fantásticos, y con cuyas botellas para la conservación de la agua fresca y olorosa, estaba tan familiarizado. ¡Con qué cariño he visto más de una esa botella, al regreso del colegio, cuando la bu

con anhelo para apagar la sed! Perdonadme lector, si en el curso de estas "VAGANCIAS Y RECUERDOS," aparezco en sus páginas, con mi insignificante personalidad, diciendo lo que he sentido y he hecho. ¿Pero acaso al hablar de mí mismo, en muchos casos, no repito la historia y la experiencia de otros? ¿No es la vida un espejo, adonde todos nos reproducimos? ¿No es acaso la vetusta historia, la que con más frecuencia se repite en todo el mundo entero?

*
* *

Ha dicho, y dijo bien, cuando así se expresó una elegante escritora americana, hablando de Guadalajara: "Fué grande la sorpresa de encontrarme con una ciudad, que hasta recientes fechas, había estado tan enteramente aislada del mundo, gozando del lujo de la luz eléctrica y de las comodidades de unas buenas tranvías." Efectivamente, son cómodas y buenas las tranvías. En compañía de unos amigos, tomamos una de las que cada veinte minutos, parte de la esquina al S. E. de la Plaza de Armas, para ir á la pintoresca villa de San Pedro, sita á cinco kilómetros al Oriente de la ciudad.

Partíamos con rigurosa exactitud, la tranvía tirada con regular violencia por dos grandes mulas, una tras otra. El wagón iba lleno de gente, en busca de la brisa y las frescuras del campo, en tarde tan caluroso como ésta. Como era natural, estudiaba los tipos y los modales de la gente. En cuanto á lo primero, ¿estará por demás decir que había mujeres bellas? ¿No es por, ventura, la *Tapatía* en lo general,

tipo de gracia y de gentil belleza en esta tierra, Andalucía de México? Sin embargo, haciendo un estudio comparativo entre la andaluza y la *Tapatía*, creo no equivocarme en mis apreciaciones, cuando juzgo á la primera, menos reposada en lo general que á la segunda; por mucho que ambas sean perfectamente encantadoras, la mujer andaluza, es, si se quiere, más demostrativa, con menos restricciones sociales y mayor libertad en sus acciones, en una palabra: más emancipada por efecto de clima, costumbres y usanzas españolas. Ahora, en cuanto á modales, ¿no es acaso notorio en todas partes, que los habitantes de esta tierra se distinguen por su finura, cortesía y refinamiento social?

En camino á San Pedro, había subido al carro una señora muy respetable y distinguida, que acompañada de una joven de tez morena y de simpática presencia, se le hacía lugar para sentarse entre los pasajeros. Era esta dama, persona bien conocida en esta sociedad: la célebre poetisa jalisciense, D. ^a Esther Tápia de Castellanos, la sentida cantora de lo bello, del hogar y del trabajo de la mujer emancipada, cuando en tan bellas estrofas ya lo ha dicho:

Levantémonos, pues, llegó ya el día
De ocupar nuestro puesto con firmeza;
Seré para buscarlo vuestro guía;
¿Quereis saber cuál es y dónde se halla?
Lo mira en el hogar el alma mía!
Ahí está la mujer en su grandeza!
Ahí está su misión, misión bendida!
A que sepa cumplirla
Preciso es enseñarla;
Y para resistir las tempestades
Preciso es protegerla y educarla.

.....

Trabajad con valor, nobles mujeres!
Haced que vuestra mente
Bañe la luz divina de la ciencia;
Cultivad vuestra clara inteligencia,
Trabajad con anhelo;
Pero sin olvidar ni un solo instante
Que la luz natural viene del cielo,

*
* *

La Sra. Esther Tápia de Castellanos, es una figura demasiado prominente en las letras jaliscienses, aún más, en la literatura del país; así es que, estaría por demás hacer aquí su apología; pero haciendo un viaje juntos accidentalmente en la tranvía, no es más que natural, haga yo mención de ella, y extracte, como lo he hecho, esos dos bellos y sentidos trozos de su magnífica "Oda al Trabajo."

La tranvía, sin obstáculo ninguno, avanzaba en la carrera. Salíamos de la ciudad, y pasábamos por la garita de San Pedro, con su vetusta portada compuesta de tres arcos, para encontrarnos en una larga calzada, en algo semejante á la de La Piedad, en México. Grandes y copados fresnos, y otro arbolado dando sombra al camino, por desgracia, polvoso, como todas nuestras vías de comunicación! Este camino, me decía una bella compañera de viaje, es espectáculo digno de verse, cuando comienza la temporada veraniega. Por aquí todo el mundo viene en carretas ó en burros, todo es alegría, flores, música y expansión. En una estación, que á la sazón pa-

sábamos, con un largo portal y su glorieta, se detienen los alegres excursionistas de los burros y las carretas, y al són de la música de cuerda, se lanzan al baile los hijos de Terpsícore! Entonces, esta poética porción del valle de Atemajac, pierde su silencio campestre, y los aires resuenan con los cantos de la alegría y las voces del placer, junto con los acordes de bandolones y guitarras. Sí; mucho de la Toscana, y no poco de Andalucía, tiene por todos lados esta hermosa Guadalajara!

Habíamos llegado al término de la jornada, y por lo tanto, estábamos en plena villa de San Pedro, tranquila y solitaria, como todas nuestras poblaciones de campo, lo están á ciertas horas del día ó la tarde. No sé hasta qué punto se pueda comparar este lugar con Mixcoac, menos fértil tal vez que el primero, pero semejante en sus calles, casas de campo, y aún algo en su topografía y general distribución de templos, plazas y jardines. Sea como fuere, el arte del alfarero me había traído aquí como punto objetivo, y de éste me voy á ocupar ahora de preferencia á lo demás.

Apenas si en la vieja Historia del arte y sus orígenes, se encuentra cosa más antigua, que el arte de modelar en barro. Se halla entre los judíos, que la practicaron como una honrosa ocupación, simbólica á tal grado, que la creían como un poder de Dios transmitido al hombre sobre el barro. Pero en Egipto y en la Asiria, es donde encontramos las fuentes creadoras del alfarero; de allí la estatuaria, de allí el ornato, de allí los utensilios domésticos, de allí la influencia ejercida por la civilización de Asiria sobre los griegos, y de éstos á los de Etruaria, como también sobre los romanos. Los descubrimientos de

Place, efectuados en 1860, en el Palacio de Khorsabad, sacaron á luz tinajas y vasijas de arcilla, semejantes á las que en España introdujeron los árabes para la conservación del vino y del aceite, y muy parecidas á las que aquí se fabrican para conservar el agua fresca. Cuenta también la historia, que el tonel de Diógenes era de barro. Pero es en Grecia y en Italia, en donde se han encontrado los más preciosos productos de esta antigua industria. Si el clasicismo helénico perfeccionó la forma, el espíritu artístico de los hijos de la Etruaria, junto con la inventiva, elevó los productos del barro y de la *terra-cotta* á verdaderas obras del arte. Rica es Italia en arcillas, como lo es en mármoles, y tiene, como es notorio, un gran mercado para sus productos y sus obras de arte en *terra-cotta*, cuya reputación es universal, y con la que alcanza precios muy grandes en varias partes del mundo.

Yo, quisiera que en mi mano estuviese poder investigar el origen de este arte, de esta industria entre nosotros. Su similitud en infinitos casos, por ejemplo, en los que se relacionan con sus utensilios domésticos, con aquellos que fabricaron los egipcios, haría afirmar más mi creencia, de que nuestra civilización indígena es de origen egipcio, y no una civilización aislada, nacida por instinto natural del hombre, sin más modelos que los de la naturaleza salvaje, sin más fuentes inspiradoras, que las recónditas del genio ó del ingenio humano. Desgraciadamente, seguimos en la actualidad, como en los siglos transcurridos, en la más completa duda sobre el origen y procedencia de nuestras razas pobladoras, y en cuanto á su arte industrial, sólo podemos hacer comparación entre ésta y la de Egipto, el Asia, ó la India Oriental,

mas sin poder afirmar nada, y sólo sospechar por su similitud, que de aquellos países, fué importada á la América, por las tribus errantes, que como las de los Toltecas, atravesaron por tan bella porción de nuestra patria, dejando las huellas de una civilización tan avanzada, como sorprendente lo es para nosotros.

Las indígenas razas pobladoras de Jalisco, se han distinguido más por su valor heroico, que por su arte civilizador. No es, á mi juicio, pues, en estas comarcas, el arte del alfarero oriundo de estas regiones, tan ricas en arcillas plásticas, como lo pueden ser en el caolin, para el arte encantador y útil de la cerámica. Es otra civilización más avanzada que la de los guerreros chichimecas y de los patrióticos tonaltecas, la que ha venido aquí á mejorar la alfarería. Es la de los aztecas, y aún más, la de los tlaxcaltecas, que á la llegada de los conquistadores al Anáhuac, habían alcanzado progresos tales, como modeladores y artistas en el barro, que sus trabajos fueron considerados iguales á los mejores que en aquel entonces se hacían en Europa. Con la conquista de Nuño Beltrán de Guzmán, deben haber venido á estos lugares artistas de Tlascala, modeladores en el barro, pues es lógico suponer, que en un ejército, cual el de este conquistador, compuesto en parte de 10,000 tlaxcaltecas, había entre ellos muchos aventajados alfareros, cuya industria, como llevo ya dicho, competía con la de su ramo en la vieja Europa. Después de la conquista, como consecuencia natural, el arte del alfarero en Guadalajara, tenía que inspirarse en una nueva fuente, quiero decir: en el arte árabe importado de España, por los andaluces pobladores de la Nueva Galicia. Por eso los indígenas, con don especial, imitativo é inherente á su raza,

comenzaron á fabricar los azulejos que más tarde se emplearon para dar colorido y belleza á los cimborrios y á las torres del templo cristiano, á las fachadas, á los frisos y aún hasta á los braceros de las casas. Por eso, embellecieron sus jarrones y otros objetos con arabescos y dorados, con calados y figuras, reincarnación singularísima del espíritu artístico de la civilización morisca, en los humildes alfareros de San Pedro Tlaquepaque y otras partes del Estado de Jalisco. Con la conquista española, no vino felizmente, el exterminio completo de las razas indígenas, pues esto no sólo hubiera sido la barbarie, sino la crueldad más refinada. Las metamorfosis propias á la amalgama de razas y á la propagación de nuevas costumbres, mezcladas á las antiguas de los indios, vinieron á crear nuevas exigencias, hasta en la manera de vestir del español como del criollo. De allí nació, digámoslo así, el *ranchero* y la *china*, el sombrero *jarano* y la *calzonera*, la enagua de castor con lentejuela, el *rebozo* y el zapato de raso azul. En una palabra: el traje que desde su aparición, le hemos llamado nacional! El modelador en arcilla plástica, ha encontrado en los tipos de raza cruzada y en sus trajes, así como en las costumbres de los indios, un modelo inagotable en que inspirarse, para sus estatuas y figuras, que siempre han evocado la admiración de naturales y de extranjeros, por el espacio de infinitos años, desde los primeros albores de este arte, en su segunda época, hasta el presente día.

Con todos estos antecedentes, con toda esa historia interesante, propia á un arte y á una industria, cuyos orígenes se encuentran en Egipto y Asiria, entre los hebreos y los griegos, misteriosamente oculto entre las razas del Anáhuac, no es poco el interés

que se despierta, cuando se viene á este San Pedro, en busca de la bien reputada alfarería de Salvador Ruiz Velasco. Así es que, después de dar un paseo por los portales del parían, y comenzar á ver allí algunas muestras muy bonitas de trabajos en barro, y cruzar por el jardín del centro y sus vastas arcadas, solitarias como el claustro de un convento sin monjes y sin vida, llegamos á una modesta casa, frente al parían, habitación y taller almacén del mencionado alfarero, tan modesto, como inteligente en su arte. Ya en México, había visto varios trabajos de su mano; había admirado en ellos, la expresión sorprendente en las figuras, el tratamiento bien comprendido del ropaje, la apostura natural en todas ellas, y la anatomía de la figura humana, en lo general bien estudiada, como lo prueba su crucifijo en *terra-cotta*, copiado de una estampa del afamado calvario de Guido Reni!

—¿Ha estudiado anatomía? preguntaba el artista.

—No, señor; tan sólo un poco de dibujo, allá de muchacho cuando estaba en la escuela

Esta es la historia de muchos modeladores en barro; no saben anatomía, pero sí saben copiarla, por medio de su viveza, de la observación y del instinto orgánico que impele al hombre á imitarlo todo. Aquí viene bien recordar aquellas frases de Miguel Angel, cuando dijo: "No tiene el último de los escultores algún concepto que no lo circunscribe el mármol." Así pasa con estos alfareros tan hábiles, que bien puede decirse de ellos: que nada conciben que no lo circunscribe el barro!

La escritora americana, Cora Hayward Crawford, en su libro sobre "La tierra de los Moctezu-

mas," publicado en Nueva York en 1889, al hablar de los alfareros de este San Pedro Tlaquepaque, dice lo que á continuación traduzco, cuando tanta justicia les hace á estos artistas tan modestos:

"Hay en Guadalajara dos cosas que son especialidades de los indígenas, trabajadas á un alto grado de perfección: el exquisito encaje hecho como si estuviera dibujado, y que es una maravilla de un arte delicado, y la alfarería que comprende el trabajo de estatuillas, jarrones, imágenes de barro, ornatos y utensilios de todas clases que imaginarse pueda, y que le han dado á esta ciudad tan merecida fama. Se asegura, que todo hombre, mujer ó niño en Guadalajara, es artista de nacimiento. ¡Ojalá y algunos de esos de nuestros americanos, discolos alfareros, pudieran venir aquí y nacieran de nuevo!"

"La villa de San Pedro, en los suburbios, y á la que se llega por la tranvía de la ciudad, es el cuartel general de la industria del alfarero, que ejerce principalmente, en su pobre jacal el peón, y adonde modela, cuece y decora sus artefactos. Aquí, así como en la Plaza de Toros, y en muchos establecimientos en la ciudad, se pueden encontrar, de venta, carretadas de estos artefactos, de todos tamaños y de diversas clases, desde tacitas de juguete, hasta jarrones para flores, de tres pies de altura. Aquí, también, se fabrican bustos y estatuillas que representan á todos los hombres notables del país, pasados y presentes, y figuras de barro, que copian con fidelidad á los nativos en las diversas escalas de la vida. Ya bien sea de una fotografía, ó con ligero estudio de la fisonomía propia, estos artistas de nacimiento, bien pueden modelar en miniatura un fac-símile en poco tiempo, de sus parroquianos. Las

“jarras para el agua, de un barro abrigantado y es-
“maltado de colores, como artísticamente decoradas,
“bronceadas y doradas, resaltan entre todo como las
“piezas más hermosas.”

Tan gráfica he encontrado esta descripción y estas apreciaciones de la escritora americana, que no he podido menos de intercalarla en estas páginas, cuando tantos elogios hace á los artistas jaliscienses. Efectivamente, de todos los objetos descriptos, y muchos no mencionados por la escritora extranjera, me encontraba en esta vez, rodeado en la alfarería de Ruiz Velasco. Pero me faltaba investigar lo más interesante: ver cómo se hacen esos trabajos tan perfectos. Al efecto, me internaba por la casa para salir á un patio. Había aquí dos ó tres indígenas trabajando en una mesa rodeada de muchachos de diversas edades, que con suma atención veían modelar. Los unos, artistas del presente; los niños, seguramente artistas del porvenir?

Sobre una tabla varias bolas de barro plástico muy suave y de diversos colores, revelando la riqueza que en arcillas tienen estas comarcas. Hasta aquí muy bien; allí estaba la materia prima; pero ¿adónde el modelo? ¿adónde los acabados instrumentos, para trabajar tantos primores de arte? En aquella mesa, y en manos del alfarero, no había más que unas imperfectas espátulas, unos clavillos viejos, un no sé qué hecho de hueso, en sustancia nada; y sin embargo, con *ese nada*, se hacen cosas tan bellas, tan singularmente artísticas, que apenas si hay palabras para elogiarlas como ellas lo merecen!

Me acercaba á un indígena para verlo trabajar. Estaba modelando la figura de un comanche. ¡Qué bello estudio del desnudo! Apenas si se encuentra

en lo general en la figura humana formas más atléticas, desarrollo más perfecto que en el de nuestras tribus de indios salvajes, cuya existencia nómada en las praderas fronterizas, los hace tan ágiles, como en fuertes y musculares los convierte su vida al aire libre, sus faenas y sus luchas. Pero aquí no había modelo para este alfarero; todo lo estaba haciendo de memoria, todo como el resultado de su ingenio y de su alma de artista. No podía menos de traer á la memoria, en estos momentos, la invención de la escultura, debida al romántico amor de Dibutades, hija de un célebre alfarero de Sicyon. Pero, si la hija del notable modelador, había proporcionado al padre la esfigie y la cabeza de su amado dibujada en el muro con carboncillo, y de ésta sacaba el molde en barro, para cocerlo después, nuestro humilde alfarero, no tenía en estos momentos modelo alguno qué copiar, ni siquiera en el muro de adobe que circundaba el patio. Deseoso de otorgar todos mis plácemes y alabanzas al indígena artista, me encontré con que era sordo-mudo, y en fuerza de ademanes, por fin, me comprendió, mostrando su gratitud con señas y sonrisas. ¡Pobre hombre! La naturaleza le negó el habla y el oído; pero en cambio le dió inteligencia; ese don preciosísimo con que se eleva el hombre, y se forma la civilización.

Muy complacido estaba con mi visita al taller-almacén del Sr. Ruiz Velasco, donde hay tanto qué admirar, y cuyos trabajos no sólo han alcanzado premios en la Exposición de Guadalajara de 1888, sino en el gran Certamen Internacional de París de 1890; en donde obtuvo dos medallas de bronce. Al partir de la alfarería, el dueño de ella ponía en mis manos el crucifijo que tanto había admirado por su expre-

sión, proporciones y notable comprensión anatómica. Era éste, un generoso obsequio del artista, al amigo del arte y de los alfareros de esta villa. Lo he agradecido mucho; y de ello hago mención en este libro, para que nadie ignore lo que son, en su manera de ser, los hijos de esta tierra.

El sol ya declinaba y la tarde comenzaba á pardear, cuando en compañía de mis buenos amigos apretábamos el paso para ir en busca de otra renombrada alfarería: la de Pantaleón Panduro, cuyas obras me eran ya conocidas en México. Pasábamos por angostas calles perfectamente solas. Las casas bajas, con sus ventanas cerradas, daban un aspecto á esta villa tan solitario y silencioso, que bien podían sus habitantes haberse muerto todas de una plaga, de una epidemia asoladora. ¿Adónde estaban las gentes? ¿adónde las criaturas, que no alegraban con sus juegos y algazara natural, esas calles, esos jardines, esas plazas? Lo diré de una vez: ¡estaban en el templo! Pasando á la sazón por la iglesia parroquial, los acordes del órgano herían nuestros oídos. Deteníamos el paso, se efectuaba un conciliábulo natural entre los jóvenes del sexo contrario. Resultado: todos penetramos en el templo. Era la fiesta del Sagrado Corazón, y todo el pueblo, puede decirse que estaba aquí. En el altar mayor, perfectamente decorado, brillaban centenares de velas, cuya luz se mezclaba á porfía, con la morada luz crepuscular que al penetrar por las alturas del cimborrio y ventanas, bañaba todo aquel poético recinto. En medio de aquella luz, cual nítidas palomas, se destacaban infinitas criaturas de trajes blancos y vaporosos velos, ángeles ó pequeñas beldades que, con inocente y amoroso anhelo, habían venido á depositar las flores de

su infantil amor sobre el altar! ¡Cuánto respeto, cuánto recojimientto, cuánto aseo se echaba de ver en este lugar! Pero apenas si comenzaba á tomar mis apuntes en el libro de la memoria, cuando era tiempo de partir. Salíamos de la iglesia parroquial, como quien sale de ver un cosmorama con muchas y diversas impresiones, donde el colorido se confunde con la escena, y la escena con lo real y lo imaginario.

El silencio arrobador de la tarde y la villa, se sentía tan sólo interrumpido en estos instantes, cuando al salir del templo nos perseguían los acores del órgano entonando una plegaria, cuyos ecos se perdían en el valle. Cerca de la parroquia está otro templo, aquel llamado "El Santuario." Su belleza arquitectónica, embargaba desde luego mi atención. Dos grandes torres y una hermosa cúpula; lo suficiente para hacerme detener el paso. No había qué preguntar quién era el arquitecto de esa cúpula y de esa elegante linternilla, pues ya se adivinaba que era Gómez Ibarra. Lo que sí sorprendía, era ver tan espléndido templo en población tan reducida como ésta. Entré á ese templo tan sólo unos momentos; así es que, mal le puedo describir; pero el conjunto de altares, capillas elegantes, coro, púlpito y algunos cuadros, me dieron la impresión de que hay aquí bastante qué admirar. El sacristán, que á la sazón tenía algo que hacer en el santuario, tomó mucho interés porque viera yo algo; pero las sombras de la nave eran muy fuertes, y apenas si entre la luz violada distinguía las facciones y el colorido de una virgen pintada al óleo, cuya composición me pareció tan buena, (no obstante la falta de la luz), que he quedado en volver á este santuario, para buscar con ayuda de

una escalera, la firma del pintor aquí ignorada. ¿Será su autor Murillo? ¡Nada de raro fuera, cuando este insigne sevillano, pintó bastante, que vino á dar á México, como también al Perú! ¿Será de Andrea del Sarto, de Sebastián del Piombo ó de Francisco Rizi? ¡Quién sabél pues de todos estos artistas parece revelar algo en su composición, como en su colorido.

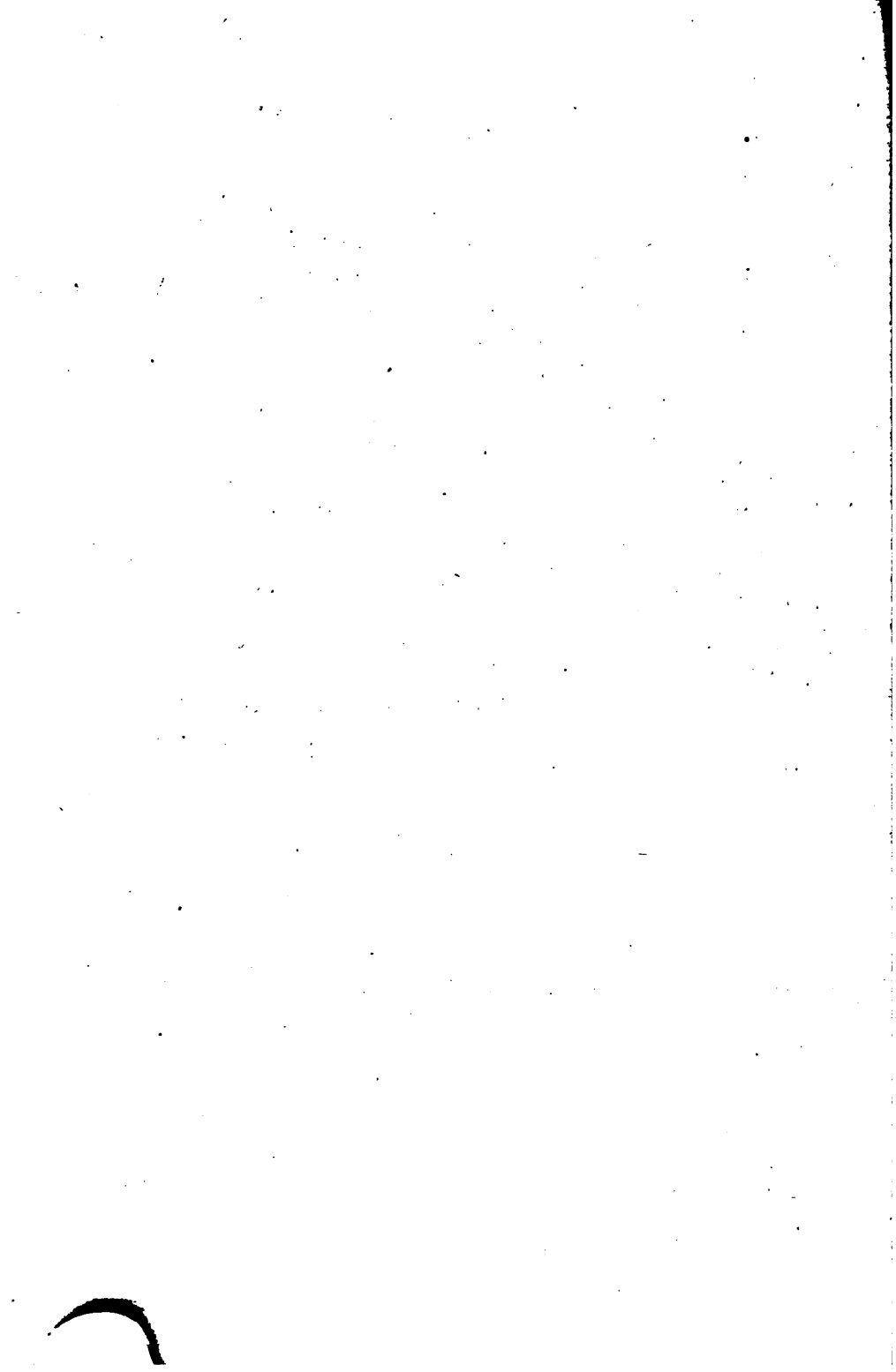
Con tan especiales tentaciones é inesperadas sorpresas, me parecía imposible llegar á la mentada alfarería de Pantaleón Panduro. Por fin, llamábamós á su puerta, para saber que había salido; pero su esposa, que había venido al zaguán, nos hizo entrar al taller para mostrarnos algunas figuras y objetos del célebre modelador y fisonomista de esta villa. Cuando se toma en consideración, que este alfarero tan notable, no ha recibido educación ninguna en su arte, se queda uno aún más maravillado ante sus producciones, pues en ellas se encuentra la observación y el conocimiento de ciertas reglas muy precisas, que forman, digámoslo así, al verdadero artista y al correcto modelador, y de éste al escultor. Pero, en este indígena, como en casi todos los de su oficio en S. Pedro, no hay educación técnica, no hay conocimientos de anatomía externa, no hay lecciones de estética, sino aquellas libremente impartidas por la naturaleza, no hay sino es nociones de dibujo, como pasa con Ruiz Velasco, y, sin embargo, estos alfareros son artistas, y nos producen las más bellas obras con la simple arcilla plástica, con la misma facilidad y destreza con la que Miguel Angel, produjo su estatua de nieve ante la atónita mirada de Pietro de Médici!

Pasaron por mis manos, tantos y tan diversos, objetos, obra de este alfarero, que empresa de roma-

nos, sería decir á cuál de ellos debiera dar supremacía. Estatuitas de toreros españoles, bien conocidos en el país; tipos variados de indígenas en sus múltiples actitudes y faenas; bustos de admirable parecido de hombres notables contemporáneos; rurales á caballo lazando ó coleando, y por fin, toda la historia de un borracho de levita y sombrero de copa, con la figura en tan diversas posturas, que ya en la última, ha caído por tierra, aplastando el sombrero y maltratando la ropa! Admirable composición, que pide mucho estudio y destreza en el modelado y la expresión, que están aquí, perfectos, como en una de tantas de esas inspiraciones humorísticas del célebre *terracottista* Focardi.

Se acercaba la noche, y había que ir en busca de la tranvía y regresar á la ciudad, llevándome el recuerdo placentero, de cómo se había pasado una tarde entre los artistas alfareros de este San Pedro Tlaquepaque.





CAPITULO V.

HISTORIA DEL HOSPICIO.

HORAS SENTIMENTALES EN EL DE GUADALAJARA.

CUANDO el viandante detiene sus pasos por el costado Norte de la bellísima y aromática Plaza de Armas de esta Metrópoli, se presenta á su vista una calle recta que comprende ocho cuadras. Allá en el fondo de esta avenida, con su arbolado y variado caserío, se destaca al Oriente de la ciudad, uno de los edificios más gigantescos que posee. El renombrado "Hospicio;" una de tantas, de esas construcciones, orgullo de la ciudad y admiración de todo viajero inteligente. Los que conocen el clásico pórtico del Sagrario, los que han visto y estudiado su cúpula grandiosa, mal pueden preguntar: ¿quién es el arquitecto de la del Hospicio? ¡Héla allí con sus líneas y proporciones bellísimas, con el templo y su gracia-

so pórtico, revelando en todo su conjunto el pensamiento y la obra de Manuel Gómez Ibarra! Pero, ya he dicho en estas páginas: "que apenas si hay un punto de vista en esta capital, desde donde no se admire de cerca ó de lejos alguna obra arquitectónica en la que su ingenio no haya desplegado, en alas del más riguroso clasicismo, las verdades y las magnificencias de su arte." También he dicho que el nombre de este arquitecto, como el de Miguel Angel en Roma y en Florencia, se encuentra enlazado con todas las obras monumentales de esta Guadalajara. Hoy, que por un punto de vista, contemplo por el Oriente, su bellísima obra, la cúpula del Hospicio, á mi derecha el sin par Sagrario, un poco más allá las singulares torres de la faustosa Catedral; tras éstas, la afligranada cúpula del Palacio Arquiepiscopal, y por otro lado, el blanco-azul cimborrio de azulejos del templo de San José, con su torre destacándose y como avanzando al frente, cual un explorador de la Santa Cruzada en Palestina, no puedo menos de afirmar lo antes dicho, y repetir que al genio de este arquitecto jalisciense, debe Guadalajara mucho de su hermosura arquitectónica, como á las creaciones del Giotto, de Miguel Angel, de Ghiberti, de Nicolás y Juan de Pisa y otros, debe Florencia y la Toscana todas sus magnificencias, todas esas grandes concepciones que nos sorprenden, nos elevan y nos educan.

Mas de contar tenemos la historia de este célebre Hospicio, junto con nuestras impresiones. Ya, desde la plataforma del tranvía, que en línea recta le conduce á uno á este gran edificio, había venido admirando su aspecto magestuoso, lo mismo que su bella situación. El primer requisito que hay que llenar para hacer lucir un gran monumento de la ar-

quitectura, es buscarle espacio y aislamiento de otros edificios que lo oculten ó lo circunden, de tal manera, que pierda éste su belleza, ó en algo disminuya su mérito ó magnitud. En pocas partes del mundo, he visto tan bien llenadas éstas condiciones como en esta Metrópoli; por eso es que todos y cada uno de sus edificios lucen tanto; porque todos están rodeados de plazas ó de grandes espacios, adonde tan sólo ellos son los señores del lugar; el gran punto objetivo, como la nave aislada en medio del Oceano, ó como las pirámides de Cheops, en la extensa y solitaria llanura del Egipto!

Al penetrar á este edificio por su vasto y hermoso pórtico, se reviste el espíritu de cierto recogimiento que llamaré místico, pues cuando se entra al templo de la caridad sublime, se ha entrado á la mansión del cielo sobre la tierra, á un centro adonde *se ama al prójimo como á sí mismo*, y adonde por consiguiente, se hace efectivo ese grandioso mandamiento, emanado de una divina ley. En este Hospicio, erigido en parte desde 1803, gracias á la munificencia del gran Obispo Dr. D. Juan Ruiz de Cabañas, se traslucen dos cosas de una magna importancia. Primero: que el fundador ha sido un verdadero apóstol del cristianismo. Segundo: que este pueblo es un pueblo digno de Dios, y el hombre cuando sostiene y posee establecimientos de caridad tan espléndidos, como lo son este Hospicio y el grandioso Hospital de Belén, sin rivales en toda la extensión de nuestro territorio. No es posible que venga aquí el viajero culto, ó el hombre dotado de bellos sentimientos, que no se quede atónito, ante tan nobles instituciones como lo son estas dos. Hasta 1810, había sido constructor y director de esta obra D. José Gutiérrez,

otro insigne arquitecto, cuyo nombre llevo ya registrado como una celebridad, coadjutor admirable del eminente obispo filantrópico Dr. Juan Ruiz de Cabañas. Así es que, encontramos á este batallador arquitecto, desde el año 1827, removiendo el coro de la gran Basílica á su lugar actual; proyectando el Sagrario, y comenzando á construirlo en 1808, y siguiendo la obra de este Hospicio, hasta que nuestra guerra de independencia traía consigo la suspensión de obras magnas, que cual éstas, necesitaban ante todo de la paz, esa bendición de los pueblos, esa fuente inagotable para el progreso de las sociedades. Las obras, pues, proyectadas y á las que había dado principio Gutiérrez, venían á ser interrumpidas con las luchas de un pueblo que, como un solo pensamiento, una sola fuerza, se levantaba para combatir por sus libertades y por la santa independencia! Con el transcurso del tiempo, tocaba á Gómez Ibarra seguir y terminar la obra de Gutiérrez, de quien ha sido tan digno sucesor, tan fiel intérprete, que en muchos casos le ha superado con ventaja. No fué sino hasta el año de 1840, treinta años después de la suspensión de la obra de este Hospicio, en que bajo el patrocinio del Sr. Obispo D. Diego Aranda, se continuó hasta terminarla, según proyecto reformado por Gómez Ibarra, con especialidad en lo tocante á su iglesia, cuyo costo ascendió á \$12,000, suma bien insignificante, para lo que representa este templo, que bajo un punto de vista arquitectónico, es lo más notable de todo este edificio.

En mi visita á este gran plantel, asilo del que nacer acaba, como de aquel que de la vida pasa á otra existencia nueva, fuí obsequiado por la estimable directora, con un cuaderno bien impreso en la ti-

pografía de este Hospicio, así como con el interesante plano del edificio todo, que también hecho aquí, proporciona importantes informes y detalles sobre su historia y fundación, así como su estado actual. Como de buena fuente he sacado algunos datos de este cuaderno, y también con el plano me he guiado para abarcar la magnitud de esta tan vasta construcción, que parece más bien por dentro, ser una série de conventos, claustros, ó palacios con sus jardines y sus fuentes, su templo para todos, que un solo edificio que comprende todo esto, y que es asilo bendito para la desvalida niñez, como lo es igualmente para la triste y desvalida ancianidad!

Relata el pequeño cuaderno mencionado, que deseando el ilustre Obispo de la Diócesis, hacer una Casa de Misericordia para desvalidos, ancianos, huérfanos y expósitos, compró en Mayo de 1801 al Sr. Presbítero Noreña una casa y solar situados á la orilla Oriente de la ciudad. Que en Diciembre de 1804 hizo solicitud al Ayuntamiento para que le cediera ó vendiera un solar contiguo, el cual le fué cedido, y con éste dió mayor extensión al plano que para la construcción había trazado el afamado arquitecto-escultor D. Manuel Tolsa, bajo cuya dirección se dió principio á la obra. Que no pudiendo este arquitecto continuarla por estar ausente en México, contrató al ingeniero de la Academia en la capital, D. José Gutiérrez, para que viniera á terminarla. Que se ocuparon en su edificación 300 trabajadores, y que se gastaron \$230,864, de los cuales el filántropo Obispo dió de su peculio \$145,930 y lo restante fué aplicación de capitales piadosos, testamentarias, donaciones y legados, comunidades religiosas y varios curas.

No cabe duda que el ejemplo del grandioso benefactor Fray Antonio Alcalde, dado á fines del siglo XVIII, encontró en esta Guadalajara, otro émulo en el digno prelado Dr. Ruiz de Cabañas, que desde principios del siglo actual comenzó a dar pruebas de su munificencia y caridad cristiana. Así es, que, si esta ciudad había visto en un siglo levantarse como un coloso del sentimiento más noble, el de la caridad, ese gran Hospital de Belén, que es orgullo de todo un continente, otro siglo, el XIX, reportaría los incalculables beneficios de otra muy noble institución, como lo es este Hospicio, en su género, uno de los mejores establecimientos de toda la América.

*
* *

Hasta aquí algo sobre la "Historia del Hospicio. Mas ahora contaré cuáles han sido mis impresiones bajo el influjo de unas "Horas Sentimentales" pasadas en él; horas en que el espíritu enteramente dominado por los afectos tiernos, hace olvidar al mundo de las crueldades, de las maldades y de los engaños, y hace también que el filósofo exclame en lugares como éste: "¡Bendita caridad, sentimiento sublime que deifica al hombre cuando tanto le acerca á la Dividad! Por eso al penetrar por su bello pórtico, de columnas estilo Toscono, se siente desde luego, que el espíritu se arroba en una atmósfera tranquila, llena de paz, de sentimientos de ternura y de amor universal, sin distinción de razas ni de edades, pues la bendita caridad en su cosmopolitismo no

reconoce más origen que Dios, más mandatos que los que dicta la conciencia, más religión que aquella que descansa en la divina base, en cuyo pedestal se levanta la grandiosa figura de la Caridad, cubriendo con su manto á la humanidad doliente! A esa humanidad de la que está compuesto en su mayor parte el mundo..... Yo no sé qué recojimiento interno se experimenta en este Hospicio al penetrar en él; pero es un hecho, que el espíritu humano se siente *influenciado*, digámoslo así, por todo lo que le rodea y aparece ante su vista. Del pórtico se pasa al primer patio; en éste, detenía el paso, con el fin de esperar las órdenes de la Directora para poder hacer mi visita. Me encontraba en un sitio encantador en grado superlativo, circundado por anchos corredores de bellos arcos y columnas de orden toscano (que es el que predomina en casi todo el edificio). En el centro del patio, un precioso jardín esparciendo por doquier el perfume de sus flores. Arriba el cielo azul, abajo la soñadora luz de la tarde adormeciendo las plantas y las flores, y, luego, juguetona, penetrando por los arcos, para después perderse entre las sombras del misterio tendidas por acá y acullá en esos corredores solitarios! ¿Quién pasaría á creer que este inmenso edificio, albergaba en estos instantes á centenares de gentes de diversas edades y de distintos sexos? Este silencio arrobador encontraba su razón de ser en el orden y la admirable organización que en todo revela este establecimiento. Entre el verde tupido follaje de los árboles del patio, se vislumbra el templo, como arriba de las copas se destaca, con todas sus bellezas arquitectónicas, la linda cúpula y el poético campanario que corona el pequeño pórtico de su entrada. Contemplando este conjunto delicioso forma-

do por la naturaleza, el hombre y el arte, era yo presentado (por un viejo amigo que me acompañaba), á la digna directora de este Hospicio: Srita. Luz Herrera.

Parece natural encontrar en la vida la analogía entre la mujer y ciertas cosas humanas, como la caridad, el amor y el noble sentimiento. Pero en mis estudios de la fisonomía humana, raras veces he ido á dar con una persona que, cual esta estimable señorita, revelase á primera vista, ser la persona nacida y educada para el noble y laborioso puesto que hoy ocupa en este asilo colosal de la caridad.

Como era lógico, entramos desde luego en materia, tocante al objeto de mi visita al Hospicio, y desde aquel momento se ofreció bondadosa á ser mi *cicerone*, para que lo viera todo con minuciosidad. Permanecemos largo rato en este patio delicioso. Era natural. ¿Acaso no teníamos enfrente una bella obra de Gómez Ibarra qué admirar? ¿No había allí una cúpula en todo digna de figurar entre las notables del mundo, por su hermosura y singular atrevimiento arquitectónico, cuando guarda un equilibrio que nunca se ha dado á otra? No creo poder dar mejor idea de lo que es esta cúpula, si no es con la descripción que de ella misma hace su autor, cuando dice:

“En el centro del crucero formado por la iglesia, es donde se eleva la cúpula, que tiene una planta formada por un cuadrado perfecto de 12 metros por lado; en sus cuatro ángulos se levantan 8 pilas-tras que sostienen los cuatro arcos *torales* sobre los que descansa la cúpula; estas pilastras tienen 12 metros de elevación hasta la cornisa, de la cual rompen los arcos, que son de punto redondo, con un radio de seis metros; sobre ellos se encuentra el ani-

“llo inferior de la cúpula, que tiene 12 metros de diámetro; de él rompe una bóveda hasta la altura de 4 metros, esto es, el tercio de ella, donde se corta horizontalmente para recibir el tambor de la cúpula, que tiene dos órdenes de columnas, uno interior y otro exterior, separando el uno del otro el espacio de un metro; tanto el círculo interior como el exterior, tienen 16 columnas que sostienen un cornisamento sobre el cual se eleva la bóveda que cierra la cúpula.”

La altura de esta cúpula hasta su clave, es la de 34 metros; el diámetro de las columnas es de 0.75 y el plomo ó centro de gravedad de la columnata interior, está: *un metro fuera del plomo de los arcos torales.* ¡Hé aquí el triunfo del arquitecto! Ahora, en cuanto al ornato, está bien comprendido, pues á su sencillez reúne un estilo puro, como lo es el jónico; rodeado por 16 columnas y un balaustrado de piedra que descansa sobre el cornisamento, todo visible á gran distancia y arrojando esas sombras vigorosas, que son para la arquitectura uno de sus más bellos complementos, cuando éstas siempre le dan magestad como le puedan dar misterio. ¡El misterio! Sí; ese fantasma enteramente envuelto en las sombras de su propio ropaje, más interesante cuanto más difícil se hace el descifrarlo! Sobre la bóveda de esta cúpula, se levanta un pedestal con una estatua que representa la Misericordia, y la que no obstante su tamaño (5 metros), se ve relativamente pequeña en su elevado puesto. Es de sentirse que esta estatua, tan representativa como tiene que serlo en un edificio de la importancia de este Hospicio, no llene todas las condiciones necesarias; pero es cosa averiguada entre nosotros, que á la estatuaria alegórica no se le

da todavía aquella importancia que le dieron los griegos y los romanos, cuando en el duro mármol deificaron sus más esclarecidos héroes; aquella importancia que en todo el mundo civilizado se le dá, cuando la escultura es el *coronat opus*, la coronación de la obra del arquitecto. Quitadle á esta bellísima cúpula esta estatua, y le habeis quitado su complemento. Pero quitadle esa desproporcionada obra, para sustituirla con otra que tenga las proporciones convenientes, y entonces vereis cuán armonioso y grande es el conjunto. Fuera de este defecto, no hay sino elogios que otorgarle al gran Gómez Ibarra, por esta tan bella como atrevida concepción del arte arquitectónico. Aún no arribaba á esta ciudad, "Reina de Occidente," y ya desde la ventanilla del wagón del tren había visto esta cúpula que á gran distancia se elevaba en los aires, como una obra hermosísima del arte lanzándose al espacio!

Cuando se ha visto de cerca y de lejos esta parte del Hospicio, se ha visto, sin duda, lo más bello que tiene, junto con el pórtico de entrada; quiero decir, bajo un punto de vista arquitectónico. Yo no sé hasta qué hora hubiera permanecido en este patio, á no haber sido porque me aguardaban una señora y un caballero amigo, para continuar viendo este Hospicio por dentro. Con paso mesurado y espíritu tranquilo, emprendimos la marcha. Estuvimos en la sala, ó más bien el salón en donde se recibe á las visitas. Vimos allí un retrato al óleo del Gral. Corona [que, á su gran parecido, reúne la circunstancia de tener un colorido fiel y un tratamiento que recuer

(*) Este retrato, bien ejecutado, es obra de un artista inteligente: Francisco Sánchez Guerrero. (N. B.)

la escuela francesa de Bonnat, que hace de sus personajes seres vivientes en la tela. Nuestros retratistas, en lo general, son buenos fisonomistas, como lo son también nuestros escultores; es por eso sin duda, que en el retrato al óleo como en el busto, es donde mayores triunfos ha alcanzado el arte moderno en el país. Presumo que al adornar el salón de este plantel, el retrato del infortunado gobernante de Jalisco, encuentra su razón de ser en el impulso y protección que otorgó á la instrucción pública durante su gobierno, y que realizó entre otras mejoras, la de ver conectada esta Metrópoli, por medio de los rieles del Central, con toda la República, y aún más, hasta con la vecina del Norte.

Andábamos por los inmensos corredores cual árabes errantes; penetrábamos aquí y acullá para encontrarnos unas veces en inmensos salones-dormitorios con magníficas y elevadas techumbres, otras veces en refectorios donde el mantel de hule y el servicio de mesa todo de metal blanco listado de azul, revelaban que todo estaba preparado para una cena próxima. Pasábamos en seguida á departamentos donde en grandes estantes con vidrieras, se veían muestras notables de la industria femenil de las educandas. Allí las flores de cera y trapo, allí los bordados, los encajes, las medias, los abanicos, los tejidos, en suma, un *mare magnum* de artículos, cuya manufactura es propia de la mujer, y que más tarde le proporciona la subsistencia por medio del honroso trabajo y la noble industria, que la independe del hombre y la eleva al rango que merece. ¿Qué ha sido en gran parte la mujer entre nosotros, si no la esclava del deber y del hombre? ¿No es acaso la educación intelectual y la instrucción, la que le está haciendo conqui-

tar su emancipación de la esclavitud en que por siglos ha vivido? ¡La educación y la instrucción, poderosísimas fuerzas niveladoras de nuestro siglo civilizador y progresista!

Los dormitorios y corredores me habían causado impresiones que llamaré contrapuestas. La primera impresión es grata, pues es esa que deja en el espíritu todo lo que como aquí respira aseo y orden. Sólo en Holanda y en Inglaterra he visto un aseo que como éste raya en lo fabuloso. La segunda impresión es un tanto desoladora. Enormes muros desprovistos de decorado; inmensas galerías con sus mesas y banquillos conventuales; vasos de metal rígidos como un cartucho del proyectil de la ametralladora, y en fila puestos como soldados en espera de la voz de mando. Catres grandes y pequeños, cuyas níveas almohadas y blancas sobrecamas como de leche, hacen resaltar las negras cabeceras del hierro de las camas. En sustancia, todo reglamentario, todo colocado en orden estrictamente matemático, pero nada artístico, nada de aquello que revela la presencia de la juventud en el hogar, nada de aquel desorden en que los niños dejan el aposento en que han jugado. Y, sin embargo, hogar, bendito hogar! es para muchos este soberbio asilo con sus toscanos claustros, sus desnudos muros, su servicio de mesa metálico y sus silenciosos dormitorios.

Visitamos varios departamentos en donde se reúnen las diversas clases para la enseñanza objetiva primaria y secundaria. Notaba en todos el mismo orden y especial aseo, que revelan mucha administración y práctico gobierno. El lavatorio es un departamento muy bien arreglado y digno de los mejores de su clase en Europa; el guarda-ropa, regi-

por numeración, comprende inmensos armarios con infinitos cajones y percheros donde se guarda todo con un orden minucioso. Era muy grato ver y estudiar este conjunto, poderosa palanca para la ilustración de las masas desgraciadas, hermosa realidad del pensamiento noble y generoso de un benefactor de este pueblo y fundador espléndido de institución tan noble como es esta. ¡Plantel que abriga y educa á la orfandad, que recoge al inocente y tierno expósito, que enseña á la juventud las artes, y finalmente, que alberga á la vejez y al pauperismo, cuando las tempestades de la vida han inutilizado al hombre con la pesada cadena de los años, alijerada un tanto por la consoladora y santa caridad!


Bajo la influencia de múltiples y sentimentales impresiones, llegábamos al segundo patio que ocupa el centro del edificio. Aquí está el más grande, frondoso y aromático jardín de los veintitrés que, en sus respectivos patios, son con justicia orgullo de este Hospicio y de la ciudad entera. Yo quisiera poder describir este patio-jardín encantador, en donde las incontables aves canoras, forman su escoleta por la tarde; donde el murmullo del agua en la fuente, es poesía y música de la naturaleza; donde la luz del sol, penetra á duras penas por el tupido follaje, para metamorfosearse en verde luz de todos los matices; y, finalmente, donde el hombre, entre la luz y sombra de la arquería toscana, sueña despierto con la paz en el alma, viendo ese kaleidoscopio formado todo por el soberbio colorido de este sitio encantado. Pero hay espectáculos en la naturaleza que parecen desafiar la descripción; hay cosas en la vida, que es necesario sentir las para poderlas apreciar en todo su valer. Este patio es un pequeño Paraíso para todos

los asilados; un lugar donde todo concuerda con los espíritus tranquilos, con las almas buenas, como la del benefactor. Parece que la misma naturaleza ha desplegado aquí todos sus lujos y bellezas en concordancia con el carácter y los nobles fines de institución como ésta. Ese follaje, esas flores, esos pájaros cantores, esa luz, ese murmullo musical de la poética fuente, es todo un poema épico de la naturaleza, que entona sus cantares y se viste de sus galas para honrar la memoria del Prelado fundador.

Era difícil hablar en este sitio, y aún hablando entenderse, pues las aves canoras al declinar del día, entonaban sus cánticos con fuerza tal, que sus notas ensordecían los oídos como el ruido del trueno en el espacio. Amén de esta circunstancia musical, había que continuar mirando lo restante y seguir experimentando los efectos de nuevas y sentimentales impresiones.

Teníamos muy á la mano el templo que, si por fuera le habíamos conocido y admirado, no así por su parte interior. Una llave traída al efecto por la Srita. Directora, abría una gran puerta antigua. Giraba ésta sobre sus sólidos goznes, y haciendo á un lado con la mano una pesada cortina de bayeta que se interponía entre nosotros y la puerta, penetramos al recinto sagrado. La forma de su planta, es la de una cruz griega; y habiendo entrado aquí por uno de los cuatro brazos que forman esta cruz, veníamos á encontrarnos desde luego en su centro parte principal. Ya me esperaba una impresión m grata, supuesto que iba á ver una obra de Gómez I rra. Buscar la unidad, lo bello, lo armonioso, y á vez dar con ello, es grato para aquel, que cual ; siempre anda á caza de todo este conjunto en las cr

ciones del arte y del ingenio arquitectónicos. Habíamos entrado á un edificio, que desde luego impresionaba por sus matemáticas proporciones, su solidez y la luz sombría de sus naves; la ausencia de altares en sus muros, estaba suplida con ventaja por una espléndida idea de bastante éxito: cuatro altares en uno. Altar mayor sobre el que se eleva á gran altura, en forma piramidal, un bellísimo tabernáculo calado y de estilo gótico tan puro, como todo aquel que pasando del período llamado transitorio normando, al decorado gótico del siglo XIII, vió la realización del arte cristiano más suntuoso, más ideal, como también lo fué el de más concordancia con los misterios eternamente ocultos de su fé. El punto objetivo de esta iglesia, no se encuentra, pues, en sus naves, sino en su crucero. Allí el altar de los altares, blanco como la espuma y dorado como el sol! Su flecha gótica y todo su conjunto, bañados por las luces de variantes colores que sobre él arrojan los vidrios de colorantes tonos de la bellísima cúpula de Ibarra. Muy bello é inspirador es en realidad este conjunto. Se levanta la vista y goza el espectador con ver esa cúpula tan sorprendente por su equilibrio, sus proporciones y su hermosura clásica. Aquellas 16 columnas jónicas, que parece que están en el aire al rededor del círculo; aquel cornisamento sobre el cual se eleva la bóveda con su ornamentación; aquella luz y sombra que envuelve objetos tan simétricos como la columnata y otros, hace que esta sola obra de la cúpula, sea de por sí un verdadero templo que se levanta en las alturas, como una inspiración del genio arquitectónico, como una revelación de la espiritualidad de un culto que en el mundo del arte ha encontrado sus más grandes intérpretes, sus más maravillosas creaciones.



La forma de la planta de esta iglesia, como llevo dicho, es la de una cruz griega. Prolóngase ésta por los lados Norte y Sur, y en la parte Poniente está su entrada principal, en cuya nave hay una capilla, frente á la cual había esta tarde un grupo de criaturas, que arrodilladas y con sus manecitas juntas y los brazos levantados, rezaban el Rosario en alta voz. Conmovedora escena la de esos pobres huérfanos, cuyas humildes preces al elevarse hasta el trono de Dios, encontrarían sin duda un eco de paz y de ventura, para sus tiernos é inofensivos corazones! Vagaba de puntitas por las dóricas naves, temeroso de interrumpir esa plegaria de ángeles, y sentía conmoción indecible en el alma, cuando el eco de esas voces tan tiernas, de esos capullos de la orfandad, formaban eco en esas naves sombrías y solitarias, si bien llenas de simetría y proporciones. Entonces me expliqué por qué, hasta este momento, aún no había visto á los pobres niños por los inmensos corredores y los patios-jardines, ó en los estudios recibiendo clase. Estaban en el templo cumpliendo con sus deberes religiosos; rezando la oración de la tarde.

Volvíamos á salir por la misma puerta que nos había dado entrada, quiero decir, la del Oriente; pero en su nave, detenía yo el paso para mirar un gran retrato al óleo con magnífico marco. Era el del gran Obispo Ruiz de Cabañas. (*) No podía estar en lugar más adecuado que en el mismo templo, para el que tanto había contribuido de su peculio, así con para la fundación de este grandioso Hospicio. Ese retrato de cuerpo entero, como trabajo artístico, no ha parecido muy notable. Como revelación de un

(*) Obra del magnífico pincel de un artista *Tlapatl*: D. Ilipe Castro. (N. B.)

fisonomía bondadosa y llena de benevolencia, hace se trasluzcan los rayos característicos de su alma. En breve se ve en esa tela al hombre tal cual fué, como en todo este edificio se echa de ver prácticamente su obra.

Nos encontrábamos de nuevo en el soberbio patio ya descripto, y las aves canoras, redoblando sus trinos, hacían casi imposible el que verbalmente transmitiera mis impresiones de la iglesia á la señorita Directora y al estimable amigo que en esta vez me acompañaba. Había que irse de este patio encantado y seguir la visita. A la mano derecha estaba el salón rectorio para las niñas, y á la izquierda otro igual para los niños. Al Norte y Sur de este edificio, los dormitorios de los asilados, los aposentos donde se dan las clases, los talleres y el asilo de los mendigos, también se encuentran por esos lados.

Pasábamos por infinitos patios, unos más grandes que otros, pero todos con su jardín y sus bellos arcos toscanos. En cada corredor de estos había algún departamento qué admirar. Ya entrábamos á un salón, donde un gran piano de cola y otros instrumentos, revelaban ser el lugar donde se enseñaba la música con su tecnicismo y todas sus bellezas. Ya atravesábamos por un lugar lleno de pizarrones con signos matemáticos y dibujos geométricos, estantes para libros, mesas para escribir y estudiar, esferas terrestres, mapas é instrumentos de física, en una palabra, de todo aquello que venía á ser una revelación perfecta de que la educación en este Hospicio, está á la altura de las exigencias de la época actual. En verdad que el plan de estudios para la instrucción de la juventud aquí es vasto, pues que comprende lo siguiente: Música y canto. Dibujo lineal y na-

tural. Teneduría de libros. Fotografía, Litografía, Telegrafía y Matemáticas. Idiomas francés é inglés. Hay además talleres de pintura, costura, bordados, pasamanerías, flores artificiales, tejidos de punto de aguja, hilados y tejidos de algodón, imprenta y encuadernación. Nuestra visita á todos estos departamentos, me había causado mucha admiración, y las explicaciones dadas con detalles por parte de la inteligente y bondadosa Directora, despertaban en mí mayor interés; ese interés que todo amante del progreso del país y su engrandecimiento, es natural que tenga, cuando la educación y la instrucción forman una parte tan grande en la prosperidad de las naciones. Por eso este pueblo *Tapatio* se me hace tan simpático; porque veo en él amor á la ilustración, amor á lo bello, como á la música y el arte en sus múltiples y divinas manifestaciones!

Un departamento que está montado á la moderna y que es notable por sus hornos científicos, su batería y su extensión, es aquel donde se encuentra la cocina. Al penetrar aquí, sentí ese vivo interés que despierta todo lo grande en la mecánica. El brasero, de antiguo estilo, con sus hornillas, sus azulejos, sus *aventadores* y sus utensilios de barro, es cosa que pertenece á la historia del pasado en este Hospicio. En su lugar se levanta un coloso de hierro, una cocina sistema americano, con sus compartimientos, hornillas, chimeneas, tinacos y no sé cuántos más. Cacerolas enormes, tenazas idem, hachas y partir leña, fierros para abrir y cerrar puertas, y en una escala digna de Vulcano, que bien podía bitar en este lugar, donde todo es grande y de potente fuerza como él. Y sin embargo, tal es la perfección de estos enormes aparatos para cocinar.

pan y otras cosas indispensables á la alimentación humana, que este coloso no exige mayor atención que las de una cocinera, una galopina y una despensera, triunvirato femenino que da abasto para atender debidamente esta cocina americana, donde se elabora la alimentación diaria de más de 600 personas! La fabricación del pan consume una carga de harina, la que se amasa diariamente y con la cual se hacen 1,296 piezas de pan de diversas clases. Además, se elabora aquí también el pan que se consume en el grandioso Hospital de Belén. Se cocinan al día en este soberbio mecánico 9 arrobas de carne y media fanega de frijol. Además del pan, el consumo de tortillas monta á ocho pesos diarios. Recibe este Hospicio unos \$120 semanarios para algunos de sus gastos; pero los abarrotos necesarios no están comprendidos en esa suma, pues éstos se le ministran aparte.

Favorablemente impresionado salía de esta gran cocina, en donde se nota mucho orden y el singular aseo que tanto se hace resaltar en esta población. Las buenas condiciones higiénicas de este establecimiento, junto con el cuidado de una alimentación sana, hacen que sus asilados crezcan y vivan en lo general en muy buen estado de salud. Se nota en la mayor parte de los semblantes un color sano, un físico que revela el bienestar.

Erán tantos los patios y corredores en donde habíamos estado, que era difícil recordar su número; pero lo que nunca olvidaré, es la conmovedora escena que en uno de estos hermosos corredores se presentó á nuestra vista. El reloj del templo acababa de anunciar, con vibrante sonido, que eran las seis y media de la tarde; una linda luz crepuscular ve-

laba las plantas y las flores, coloraba el agua de la fuente, y luego magestuosa, pasando por los arcos, se tendía por los pisos y muros de estos corredores. Como punto objetivo, una fila de tiernísimas criaturas, niñitas todas de cuatro á seis años á lo sumo, y formadas todas de dos en dos, penetraban por los arcos, camino á su dormitorio. La preceptora que hacía cabeza y velaba por estas inocentes y bellas criaturas, las hizo pasar por una série de ejercicios con los que formaban un laberinto ejecutado con marcial precisión. ¡Pobrecillas! ¡Angeles del cielo peregrinando en temprana edad sobre la tierra, tenían en sus semblantes esa sonrisa encantadora de la infantil inocencia, esa alegría de la juventud, que ignoraba felizmente por qué y á qué se ha venido á este mundo.....! Entre ese grupo angélico, había una niñita con una cabeza de querube, risueña como la alborada, blanca como la tierna palomita. Era, sin duda alguna, la más vivaz y bullanguera de todo aquel grupo celestial. No podía resistir la tentación que en ella se traslucía por acercársenos; y al acceder la Directora á ese deseo, corrió como gacela hácia nosotros. La acariciamos todos como quien acaricia á un falderillo. ¡Pobre inocente huerfanita! A las tiernas caricias de la Directora, le contestó con afecto abrazándole las rodillas y besándole la falda y las manos también. Aquella fué una fusión de dos almas en una. Aquella niña buscaba el calor, los besos de una madre que nunca había sentido!.....

La niña, obedeciendo un mandato, echó á correr para de nuevo unirse con sus peregrinas compañeras. Mi amigo y yo permanecemos algunos instantes silencio..... La excelente dama que tan dignamente hace cabeza en este inmenso plantel de

dad, (*) no podía ocultar que una lágrima había humedecido sus mejillas.....

En seguida, las niñas, formando un cuadro encantador y asidas todas de las manos, dieron vuelta formando un círculo; luego desbaratando éste y serpenteando como un tren en infinitas curvas, partieron entonando el *¡alabado!* Aquellas vocesitas de ángel resonaban por los corredores, como la inspiración de algo que era sobrenatural en la tierra.....

Estábamos envueltos en una atmósfera de puro sentimiento; pues tras del espectáculo que me he esforzado en describir, íbamos á presenciar otro, si se quiere aún más sentimental y más conmovedor. Quiero decir: el salón y departamentos donde se hallan los niños expósitos en sus cunas ó en brazos de las nodrizas. Jamás olvidaré este espectáculo, el primero en su género que había visto en mi vida. Entramos á un cuarto de regulares dimensiones. Aquí en unos armarios de cristal había una cantidad enorme de ropones, vestidos y fayas para esos recién nacidos. Todo no sólo bueno, sino mucho de verdadero lujo. Abajo de estos armarios infinitos, calzados de diversos tamaños y otras cosas propias para los pequeños inocentes. Al preguntar de dónde venía todo esto, se me contestó que mucho de ello provenía de la caridad pública, y mucho de constantes donaciones de las familias más distinguidas de la sociedad. En el salón contiguo había veintisiete nodrizas y niñeras, unas con las criaturas en los brazos, otras arrullándolas en las cunas, otras alimentándolas. ¡Cuadro indescriptible aquel, nacido de lo que llamaré: el refi-

(*) En visita hecha al Hospicio, después de escrito este capítulo, he sentido saber que la Srita. Herrera renunció la plaza de Directora de este establecimiento.

namiento de la sublime y santa caridad! ¡Cuánta abnegación, cuánta paciencia, cuánto desinteresado amor en este departamento, santificado por esos querubes y bendecido por el cielo!

Un chiquitín pálido, rubio y espiritual, como esos ángeles que pintó Cabrera, despertó el interés de nosotros, por su cariñosa sonrisa y su general simpatía. El pobre muchachito, revelaba estar en un estado de anemia grande, y formaba contraste con sus compañeritos, muchos de entre ellos, llenos de salud y sonrosadas mejillas. Mi compañero, persona muy afecta á los niños, preguntó con suma sencillez el nombre de este infeliz expósito, á lo que la Directora contestó:

—Todos los niños llevan aquí el apellido del Sr. Obispo fundador; así es que se llama *Cabañas*..... pero su nombre de pila es "Felipe."

Este departamento, interesante por mil títulos, es un libro cerrado para muchos. El misterioso velo que lo cubre, es cosa muy sagrada; y cuando al visitante se le recorre por un rato, es tan sólo con el objeto de que al asomar la cabeza, vea ese conjunto inspirador de espíritus angélicos, de tiernísimas formas de carne humana, amamantadas y arrulladas en brazos de la bendita caridad!

*
* *

Para finalizar mi visita á este espléndido Hospicio, daré unos datos más respecto á su historia como á su estado actual. Además de las magníficas donaciones del fundador, del Cabildo Eclesiástico y

otras á que he hecho referencia, el Sr. Obispo Cabañas, dotó á este establecimiento con varias fincas en la ciudad, tres haciendas y el rancho de Juanacastle, más treinta mil pesos impuestos á rédito. Los Obispos que le han sucedido en la silla episcopal, han contribuido igualmente al sostenimiento de ese plantel. Por largo tiempo administraron estos bienes del Hospicio los Sres. Santoscoy y Díaz, que fueron las primeras personas á quienes se les encargó este Establecimiento. Pero en virtud de la ley de nacionalización de los bienes del clero, pasaron estos fondos al dominio del Gobierno Civil. Varios directores de los Establecimientos de Beneficencia, nombrados por el Ejecutivo, administraron los bienes; pero en el año de 1883, se concentraron á la Dirección General de Rentas, y desde aquella fecha hasta el presente, los gastos de la Casa forman parte del presupuesto general de Egresos del Estado, montando á la suma de \$3,000 mensuales, y con ésta atiende el Hospicio á sus necesidades.

El personal de este Establecimiento es de 641 individuos, y está dividido de la manera siguiente:

Asilo de huérfanos.....	290.
Expósitos.....	27.
Escuela de artes para mujeres.....	130.
Asilo de mendigos.....	73.
Ancianas.....	20.
Nodrizas.....	27.
Externos.....	27.
Empleados.....	47.

Total..... 641

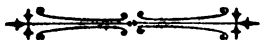
La educación está dividida en primaria y secundaria. Con respecto á la segunda, creo haber dicho

ya lo suficiente, para dar una idea de su importancia aquí, cuando en este lugar es vasto el campo y perfectos los medios de adquirir una educación científica. ¡Qué gran recurso es este Hospicio para la orfandad y la niñez desvalidas! Hogar, alimentos, vestidos, educación completa, enseñanza de oficios, todo se reúne en este plantel grandioso que ocupa un terreno tan vasto, que su longitud es la de 185 metros y 170 de ancho. La manera con que en lo general está dividido este edificio, demuestra que todo ha sido calculado para sus fines prácticos. La parte del Sur está dedicada para las mujeres, así como la del Norte para los hombres y la casa de expósitos. En el orfanatorio permanecen los niños hasta la edad de siete años, cuando de allí los trasladan á sus respectivos departamentos. El Director de la Beneficencia Pública, es la persona que se entiende con la admisión de los pobres huérfanos. Las clases principian en el Otoño; los exámenes en pleno Verano, y para vacaciones hay también sus meses en el curso del año, en que esas desgraciadas criaturas descansan junto con sus profesores, de las arduas tareas del estudio y de la enseñanza.

Todos los datos que anteceden, son de fuente oficial, y en su mayor parte me fueron ministrados por la estimable Directora, cuyo especial empeño en que viera yo todo lo interesante de este admirable Hospicio, contribuyó no poca cosa á formar una idea exacta de lo que él representa y vale en el mundo de la Caridad, en la Historia de una ciudad como ésta, en la cultura de una sociedad que no sólo ama lo grande, sino que lo realiza haciendo el bien.

Profundamente impresionado con todo lo que había visto y sentido en estos lugares santificados por

la caridad humana y enaltecidos por la civilización, abandonaba este palacio, joya (como alguien ha dicho con toda propiedad), del Estado de Jalisco; y al cruzar otra vez por sus lindos patios y su pórtico, digno de un templo de la antigua Grecia, lo efectuaba bajo el peso moral de esas "Horas Sentimentales" que en él había pasado.



a certain number of persons, and a few of the
 individuals of the population, who are
 the most intelligent and the most
 active, are the ones who are
 the most likely to be the
 most successful in the
 future.

CAPÍTULO VI

VAGANCIAS MATUTINAS

EXPRESIONES RECREATIVAS E INSTRUCTIVAS

EL LICEO DE VARONES.—EL MUSEO INDUSTRIAL.

APENAS si a mi juicio, puede haber un recurso más práctico para aligerar el peso de las tedias horas de la vida, que aquel que nos proporciona lo recreativo y lo instructivo; eso que los italianos han definido en su bello y armopioso lenguaje con el epíteto: *utile dulce*.

Sin duda, por eso los viajes tienen tanto atractivo, porque con ellos no sólo nos recreamos, sino que también nos instruimos; ensanchamos los campos del saber y anhelamos por llegar al horizonte, provocados por la distancia y sus grandes e inconcebibles.

misterios. Tenemos en la naturaleza una enciclopedia colosal, con un alfabeto inagotable, con sus páginas eternamente abiertas para nuestro aprendizaje; tenemos las grandes obras del ingenio humano, el arte con todas sus grandezas, la ciencia con toda su enseñanza y sus revelaciones, y en medio de todo esto sentimos el hastío, nos fastidiamos de la vida, y muchos de entre nosotros, (¿tal vez la mayoría?) hacemos el papel de las esfinges, que nada aprecian ni nada sienten de todo lo que les rodea! El sabio Ruskin, en sus profundas reflexiones filosóficas y sus análisis de las cosas humanas, nos hace estas observaciones que aquí intercalo por creerlo de verdad é interés para todos. Hablando por ejemplo, de la naturaleza y sobre el cielo, nos dice: "Es cosa extraña, cuán poco en general la gente se ocupa del cielo. "Esta es la parte de la Creación donde la naturaleza ha hecho más con el fin de complacer al hombre; más aún con el único y exclusivo propósito de hablarle y de enseñarle también, que con el cielo ha hecho más que con cualquiera otra de sus obras; y sin embargo, esta es la parte (de la Creación) de la que menos nos ocupamos." Esto en cuanto á la naturaleza; ahora en cuanto al arte. Después de la magnífica descripción que nos hace de la catedral de San Marcos en Venecia, agrega en forma de interrogación:—"¿Y qué efecto tienen todos estos esplendores en aquellos que pasan por abajo? Podéis andar desde que nace el sol hasta que se pone, y ¡searos de arriba abajo, y no veréis que alguien vante la vista para mirarla, ni semblante alguno que se alegre por su causa." No con frecuencia traído á la memoria estas célebres y verídicas definiciones del sabio mencionado; y en esta vez las

á cuenta, cuando en mis vagancias matutinas en busca de lo interesante y de bello en la naturaleza y en esta Guadalajara, observaba lo mismo que Ruskin: que pocos ó ningunos se preocupan [lo mismo que en otras partes del mundo], ni del cielo y su enseñanza, ni de los esplendores de su Basílica, rodeada de indiferentes, sentados en sus orillas, ó paseándose en redor de sus grandes muros, sin levantar la vista para recrearse, aunque fuera un instante, con su armoniosa y singular belleza. Pero es la humanidad la misma en todas partes, sobre todo, aquella que se hastía lo mismo en capitales que en aldeas. Pues es error, y muy craso, el pensar que entre nosotros, sólo en la capital de la República, no hay tristeza y hastío. El hastío está en el hombre como la espina está en la flor, como el efecto de una causa. Pero con esta diferencia importantísima: la flor no puede por sí sola remover sus espinas. mientras que el hombre no sólo puede hacerlo con las suyas, sino evitar que las espinas del hastío hieran su corazón

En mis vagancias matutinas por esta Ciudad Reina, he desterrado el hastío por medio de lo recreativo y de lo instructivo. Yo no conozco recurso más grande, que aquel que el hombre lleva consigo mismo en forma de un deseo inagotable por conocerlo todo y todo analizarlo. El que constantemente se acompaña de los buenos libros ó anda á caza del estudio y de lo desconocido, no puede menos de cerrarle la puerta al hastío. Los placeres de la ins-

trucción para muchos vedados, vienen á ser para los que no lo están, placeres indecibles, un tesoro precioso cuyas arcas están siempre repletas, un valor real y positivo que acaba con el hombre tan sólo cuando éste deja de existir.

¡Vagancias matutinas en Wadil-ad jara! Cuán gratas, recreativas é instructivas me han sido estas, cuando en ellas tanto he visto, cuánto he estudiado. Deseoso, pues, que otros sigan mis huellas, como dispuesto estoy á transmitir mis impresiones, esperando en que éstas puedan en algo contribuir á encaminar los pasos del viajero, voy á tratar en un solo capítulo de lo que en dos mañanas me sirvió de estudio y de recreo, es á decir: El Liceo de Varones y El Museo Industrial.

I.

Eran las diez de una mañana calurosa de Junio; y la intensidad de una luz como de plata, hacía visibles todos los objetos que en fuerza de esa luz arrojaban sus sombras. La ciudad estaba relativamente tranquila. Los operarios, en las fábricas, los empleados del Gobierno en sus oficinas, los comerciantes en las suyas. La juventud, en los numerosos planteles de enseñanza. La mujer en el hogar ó en el templo, sólo los vagos de profesión, ó los vagos viajeros como yo, andaban por todas partes. No es pues, extraño que las ciudades de provincia, presenten á ciertas horas del día, un cierto aspecto de desolación, sobre todo en centros que, como esta ciudad, lo son de industria y de manufactura.

Andaba en busca del antiguo y renom-

minario de esta Metrópoli, hoy convertido en colegio del Estado y conocido bajo el nombre de: "El Liceo de Varones," situado al Norte de la Catedral y al frente del jardín antigua *Plazuela de la Soledad*. Es éste un centro que llamaré importante, que conserva cierto aire de grandeza, en un tiempo feudal y que revela un pasado, una historia, que abarca tres siglos de conquista y de Gobierno Colonial. Se nota en estos sitios, como en Nápoles, en Amberes, etc., el paso del espíritu del conquistador español, su dominio y grandeza, sus obras magnas arquitectónicas; todo espacioso, sólido y duradero, como las construcciones de los romanos. Por un lado tenemos aquí el Palacio Arquiepiscopal con la preciosa cúpula de Gómez Ibarra; por el otro, el costado Norte de la gran Basílica, frente á ésta, y paralela al Arzobispado, el Palacio Federal, antiguamente prisión eclesiástica y hoy convertido en Casa de Correos, Juzgado de Circuito y otras oficinas locales Federales. Cruzando el bien cultivado y adornado jardín de la antigua Plazuela de la Soledad, se destaca con vista al Poniente, la vetusta fachada, el cimborrio y el campanario de la antigua capilla del Seminario, hoy edificio del Liceo de Varones. Ancha puerta de entrada, almenas en la parte superior y decorado en el frontispicio de arquitectura colonial eclesiástica, todo revelando el carácter y objeto del edificio, que tiene dos pisos y ocupa toda una manzana; en el interior varios patios, el principal ó la entrada con su jardín e inmensos corredores con sus barandales de hierro, su ancha escalera de sólido balaustre. Arriba dormitorios, salones para las cátedras, inmenso refectorio y habitaciones para los diversos empleados. Todo en esa grande escala que en nuestro país, como

en todas partes del mundo, revela la obra y el espíritu de los Jesuitas.

Penetraba á este edificio con dos objetos especiales. Primero: deseaba darle un vistazo general y visitar un plantel que ha formado época en la Historia de Jalisco, cuando de sus aulas han salido hombres eminentísimos; cuando éste ha sido un centro notable de ciencia y de saber por el espacio de cerca de dos siglos. Segundo: quería ver una colección de cuadros de importancia y de escuela antigua, que en época no muy remota, pertenecieron al antiguo convento de San Francisco.

Divídese en dos épocas la historia de esta grandiosa escuela de enseñanza. La primera, comprende el período en que como Seminario fué establecido en el año de 1700, debido en parte á la munificencia del Sr. Obispo Galindo. La segunda, el período transcurrido desde que dejó de ser Seminario, por la promulgación de las leyes de Reforma, hasta el presente, en que ha sido y es Liceo de Varones ó Colegio del Estado.

Vagando por el patio principal de este edificio, hacía reminiscencias de lo que sobre este colegio había oído relatar, leído ó sabido por descripciones verbales de hombres hoy día eminentes y educados en él. Entre otras cosas, recordaba que, si al despuntar el siglo XVIII, el Obispo Galindo fundaba este Seminario, en el que llegó á haber unas 17 cátedras que abarcaban en aquel entonces todos los ramos saber humano, otro letrado Obispo, el Sr. D. J. Gómez de Parada, cuarenta años después, introducía grandes mejoras, tanto en el plan de estudio como en lo tocante á la obra material del edificio.

Mucho respeto y singular interés, infundido

tos viejos muros, albergue de los sabios y de los hombres de ciencia. En estos corredores y en estos salones de cátedra, han estudiado los inteligentes, y han revelado los asombrosos y encantadores misterios de la Astronomía, de la Física y del Álgebra, los más ilustres catedráticos. No se han ignorado aquí, las fuentes y orígenes de la humana enseñanza, y se ha seguido paso á paso el progreso de la civilización y su incursión fabulosa en Jalisco, como en otras partes del mundo, como una corriente que se abre paso por doquiera; como una ley fija que ejerce una jurisdicción tanto más sorprendente, cuanto más universal es en sus efectos prácticos y benéficos.

De las aulas, pues, de este gran plantel, han salido hombres tan eminentes, como ilustres lo han sido muchos de ellos, tanto en la gerarquía eclesiástica, como la civil en nuestro país. La Iglesia Mexicana contemporánea, cuenta entre sus hombres más ilustres á 10 alumnos de este ex-Seminario que, con el transcurso de los años, han llegado á ser Obispos de las más importantes diócesis del país; distinguiéndose varios de entre éstos, no sólo por su saber, sino por su filantropía, como el caritativo Prelado D. Francisco Vargas, que vendió hasta su cruz y anillo pastoral, para auxilio de seres desgraciados atacados de fiebre amarilla, en una plaga de esta terrible epidemia que asoló al puerto del Manzanillo y otros puntos de la diócesis por el año de 1884.

Hijos de este plantel, lo fueron también D. Valentín Gómez Farías y D. José Justo Corro, ambos llegaron á los puestos más altos de la República. El primero, figuraba ya en 1822 como iturbidista, y diez años después, como un campeón acérrimo de la de-

mostró. En la administración del General Manuel Gómez Pedraza, desempeñó la cartera de Hacienda, funcionando después como Vice-presidente de la República en los años de 1883 á 1884 y de 1846 á 1847, distinguiéndose más bien por su honradez y sus opiniones exaltadas, que por su habilidad como financiero. El segundo, que figuró como Presidente interino desde el 27 de Febrero de 1836 hasta el 10 de Abril de 1837, se distinguió más bien en el poder por su honradez y su patriotismo, (pues combatió por la independencia), que por sus dotes gubernativas; subió á la presidencia nombrado por el Congreso (cuando una enfermedad aguda ponía fin á la presidencia interina y aun á la vida del Gral. Barragán), después de haber desempeñado el Ministerio de Justicia, como inteligente letrado. Varios son los hombres notables que en el púlpito y en la tribuna, como en el foro, la medicina y las bellas letras, han dado renombre á este plantel, como también se lo han dado á la República entera. El ya mencionado, escritor galileense, don Joaquín Romo, en sus apuntes sobre Guadalajara, hace gratas reminiscencias de este Seminario del que fué discípulo, y el capítulo XI de su obra, nos proporciona nombres y algo de la historia de los hombres más prominentes que en este chicharon su brillante carrera. El hecho de que las leyes de Reforma hicieron pasar este plantel y su edificio, de manos del Clero á las del Gobierno, en nada ha disminuido su interés para el viajero, ni su antiguo brillo é interesante historia. Su cambio de domicilio de la Plaza de la Soledad al ex-convento de Santa Mónica, en nada ha disminuido ante la opinión pública, como una institución muy notable, y como un centro de saber y de

fuerza, ante la treta del conserje del colegio; resonó la chapa como una matraca, lanzaron los goznes tan quejido, y el paso quedó libre. Penetramos por un pasillo y llegamos á un patio, en donde á mano izquierda, estaba una gran puerta de geométricos tallados y sólida madera. Era la de la Capilla-oratorio. El estudiante, sacó una llave descomunal, abrió con ésta; entramos, y no tardamos mucho en comenzar á ver los afamados lienzos que entre el polvo de la desolación, las telarañas del tiempo y los efectos de ambas cosas en estas grandes telas, ocultaban muchas de sus bellezas y mérito singular.

Para los indiferentes, así como para los profanos en materias de arte, esta capilla abandonada, con sus altares derruidos y su coro silencioso, (probable asilo de los murciélagos y de los alacranes), podía ser tan buen sitio para guardar estos cuadros, como cualquiera otro. Pero, no así para los verdaderos amantes del arte que, como yo, quisieran ver colocados estos cuadros (en una galería *ad hoc*), con marcos y luz correspondiente. La altura á la que se encuentran colocados estos lienzos, en el abandonado altar mayor, y en los muros de la capilla, hace muy difícil su inspección; pues la mayor parte tienen mucho borrado ú oculto por el polvo y por las telarañas. Felizmente, en algunos la parte más interesante es la que menos maltratada está; revelación de cómo hasta *el mismo tiempo ó el acaso* parecen respetar las grandes concepciones del arte y del ingenio del hombre. Extraña lección que la misma naturaleza imparte á lo humano, en cuyo cerebro germina no con poca frecuencia, la idea de aniquilarlo y de destruirlo todo, prueba evidente de su barbarie, ó de su craso indiferentismo ó ignorancia! Destruir lo antiguo,

es destruir la historia de la civilización de un pueblo; segar las fuentes creadoras del desenvolvimiento humano en sus crónicas, en su arte, en su literatura, en todo.

Lleve ya dicho, que estos cuadros pertenecieron en un tiempo al antiguo convento de San Francisco de esta ciudad; y ahora, debo agregar: que son once los que aquí se encuentran; que en su época estaban colocados en los corredores de aquel monasterio y que todos representan escenas de la vida del célebre San Francisco de Asís, el gran fundador, en la Toscana, de esta orden religiosa á quien tanto debieron nuestros indios y la civilización en esta ciudad, como en la de México y otras partes del país. En las primeras páginas de este mi pobre libro, creo haber dicho lo suficiente para evocar un recuerdo de aquellos célebres monjes franciscanos, y de su cruzada altamente civilizadora entre las razas conquistadas. Mi asunto, pues, es hoy no tanto con los monjes, cuanto con los cuadros que tengo delante, y que representan episodios de la vida del fundador.

San Francisco de Asís, sus obras y su vida, ha sido el noble asunto de más de un célebre pincel en las creaciones del arte religioso, antes y después del Renacimiento Italiano. Vamos á Florencia en busca de las soberbias realizaciones del Giotto, y encontramos en el franciscano templo de Santa Croce, pintados en los muros de la capilla del *Bardi della Libertà*, escenas de la vida de este santo, maravillosos y frescos murales ejecutados entre los años de 1296 y 1304, por ese genio de la Edad Media, por ese amigo del Dante, bajo cuyos consejos á decir de las tradiciones, tanto pintó para la civilizadora orden franciscana. Y en este templo, santificado por la vi-

sita del mismo San Francisco, se encuentra el único retrato original de él pintado por Cimabue, el maestro del Giotto. Se va el viajero á Asís, y en su vastusta iglesia, también encontrará una obra del mencionado artista, la más acabada y laboriosa, aquella de Santa Croce: la vida del santo pintada en las alturas del crucero, de la bóveda, como una de las divinas inspiraciones de su arte y de su genio. El Museo de París, ostenta entre las obras de la Escuela de Florencia, un San Francisco del Giotto.

Pero no es tan sólo en la Toscana, adonde tenemos que encontrar hasta qué punto este santo, su vida y sus obras, fueron fuente de inspiración para el arte pictórico religioso, que si Cimabue le había fielmente retratado, y el Giotto había trasladado á las bóvedas y los muros de Santa Croce en Florencia y en el templo de Asís, el realismo y el idealismo de la vida de aquel insigne varón, el divino pintor de Murillo, en Sevilla, fué casi inagotable hasta su muerte, para pintarnos este célebre monje, que no conforme con haber esparcido el Evangelio en toda Europa, lo predicó también hasta el confín lejano del Oriente.

Frete á estos viejos lienzo, no es extraño que hoy se evoquen esos recuerdos y se saquen á luz en estas páginas. Tan numerosos son los cuadros que sobre este santo y su vida nos ha pintado Murillo, que sólo en la Gran Bretaña, hay en la actualidad en galerías públicas y privadas unos seis; entre éstos, uno que perteneció al claustro grande de San Francisco en Sevilla, y que hoy posee un inglés muy rico junto con otros nueve cuadros, obra del gran artista sevillano. En realidad, haciendo á un lado á España, ningún país del mundo, tiene más cuadros de Murillo que Inglaterra. Tan justamente admi-

radora y apreciadora es de los portentos del arte pictórico español, y con especialidad del autor en cuestión.

Más después de estas digresiones, que tienen su razón de ser, cuando las vamos á enlazar con nuestro asunto: los cuadros de esta capilla, relativos á San Francisco de Asís, voy á aventurar una opinión, sin jactarme de nada, ni pretender hacer el papel de descubridor; pero mi detenido estudio sobre el pintor Murillo y su manera de pintar, me hacen afirmar que estos cuadros son obra de su pincel, por lo ménos, que en ellos se revela la composición de su escuela, toques y entonación que le son peculiares. La circunstancia de estar pintados unos mejores que otros, de entre estos once cuadros, ha hecho sin duda creer á algunos críticos que, más bien que ser éstos obra del gran maestro, lo hayan sido de sus discípulos. Pero bien, ¿acaso el pintor sevillano no tuvo dos épocas en su vida de artista? Una en la que embadurnaba lienzos, otra en la que poseído de una inspiración como divina, nos pintó las más bellas creaciones del arte religioso de su siglo. Si fuese un mismo autor, es el autor de estos once cuadros, lo es á mi juicio Murillo; pero Murillo en sus dos épocas. Gosa sabida es cuán fecundo fué éste en sus composiciones, cuando hoy se registran en el mundo del arte, obras de 500 telas como obra de su mano. Cosa averiguada lo es también que, si jamás pisó la América Española, en cambio sí pintó mucho que vino á dar á templos y conventos de la nueva tierra conquistada. [8]

(8) En el Tomo I, página 62 de "El Artista" (segunda época 1892), pueden verse mis notas sobre Murillo, referentes á lo que se refiere á él.

Asumiendo por lo antes dicho, que estos once lienzos son todos obra de Murillo, ¿cómo es que se les tiene aquí, en esta capilla, relegados al olvido y al polvo? ¿Cuándo y cómo vinieron á dar al convento franciscano estos enormes cuadros? Por todas mis pesquisas, y por lo que he logrado saber, parece que fueron éstos regalados al convento de Guadalajara por el convento de franciscanos de México, no se sabe la fecha y que, en tanto estimaban los monjes estos lienzos, que á decir de la tradición, á nada de lo suyo daban tanto valor como á éstos. Por cierto, que á mi juicio, razón y sobrada tenían para ello.

Dos entre los once, són en mi opinión, los más notables. El colgado á diestra del altar mayor, que representa á San Francisco en éxtasis; y el otro que en lo alto del muro cerca del coro, representa su muerte y entierro.

El del altar mayor, lo considero de importancia tal y de tan grande mérito, que en este, más que en los diez restantes, es donde se veía de ver el pincel de Murillo, con el estilo de su segunda época de artista, que fué en la que alcanzó el zenit de su gloria. En este lienzo están sus cualidades propias: la serenidad armoniosa del conjunto, el colorido suave, harmónico y natural como el del ópalos; el ambiente fantástico y celestial como aquel que en sus cuadros de la Asunción, elevan el espíritu humano de la región terrenal á soñadas regiones celestes. Aquí también se traza su dibujo correcto, la colocación comprendida de las figuras, la agrupación de querubines y de ángeles en los que se traslucen sus movimientos perfectos de las reglas de contraposición, la figura humana, los efectos de óptica y de marci

tiva que, lo constituyen en tan gran conocedor como observador lo fué de la naturaleza y de la vida.

El estudio de este lienzo, muy en particular, nos conduce á la investigación y á ciertos recuerdos de las obras de este artista, y sus trabajos para la orden franciscana en Sevilla, pues para esta orden, como el Giotto en su siglo, pintó de preferencia, y á decir de uno de los buenos y recientes biógrafos de Murillo: (*) “de los claustros del convento chico de San Francisco, brotó el primer destello de su gloria.” Parece que estos lienzos fueron originalmente pintados para el convento de San Francisco en México; y nada extraño sería, que como muchos otros, formasen parte integrante de esa partida de cuadros de que habla Palomino, para cargazón de Indias, “con la que adquirió un pedazo de caudal para su viaje á la corte.” Me atrevería á creer que de estos once lienzos, diez por lo menos, son del estilo primordial de Murillo, antes de su partida para Madrid, en busca del gran Velázquez, de su realismo, colorido y enseñanza; pues en cuanto al oncenno, ya tengo dada mi opinión sobre que pertenece á su segundo estilo. No es improbable, pues, que este último de los lienzos fuese adquirido años después de los otros diez. Pero he aquí, que encontramos este mismo asunto: “el éxtasis del santo,” pintado mucho antes de 1645 para el convento chico de franciscanos de Sevilla, y que formó en su tiempo parte de una colección de once cuadros sobre diversos asuntos religiosos. Este lienzo se encuentra hoy en la Academia de San Fernando en Madrid; y á decir del crítico español, Luis Al-

(*) Luis Alfonso Murillo. El Hombre. El Artista. Las Obras. Un Tomo 1886. Biblioteca Artes y Letras. Barcelona.

fonso: "debió de ser uno de los primeros cuadros que "ejecutó en cumplimiento de su encargo, y muestra. "se en él tímida la mano y sin sabor ni fuerza el colorido." No recuerdo bien este cuadro de Murillo en la Academia citada; pero entiendo que el asunto general de la composición es algo parecido á éste; con la notable diferencia de que, si el de la Academia, adolece en opinión del crítico Alfonso de los defectos expresados, este de Guadalajara brilla por su vigor y fuerza en el colorido. La cabeza del santo, su actitud y expresión general en este lienzo, son verdaderamente soberbias. En estado de éxtasis se presenta á su atónita vista una visión sublime: el Crucificado entre nubes vaporosas, ángeles y querubes. Aquel conjunto, atrae é infunde en el espectador un sentimiento indefinido, como es aquel que nace ante la representación de lo sobrenatural magistralmente trasladado al lienzo. No hay en esta composición ese claro-oscuro *Rembrandtesco* que infunde hasta el pavor. La distribución de las sombras y luces, es armoniosa y atrayente, con ese colorido tan peculiar á Murillo, que lo singulariza de una manera inequívoca de entre todos los pintores. Los que como yo, han visto las grandes obras de Murillo, y las han estudiado detenidamente, no pueden menos de comparar el colorido de este cuadro, por ejemplo, con el de la Sacra Familia (hoy en la *National Gallery* de Londres), y de esta sola comparación, resulta una similitud tan grande, que á mi juicio, con esta bastaría para afirmar la autenticidad de este lienzo como obra del insigne sevillano.

Crítica con suma severidad el citado biógrafo Murillo, Luis Alfonso, que en el *Diccionario universal del Siglo XIX* de Larousse, en el artículo

bre el célebre pintor del San Antonio de Sevilla, se haya asegurado que de los 23 cuadros pintados por él para el Convento de Capuchinas, entre los que estaba el magnífico lienzo de el *San Francisco de Asís*, (hoy en poder del Infante D. Sebastián en su palacio en Pau), no haya quedado rastro alguno, habiendo todos estos sido llevados á América por los frailes. Ciertamente es, que el mencionado Alfonso, nos dice en dónde se hallan y en poder de quién, esos célebres cuadros; pero no creo que al decir el mencionado *Diccionario*, que los frailes se llevaron á América esos cuadros, ande tan sumamente errado, si no es tocante á los de Capuchinos. La prueba, la tenemos delante con estos once lienzos, entre los cuales, como llevo ya dicho (en mi opinión,) los diez primeros pertenecen á la primera época del estilo de Murillo, y el *San Francisco de Asís* á la segunda, en la que llegó al zenit de su gloria artística. No es difícil, pues, que el *Diccionario de Larousse*, mal informado, haya confundido estos once lienzos, hoy propiedad de Guadalajara, con los 23 antiguamente propiedad de los capuchinos, sobre todo, cuando hay la coincidencia de que en ambas colecciones figura como obra importantísima el cuadro representando á *San Francisco de Asís*, y que al hablar inconcientemente de los cuadros traídos á América por los monjes, se trate de los que están aquí. En resumen: este cuadro es perfectamente original de Murillo, y fué traído por los franciscanos á México, (como los otros diez para los corredores de su convento). Será una repetición del mismo asunto, pero obra de su mano; réplica de algunos de los numerosos cuadros que sobre este mismo santo pintó, y que hoy se encuentran esparcidos unos por Inglaterra, otros por Francia, otros por Es-

pañá, según catálogos formados de las obras de este pintor, por el inteligente historiógrafo americano Curtis, y el no menos inteligente Luis Alfonso.

El examen detenido, y como resultante de éste, la descripción y en seguida la crítica de los demás lienzos referentes á la vida del santo en cuestión, pediría muchas páginas que no me es dado consagrarles en este libro. Sin embargo, no finalizaré este asunto interesante, sin decir unas palabras sobre el que á mi juicio, puede tener más importancia después del ya descripto, quiero decir, del que nos representa la muerte de San Francisco en Asís, acaecida en 1226.

Este enorme lienzo es como los demás obra del mágico pincel del sevillano Murillo; diré que es un trabajo verdaderamente notable, con especialidad por la sorprendente combinación del claro-oscuro. Este, si es *Rembrandtesco* en toda la acepción de la palabra, y de la escuela del insigne maestro de luces y de sombras. Representa la lúgubre escena en aquellas horas, en que ya encajonado con tapa descubierta, el cadáver del santo, es velado por unos monjes poseídos de recogimiento religioso y singular dolor, como se deja traslucir en sus semblantes místicos.

Hay aquí una expresión que habla, una escena que conmueve, una historia en que se lee perfectamente la última página de un libro que se deshoja y que se trunca con la cesación de la vida de un hombre de reputación universal. Es este lienzo, la representación más viva de la vida contemplando á la muerte! Aquí todo es realismo, y por lo tanto, es un cuadro de profunda impresión. El dibujo correcto; la perspectiva de mucho efecto, revelando grandes conocimientos de óptica, tales como los poseía

Murillo; el tratamiento de paños muy bueno, y el claro-oscuro, como llevo dicho, *Rembrandtesco*.

Esta composición tan atrevida, es obra del genio, ya bien sea de Murillo ó de otro gran pintor. El colorido, puede muy bien prestarse á serias digresiones, como también facilitar al investigador y al crítico el estudio de cómo la escuela de Velázquez y su coloración perfectamente impresionista, pueden haber ejercido un influjo directo sobre la mente de Murillo. La gradación de claros y de oscuros, en una escena iluminada como ésta, con la luz artificial de cirios y de velas, es empresa en la que, sólo el genio de un artista puede obtener un triunfo; y á fé mía, que el claro-oscuro es lo que forma aquí, el gran éxito de este lúgubre pero interesante asunto de la escuela del arte religioso del siglo XVII.

*
* *

El joven estudiante, que de tan buena voluntad me acompañaba en esta vez, me invitó á pasar á la inspección de otros cuadros, colgados unos y otros recargados contra el muro del oratorio adyacente á la capilla.

El silencio, abandono, polvo y telarañas de este pequeño sitio, concuerdan perfectamente con el olvido al que se han relegado las obras pictóricas que se encuentran aquí, (*) y que comprenden una colección de unos 38 cuadros, cuya descripción y juicio crítico

(*) Después de escrito lo anterior se ha cambiado del todo el pequeño oratorio.

sobre ellos sería largo de escribir. Así, pues, tan sólo de paso haré una que otra observación.

De todos estos lienzos sólo hay tres que son profanos: unos que representan pasajes de la Historia Romana, y que se dice son de escuela mexicana antigua. Los 35 restantes son de escuela sagrada, y representan asuntos demasiado trillados, como son: los apóstoles, la vida de la Virgen, la Magdalena, el Calvario, San Pablo escribiendo, etc.; pero hay algunos de entre éstos, que tienen bastante mérito, y son de buen origen, como los tres que pintados por Lucas Jordán representan escenas de la vida de la Madre de Dios. Encontrarse aquí con una obra de Giordano (ó Jordán como arbitrariamente le han llamado los españoles), es una sorpresa tan agradable, como haberse encontrado con esos lienzos de Murrillo. Este célebre discípulo de Rivera y de Francisco de Cortona, fué muy fecundo con su pincel, tanto en el género religioso, cuanto en asuntos profanos y mitológicos. Orgullo de la escuela napolitana, pasó á España al llamamiento de Carlos II para quien ejecutó infinitas telas de asuntos sagrados. Es de presumirse, que estos tres cuadros, bellos por su colorido y felices por el tratamiento de paños, vinieran á México como donación de aquel monarca á algún templo ó convento de esta católica metrópoli. Me extraña sí, que en el catálogo de las obras numerosas que ejecutó tanto en Nápoles, como en Madrid, no figuren estos tres lienzos, que hoy casi relegados al polvo y al olvido, forman parte de la colección de obras pictóricas arrinconadas en el oratorio de este viejo plantel.

Del pintor mexicano Ibarra, hay aquí tres cuadros sobre la vida de Santo Domingo de Guzmán, y

un San Pablo escribiendo; todos bastante bien ejecutados, pero con ese colorido poco vigoroso y de entonación *aperlada*, que es característica á aquel que de hay en fuera fué un pintor concienzudo de nuestra antigua escuela mexicana.

De los pintores Henríquez y Villalpando hay aquí muestras de sus obras. Del primero, una Magdalena y 10 cuadros pequeños en lámina de bronce, con diversos asuntos relativos á la pasión de Cristo. Del segundo, un San Gerónimo. El pintor Henríquez [cuyos orígenes en su arte ignoro totalmente], se presentaba ante mi vista esta mañana por vez primera; y me es grato hacer su apología como buen colorista de Escuela Veneciana; pero es tan poco correcto en su dibujo, que, si con la coloración atrae, casi rechaza con sus incorrecciones en el difícil tratamiento del desnudo en la figura humana.

Debajo una ventana de este oratorio, estaba contra el muro alrevesado, un cuadro que al ser removido de su sitio por el cortés estudiante, *cicerone*, y colocado en buena luz, me reveló desde luego ser la obra de un verdadero pincel maestro. Representa éste un bello asunto religioso: el Salvador servido por los ángeles. Tela de no muy grandes dimensiones es ésta, en la que se ha pintado con sumo éxito, una composición que desde luego enagena por su brillante colorido, su claro-oscuro y la expresión celestial del conjunto, la cabeza del Salvador, como aquellas que nos pintó Correggio, en las que á verdades humanas se agrega eternamente la revelación en la mirada y el semblante de lo que es divino. El hombre-Dios asumiendo la carne, pero jamás ocultando su espíritu único, incomprensible é insondable.....—¿Quién es el autor de este cuadro? ¡Ni el estudiante, ni nadie

lo sabía! Sin firma, sin fecha vino á dar á esta colección, probablemente sacado de algún convento de esta ciudad. Ante este bello cuadro, me deleité todo el tiempo que pude. Le colocamos en su lugar con debido respeto. El estudiante, seguramente pensando en otras cosas, y sin darse mucho á la pena con todo lo que nos rodeaba, pero yo, francamente preocupado y un tanto azás nervioso, con no saber quién fué el autor de esta composición que traía á mi memoria el colorido del Ticiano y los ideales de Rubens, interpretados con mágico y pincel en sus creaciones del arte religioso.

Abandonamos la ex-capilla oratorio del viejo Seminario, en donde por mi parte había pasado un buen rato y de sumo interés para mí. Volvimos hacia la puerta de hierro buscando la salida; mas como que ésta, la había cerrado el joven estudiante al irnos en busca de los célebres cuadros, preciso era de nuevo abrirla y encontrar la salida. ¡Pero he aquí que volvía á repetirse el hecho de que ésta ahora, más que nunca, rehusaba abrirse!

El incidente era cómico en extremo. Sin causa justificada, y por fuerza mayor (¡la de la puerta!), el estudiante y yo nos encontrábamos perfectamente presos, teniendo por cárcel un pasillo y el patio solitario y silencioso de la capilla! Todos nuestros esfuerzos habían sido infructuosos, cuando (yo casi resignado á la suerte, seguramente esperanzado en que en alguna hora terminaría nuestra prisión), pasaba por fuera otro estudiante cuyos esfuerzos por evadirnos de la situación, también fracasaban al pretender abrirnos esa puerta hechizada. No tenía más remedio que apelar otra vez al conserje. Por fin, llegado éste al campo de la lucha, redoblaba todo su ingenio

por abrírnos de nuevo. La vieja chapa volvía á resonar como matraca indicando, una y cien veces que, lo que á ella concernía, la puerta estaba abierta. ¡Mas sin embargo, no era así! Pues á nuestros empujes estaba prácticamente cerrada..... ¡Esto sí se pasaba de claro-oscuro! Cuando ¡Eureka! Un pequeño cerrojo en forma de treta apercebido por alguien se deslizaba al toque de una mano, y entonces sí le plugó á la vetusta reja poner término á tan chusca escena, y de nuevo, girando y gimiendo sobre sus enmohecidos goznes, nos concedió esa tan deseada libertad, cuanto más difícil había sido conquistarla.

El Liceo de Varones, constituido como lo está al presente, es en todo un plantel de instrucción pública, no sólo digno de este Estado de Jalisco, sino de cualesquier país civilizado. La enseñanza aquí impartida, comprende muchos ramos del humano saber, cuyos conocimientos se propagan diariamente á más de 400 alumnos, de entre los cuales, son en muy corto número los internos, que pagan por cabeza \$12 mensuales por asistencia muy completa.

Las cátedras se abren en Octubre y se verifican los exámenes en Julio, después se sigue el periodo de vacaciones. Hay en este Liceo jóvenes de casi todos los Estados; el que me ha acompañado en esta vez, es hijo del de Oaxaca, y á su cortesía y buena inteligencia, debo en gran parte haber pasado una mañana deliciosa, cuyos recuerdos siempre me serán gratos, cuando ellos están tan íntimamente ligados á

lo recreativo é instructivo en esta ciudad Reina de Occidente.

Si Guadalajara fuera una de esas ciudades, con poco ó nada que enseñarle al viajero, salvo su Museo Industrial, con sólo éste salvaria su reputación de capital progresista y civilizada. Ninguna otra capital de la República mas que ésta (que yo sepa á lo menos), puede vanagloriarse de haber sido la primera y la única de dar un paso tan benéfico, como ha sido el establecimiento de un centro en edificio *ad hoc* para el estudio y el eficaz conocimiento de todos los productos y riqueza agrícola, minera, industrial y manufacturera de un solo Estado del país.

Ya en mis vagancias matutinas tenía proyectado ir en busca de este Museo Industrial, cuando al saberlo su director, el estimable é inteligente caballero D. Juan Ignacio Matute, se ofreció bondadoso a llevarme, y como resultado de nuestra visita, transcribo aquí gustoso estos mis apuntes é impresiones.

En camino al edificio en que está ubicado este Museo, su director me habló de que éste había tenido origen y nacimiento entre un grupo de personas que forman parte de la Sociedad de Ingenieros de esta ciudad; á la vez me impulsó de que estando éste en sus principios, no debía esperar una gran cosa, pero que, en fin, vería yo hasta qué punto habían llegado los esfuerzos colectivos de varios individuos, con noble propósito de tener aquí un centro de utilidad práctica para el conocimiento de las riquezas y productos del Estado de Jalisco.

En charla amena y agradable, medimos una corta distancia desde el bello Jardín de la Universidad hasta llegar al punto deseado. Penetrábamos a un vasto edificio de construcción muy sólida y antigua, de arquitectura colonial, lleno de luz que llamará sonrosada, efecto sin duda de la reflectación del color con que por dentro está pintada esta casa señorial, en una época colegio de Jesuitas. Nuestra visita era esperada; así pues, la puerta de entrada al salón principal del Museo, en el piso bajo, nos franqueaba; el paso sin dificultad ni rémora alguna.

Estábamos en una inmensa galería, cuyas numerosas y amplias ventanas, nos arrojaban un torrente de luz vivísima que destacaba á nuestra vista infinitos objetos en armarios muy grandes con sus vidrieras de cristal. Recibía desde luego tres impresiones favorables. Primera: la que me hacía el local; segunda: la manera con que los objetos estaban clasificados y exhibidos; y tercera: la importancia representativa de las manufacturas revelando adelantos que nunca me esperaba.

En este salón, y otro que le es cóntiguo también de grandes dimensiones, están comprendidos todos los productos, toda la riqueza del Estado de Jalisco, el más grande, más poblado y el más rico de toda la República. Lo que tenemos delante, venía á ser una revelación trascendental de una naturaleza prodigiosa hasta lo infinito; de lo que contienen esas 6,758 leguas cuadradas (191,430 kilómetros), que forman dicho Estado, de lo que producen ó pueden producir, y finalmente, del trabajo é ingenio del hombre, y de lo que esto implica para su población de un millón y veinte mil habitantes.

Entrar en minucioso examen, y describir en de-

talle los diversos productos de la naturaleza, de la industria manufacturera y del arte, exigiría un im-
probable trabajo fuera de mis alcances y tiempo dispo-
nible. Así es que, habré de limitarme a tomar en
cuenta tan sólo ciertos asuntos de importancia vital.

La Agricultura.—Esta es la verdadera fuente
de riqueza para este Estado. En realidad, los países
agrícolas, son los positivamente ricos. Abel, fué el
cuidador de los rebaños; pero Cain el labrador del
campo; y los atenienses, aseguran haber sido ellos
los primeros que practicaron el arte de sembrar el
maíz. Las muestras de cereales en este Museo, son
una revelación práctica de lo fructífero del suelo ja-
lisciense, en cuya vasta extensión se encuentran todos
los más bellos productos de las tres zonas. El Sr.
Bárcena, nos dice en su importante estudio, que:
“En un examen general puede estimarse que las re-
giones Norte y Noreste del Estado, son las más
“productoras de trigo, y las situadas al Sur, Suroeste
“y Oeste, lo son de azúcar, maíz y café.”

Todas las muestras de semillas aquí exhibidas y
perfectamente clasificadas, son de sumo interés y afir-
man, más y más, la idea de la importancia de Jalisco
como Estado agrícola y productor.

Pasaba en revista en los grandes armarios infi-
nidad de muestras, y a los claros é inteligentes infor-
mes impartidos por el Sr. Matute, se seguía como
era natural la apreciación de todo. Aquí teníamos
la prueba evidentísima de la importancia de un museo
de este género, cuando con sólo lo que tenía a mi
vista, era toda una revelación de los innumerables
frutos de las zonas tórrida y templada, entre los que
podíamos contar el tabaco, caña de azúcar (con mues-
tras superiores de ésta ya elaborada), el café, ca-

cao, algodón, arroz, maiz, trigo, cebada y garbanzo.

Hilados y Tejidos.—Si el hombre necesita de la agricultura para poder existir, no menos necesario les son los vestidos para poder defenderse de la intemperie y convertirse á la vez en sér civilizado. Motivo de sorpresa y de crítica ha sido, y es para el extranjero, el estado de desnudez de una parte considerable de nuestro pueblo bajo. Felizmente, Guadalajara, progresista y aseada, queda fuera de los alcances de esa crítica más ó menos justificada. Los productos de las fábricas que están en las cercanías de esta ciudad, me han sorprendido sobre manera, cuando ellos pueden competir en infinidad de artefactos con las importaciones extranjeras de quienes aparecen ya como rivales. Si la manta y los casimires, los calcetines y las colchas, las frazadas y las toallas exhibidas aquí como productos del país me hubieran sido enseñados como manufactura americana del Norte, podía haber creído que así lo era. No creo se pueda hacer mejor apología para industrias en nuestra patria, se puede decir nacientes, que ésta que hago imparcialmente, motivada por lo que en esta vez he visto aquí.

El Maguey.—Cuando uno recuerda como yo, haber visto esta planta en el extranjero tan sumamente honrada como lo está en el Palacio de Cristal en Inglaterra, ó en los grandiosos jardines de Kew, de aquel país, por esencia agrícola y horticultor; cuando uno recuerda que á este nuestro maguey se le coloca en lugar preferente en macetones é invernaderos dignos de ser por hadas habitados, entonces es cuando cruza por los antros de la memoria el pensamiento, de cómo aquellas naciones tan viejas como sabias de la Europa, le dan valor á las cosas que mu-

chas veces vemos con menos interés y aprecio científico o monetario que aquellas. La historia del maguey, entre nosotros, es una vieja historia; la de una de sus más importantes producciones, como lo es la del pulque, fuente inagotable de riqueza, está envuelta en una leyenda tradicional, perfectamente oriental en su concepción, como digna lo es de la poesía y del romance mexicano. Al sentimentalismo de aquella, tradicional historia legendaria de Xochitl, la encantadora joven tolteca, supuesta descubridora del pulque, tenemos que agregar la importancia real y científica del análisis de esta bebida hecho por un sabio químico mexicano, D. Leopoldo Río de la Loza.

Teniendo muy presente, que son 30 las diversas clases de maguey que en la República poseemos, y que es notorio que en el *Estado de Jalisco*, como en los de Guanajuato y Zacatecas, es donde mejor se hace el plantío del *agave* azteca, no es de extrañarse que en este Museo Industrial, tengamos ya interesantísimas muestras revelando hasta qué punto puede este explotarse como artículo para la industria y para la manufactura. Recuerdo, que hace muchos años, un inglés, antiguo residente en nuestro país, trataba de explotar en Manchester, Inglaterra, la peca del maguey para la importante fabricación del papel. Que los aztecas hacían un papiros del maguey, por el estilo del que por siglos sirvió a los Egipcios para escribir sus jeroglíficos, es cosa averiguada. A la llegada de Cortés a México, motivo de sorpresa para él y los conquistadores, encontrarse con que las grandes damas de la aristocracia indígena, usaban unas telas, que a su blancura, unían la circuntancia de ser sumamente finas y confeccionadas con los filamentos del ixtle, (henequén) extraído

fibras del agave, convertidas en finísimos lienzos.

Nadie puede ignorar en nuestro país, que de esta planta, que caracteriza nuestro paisaje en muchas partes del territorio nacional, se produce amén del pulque, el mezcal ó tequila (este último de suma importancia comercial para Jalisco), y el henequén, cuya exportación, de algunos años á esta parte, ha hecho de la lejana península yucateca, un centro comercial y rico con la explotación de tan importante fibra.

Tiene el maguey también, ciertas propiedades medicinales y curativas, tan conocidas de las antiguas razas pobladoras, como hasta el presente lo son de las indígenas, en diversas partes de nuestro vasto territorio. El muestrario dedicado en este Museo al agave y su explotación, es de sumo interés; pues en él vemos hasta qué punto puede la industria y la manufactura, explotar la rica y benéfica planta que, como llevo dicho, comprende 30 diversas clases.

De esta fibra textil, tenemos alfonbras del país de excelente consistencia y durabilidad. Nuestras reatas y cordeles son demasiado conocidas y apreciadas para que hagamos aquí su apología; pero lo que sí no creo sea vulgarmente conocido, es la gran aplicación que á la industria de la cordelería y cables marinos, se está haciendo en el extranjero con la fibra textil del henequén. Es cosa averiguada que los cables y cuerdas hechas con esta importante fibra, presentan una solidez y resistencia tal, que son hasta impermeables á las aguas saladas del Océano. La fabricación con éxito, del papel maguey, es otro ramo de industria importantísimo, con especialidad entre nosotros, donde los elementos no siempre han sido buenos y en suficiente abundancia como sucede

en Europa y los Estados Unidos, para la manufactura de papeles de primera calidad. La consistencia de este papel maguey para el uso del papel moneda, y la fabricación de billetes de banco, que necesitan de cierta fuerza unida á la flexibilidad, es de suma importancia. La mixtura del henequén con la seda, es otra naciente industria muy importante, especialmente cuando tanto interés despierta ya entre nosotros el cultivo de la morera, como fuente de riqueza para la explotación del gusano de seda.

En el segundo salón de este naciente museo, se encuentran infinidad de muestras de ramos de explotación é industria, como por ejemplo: las maderas preciosas que abundan en varias partes del Estado; el fierro con modelos muy buenos de puertas y bancos ó asientos de jardín que no piden favor á nada de lo importado, y otros objetos de utilidad práctica y común á tan indispensable industria.

Los materiales de construcción son preciosos y ricos en extremo; la variedad de arcillas para la industria del alfarero, la manufactura de pisos comúnmente usados y conocidos bajo el nombre de *ladrillos de jarro*, que á su resistencia y belleza unen un pulimento especial y un olor grato cuando éstos se humedecen; el caolín riquísimo para la fabricación de la porcelana y el arte encantador de la cerámica, que tanto progresa ya aquí, todo esto y mucho más, sorprende al visitante y al investigador de la riqueza de Jalisco y de su estado actual como un centro de trabajo y productos.

El Museo Industrial tiene, pues, una importancia grande, y es de esperarse que día por día se multiplicará en todas sus interesantes secciones. Para los hijos del país, así como para el visitante est-

jero, es un centro de enseñanza objetiva que encierra dos lecciones de un valor indecible. Primero: la demostración práctica de toda la riqueza fabulosa del Estado. Segundo: el hecho indiscutible, de que los hijos de este suelo aprecian y conocen todo el inmenso bien que la naturaleza pródiga les ha otorgado; que, no omiten esfuerzo alguno de su parte, y por medio del honroso trabajo, dan valor á aquello que la misma naturaleza ha puesto en sus manos, como una fuente creadora é inagotable para el desarrollo de la industria, del arte y la manufactura, constituyentes eficacísimos en el progreso de los pueblos.

De los dos salones tan imperfectamente descritos por mí, para dar una idea verdadera de su contenido, fuimos por el patio á otro departamento donde se está empezando á formar en el Museo, la colección ornitológica, geológica y paleontológica. Nadie ignora la riqueza que en general en toda la República poseemos, en el reino de la fauna, como en el mineralógico. Pues es notorio y reconocido universalmente, que los mexicanos son notables artistas desde tiempo inmemorial, en trabajos exquisitos, hechos con las bellísimas plumas de las no menos espléndidas aves de nuestro país. Paraíso de eternas primaveras. Es por eso, que en las primeras páginas de este libro, he dicho: *"que por doquier tenemos la riqueza, hasta en los libres pájaros del aire."*

Pero en cuanto al profundo estudio de esa importante ciencia que tiene por objeto "el conocimiento de los restos orgánicos fósiles, y de las razas de animales y vegetales que existieron antiguamente en la superficie del globo," y que se conoce bajo el nombre científico de "paleontología," debo decir que, salvo mejores informes, es ciencia que viene ocu-

pando de 50 años á esta fecha á hombres científicos, como lo son D. Antonio del Castillo, D. Mariano Bárcena y el Sr. D. José G. Aguilera [*] ya notable entre otros paleontologistas de nuestro país. Sorpresa, y no poca, me causaba encontrarme entre esta colección, una parte muy interesante de los fósiles de un mastodonte que fué hallado en territorio de este Estado. Lo prehistórico ocupa un rango muy elevado en el mundo de la investigación científica, como el Alpha ú origen de las cosas y su fabuloso desenvolvimiento en la civilización é historia del mundo y de la raza humana. No puedo dar una prueba más fehaciente de este aserto, en lo que concierne á la ciencia paleontológica, que el hecho asombroso de que en este siglo XIX, en que se le ha dado y sigue dando á esta ciencia un impulso tan especial, tengamos ya agregado al *Sistema Naturæ* el conocimiento de cerca de 40,000 especies más de animales y plantas, como el resultado de las investigaciones paleontológicas de sabios contemporáneos.

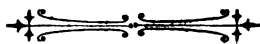
Los restos fósiles del mastodonte estaban arreglados en el piso del salón, de tal suerte, que se pudieran echar de menos las partes que faltaban para formar el complemento del esqueleto colosal. El Sr. Matute, me enseñaba con singular empeño toda esa osamenta desenterrada de entre el polvo de los siglos. Presente en esos momentos otra persona sumamente inteligente y conocida en Guadalajara, el Sr. S. Se suscitó entre ésta y el Sr. Director u

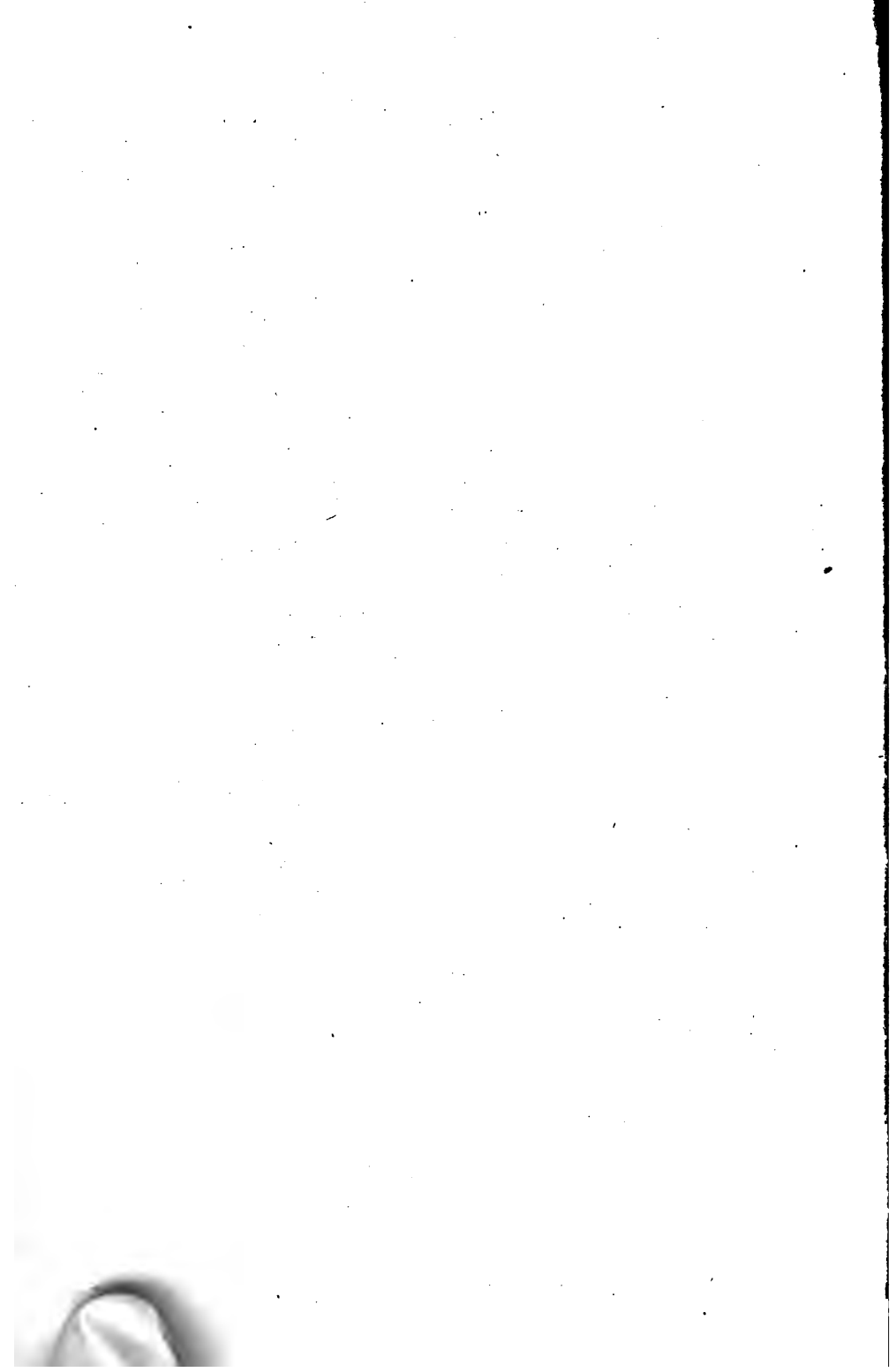
(*) Este célebre científico mexicano, es probablemente más sabio de todos nuestros paleontologistas, y uno de sus descubrimientos que fué determinado por él en 1882, en su estudio Gretáceo de Tehuacán, ha sido honrado en los Estados Unidos 1887, bajo el nombre de «Aguilera».

interesante discusión sobre este colosal mamífero paquidermo, tan parecido al elefante por su trompa y largos colmillos. Lamento no poder transmitir en estas páginas, aquel interesante diálogo al que dí oídos con todo el interés propio al asunto y toda mi ignorancia de profano.

Abandonaba el Museo Industrial (antiguo Colegio de San Juan), hoy centro de la Sociedad de Ingenieros y además edificio en cuyas sonrosadas alturas se encuentra el Observatorio; salía yo tan sumamente complacido como satisfecho del ilustrado recibimiento que en él había experimentado.

¡Benditas vagancias matutinas! A ellas les soy deudor de innumerables impresiones *recreativas é instructivas*, tanto más valiosas, cuanto más benéficas me han sido aquí, como en otras partes del mundo, á lo físico como á lo intelectual.





CAPITULO VIII.

VAGANCIAS NOCTURNAS.

REFLEXIONES E IMPEESIONES.

EN LA PLAZA DE ARMAS. FRENTE AL QUE FUE PALACIO

DE MEDRANO.

EN EL TEATRO, DENTRO Y FUERA.

ES la luna, un eterno acreedor del sol en el sistema planetario; á este último astro le pide prestada su luz. Aquella, que en un sentido poético, le llamamos de plata. Esa luz que, en la tierra como en la mar, amolda el espíritu á las emociones de ternura, al romance de la vida, al sueño del sentimiento. Sólo las almas enteramente depravadas, permanecen indiferentes, al influjo directo que sobre el espíritu y el pensamiento ejerce esa luna, faro esplendente de la noche que, rompe los velos de las tinieblas, é ilumina el humano cerebro, como también alumbra la tierra y los mares.

Es inexplicable el poder de esta luna sobre los

sentimientos y la imaginación humana. La mitología egipcia, la deificó al grado de adorarla bajo el nombre de Isis. Nuestros toltecas, hicieron otro tanto, levantando en su honor, hace ya algunos siglos, una de esas pirámides que en las llanuras de Teotihuacán, son hasta el presente, tanto para el arqueólogo, como para el historiador, monumentos que encierran en sus antros, la historia del arte y de la civilización de pueblos, cuyas creencias y sentimientos religiosos encuentran sus orígenes en la India y en el Asia. El egipcio, llamábale á su diosa, *Isis*; el tolteca, bautizó con el nombre de *Mezili Itzacual* á la pirámide de la luna, semicónico monte artificial, peremne templo al aire libre; sin más cúpula, que la celeste y estrellada bóveda del cielo; sin más altar, que aquel en el que descansaba sobre su pedestal, la grotesca figura de la diosa de sus creencias idólatras. Pero en el fondo de la conciencia egipcia, como en la del tolteca, la misma idea, el mismo sentimiento: ¡la adoración del astro esplendoroso de la noche!

Los asirios y los griegos también la deificaron; y los latinos, le rindieron culto bajo las denominaciones de Diana y de Juno Lucina. Mas sobre raza alguna, creo que, el planeta puede haber ejercido tan poderoso influjo sobre la imaginación, como aquel que, este planeta ejerció sobre los magos de Tesalia, que á decir de la historia, en los encantamientos de éstos, al invocar la luna, creían hacerla descender sobre la tierra!

Pensaba en todo lo citado, sentado en un asiento del delicioso jardín de la Plaza de Armas y noche encantadora, por su estilo, como lo son aquéllas mañanas con su risueña aurora, ó las tardes con su coloración vivificante y siempre inspirador.

Si la mañana, pues, comienza por sonreiros en esta Guadalajara, y los lindos crepúsculos de la tarde os envuelven con luz encantadora, ¿qué de extraño es entonces que al desaparecer de la celeste bóveda, y el horizonte misterioso esos colores dignos de una paleta del Ticiano, se reemplacen las nubes de violeta y de oro, con las de plata, dignas acompañantes del astro lunar que, con sueños de poeta, y velos de gasa, envuelve y adormece á esta ciudad de monumentos y jardines, de música y de flores?

Es esta Plaza de Armas, el centro más precioso de toda esta ciudad. Vagar aquí de noche, es vagar con todo un poema en la cabeza, cuyos cantos realistas lo forman las bellísimas mujeres que en las noches de serenata, concurren á este sitio como un torrente de hadas que invaden los jardines. Flores animadas, hermanas del lirio y la azucena, de la rosa y de la violeta, del pensamiento y de la trinitaria.

Hay aquí, dos costumbres que llaman la atención de todo forastero. Primera: las damas y las jóvenes en su mayor parte dan vueltas en la Plaza enteramente solas, quiero decir, sin más compañía que la de su sexo bello, y los hombres todos juntos también, tomando la dirección opuesta al rumbo llevado por las damas, forman dos filas que se encuentran sin entrelazarse en ningún punto dado. Ir contra esa corriente femenil, es el ideal del hombre; ver ese cordón de flores animadas que pasan ante la vista de todos como un kaleidoscopio, es el feliz aliciente para ir al jardín del Zócalo en las noches de retreta.

La otra costumbre que llama sobremanera la atención, es aquella que tiene el pueblo bajo de no mezclarse con la gente de tono, ó la preponderante clase media, que en este lugar tiene el suyo aparte,

y es aquel que entre una fila de naranjos, forma el borde de la gran banqueta del jardín:

En cuanto á la primera costumbre hay algo que decir en pró y en contra. En pró, diré que es buena en cuanto á lo que pueda concernir á la independencia de la mujer, que á mi juicio, parece estar aún más emancipada y libre aquí, que en parte alguna de nuestra República. Se nota en la mujer tapatía, ese aire de independencia altiva y señorial que caracteriza á la inglesa y á la americana del Norte. Esbeltas y serias, emancipadas de la dueña y las costumbres que, el influjo de una civilización y costumbres orientales ejercieron en ella, en tiempos no remotos, cierto dominio y tiranía fuera y dentro del hogar, andan por todas partes muy respetadas, y libres como las aves en los bosques, la montaña ó la pradera. Pero el contra de todo este conjunto digno de nuestro siglo, que tiende á emancipar á la mujer, lo encuentro palpitante entre ciertos resabios de nuestra educación española, y de nuestra raza latina en América. Estos resabios, son la intolerancia por parte de ciertas familias, en no permitir frecuentemente, el contacto social entre la mujer y el hombre. Hé aquí por qué en esta Guadalajara, como en otras partes del país, tenemos tan limitado contacto con las del sexo opuesto. Romántico, muy romántico será para la soñadora juventud, amar á una mujer desde su reja en la ventana, ó el barandal de su balcón. Romántico será verla en este jardín, en noches en que, bañada por las flores por la plateada luz de la luna, es una hermosa flor, en movimiento rítmico con los acentos musicales de inspiradora danza ejecutada por la bañista en el Kiosco. Más si al romance propio á nuestro sentimental carácter, y debido también á las cost-

bres y al mágico poder de un clima que, se atavía con flores y verdores de eterna Primavera, agrégásemos algo más práctico, para el cange de las ideas y sentimientos, sin el mutismo propio á los seres que se ven y se aman desde distancias convencionales, yo creo, que habría mayor felicidad en nuestros hogares, y menos desengaños é infidelidades en la difícil vida conyugal. Yo soy también, de las que me atrevo á sostener que, la falta de trato social y la mezcla más frecuente entre ambos sexos, nos es perjudicial en alto grado.

Escribiendo un extranjero sobre esta *Plaza de Armas*, y después de opinar que es el parque más bello de la ciudad, hablando en seguida de la belleza de la mujer, de sus gallardas figuras, de sus facciones clásicas, de sus ojos cargados de potencia magnética, de su donaire y de su andar de reinas, se lamenta de que ésta, siga en aquella costumbre primitiva de pasear por la plaza sola y en dirección contraria á la del sexo feo, el cual tiene de contentarse con las miradas seductoras de ésta, al acaso arrojadas al pasar junto de ella. Mas luego agrega: "No cabe duda, que "esta costumbre pronto ya pasará, y en porvenir no "muy lejano, se verá á los jóvenes de ambos sexos "paseando del brazo como se usa en otros países."

Varias noches, en mis vagancias nocturnas, he venido aquí, á filosofar y recoger el pensamiento con las impresiones del día. ¡Cuánto he gozado en esta plaza-jardín! En diversas ocasiones me había propuesto otorgar el premio de belleza á la joven más bella (á mi juicio), que concurriera á este paseo nocturno, centro favorito y social de esta ciudad Reina, de todas las demás de nuestro suelo. ¡Vana empresa! Otorgar aquí un premio de belleza, es tan dis-

paratado, como decir cuál es la perla más hermosa que contiene el Golfo de Cortés en Baja California.

La Plaza de Armas, debe juzgarse bajo sus dos aspectos nocturnos. Así la he juzgado yo. Primero: cuando a la luz de eléctricos focos, se ve en ella mucha animación, a esa hora de las siete a las nueve de la noche, cuando las hadas aparecen en ella; cuando los acordes de la música resuenan por sus ambientes, para perderse en los portales adyacentes como fragmentos armoniosos de un conjunto celeste; cuando las flores naturales despiden sus perfumes para compartirlos como el *huele de noche*, que otorga su embriagador aroma con suma esplendidez y nocturna franqueza. Este es muy bello aspecto, como lo es muy atrayente escena. ¿Pero qué dirá, pues, el amigo de la soledad, el filósofo y el estudiante de la vida; con el aspecto opuesto al ya descripto en este sitio? Quiero decir, con ese aspecto también arroba-dor por su estilo; cuando se queda solo en esta Plaza en comunión consigo mismo con las flores y con todo ese conjunto formado por la soberbia catedral, el vetusto Palacio del Gobierno y los simpáticos portales, sin más luz que la luz de las estrellas ó la luz de la luna entrevelada por las nubes, que en la región de cirrus, luchan por ocultar el gran astro de plata.

Vagando por entre los camellones de las flores bellísimas, notaba lo fructífero de este suelo, con clima tan especial para la propagación de las plantas; entonces comprendía que en el Jardín Botánico se hayan podido cultivar 74 familias, con 217.

(*) Este jardín está situado en la huerta del antiguo convento de Santa María de Gracia, y tiene de superficie 8,584 m. cuadrados, que contienen dos veneros de agua y un estanque. También se dan cátedras sobre Botánica.

cies diversas, cuando con poco esmero, y sin mucho trabajo, se ven tan lindas plantas y flores desde las pobres casas de los barrios, hasta los grandes palacios de la opulencia y la riqueza de esta bella Metrópoli; donde todos demuestran predilección por las flores. Hé aquí, el secreto del por qué á cada paso, tropieza el viandante por muchos lados con los naranjos, las aromáticas gardenias blancas como la perla, las atmosféricas, las camelias y hortensias típicas de esta Guadalajara y de sus jardines públicos y privados.

Investigando las causas civilizadoras que han dado origen al desenvolvimiento progresista de esta Guadalajara, encontraremos que, si mucho puede deberse á la localidad y á las primeras razas españolas que inmigraron aquí, después de la conquista de Nuño de Guzmán, mucho también se debe á que los hijos de este suelo, por naturaleza propia, revelan aptitudes singulares para las bellas artes como también para las ciencias. Se nota en todo aquí, que hay mucho amor á lo bello, mucho anhelo por todo lo que viene bajo la forma del progreso. En un Estado como éste, donde tanto valor se dá á la música y á las flores, preciso es que haya mucho sentimiento, y donde hay sentimiento, fuerza es que haya corazón para sentirlo y expresarlo todo; y en donde hay esto, todo lo hubo para los pueblos. El patriotismo, el hogar, la familia, las bellas letras y las artes, sólo pueden hallarse y vivir donde existe el sentimiento. No son, ventura, los países más cercanos al Polo Norte, donde tiene nacimiento la poesía, el arte y la música de las naciones civilizadas. En la región eterna de los hielos, sólo el valor intrépido del hombre, su acia y su constancia, encuentran esos laureles que se ganan á través de frentes por el triunfo y las conquis-

tas de cosas bien ajenas por cierto, á las exploraciones gigantescas de la región polar.

Los habitantes, pues, de estas regiones jaliscienses, tienen perfectamente definido su carácter por causas climatológicas, por antecedentes que buscan sus orígenes en la raza que vino á conquistarlos, de la que en todos casos conserva el sentimiento religioso, el anhelo por lo grande, la afición á lo bello, el sueño por lo ideal. ¿Qué de extraño es todo esto, cuando natura misma aquí, predispone al hombre al sentimiento, á la poesía y el arte?

En un pueblo como éste, se comprende la filantropía; se explica uno la razón de ser de sus monumentales edificios arquitectónicos, de sus grandiosas instituciones de pública beneficencia, de sus magníficos baños, del estado de sus planteles de educación, de su soberbia Basílica, de sus templos católicos, de su ilustrado clero, de su Gobierno progresista, y en fin, de tanto y tanto que es materia inagotable para el historiador, el filósofo, el hombre pensador y aun para el que, como yo, vaga en busca de los progresos y de la historia de la patria, doblemente interesante como cuando en Jalisco y su capital, se nos presenta ataviada y llena de atractivos y, tan arrobadora, como una leyenda oriental, cuyas fantasías encuentran su realismo ante una enseñanza objetiva indisputable.

* *

Quando ha sonado la última nota de los acordes armoniosos de las bandas militares, ó de la Escuel

de Artes (digna de oírse igualmente), comienza la concurrencia á dispersarse, y cada quien se dirige al hogar. No tarda mucho en hallarse la bella Plaza de Armas, tan desierta como el panteón. La ciudad, también asume un aspecto solitario y tranquilo. Dormitan las flores en los jardines y el policía en las esquinas de las calles, con sobrada razón también dormita como puede. Conforme avanza la noche, más notables se hacen las pisadas del casual transeunte, cuyos tacones dejan oír un eco pavoroso en los largos y solitarios portales, ó en los embanquetados de las calles. En mis vagancias nocturnas, tan sólo me he encontrado con uno que otro briago de tequila, ó algún amante de Teruel, feliz Tenorio en charla ó en espera de su novia cerca del enverjado ó rejas de una ventana. Por ciertas calles, he observado una que otra *fonducha* (*) abierta á deshora, y donde se servían muy olorosos platos, cuyo condimento es famoso en esta Guadalajara, en donde tan buena en general, es la alimentación. En algunas vagancias recordaba á Granada, cuando el eco de una voz entonando sentidas y armoniosas coplas cantadas con acompañamiento de *jaramita* ó de guitarra, me hacían sentir que, esta raza mezclada, lleva en sus venas mucha sangre andaluza, y que es sentida, valiente y soñadora como la del árabe.

Había vagado mucho en esta noche, y un tanto fatigado había llegado orillas del riachuelo de San Juan de Dios, que atraviesa la ciudad y corre de SO. á NE. Me encontraba por el Oriente, su parte más extensa; iba á cruzar un puente (el de Medra-

(*) Las denominadas *pollerías* de Guadalajara; célebres por sus pollos fritos, sus *moles* y sus firjoles con tostada.

no) cuando determiné sentarme en sus bordes, y desde éstos, contemplar la vetusta población. Estaba solo; el silencio quedaba interrumpido, de vez en cuando, por un perro que ladraba (¿seguramente á la luna?), pues nadie había por allí á quien ladrarle. En medio aquel caserío que se veía por doquier, se destacaba en una esquina inmensa, una casa pintada de amarillo y con unos balcones y ventanas tan antiguas, que revelaban desde luego, su origen de arquitectura colonial. Es esta casa, á decir del vulgo, una mansión de espantos! Antiguo *Palacio de Medrano* y conocido bajo este nombre, está envuelta su historia, en trágico romance de una Julieta y un Romeo, cuyos amores terminaron de una manera tan sensible, tan estupendamente dramática, que después del transcurso de muchísimos años, convertidos ya en siglos, conmueven al lector y le interesan vivamente.

En noche como ésta, en que las gruesas nubes luchaban con la luna, y los efectos de claro-oscuro hacían más imponentes los objetos, la contemplación del lugar y aun parte del edificio, donde se verificó la acción dramática, tenía de producir mayor efecto en el espíritu, que si esta historia hubiera sido relatada al espectador, lejos de aquí y en plena y vivificante luz del día.

Lamento en extremo que, no obstante mi empeño en recoger algo nuevo tocante á esta romántica historia, no haya podido obtener más pormenores que aquellos, ya demasiado conocidos de todos en esta población, y de que se hace mención en más de un libro ó Guía de Guadalajara. Pero frente á este edificio histórico, y en un sitio que igualmente lo es, parece imposible evocar los recuerdos sin renar-

historia, por mucho que de todos sea ya muy conocida.

Relatan las crónicas de esta ciudad y de su fundación, que Cristóbal de Oñate, rival de Nuño Beltrán de Guzmán, mandó erigir un palacio para "el real Oidor;" pero que fué de corta duración en el poder éste de Nueva Galicia, debido á un episodio amoroso y romántico que tuvo desastroso fin.

Hallábase á la sazón como jefe de los asuntos públicos, un D. Francisco Pareja, no sé si por ventura, pariente de aquel Juan de Pareja, nacido de padres esclavos en el siglo XVII, pintor sevillano, de portentosa habilidad, después de haber sido humilde limpiador de pinceles del insigne Velázquez, para quien también molía los colores con que pintaba aquellos cuadros de que más tarde fué fiel imitador, y que por influjo del rey de España, consiguió le manumitiese el dicho Velázquez. Sea esto como fuere; sería ó no el pintor de *Nuestra Señora de Guadalupe* [entre otros lienzos de escuela religiosa], descendiente del célebre oidor de Guadalajara; pero lo que es un hecho averiguado, es que, este gran caballero, tenía una hija de rara y atrayente hermosura, y que en aquel entonces, llegó á ser víctima y heroína de una pasión ó historia desgraciada.

Ignorando el nombre de la hija de Pareja, le llamaré Julieta, como daré á su amado el de Romeo, por ignorar también el suyo; pues es el caso, que con ciertas diferencias (no niego de importancia), la romántica historia de este Romeo y Julieta de Guadalajara, tiene cierta similitud en el fondo, y el influjo social de un siglo y sus costumbres, con la de los célebres amantes de Verona, cuya historia patética y trágico desenlace, inspiraron á genios como Shakes-

peare, á escribir una de las más bellas tragedias de la literatura universal.

Curioso, y interesante sería tener detalles sobre los amores de aquella joven hija del oidor, así como también sobre su amante. Sabemos tan sólo que era muy joven y sumamente bella; pero ignoramos su verdadero tipo y algo más importante: el sitio ó país de su nacimiento; mas infero que debe haber venido de Andalucía, cuando su padre fué nombrado oidor de la Real Audiencia en la Nueva Galicia. En cuanto á él, nada se sabe; pero se conjetura por sus actos en la acción dramática motivada por su causa, que debe haber sido todo un hidalgo de capa y espada, un digno hijo de Palayo, un Romeo español del siglo XVI.

Es más que probable, que ella no sabía escribir, cosa generalmente prohibida á las de su sexo en su época, en que la pobre, como la opulenta mujer, no tenía más educación que la de los modales, ni más instrucción que aquella religiosa impartida por la madre ó por el confesor. Así, pues, no es extraño que archivo ninguno haya recogido correspondencia epistolar, que nos pudiera dar idea del carácter y de los sentimientos de ambos, como en casos análogos ha sucedido en otras partes.

Todo lo que cuenta la historia de estos jóvenes, es que, se amaban con pasión propia á su raza y aun á la localidad; y se asume que sus amores fueron de balcón á la calle, y nada más, cuando el oidor se oponía (no se sabe por qué) á los amores y á la unión su hija con aquel á quien ella había elegido por poso. Se dice, que el padre de la joven había juro prohibir el matrimonio, mas no se dice en qué fundaba su oposición.

Puede conjeturarse, que pudiera existir algún feudo de familia, cosa común en aquellos siglos, ó que el joven Romeo, no tuviera todos los timbres de nobleza indispensables para pretender la mano de la hija de un *oidor*, ó que fuera *pobre*, circunstancia agravante en toda época, para pretender el enlace con joven rica ó de elevada posición social, cuyos padres (presumo con honorables excepciones), siempre buscan ó desean hombres opulentos para matrimoniar las hijas.

Pero á aquella oposición sistemática del *oidor Pareja*, en los amores de su hija, tenía que presentarse la faz común y natural á todo siglo y caso semejante. Quiero decir: la solución del problema por medio del rapto, convenido entre ambas partes interesadas.

El rapto, que ha sido considerado por siglos y en todo país civilizado, como un delito ante la ley y ante la sociedad, puede sin embargo, considerarse bajo dos faces distintas. Primera: aquella con circunstancias agravantes, como son las de llevarse á una mujer por fuerza ó con ruegos eficaces y engañosos. Segunda: aquella en que se efectúa el rapto, como resultado de un plan preconcebido y con plena anuencia, conocimiento y voluntad de la mujer.

La hija de Pareja, se encontró en el segundo de estos casos. Es decir: convino evadirse con su amante, como único medio positivo, de poner fin á la oposición paterna en su matrimonio.

Cuenta, pues, la tradición de la romántica historia, que una noche, mientras Pareja estaba en el lecho del dolor, el ardoroso amante de su hija, acercándose con cautela á este edificio palaciego del fundador de Guadalajara, no se detuvo, hasta llegar debajo al

balcón que guardaba el tesoro de su cariño. Pendiente de su llegada estaba ella, cuando con anticipación había colocado una escalera de mano por fuera del balcón, escalera atada ahí por sus blancas y delicadas manos. Dejo á la consideración del lector escenas como ésta, para buscar la similitud de estos amantes con los de Verona, y prosigó en mi narración.

La noche estaba obscura, y la ausencia de luz favorecía los designios de estos amantes. Todo hasta aquí iba bien. Con singular cautela, comienza el Romeo á trepar la escalera, llega al balcón, lo recibe su amada, los caballos estaban dispuestos aguardando abajo para llevarlos á la carrera lejos, muy lejos, ¡tal vez para siempre del hogar paterno! Pero hé aquí, que en los momentos de mayor angustia, de silenciosa y conmovedora expectativa, se deja oír un ruido.... Alguien se ha levantado de su lecho.... se oyen pisadas, se abren y cierran puertas, no hay tiempo que perder, es preciso bajar esa escalera, montar esos caballos, soltar las bridas, fugarse á todo escape! Pero ¡oh destino manifiesto! En los momentos de mayor angustia, se interpone entre esos amores y ese rapto, un tercero, una figura humana que, con espada en mano, hace frente al raptor de Julieta. ¡Era su hermano, otro hijo del oidor Pareja!

Se provoca, como era natural, un lance; se efectúa un desafío, y al misterioso silencio de la alcoba se sigue por momentos el imponente y mortífero que de dos aceros de Toledo, bien templados, c los corazones de sus dueños. ¡Instantes indecisos de vigorosa lucha, en los que esta Julieta debe haber sentido una angustia horrorosa! ¡Y después un cadáver ensangrentado separaba para

ese Romeo y Julieta. . . . El hermano, había muerto; no era posible, pues, que la hermana sobreviviera á tan fatídico acontecimiento. Loca, fuera de sí, horrorizada, rehusó seguir á su amante con estas verdídicas palabras:

—“¡Nos separa á los dos, de hoy en adelante, un río de sangre!”

Se fuga Romeo; y ella. . . . cuélgase de ese balcón, con el mismo cordel que había servido para amarrar aquella escalera de mano por donde estaba proyectada la evasión!

Estaba escrito: que aunque esta Julieta, de apellido Pareja, no formaría *pareja* con aquel Romeo de la Verona del reino de la Nueva Galicia.

La interesante crónica, de esta tan romántica historia, no nos dice cuál fué por fin el paradero del amante, más sí nos dice cuál fué el del infortunado oidor, que al saber lo ocurrido con sus hijos, muere también de gran pesar en su lecho de sufrimiento.

Finaliza esta tan trágica historia, con el entierro en un mismo día, y á una misma hora, del padre, el hijo y la hija. En el compendio histórico del Sr. Navarrete, aparece este rumbo ser en aquel entonces, el más importante de esta ciudad; y se trasluce que así fuera, puesto que aquí estaba ubicada en este ex-palacio la residencia del oidor Pareja, y aun el Palacio Episcopal también estaba en este vecindario. Pero como era natural, y en siglo tan sumamente supersticioso, como lo era el XVI, fué tal la consternación que se apoderó del vecindario con la trágica escena verificada aquí, que el terror hacía ver á los habitantes las fantasmas del padre y sus dos hijos, vagando por el palacio y los bordes del río, y á consecuencia de estas fantasmagorías, abandonaron la mansión pa-

laciega, y número considerable de gente fué á establecerse en la región occidental de la ciudad. Se dice, también que, el hijo de Pareja, era de profesión clérigo; pero seguramente de aquellos que en su siglo portaban sotana y espada, á juzgar por el hecho, de que se desafió con el amante de su hermana.

Este palacio, que Cristóbal de Oñate había edificado, permaneció cerrado por infinitos años; pero hacia 1640, otro oidor, D. Francisco Medrano, después de hacerle algunas reparaciones, trasladó aquí el Gobierno que duró unos tres años en esta histórica casa, digna de una leyenda florentina. Desde aquella época, ha sido conocido este edificio bajo el nombre de *Palacio Medrano*, luego de *Mesón de Medrano*; y finalmente, es en la actualidad una extensa y pavorosa casa de vecindad que, con todo y su tétrica historia, aloja considerable número de gentes que la habitan.

Algún reloj público interrumpía el silencio adormecedor. Sonaban las doce de la noche, y yo esperaba por momentos ver el espectro de una joven hermosa, colgándose del barandal de un viejo balcón de aquellos que tenía á la vista. Esperaba también, entrever por dentro aquel balcón dos fantásmas batiéndose: uno de sotana, y el otro con el gallardo y elegante traje de la época de Carlos V. Creía también, que en magestuoso lecho, digno de todo un oidor, se vería luchando con la muerte al padre de aquella Julieta; y, finalmente: que por el puente donde estaba sentado pasaría un soberbio corcel con brida suelta corriendo á todo escape y huyendo con un ginete poseído del terror del homicida. ¡Pero nada había por estos barrios que revelase la presencia de lo sobrenatural y las almas en pena! En aquella vieja casa se-

ñorial, pintada toda de amarillo, y antiguo albergue de feudal opulencia, reinaba la paz de los sepulcros. Era en vano esperar la aparición sobre estos sitios, de aquellos que hace tres siglos, habían sido los protagonistas de una escena sangrienta y verdaderamente trágica. Imperfectos y legendarios como puedan ser estos pormenores, los transmito á estas páginas, como un recuerdo de los amantes de Guadalajara, cuya historia romántica es difícil dejar en el archivo, cuando en noche como ésta se sienta el vago viajero frente al histórico edificio y lo contempla desde el solitario puente de Medrano.

* * *

He dicho ya, que este pueblo, revela en sus construcciones y monumentos arquitectónicos un anhelo por lo grande, la afición á lo bello, el sueño por lo ideal. No es la unidad, esa esencia del arte, lo que se echa de menos, én los edificios públicos de esta ciudad. Hay en ellos armonía, como hay concordancia. Todo aquello que, en las ciudades principales, forma el conjunto bello y grande con que se deleita y sorprende al forastero, se encuentra aquí, en una escala que llama la atención. No es, pues, de extrañarse que el nuevo teatro proyectado desde 1855, bajo el gobierno de D. Santos Degollado (amante de las mejoras y el embellecimiento de la "Ciudad Reina"), tenga tan magestuoso aspecto y dimensiones, que lo convierten en el más grande de toda la República.

Bajo sus dos aspectos, tiene de juzgarse este

gran Coliseo por fuera y dentro, En mis vagancias tanto matutinas, cuanto nocturnas, le he contemplado muchas veces. Hoy, que sobre él escribo, le he dedicado algunas horas. En la mañana estuve aquí por dentro, y asistí á un ensayo de orquesta, de una ópera bufa, de esas que á decir de los inteligentes, si bien deleitan á las masas del pueblo con música ligera y pegajosa, son la triste parodia y destrucción de la verdadera música. De esa música profundamente científica é inspiradora, como lo son todas las creaciones maravillosas de Wagner. Pero no es la música, poderoso motor del sentimiento, y agente eternamente civilizador de los pueblos, de que tengo de hablar en esta vez, sino de este edificio cuya reputación como monumento arquitectónico, es conocido lo bastante para que nadie ignore que esta Guadalajara, posee hasta hoy, el más grande y bello teatro del país.

Vagaba en esta noche por la plaza de San Agustín, amplio espacio en donde se ha construido este Coliseo; moderno, en cuanto á que sólo data desde 1856, pero no así en cuanto á su distribución interior de palcos y plateas, patio y galerías que caracteriza á los antiguos teatros de España ó de Italia. Comparado, pues, este teatro por dentro con las construcciones nuevas de su género, en las grandes capitales del mundo, no es enteramente moderno, pues el estilo seguido de cinco órdenes de palcos sostenidos por columnas unos sobre otros hasta llegar á la galería de sistema muy antiguo. Aquí, no hay anfiteatro, ni grandes galerías voladas que forman un gigantesco palco de cien ó más asientos; ni muchos otros detalles grandes y pequeños que en el foro como en el salón, en los salones de esperar ó de

en el vestíbulo, como en los gabinetes para los actores, caracterizan á los modernos coliseos de Europa y los Estados Unidos. Mas no obstante todo esto, y mucho más, el Teatro Degollado, es un gran teatro por su estilo y lo más moderno que poseemos.

El salón, es sumamente espacioso, pues es su diámetro mayor de 20 metros 60 centímetros, y el menor de 17 metros 95 centímetros. Cinco órdenes de palcos, sostenidos por esbeltas columnas de hierro de un estilo compuesto. Toma uno asiento en una de las butacas de hierro con su respaldo acojinado de terciopelo rojo, todo al estilo de los teatros americanos del Norte, y desde aquí, se puede admirar el conjunto de la inmensa sala y abarcar todas sus proporciones y detalles.

Es á mi juicio, este local, más impresionista por su magnitud, que por su decorado. Un lugar que como éste, puede acomodar bien á unos 3,000 espectadores, tiene por fuerza de ser grande; se respira aquí con amplitud, cuando se tiene sobre la cabeza una atrevida bóveda plana á enorme elevación de 23 metros del piso del patio. Se recrea la vista, con el arco del escenario y del proscenio, de grandes proporciones y elegantes contornos; el último de éstos, descansando sobre bellas columnas de orden compuesto; con sus diez cacetones de bellísima talla, y un bajo relieve alegórico del tiempo y de las horas. En las pechinas que adornan la parte superior de este arco, hay dos bajos relieves (pintados), que representan figuras de la Fama, diosa alegórica, mensajera de Júpiter, hija de la Esperanza ó de la Tierra, según las soñadoras concepciones de la mitología helénica que le levanta templos en Atenas como también en Roma. Estos bajos relieves, tienen bastante mé-

rito; estas figuras forman un bello decorado en aquellas altas regiones del arco del proscenio, donde la Fama asumiendo las bellas formas clásicas de su sexo, y los flotantes paños de su traje femenino, con trompeta en mano derecha, está á punto de tocarla y hacer resonar en el mundo, los triunfos del genio y del arte y, coronar con laureles las frentes sublimes del talento creador. Sí, esta alegoría es á mi juicio tanto más bella, cuanto lo es estimuladora. ¡La fama y los laureles! eterno ideal de todo arte y los artistas. ¡Hermosa realidad, cuando despues de trepar por la escabrosa y difícil montaña de la vida y el trabajo, se alcanza la cúspide tan soñada! Como digno complemento á esta decoración del arco del proscenio, en la clave del arco, se levanta magestuosa y dorada una águila colosal que lleva entre sus garras una bandera. ¡Es el águila mexicana oriunda del libre Continente de la América, y esa bandera la tricolor del pueblo mexicano!

En cuanto al decorado de los palcos, lo encuentro demasiado claro; blanco y oro todo de arriba abajo. El arte de decorar con éxito, espacio tan inmenso como el que abarca este gran Coliseo, es un arte que exige en el decorador un talento especial, ese en el que descuellan con especialidad los artistas franceses. Nosotros hemos alcanzado bastantes adelantos en tan difícil arte; pero á mi juicio, vamos corriendo un peligro grande, si al emanciparnos del arte decorativo francés, cuyos modelos hemos seguido por tantos años, caemos en brazos del arte decorativo americano, frecuentemente sombrío, otras demasiado claro y recargado, en su escuela enteramente eclética y falta de pureza, como lo es cuando quiere emanciparse de escuelas reconocidas sólo en el mundo del arte decora-

tivo de la Europa. Pero si digo que, vamos corriendo un peligro grande en arte decorativo, es porque de dos años á esta parte, he notado con especialidad en la capital de México, que en nuestra selección, no siempre sabia, demostramos tendencia muy marcada á la imitación de ciertas cosas americanas del Norte, que no siempre concuerdan con nuestra manera de ser, de pensar ó sentir. El arte decorativo, tiene entre otros objetos, el marcar no sólo la cultura de un pueblo y sus adelantos estéticos, sino de todo aquello que venga á ser una revelación de un período histórico-social, en las costumbres y la vida de un pueblo artista é independiente. Nosotros, necesitamos imitar menos, y crear más de lo que generalmente creamos, tanto en nuestra literatura, cuanto en nuestro arte.

El foro de este teatro, es también sumamente espacioso. Tiene techo de fierro (ésta es feliz imitación del teatro americano), su longitud es de 34 metros por 18 de latitud, y en sus costados Norte y Sur tiene unas galerías de orden toscano, y luego de aquí se siguen los cuartos donde se arreglan los actores. Este gran salón, según tenemos entendido, tiene un subterráneo cubierto con tarima de madera, que tiene por objeto el que pueda subirse al nivel del piso del foro, cuando se desee formar un gran salón en todo el patio. Son cinco las entradas que tiene este salón: una al frente y cuatro laterales; así es que en caso de un incendio es fácil la salida. Otra puerta, además, hay en el foro, que es salida á la calle para los actores.

La historia y las vicisitudes porque pasó este teatro para su edificación, desde que en 5 de Marzo de 1856, colocó su primera piedra D. Santos Dego-

llado, son demasiado conocidas para que yo las repita en estas páginas. Ya el Sr. Bárcena, en su obra sobre Guadalajara, nos ha relatado todas las dificultades que ha habido de tiempo en tiempo que remover, para finalizar la obra, aún á la fecha por terminarse, en lo que concierne al hotel que forma parte muy integrante de esta bella fábrica arquitectónica. Basta decir, pues, que comenzada su construcción en la fecha antedicha, fué inaugurado éste en Octubre de 1866, cuyo costo monta á la respetable suma de más de quinientos mil pesos. El proyecto y la obra de este teatro, se debe al talento y la ciencia de un malogrado arquitecto y artista jalisciense, D. Jacobo Gálvez. Muy incompletas quedarían, por cierto, mis reflexiones é impresiones en este teatro, si me saliera de este gran salón sin decir algo relativo á la obra más importante en él, del arte decorativo. Me refiero, al gran fresco que pintado por Jacobo Gálvez, con ayuda de otro malogrado artista jalisciense, Gerardo Suárez, en la espléndida bóveda plana, forma el verdadero triunfo del arte decorativo en este Coliseo. La inmensa distancia á la que se halla esta bóveda del piso del patio, hace muy difícil poder juzgar de la pintura que representa el canto IV de la Divina Comedia del Dante. Se pretende juzgar de esta vasta composición, con la luz del día, y á la distancia mencionada, recibe el espectador por todo premio á sus afanes: una torcedura de la nuca, y la impresión sin detalles ningunos, de una masa con colorido, un conjunto como de nubes colosas que por efecto de óptica, parecen desprenderse aquella inmensa altura sobre la cabeza del curioso espectador. No; para poder estimar y juzgar de composición, es absolutamente indispensable

uso de unos buenos anteojos, ó lo que es todavía más práctico, subirse á una altura conveniente y desde los palcos, ver todo ese conjunto con ayuda de uno de esos nocturnos soles, faros que rompen las tinieblas de la noche, en nuestras ciudades y edificios, quiero decir: de un foco eléctrico de luz. Esto es lo más conveniente; y á falta de la luz artificial, hay que buscar de día la natural que, al penetrar por la mañana, ilumina por conducto de su linternilla esta bóveda, colosal por sus dimensiones naturales, así como por el asunto que su pintura representa.

Encumbrado, pues, en las altas regiones de la galería de este teatro, y ayudado por las ráfagas de la luz matutina, (*) he podido discernir primero, y luego ver (á la vez estudiando), este fresco, maravillosa interpretación de uno de los más estupendos cantos de la *Divina Comedia*. No creo poder hacer, una más grande apología de la obra de Jacobo Gálvez y de su discípulo notable, que comparando esta interpretación del Dante, con las que nos ha legado Gustavo Doré en sus soberbias ilustraciones del gran poema del genio italiano.

Tenía en esta ocasión en la mano un ejemplar de la *Divina Comedia*, y ojeando como podía las páginas del canto IV de *El Infierno*, con aquella luz sombría é imponente, que tanto concordaba con el sitio y asunto, al grado que no podía llamarla con nombre más apropiado que con el de: luz *Dantesca*,

(*) . Perdone el lector si en un capítulo que trata de "Vagancias Nocturnas," trate de día esta cuestión del fresco de Gálvez, en la bóveda. Pero sírvame de apología el hecho de que á la hora en que lo ví tan de cerca era la más propicia para estudiarlo, así como que en regiones tan altas y sombrías siempre parece de noche,

comencé poco á poco á estudiar este fresco y sus maravillosos grupos aislados.

La composición, se encuentra dividida en dos partes. Toda la superior de la gran bóveda comprende una vista del cielo; aquella, que examinada desde el patio del teatro, se desprende en el aire y en mala luz, como una masa confusa de colorido, pero que vista aquí arriba, es bellísimo celaje con rompimientos de nubes y fondos de oro, con coros de ángeles y figuras tan ténues y transparentes como la misma atmósfera del cielo soñada por el poeta, é interpretada por el pincel del arte. Aquellas ráfagas de luz que al penetrar por la linternilla se tienden oblicuas por la bóveda, son bello complemento al conjunto de figuras y tenor general de la composición.

La parte inferior de la gran bóveda, es otro mundo, abajo del gran cielo. Al rededor de toda aquella gran circunferencia se destacan, de trecho en trecho, grandiosos grupos en diversas actitudes. Son todas estas figuras, representativas de lo muy grande que ha venido al mundo. Allí, están todos á decir del poeta, en el temido abismo, en el valle lamentable, que une el sonido tempestuoso de quejas incontables.

Tenía frente á mi vista á Homero, el bardo de los bardos, el sublime ciego de la Grecia, figura la más inspiradora de todos estos grupos. Junto á él, está Valerio Flaco, el poeta de Pádua, con falcón en mano; y luego: Naso, y más allá Lucano el autor *Farsalia*. En otro grupo: Electra, con su ideal t. griego y sus clásicos atavíos destacándose en medio helénica muchedumbre. Héctor, aquí también, con su marcado tipo de esforzado guerrero y capitán los troyanos. El César Julio, con su mirada de áu

la romana, deslumbrante armadura y aire inequívoco de conquistador del mundo en su época conocido. Luego, Marco Furio Camilo, el dictador, segundo fundador de Roma; y junto á él la bella Penthesilea, la reina de las amazonas.

Por otro lado, en la inmensa bóveda, también se destacaba el viejo rey Latinus, sentado junto á su hija Lavinia. También se distinguía ahí á Bruto, á Lucrecia, á la esposa de Catón con Julia, hija de César y con Cornelia, esposa de éste. Y solo, aparte de todo y pensativo se veía al feroz Soldán, mahometano neto aún en el mundo del infierno sin esperanzas. . . . Conforme iba dando la vuelta en esta inmensa galería, me veía obligado á encender un cerillo para no tropezar con sillas y graderías. Era también preciso, acostumbrar la vista y dejar que la luz, alumbrase los grupos para poderlos admirar y medio comprenderlos.

Por fin tomaba asiento frente á otros grupos tan clásicos en su ejecución como lo son en su asunto. Tenía á mi vista á Sócrates y á Platón, á Demócrito y al cínico de Diógenes. Entre las sombras *Dantescas* se vislumbraba á Orfeo pulsando su lira; esa lira, que á decir de la leyenda griega, conmovía á la naturaleza misma, cuando hasta las fieras se reunían en torno suyo. Aquí, también está representada la siempre inspiradora Safo, en la roca de Lucades, en aquellos momentos en que buscó el suicidio, como el torpe remedio á una desgraciada pasión humana.

Muchas otras figuras y grupos hay aquí, en esta bóveda soberbia, que la luz no permite sino es apenas vislumbrar. Pero creo bastará con lo descripto para formarse una idea aproximada de cómo Galvez ha interpretado al Dante, en el fresco de la bóveda más

expléndida y mejor pintada que posee la República Mexicana.

Como resultado del análisis crítico-artístico hecho en esta ocasión, diré lo que arrojan mis apuntes escritos en las altas regiones de la galería y que son los siguientes:

- Dibujo de las figuras
aisladas y de grupos.... Correcto y lleno de soltura.
Colorido Magnífico y de vigorosa entonación.
Distribución de grupos Matemática y clásica.
Unidad Perfecta y armoniosa.
Idealismo A la altura del Dante.
Claro-oscuro..... Sorprendente.
Términos y distancias Perfectamente comprendidos.

Hasta aquí, el salón de este teatro con todas sus bellezas é impresiones. Ahora, en cuanto á lo demás de su interior diré: que desde el momento en que se penetra por su gran pórtico que está al P. con sus ocho columnas arquiteadas de orden corintio, coronadas por un ático, hasta llegar á la entrada del gran salón, después de haber atravesado el patio, con corredor oval en forma de rotonda, con sus diez columnas sosteniendo un número correspondiente de arcos, se sienten los efectos que, nacen en el alma con todo lo que es grande y armonioso. A los costados de este clásico vestíbulo, están las entradas á las escaleras que conducen á palcos, plateas y oficinas del teatro.

Por fuera es imponente este edificio, porque su enorme mole ocupa un terreno muy vasto que mide 320 pies de largo, siendo su altura hasta la clave de la linternilla la de 75 pies. Es magnífico por su

tilo, y porque tiene el aspecto de un palacio en nada indigno de una concepción del Renacimiento, con todas las bellezas del arte helénico, en su bello pórtico y espléndida entrada del Poniente.

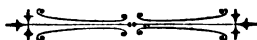
Vagando en esta noche, por sus alrededores silenciosos, contemplaba este edificio por todos sus costados, y deducía de esta contemplación, que: sin ser nada fantástico en su estilo severo, dividido en tres pisos, entre cuyas ventanas de arco se encuentran simplemente unas columnas de orden corintio, ó del orden compuesto (como sucede por la parte destinada al Hotel), es sin embargo, un edificio que impone con sus bien comprendidas proporciones, y que tiene todo el aspecto de un palacio encantado. Su ornamentación exterior es, por lo descripto, muy sencilla, pero bien comprendida en una construcción del género de ésta.

No cabe duda, que el arquitecto de este teatro, el Sr. Jacobo Gálvez, fue un hombre aventajado en su profesión; y si agregamos á sus conocimientos en arquitectura, los que poseía como pintor y la enseñanza adquirida en su estancia en Europa, no hay pues de sorprenderse que haya construido un Coliseo tan hermoso como este que, no sólo sorprende al viajero por sus monumentales proporciones, sino que es también orgullo de esta bella Ciudad y honra de nuestra patria.

Quisiera antes de terminar este capítulo, poder decir algo tocante á lo ocurrido de tiempo en tiempo en este teatro, que fuera de interés local y nacional. Yo también, sobre los actores y artistas distinguidos que han pisado las tablas del gran foro, y con respecto á las masas de este pueblo entusiasta y lleno de sentimientos nobles. Pero esto exigiría nuevas

páginas, y tiempo de que no me es dado disponer. Me limitaré á decir: que nuestra eminente cantatriz, Angela Peralta, verdadero rui señor mexicano, estrenó y cantó en este local en Octubre de 1866, electrizando con su divina voz á los oyentes, y dejando su inolvidable nombre eternamente ligado como la primera artista de su talla, que pisó la escena del grandioso Teatro Degollado.

Avanzaba la noche; era preciso retirarse y poner término á VAGANCIAS NOCTURNAS, sobre todo, cuando la luz de la argentina luna, era una luz prestada que había de devolver al sol, para con ella revestir la aurora matutina é iluminar la tierra con un nuevo día.....



CAPITULO VIII.

UN DIA EN JUANAĆATLÁN.

FRENTE AL NIAGARA MEXICANO.

CUANDO ese agente oculto y misterioso que regula los actos del hombre, que determina los sentimientos, que abarca el conocimiento de infinitas cosas y archiva todo en las celdillas del humano cerebro, en donde suponemos se entroniza ese fenómeno sorprendente que se llama memoria; cuando ese agente oculto, la mente ó el espíritu del sér humano, se siente exhausta por el estudio, la investigación, los pesares ó el desconsolador realismo de la humana existencia, entonces sí, entonces, es cuando el hombre puede apreciar mejor la soledad del campo, y tener íntima comunión con las grandezas de Natura.

Guadalajara, con su historia, sus nobles monumentos y sus admirables instituciones públicas, acaba por abrumar el espíritu del investigador y del

viajero, á caza de las cosas de profundo interés para todos. Por lo menos, ésta es mi experiencia propia. Fatigada la mente, que tan directo influjo ejerce sobre el físico, anhela el espíritu por darle tregua al estudio y á la investigación. Felizmente, hay en estas comarcas, un algo de tan bello y sublime en la naturaleza, un espectáculo tan maravillosamente arrobador, que parece, como si esa misma naturaleza, presintiendo que el hombre con el transcurso de los siglos, levantaría monumentales estructuras en la ciudad, se anticipó á revestirse de tantas y sorprendentes galas que, ni el arte mismo, con toda su grandeza propia y sus ideales, pudiera rivalizar con ella. Esta rival de las monumentales construcciones y entre otras de la gran Basílica, se llama: el Salto de Juanacatlán. Mas ¡cuánta concordancia existe entre estas cosas! La Basílica, templo bellísimo del genio arquitectónico; la cascada, templo colosal de la naturaleza....

¡Lector! me habeis acompañado en mis vagancias é impresiones por la gran Basílica; favor de acompañarme ahora á la gran cascada, ese otro templo de soberanas proporciones, de incomparable hermosura, donde reside el insondable espíritu del Creador aquí lo mismo que en todas sus creaciones.

Para todo aquel, que nunca ha ido á visitar desde Guadalajara esta cascada, diré: que el viaje á Juanacatlán, es de fácil y cómoda jornada. El tren de pasajeros, que parte todos los días de la Estación de la ciudad, á las nueve de la mañana, le lleva á uno á la Estación denominada "El Castillo," y recorre unos 24 kilómetros. Del tren, se pasa á una amplia tranvía tirada por cuatro mulas. La distancia de esta última Estación á Juanacatlán es de 7 kilómetros. En

hora y media se hace todo el viaje; cuesta éste de ida y vuelta en primera clase: \$1.00, ó en segunda 75 centavos. Hasta aquí, lo real, el *modus operandi*, lo que cuesta. Mas en cuanto á lo ideal, ¿qué podré describir yo que no sea imperfecto? Un pálido reflejo, de lo ideal con lo real, tiene de ser por fuerza, este mi capítulo, sobre la inspiradora catarata del esplendente "Niágara Mexicano."

Por vez segunda, iba hoy á contemplar mi espíritu y á recrearse mi vista con esa enorme masa de agua, de plateada espuma y cambiantes colores.

Corría el tranvía veloz por la verde llanura del valle de Toluquilla, en donde una cadena de montañas azules, y de verdes colinas, forman el anfiteatro de la llanura. Colúmpianse en sus flexibles tallos, las silvestres margaritas junto á las sonrosadas flores llamadas de San Miguel, tan ténues, transparentes y delicadas, que al hundir el aire la tranvía y pasar junto á ellas, agitan sus temblorosos pétalos, como el espíritu de cosa tierna é inocente. Aquí y acullá, se echa de ver por el camino, una que otra *chozita*, con su techo de teja de barro colorado. Señal inequívoca, de que en medio la soledad de estas llanuras de trecho, en trecho, habita un sér humano.

En comunión con la naturaleza, ó en charla campesina propia al lugar y gentes que van en la tranvía, se llega sin sentir al afamado Salto. Detiénense los wagones, en ancho y mal cuidado patio de un gran molino de aspecto conventual. A mano izquierda, extensas galerías de arcos primitivos en su estilo. ¡Mas qué importa todo esto, si allá del otro lado, como también frente á los extensos edificios del molino, está la gran cascada?

Con paso precipitado, bajo unos escalones forma-

dos por la misma tierra, y unos ladrillos sueltos; en seguida, atravieso por un lugar candente: la fragua del molino. Unos pasos más, y desde un balcón largo y angosto, con su barandal de palo, contemplo por vez segunda, esa grandiosa maravilla!

La ví por vez primera con poca agua, debido á una larga sequía; mas sin embargo, me deleitó con sus soberbios chorros, suficientemente separados, para verse muy bien esas sus basálticas rocas ennegrecidas por las aguas. En aquella ocasión, medí con ayuda de un plomo y un cordel, su gran altura sobre la superficie de las aguas del río, y en su mayor altitud, me arrojó una cifra de 70 piés de elevación, por 500 que es lo que tiene su herradura.

Mas hoy, había cambiado su decoración, y se me presentaba como una reina ataviada con su real manto de púrpura y armiño, su cetro de oro, su soberbia corona de deslumbrante pedrería.

¿Mas cómo describir la escena? ¿Cómo decir y dar idea del "Mexicano Niágara," frente al cual me encontraba? Haré mi confesión pública, y dejaré que en esta vez, tenga suelta la rienda el pensamiento, y hable con toda franqueza el corazón en comunión íntima con la naturaleza. ¿Qué es lo que yo veía? Mi vista abarcaba un río anchuroso llamado "Río Grande," de aguas tranquilas en apariencia como espejo. En seguida, por aquí y acullá, crestones colosales de vegetación, creciendo entre las aguas, y formando caprichosos islotes verdes como esmeralda. Por entre aquellos soberbios macetones de una rareza caprichosa, las vertientes del río cruzando gestuosas, y al salirse de entre aquella tupida vegetación agreste, cambiar su color blanco en color ámbar; de allí, precipitarse en el abismo. con

blime potencia, propia al espíritu de Dios en la Creación. Hasta aquí, la causa: un río anchuroso que se desborda sobre un anfiteatro de basálticas rocas negras y brillantes como el pulido ébano. Ahora, en cuanto á los efectos: éstos desafían toda descripción que, no sea un tanto azás pobre, al lado de la real belleza de esta cascada portentosa, hija, sin duda, de esa otra maravilla del mundo, el Niágara Americano, más grande que éste, pero no más bello.

Acosado por los candentes rayos del sol, tenía de buscar otro sitio que no fuera este balcón; un lugar sombrío. Opté por pasar al aposento, donde se encuentran las turbinas, que mueven la maquinaria del molino. Sentado en un cajón, junto una puerta, desde donde se abarca una espléndida vista de la cascada, la gran barranca, el río de abajo y la fértil campiña de los alrededores, me ensimismé de nuevo atraído tan sólo por la gran catarata, ensordecido por el ruido de las turbinas en sus rápidas revoluciones por minuto y, también por el imponente estruendo de esa gran mole de agua, cuyos ecos se pierden á gran distancia, como la voz de un coloso de la naturaleza que, al palpitir lleno de vida y de potencia, se deja oír y hace sentir su presencia en la Creación.

¡Qué poder ese tan mágico del agua! Querer pintarla, como nos dice el maestro Ruskin, *es como pretender pintar una alma*. ¿Cómo, ó con qué comparar este elemento de vital grandeza y de hermosura celéstial? Esta cascada, enamora, atrae como el imán y acaba por adormecer al espectador con ese conjunto que tiene de belleza, de colorido, de luz y sombra, de potencia y vida. ¡Qué lucha aquella, qué hervidero aquel en el rincón de su herradura irregular, donde las basálticas rocas, con musgo de esme-

ralda en sus crestones, forma el claro-oscuro sorprendente! Caldera colosal en donde la espuma de las aguas se rizan anhelosas, y después se metamorfosean en soberbia cascada de relucientes ópalos que, dando tumbos, van cayendo hasta perderse entre la bruma, ó si no convertirse en chispas cristalinas que, se lleva el ambiente, para rociar el campo y la colina, el verde musgo y la silvestre flor. Este rincón, como caldera de la cascada, es por sí solo un portento de belleza indecible. Allí termina el tajo de la barranca. Allí, las rocas cierran el anfiteatro y ponen dique, al poder de las aguas por arriba ese costado del mágico conjunto.

Como un sonámbulo, ó como un sér que vaga soñando despierto, me levanto en busca de otros puntos de vista, desde donde admirar este portento. Detengo el paso, debajo uno de los arcos de las inmensas galerías del molino, y tomo asiento en un banco de palo. Permanezco aquí, sin sentirlo, más de una hora ante esa magestad formada por el gran elemento de las aguas del río, y hago unos apuntes y escribo con el alma sobre el. Juanacatlán, como cuando se escribe á un ser amado, ó se habla de él, de sus bellezas, sus encantos que, forman la dualidad y fusión de dos almas en una. Sólo el malvado, ó los seres sin corazón y sentimiento, no tienen comunión con la naturaleza. Pasan indiferentes ante un espectáculo cual esta cascada, y ni sienten su mágico poder, ni mucho menos admiran su belleza. No; la misma naturaleza los rechaza con su potente alma de titán y los confunde y aniquila con su poder infinito, que es el poder del Supremo Creador del Universo. No es, pues, á mi juicio, el rudo y desconsolador materialismo el que debe venir aquí, con su análisis

químico, fríamente á investigarlo todo, para decirnos los componentes del reino geológico y vegetal. Es el hombre de corazón y de sabiduría, de ciencia y de creencias, el que más puede gozar en estos sitios; y, ante una catarata semejante á ésta, sentir é investigar qué cosa son los grandes espectáculos de natura, cómo en ellos se trasluce á Dios, se siente su poder junto con su insondable sabiduría. . . .

Tenemos en esta cascada, y sus poéticos alrededores, la prueba más palpable y evidente de lo que en sentidas y bellísimas estrofas ha escrito el poeta Wordsworth, cuando nos dice:

“La naturaleza jamás ha traicionado al corazón
“que le amá; es privilegio suyo, al través de todos
“los años de esta nuestra existencia, conducirnos de
“placer en placer; pues de tal manera puede dar lu-
“ces á esa mente interna que poseemos, tan suma-
“mente impresionada por la quietud y la belleza, y
“tan nutrida de elevados pensamientos, que ni siquie-
“ra aún las lenguas viperinas, ni los juicios descabe-
“llados, ni las burlas de los hombres egoistas, podrán
“jamás prevalecer sobre nosotros, ú agitar nuestra
“sonriente fé, pues todo lo que vemos está lleno de
“bendiciones.” (*)

Yo no sé qué agitación nerviosa, qué imán ejerce esta cascada en el espectador; pero es el caso, que quisiera uno volar y tener ese privilegio de las aves que se bañan de cerca con el rocío de la bruma, que suben, bajan y cruzan por estos sitios, llenos de un encanto indecible. Mas, no pudiendo como ellas, detener el vuelo en las rocas basálticas, con su tupida

(*) He hecho traducción literal de estas estrofas del poeta inglés; y no teniendo el don para hacerla en verso, me he visto obligado á hacerla en prosa.—N. B.

alfombra de musgo color de la esmeralda, ni entonar un trino de alabanza en la enramada del sauz, que se propaga orillas del profundo barranco, hay que conformarse con bajar al río por escabroso camino, penetrar por el bosquecillo formado por los platanares y, entre piedras y rocas, aproximarse todo lo posible á la cascada para admirarla más de cerca.

Sentado en una roca, en donde recibía un baño de rocío tan fresco y delicado como lo puede dar tan sólo el mágico poder de una cascada, sentía mi pequeñez de sér humano, como sentía la grandeza de Dios, como de sér divino. Ensimismado, me olvidaba de todo lo del mundo, para dar preferencia tan sólo á lo que desde el fondo del barranco se levantaba á mi vista sorprendente y titánico. Un colosal capelo de agua, sí; de agua, de esa sustancia inorgánica la más maravillosa de natura. De esa sustancia, fuente inagotable para la formación de las maravillosas nubes, de los copos de nieve, del líquido que apaga la sed del hombre, fertiliza los campos, determina la navegación del globo en que vivimos, y forma el colosal espejo donde se reproduce la imagen incomparable de la naturaleza, de esa imagen soberbia que es la sombra de la sublime realidad, de la simétrica sustancia que modela y da forma al universo entero.

Por eso, y mucho más de lo antes dicho, se doblega mi espíritu, ante la magestad del elemento formado por las aguas; y una voz misteriosa exclama desde el fondo de la íntima conciencia:

Obra del Supremo Creador, ¡yo te saludo! Copos de blanca y de rizada espuma que te columpias en aguas convertidas á mi vista, en ámbar líquido. Té-nue velo de bruma, gentil viajero que, te levantas del fondo de las aguas, como espíritu errante de la

cascada de ópalo, para luego perderte en el espacio cuando has dado un abrazo á la campiña y besado las flores y el verde musgo terciopelo; yo, me inclino ante tí, te envió toda mi admiración desde el fondo del alma, pues con tus ideales me elevas como me deslumbras con tus colores brillantísimos, y me adormeces con tus estruendos y tu música rítmica! Yo, quisiera ser poeta, para cantarte en verso y no hablarte con él pobre lenguaje de mi prosa. Mas, si otros han ya templado aquí las cuerdas vibradoras de su potente lira, ó en prosa poética y sentida, han dicho al mundo lo que vales, nadie, mejor que yo, puede haberte admirado y sentido tu mágico poder. Eres digna hija del Niágara, pequeña, más pequeña á su lado, pero no menos bella. Por eso te llamamos: "¡Niágara Mexicanol" Mexicano también, porque en tu coloración bellísima traes los colores trigarantes que forman nuestra bandera nacional! ¡Cascada de la patria! eres tanto más bella, cuanto que hasta lección de patriotismo nos impartes, cuando en medio el estruendo de tus aguas rizadas por el viento, tu impetuoso desborde y tu coloración sublime, no olvidas nunca enarbolar los tres colores que forman un bello triunvirato en los flotantes paños de un pueblo libre....

* * *

Yo sé que haya un punto objetivo de importancia desde donde mi vista pueda haber dejado de abarcar el hermoso conjunto de agua, bruma, ondas rítmicas, rocas y semi-tropical vegetación. He estado del barranco, como he subido á lo

más alto de la casa del molino. He andado orillas del río, por entre el tupido follaje y entre las hojas del plátano y las tendidas ramas del sauz, he mirado y sentido, filosofado y escrito mis apuntes sobre este bello "Salto de Juanacatlán," y al escribir ahora algo sobre él, ¿qué he dicho que pueda dar idea de su sublime realidad? Nada; pero así pasa con todo lo más grande y sublime que hay en la Creación: que todo se reduce á sentir los efectos que en el alma produce su belleza y misterio, pero que desafían la verdadera descripción.

En comunión íntima con el Juanacatlán, interpelemos hasta donde no haya dique á la investigación humana, y veremos cómo contesta las preguntas con su estruendosa voz:

—¿Y tú qué eres?

—Pues yo soy una substancia inorgánica, que obra por virtud de su propia naturaleza, sin ayuda de nadie ó combinación alguna.

—¿De dónde vienes?

—Bajo en lo general de la montaña.

—¿Por dónde corres?

—Por los valles.

—¿A dónde vas?

—¡Al Oceano!

—¿Eres siempre la misma?

—Soy varias cosas á la vez: soy cascada y soy río, nube y bruma, nieve y rocío. Soy también la muy hermoso que me llaman: "Chapala;" y soy arroyo cristalino donde se mira el azul cielo, y se reflejan los encantos de otros mis compañeros de Creación.

—¿Eres tú muy potente y poderosa!

—Yo no soy nada aquí, al lado de lo que s

cuando me reuno con los mares, y formo con ellos poder inconquistable, magestuosa unidad.....

—¿Cuál es tu edad?

—Pregúntaselo al geólogo; pues siendo vieja ante la ciencia, tengo el secreto de aparecer eternamente joven, porque, el alma que en mí palpita, ignora en su esencia la vejez y fealdad. Cosa, incorpórea é inmortal, nadie sabrá lo que es, sino después de haber pasado los confines del mundo en busca de una existencia eterna..... Esa, es el alma,.....

—¿Y, bien; este anfiteatro, desde cuyas alturas ébria de magestad, de potencia y belleza, te desbordas para caer río abajo, quién lo ha hecho tan adecuado para el suicidio aparente de tus colorantes aguas?

—La causa es el Creador de todo, el efecto, instrumento soy yo.

—¿Cómo así!

—Las diversas elevaciones de la tierra, determinan mi incesante carrera. Mi volumen y fuerza, hacen grietas en las rocas, las abre y las perfora. Con mi cincel oculto ante la humana vista, doy forma caprichosa y escultural á las rocas y piedras. Por eso aquí, me he construido mi anfiteatro; por eso á todo el orbe, he dado simetría y modelado las cosas á mi antojo.

—¿Eres un poder magno é insondable! y ante tu soberanía doblega el hombre creyente la rodilla....

Entonces con voz más estruendosa, agrega la cascada:

Ante mi magestad y poder, todos sin excepción doblegan la rodilla, porque si bien mi belleza los cautiva y enamora, el espíritu de Dios reside aquí para adorarlo; y su poder incomparable doblega y aniqui-

la á todo aquel que en su impotente orgullo, é inconcebible vanidad humana, pretende audaz y fermentido, hacerse la ilusión de creer que, no hay otro Creador, que la naturaleza misma creada.



Hasta aquí, mi comunión con la cascada. Me era imposible seguir un diálogo con ella; abrumado el espíritu, me quedaba dormido unos minutos. En tonces, la soñaba dormido, como despierto también la había soñado, y soñaré mientras yo viva.

Eran las tres de la tarde. Hora en que al despunte del declinar del día, comienza á levantarse diariamente un arco-iris soberbio, que naciendo de entre la bruma y levantándose lleno de ténue belleza y colorido, forma un radio colosal que, al describir su curva vaporosa, se pierde por fin entre las rápidas aguas del espumoso río.

Me despertaba un amigo complaciente, de mi letargo pasajero, con estas mágicas palabras:

—¡Ya está ahí el arco-iris en la cascada! Levántese Ud., y venga luego á verlo.

Jamás olvidaré el efecto que produce esta cascada, cuando los solares rayos en soberbia descomposición de luces, nos revela el componente de sus colores admirables. Esta cascada, es todavía más bella cuando ese arco-iris pasa frente á ella su visita, como el altivo cortesano, que inclinando la frente, hace ravana de corte ante una reina.

Qué dos elementos más grandiosos en fusión

comunidad íntima. ¡El sol! eterna fuente de la vida del universo. ¡La cascada! inorgánica sustancia, poderoso elemento universal de eterna gloria y de belleza como el sol!

¿Mas, quién es aquel que, en realidad puede tener poder para describir tanta belleza, sin decir mucho, para nada decir?

De nuevo absorbo el pensamiento y fija la mirada, en el gran espectáculo que tenía frente á mí, gozaba con el alma. ¡Qué ideal conjunto! pero ¡qué real también! Cuánta energía vital: plantas, agua, rocas, arco-iris, pájaros y mariposas, luces y sombras, coloración y vida. Abajo la barranca, un grupo de hombres haciendo excavaciones para la instalación de la eléctrica luz que, en tiempo muy cercano iluminará la Ciudad-Reina; (*) arriba, el esplendente cielo de turquesa con fragmentos de nubes cual copos de algodón, adormecidos y sin movimiento aparente en el espacio! Todo este conjunto, palpitante revelación evidéntísima de una unidad y una armonía feliz de la Creación orgánica é inorgánica también.

Una media hora bien empleada, era ésta para mí, cuando al borde del precipicio contemplaba la regia escena y hacía mis apuntamientos, que transcribo á estas páginas, como un recuerdo de mi segunda visita al Juanacatlán.

La tranvía, iba á partir para conectar á tiempo con el tren de la tarde de regreso á Guadalajara.

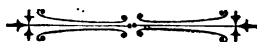
... veces me sentía tan renuente á alejarme de ella, de una escena, tan esplendente y arrobadora como la que tenía á mi vista.

Después de escrito lo anterior, ha comenzado á funcionar la magnífica instalación, que ilumina todo Guadalajara con luz superior á toda la de otras ciudades del país.

Por fin, en alas del deber me apartaba de aquí, tornando la mirada hasta lo último y diciendo en lo interior del alma:

¡Adiós regia cascada! Sigue bañando las basálticas rocas escabrosas, con toda la potencia de tus rizadas ondas de ámbar y ópalo. Continúa con tu estruendo enviando al valle tus rumurosos ecos y á tus enamorados, tus perlas de rocío y tus cabellos de oro. Ante tu mágico poder, yo he inclinado la frente, como inclinan sus copos hasta los verdes sauces que crecen en tus orillas. Yo, mientras viva, te traeré á la memoria, y nunca olvidaré el poder de tu belleza y tus encantos mil; pues, si eres lira para el poeta, eres también música rítmica de la naturaleza, fuente de inspiración para el artista y asombro eterno del pensamiento humano.

¡Juanacatlán! ¡adiós!



CAPITULO IX.

LA PENITENCIARIA-ESCOBEDO.

IMPRESIONES. EL MUNDO DEL CRIMEN.

ENTRE las gigantescas construcciones que marcan los progresos de esta Guadalajara, se destaca al P. de la ciudad un edificio que á su solidez y extensión, reúne la circunstancia de estar colocado frente al jardín más grande y con arbolado espléndido, de vegetación exhuberante, y aromáticas plantas. ¡Qué hermosa es esta gran plaza jardín! Aquí juegan los niños, y se unen á sus voces infantiles, el parloteo de las aves, y el murmullo de la música del agua en la fuente. Vuela la cansada mariposa, perseguida por un tropel de preciosas criaturas y lucha por su libertad y su existencia con su natural instinto de conservación y toda la potencia de sus doradas y geométricas alas. En este parque-jardín, todo es perfectamente libre' bello é inspirador. ¡Qué con-

traste más espantoso y desconsolador, comparar esos severos muros y torreones inespugnables de la colossal Penitenciaría, y considerar que, tras esas gigantescas murallas se alberga el crimen, vive allí, la maldad castigada por Dios y el hombre, en vindicación del Sér Supremo mismo y de las leyes imandadas de sabias legislaciones que, tienen por objeto, satisfacer á las sociedades y demostrar prácticamente que, si por un lado, es libre el hombre para escoger el mal sendero de la vida, por el otro hay en ese sendero, algo que le marca el alto: eso, que se llama ley divina en sentido religioso y, ley criminal en sentido forense y social.

La historia del crimen, es una histotia estupenda y horripilante, pues es la historia del infierno que tiene principio en la tierra, y de la maldad que se propaga en las sociedades humanas. Nunca el mundo podrá llamarse perfectamente civilizado, mientras las estadísticas continúen arrojando cifras tan desconsoladoras, con respecto á la perversidad y el crimen; cifras, que atormentan y espantan, cuando ellas comprenden la manera de ser de una parte importante de seres que son nuestros hermanos

Cuestión, y bien profunda, es la cuestión del crimen. Que el organismo humano, tiene una parte bien considerable en la perpetración de éste, es cosa averiguada; pero que la educación moral modifica las pasiones humanas y morigera las costumbres en el individuo, es cosa también averiguada. De aquí guramente, nace la idea grandiosa: el establecimiento de la penitenciaría; idea digna de nuestra civilización que vindica al gobernante ante sus gobernados, reforma al hombre pervertido y le convierte con el tiempo (en muchos casos), de malo en bueno.

nocivo, en sér útil para sí mismo y para sus semejantes.

El pensamiento, pues, de un digno é ilustrado gobernante de Jalisco, Don José Antonio Escobedo, de establecer y llevar adelante una Penitenciaría en esta ciudad, fué un pensamiento grandioso, tan importante á mi juicio, que sólo se puede comparar con el del gran obispo Alcalde, en su fundación del magno hospital de Belén, ó de ese otro gran pensamiento realizado: el bellísimo é imponente Hospicio, también maravillosa fundación, de ese otro prelado benefactor, el gran Dr. Ruiz de Cabañas.

En Guadalajara, me decía una vez una estimable señora, no tenemos más que cuatro cosas que enseñarle al viajero: la Catedral, el Hospicio, el Hospital de Belén y la Penitenciaría. Asumiendo que esto fuera así, pues creo probar á todos, que además de estas cuatro monumentales cosas, hay otras muchas que son admiración del viajero ilustrado, bastaría con sólo ellas para hacer de cualquiera ciudad, una de verdadera importancia en el mundo civilizado.

Pero estando frente al grandioso edificio, seguramente el más imponente de todos los de la ciudad, por su vasta extensión y monumentales proporciones, le describiré antes de penetrar en él, y emitiré mi opinión, como hasta ahora lo he hecho, con otras de las obras colosales arquitectónicas de esta ciudad. Se destaca á la vista como entrada principal, un pórtico colosal de orden dórico que abraza los dos pisos principales del edificio; á los dos lados de este pórtico, espesísimos muros que forman toda la extensión de la fachada, cuya medida arroja unos 300 metros de longitud. En toda la fachada, y de trecho en trecho hay, abajo ventanas, y arriba balcones. En los

ángulos del edificio, hay unos sólidos torreones, baluartes inespugnables que sólo podrían hacerse irresistibles al poder colosal de un proyectil como el del cañón Armstrong. Esta masa de edificio, impone por su sólida construcción y su espléndido pórtico; pero su estilo arquitectónico pertenece á aquel ecléctico é impuro que desdeña la belleza y todo lo sacrifica al objeto práctico de un edificio como éste. Tenemos por ejemplo, en el pórtico, magníficas proporciones, soberbias columnas sólo comparables al tronco del *ahuehuete*; elegante ático que llevará un reloj en su centro. La idea y realización son buenas. La primera, busca su bello origen en los templos erigidos en Roma después de la incrustación del espíritu helénico en el sentimiento arquitectónico de los romanos. Se para el espectador frente, ó debajo este gran pórtico y, se cree frente al templo de Juno, ó sueña despierto con el recuerdo de las maravillas del Forum en tiempos en que Roma fué señora y dominadora del mundo conocido. Pero en seguida busca el espectador la armonía y la unidad y no la encuentra, pues el resto de la fachada no tiene arquitectura, son simples muros en los que se han abierto ventanas y balcones para dar luz y ventilación á las piezas. ¿Por qué no haber seguido el orden dórico en toda esa inmensa fachada? ¿Por qué no haber hecho esos torreones ó baluartes más en concordancia con el estilo del pórtico? En resumen, hay por fachada: un pórtico de estilo dórico pur construcción digna de los romanos; á derecha é izquierda, grandes muros con balcones á la moderna ventanas estilo período colonial y, baluartes en ángulos estilo feudal Edad Media. En verdad; es espantoso el eclecticismo en construcciones

tectónicas de esta magnitud, en donde el crítico y el espectador encuentran vasto campo donde recorrer la vista y evocar las reglas de la unidad que ausentes de su sitio, olvidadas ó rotas, hacen perder esa unidad que es la esencia del arte. En el género ecléctico, ó en el orden compuesto, sólo á Gómez Ibarra, he visto alcanzar un éxito completo en nuestro país. Hablando alguna ocasión con este sabio arquitecto, sobre la Penitenciaría y su estilo compuesto, me decía que en sus principios había estado á cargo de un constructor americano que resultó ser un simple albañil, mas nunca un arquitecto. Que D. José Ramón Cuevas, que dió comienzo á la obra en 1843, bajo proyecto y dirección suya, había sido un arquitecto español muy entendido, y que antes que se construyera el actual pórtico, tenía este edificio en su fachada una armonía arquitectónica perfecta.

Por la separación del Sr. Cuevas, quedó encargado de la dirección de esta obra colosal el arquitecto D. David Bravo, autor del pórtico de que ya tengo dicho es construcción digna de los romanos.

Deseoso de tener una idea exacta de la magnitud y dimensiones de este gran pórtico, me decidí á subir hasta su mayor altura. No tardaba mucho en hallarme en estas elevadas regiones en donde se construye ahora un gran salón con balcones para el peristilo. Entraba desde luego en conversación con un entendido maestro de obras y un albañil, y al hacer presente el objeto que me llevaba á aquellas alturas, se prestaron gustosos á tomar las medidas que deseaba obtener. Sentado en unos andamios, contemplaba el bello espectáculo que á la vista presenta el vasto jardín Escobedo, el blanco caserío de los alre-

dedores y las cúpulas de vivos colores del templo del Carmen. El cielo azul, límpido y sereno; la blanca luz adormeciendo las conciencias limpias del pacífico y libre transeunte, por entre aquel arbolado y aquellas sombrías calles del jardín.

Debajo los naranjos, varios *evangelistas* ocupados en escribir las cartas y recados que son mensajes para los prisioneros, de sus gentes y del mundo libre de afuera. Aquellos muros que tras este pórtico encierran á tantos seres desgraciados, nada dicen al hombre, sino es que, son los guardianes inespugnables del prisionero. En aquellas celdas silenciosas con nada se tiene comunión, sino es con la solitaria conciencia ennegrecida por el crimen y aguijoneada por el recuerdo. Así es que, no es poco el privilegio y la ventura para el prisionero, de recibir un recuerdo, una palabra, un solo pensamiento del mundo externo, de una alma, de un sér querido, que aún se acuerda de aquel, que ha comprometido su santa libertad, y que se ha hecho indigno de vivir en sociedad por sus crímenes y sus maldades.

Interrumpían mis meditaciones, el maestro de obras y un albañil, quienes traían una buena cantidad de cordeles con los que habían tomado sus diversas medidas. Con metro en mano, comenzamos á rectificar esas medidas, y sacamos en limpio lo siguiente:

Altura del pórtico desde el ángulo del	
ático hasta el piso.....	30 met
Tamaño de las columnas.....	6
Largo del pórtico.....	28 ^m 37 ^o

Con estos datos, creo tendrá el lector una aproximada de esta hermosa construcción.

magníficas proporciones reúne un aspecto tan imponente.

No es una simple visita á la Penitenciaría Escobedo, lo que puede dar sino es una idea pasajera, de lo que es este colosal asilo para la reforma del criminal, preciso es hacer lo que yo he hecho: venir aquí más de una vez, visitar todo con calma, hablar con los empleados inteligentes, estudiar hasta donde es posible al criminal y consultar el Reglamento que gobierna la colosal prisión reformadora. Sólo de esta manera podrá tomarse en cuenta, la grande obra iniciada por el ilustre gobernante benefactor Escobedo, é impulsada empeñosamente para su terminación durante el Gobierno del Sr. Vallarta, lo mismo que por el Sr. José María J. Garibay, que como presidente de la Junta de Penitenciaría, también coadyuvó, y el Sr. Francisco Martínez Negrete, que habiendo sido á la sazón tesorero, adelantó fondos de su propio peculio, y sin rédito alguno, para finalizar rápidamente la construcción.

Hecha la advertencia que antecede, suplicaría al lector, tuviera la paciencia de seguirme con el pensamiento, en mi visita de inspección cuando recogí (por vez primera), las impresiones de un par de horas experimentadas dentro los estupendos muros de esta inmensa prisión reformadora.

Pasado el gran pórtico descrito, junto con las grandes é inespugnables puertas de entrada, se encuentra al espectador en un inmenso patio, vasto como la plaza de armas. En los cuatro costados de este patio, se levantan unos inmensos corredores decorados con arcos y columnas. En las piezas que se abren en estos corredores, arriba y abajo, están los departamentos dedicados á los juz-

gados, la fotografía de la cárcel y otras oficinas de importancia.

Pasaba desde luego á visitar en el primer piso, unas inmensas galerías en donde se guarda el maíz, el frijol, la harina y otras cosas para el abastecimiento de centenares de gentes en esta prisión. (*) ¡Qué tristes son estos estupendos almacenes! Aquella semi-oscuridad, aquel silencio, aquellos muros y bóvedas son los del socavón de una mina desierta. Cerros de frijoles, cerros de maíz y de patatas. ¡Cuánta monotonía, silencio y soledad! Aun estos cereales que sirven para el alimento del criminal, parece que tienen en su aspecto sombrío la maldición del cielo! Sólo el maíz brilla algo allí, como un punto objetivo en donde se echa de ver alguna luz, lo demás todo es sombra. Este departamento parece arrullar el alma en una atmósfera de tristeza, que la prepara para lo que más adelante va el filósofo y el visitante á presenciar.

Salía de estos almacenes, para solicitar el permiso respectivo de las autoridades y entrar á la prisión. Al efecto, pasé á la oficina respectiva, en donde fui atendido con suma cortesía y prontitud. Se nota desde luego mucho orden; á todos y á cada uno cumpliendo y llenando sus deberes de un modo concienzudo y respetuoso, que me hacía pensar en lo que vale una organización que llamaré de táctica prusiana, tal como se echa de ver y se deja sentir en Alemania. Algo muy parecido notaba desde luego aquí, que estaba en concordancia con el hábil y bien comprendido Reglamento para la Penitenciaría del

(*) Se necesitan en esta Penitenciaría, unas 45,000 r al mes para poder alimentar los presos.—N. B.

tado de Jalisco, Reglamento expedido durante la Administración del Gral. D. Ramón Corona.

En compañía de un antiguo é inteligente empleado de esta Penitenciaría, penetré desde luego á la prisión. Pasamos por dos ó tres piezas muy lúgubres hasta llegar á unas puertas de hierro, de incuestionable fuerza, y bien comprendido mecanismo de chapas. Señas y contraseñas dadas por los carceleros con unos gruesos bordones de palo, fuera y dentro de la reja mencionada, hacían se abriese esta puerta como por magia. Dos pasos al frente, y pasamos al otro lado de la puerta de hierro. . . .

E-tábamos en plena cárcel y de hecho prisioneros. ¡no sé lo que sentí en el alma al cir que aquella chapa se cerraba de una manera sólido tras de nosotros! Estaba helado, pues por vez primera me iba á encontrar en el mundo del crimen y de la maldad. Era una atmósfera tan nueva, que era preciso acostumbrarse un poco á ella, para dejar que el sistema nervioso reasumiese su estado habitual. Ibamos con paso lento penetrando por una de las inmensas galerías que (cual rayos de estrella), convergen á un gran patio circular, desde cuya elevada plataforma de piedra se domina una vista completa de todo lo que pasa en aquellas galerías imponentes por su elevación de bóvedas convexas y lo mucho que se prolongan á lo largo. Estas galerías, tienen por ambos lados celdas pequeñas para los presos. En algunas de estas celdas veía yo confinados á un aislamiento completo, á cierta clase de criminales, que apenas tienen libertad para salir de aquel estrecho sitio resguardado por una puerta de hierro. ¡La cárcel solitaria! ¡qué espantoso castigo! El sér humano enteramente solo con sus remordimientos, su conciencia ennegre-

cida por el crimen atornillada por el recuerdo.

Forman la planta de esta colosal estrella de que vengo hablando, dieciseis galerías ó ambulatorios. En algunas de ellas, como en la de Oriente, que es la de la cárcel solitaria, se siente el peso del aislamiento y de un silencio tan sólo interrumpido, como en esta ocasión, por las pisadas del casual transeunte, ó las voces de los que como las nuestras, dejaban su eco al paso. Pero en los demás ambulatorios infinitos presos andaban libres, ocupados en diversas faenas, mientras otros, ya bien sentados en el suelo ó parados junto á las puertas de hierro de sus celdas, nos arrojaban miradas llenas de una melancolía profunda.

¡Qué grupos aquellos de facinerosos! ¡Qué semblantes! revelando unos la maldad, otros la estupidez humana, muchos ambas cosas. Noté también, que los criminales de cierta clase y antecedentes sociales, no se atrevían á darnos la cara, prueba evidente de que en aquellas almas depravadas quedaba aún algún átomo de vergüenza, algún sentimiento, de el ¡qué dirán?

Reina por todas partes el aseo; se deja sentir aún en lo más mínimo, el peso y la hábil administración, junto con los benéficos resultados en infinitos casos, del terrible régimen penitenciario, régimen altamente reformista y moralizador, que es el alto fin que se propone alcanzar la moderna y civilizadora institución penitenciaria.

Cuando se llega al centro de la estrella, es decir, al gran patio circular, entonces es cuando comprende la magnitud de este edificio y lo bien distribuido que está todo para sus fines y fines. Los guardianes, carceleros y vigías y muchedumbre de criminales, están constant

al tanto de todo lo que ocurre en aquellos dieciséis ambulatorios que convergen todos, como llave ya explicado, al centro de esta estrella. La vigilancia, pues, desde este centro es admirable. En este lugar, todo se ve y nada se ignora. Casi, puede decirse que, se adivinan hasta los pensamientos de los presos. En uno de estos ambulatorios se encuentra el lazareto y en el otro el hospital de esta prisión; pero cuando los presos tienen enfermedades contagiosas, se les envía al Hospital de Belén.

Todo este edificio colosal puede muy bien contener con comodidad unas 3,200 personas entre empleados, escoltas y presos. Los criminales de diversas clases, junto con ladrones rateros, etc., montan en la actualidad, Junio de 1893:

Sentenciados.....	917
Procesados.....	239
Mujeres.....	180
Correccionales.....	255

Total personas..... 1541

Tomando, pues, en cuenta la extensión del vasto Estado de Jalisco y su población actual de..... 1.286,614 habitantes, la estadística sobre criminalidad en este Estado, no nos arroja tan desconsoladoras cifras, cuando se puede calcular que tomando en cuenta el estado moral é intelectual que por siglos ha guardado nuestro pueblo, mayores y mucho más sorprendentes podían ser las cifras en las masas del mundo criminal, no sólo del importante Estado de Jalisco, sino igualmente de la República Mexicana entera. Que existe el crimen en nuestro país, ésta y otras Penitenciarías, son evidente prueba; pero que existe entre nosotros con los acompañantes y circuns-

tancias que frecuentemente acompañan la criminalidad en Europa y los Estados Unidos, es cosa que felizmente podemos negar en diversos Estados de nuestro país. Pero creo tal vez no haberme explicado lo bastante, pues, me refiero al crimen que se perpetúa allende nuestros mares, á ese crimen que, aparece con todas las circunstancias agravantes de la premeditación, nacida en muchos casos en seres ya educados, en personas de cuya educación é ilustración no se puede dudar. Eso que conmueve y azora á las sociedades modernas, como *el refinamiento del crimen*.

La criminalidad entre nuestro pueblo, busca sus causas en la degradación moral é intelectual en que por largo espacio de años ha vivido. El pulque y el aguardiente, son dos poderosos motores del crimen. El sentimentalismo de la raza, y su excesiva sensibilidad, la pone frecuentemente en estado de no poder resistir el menor agravio, ni tolerar la más leve injuria, sin que el sentimiento terrible y fatídico de la venganza germine en el cerebro, é impulse desde luego al crimen. El clima, ejerce igualmente su influjo; la miseria, el amor, el celo y otras pasiones humanas traen consigo su poderoso contingente para la perpetración del crimen. En suma: es esta humanidad la misma en todas partes; mas no es en todas partes en donde se puede hacer por completo la apología del crimen, como se puede hacer en muchos casos entre nosotros mismos, pues desde luego hay otros pueblos más culpables que los de nuestro país, tomando por muy sólida base, que son muchos y muy grandes los medios que han tenido, y que tienen, para su mejoramiento y educación física é intelectual.

Cruzaban por mi mente, los pensamientos y re-

flexiones antedichas, cuando de pié contemplaba el vaivén y las fisonomías de los presos, que en gran número estaban por aquellos ambulatorios y patio circular. El silencio se interrumpía tan sólo, cuando yo hablaba con los guardianes, ó cuando ellos me hablaban á mí. De allí en fuera, aquellos criminales estaban taciturnos y silenciosos, como espectros del crimen, seres que comenzaban á penar sobre la tierra, en castigo de sus propias maldades.

¡Pobres hermanos nuestros! (decía para mis adentros), habeis comenzado por olvidar el divino precepto: Amar al Dios que os dió la existencia, sobre todas las cosas, y á vuestros prójimos como á vosotros mismos. Tuvisteis vuestro *libre albedrío*, y las dos sendas de la vida que se llaman: el camino del bien y del mal. Escojisteis, por desgracia vuestra, la tortuosa y oscura ruta del mal, y al fin de la jornada la mano de la implacable justicia divina y humana os condujo á la Penitenciaría para mostraros cuán espantosa es la maldad, cuán hermoso y consolador es el bien. ¡Mas aún es tiempo, hermanos! Teneis vitalidad, y mientras late el corazón hay esperanza! Arrepentimiento-perdón-esperanza. Es lo primero, un sentimiento profundamente consolador. Es lo segundo, noble y digno atributo de la Divinidad, atributo también por ella otorgado al hombre. Es lo tercero, el último pensamiento, el postrer latido del corazón humano, cuando llega la muerte ó cesación de la vida de todo ser viviente sobre la tierra.

Habeis venido aquí, para arrepentiros de vuestros crímenes, y no para mudar temperamento. Probad al mundo que si habeis sido malos, podeis en lo de adelante ser buenos, y hombres útiles á vosotros

nismos y á vuestros semejantes. En el relóx del tiempo, hay una hora que marca nuestra aparición sobre la tierra—otra que apunta nuestra desaparición de ella. El término medio de la vida del hombre, es corto en realidad, para tener idea de lo que hay que aprender y estudiar para conocer el mundo. No es el tiempo el que vuela, sino la vida humana la que se va con rapidéz. Así es que hay de aprovechar los instantes de la existencia, haciendo el bien y no el mal para sí y sus semejantes. ¡Qué hermosa es la existencia de las almas buenas! ¡Qué espantosa la de las depravadas! Las primeras, viven—las segundas vegetan. Las unas respiran el perfumado ambiente, el aire libre de la libertad bien merecida. Las otras vegetan sin libertad, como aquellas que, en esta Penitenciaria, tienen por todo hogar los muros y el reducido espacio de una celda; por todo mundo el único y asolador de una prisión.

La voz de la persona encargada de acompañarme, me apartaba de mis personales reflexiones, á las reflexiones mútuas sobre lo que estaba yo palpando. Abandonamos aquel punto central del edificio y continuamos nuestra visita. Penetramos por una puerta, en una de las galerías, y nos encontramos en un bonito patio triangular con su jardín y una casa prisión. Es éste, el departamento dedicado para los prisioneros de cierta clase, que llaman *de distinción*. Olvidaba por unos instantes que estaba en una Penitenciaría, y me creía trasladado á una pequeña quinta de recreo en una aldea del sur de Francia. Mas la ilusión duraba poco; había que abandonar éste, el único punto luminoso de toda aquella negra esfera del crimen. Volvíamos á los ambulatorios silenciosos, cansada el alma como el cuerpo también, pues en un edi-

ficio cual éste que tiene un fondo de 998 pies, por 494 de ancho, ya tiene el visitante de fatigar el cuerpo cuando pretende visitarlo con demasiada asiduidad.

Habíamos llegado á un departamento muy interesante: el de los talleres de la prisión. Estábamos por el lado Norte de la Penitenciaría, y felizmente habíamos dejado muy atrás los imponentes ambulatorios con sus 800 celdas y sus centenares de seres desgraciados. Declinaba ya el día y por lo tanto las negras sombras de la noche cercana comenzaban á tenderse por todos lados. Los presos tenían ya por aquí, otro aspecto más consolador. Menos taciturnos, la cabeza más erguida, la mirada algo más franca. Aquí se veían los efectos prácticos que produce el noble trabajo, el influjo de la educación en la reforma del penitenciado.

Mucho interés despiertan estos talleres, cuando son el medio eficaz de educar al malvado, de reformar al vago y al vicioso y hacerle ver prácticamente que, nada puede ennoblecer tanto al hombre como el trabajo y el pan ganado con el sudor de su frente. Los oficios de carpintero, herrero, sastre y tejedor, son los que principalmente se enseñan en esta Penitenciaría. Pero una de las manufacturas de importancia es la de los sombreros de palma ó de petate, en la que excelen los prisioneros. Una parte de las rentas que esta industria y otras producen á este establecimiento, se aparta en beneficio del preso; de suerte que al cumplir su condena y salir de nuevo libre, tiene desde luego tras que caer para establecerse con su industria aprendida ó perfeccionada por los conocimientos aquí adquiridos. (*)

(*) Dice el art. 44 del Reglamento de esta Penitenciaría, lo

Mas si los adelantos alcanzados en el ramo de sombrerería, por los presos, son dignos de elogio, no son menos los que se les debe otorgar en la manufactura de muebles, pues en esta Penitenciaría basta un buen modelo para que (con el don imitativo inherente en la raza), se imiten con perfección tal, que, es bien difícil distinguir los muebles de cierta clase fabricados aquí, con los del mismo género, manufacturados en los Estados Unidos. La demanda, por ejemplo, de sillas estilo americano, construidas con madera del utilísimo árbol de la morera, excede con ventaja á la producción de esta cárcel; y en el no menos importante ramo de herrería, es también grande la demanda por catres, cunas y otras cosas de importancia para los usos del hogar doméstico.

Había notado á muchos presos de edad madura y aun algunos ancianos; pero también me había llamado la atención ver un buen número de hombres bastante jóvenes. Entre las notas recogidas en esta Penitenciaría, (resultado de informes fidedignos cortesmente suministrados por las personas encargadas de los diversos departamentos), encuentro una que arroja esta cifra: 50 ladrones rateros. Edad: de 12 á 15 años. Los reincidentes aparecen con frecuencia, pues se registra un caso de un muchacho que ha estado en esta prisión siete veces.

que en esta nota copio y que se refiere á que de los fondos del establecimiento se reservará un 25 por ciento para formar al fondo de reserva: "Lo correspondiente al fondo de reserva de reos se depositará en la Caja de Ahorros del Monte de Piedad," y luego el art. 45 dice: "El producto de los trabajos que sentenciados ejecuten fuera de las distribuciones, ó después concluidas las tareas que se señalen, les pertenece y aumentan el fondo de ahorros."

El vestuario de la prisión está hecho por los presos; así es que todos están uniformados convenientemente, según lo piden sus tareas ó la estación del año. El aseo que se echa de ver por ambulatorios, celdas, patios y demás departamentos del edificio colosal, es aquel que agrada y sorprende á todo el visitante de la Ciudad-Reina y sus grandes instituciones públicas y privadas.

Nos habíamos trasladado al departamento en donde está la cocina que abastece diariamente á centenares de personas. Al ver ésta, recordaba la ya descrita en estas páginas en el capítulo referente al gran Hospicio de esta Guadalajara; pues la una como la otra son de sistema americano.

¡Mas cuán grande el contraste entre ambas cocinas! En la del regio Hospicio cocinan unas buenas mujeres con plena libertad y tranquila conciencia. En esta cocina, unos hombres de libertad privados por sus faltas, con la conciencia inquieta y triste el pensamiento, preparan los alimentos de sus compañeros de infortunio.

Mas era ya tiempo de poner fin á mi visita en esta ocasión, y salir de esa atmósfera de tristeza y oprobio. Apretaba el paso y sentía un anhelo indecible por recobrar la libertad, lejos de los espesos muros y sólidas puertas de hierro de esta colosal estrella, mundo donde habita el criminal, purgatorio sobre la tierra para el hijo de la maldad perversa y de los vicios anatematizados por Dios y el hombre.

Llegamos á la reja formidable de la gran puerta de salida, en donde el carcelero sabía desde hacía algunos minutos, por medio de señas especiales comunicadas á él, que el visitante á la prisión, pedía puerta

franca para salir del silencioso *pandemonium* al mundo libre, alegre y bullicioso.

Era, pues, muy consolador oír esas formidables chapas y cerrojos ponerse en movimiento, entreabrirse aquellas rejas, y pasar como un rayo al otro lado. ¡Cuántos; oh! cuántos desgraciados presos esperan en vano se les otorgue el permiso de pasar esas puertas vedadas á su libertad individual comprometida por el crimen, castigada por las leyes en honra de la vindicta pública! ¡Qué interminables para muchos esos veinte años de condena! Yo creo, que en muchos casos sea para varios preferible la muerte. Cierto es que mientras hay vida hay esperanza. ¡La esperanza! Sí; como llevo ya dicho:—último pensamiento—postrer latido del corazón humano cuando cesa la vida del sér viviente sobre la tierra.

*
* *

Para terminar este mi triste y bastante pobre capítulo, sobre tan magna institución social como lo es esta Penitenciaría de Guadalajara, donde se castiga al criminal, se le educa y en infinitos casos se le reforma, agregaré algunos datos resultado de varias conferencias, junto con notas tomadas aquí en más de una ocasión.

Por ejemplo, deseoso de saber con qué fondos se ha construido este edificio colosal, se me suministró el dato siguiente:

1.º Derecho llamado de degüello, que consiste en el pago de 12 centavos por cada cabeza de ganado mayor y menor que tiene consumo en el Estado.

2.º El producto de una lotería llamada de "La Cárcel Correccional."

3.º El importe de las multas impuestas á los reos, por el Supremo Tribunal de Justicia.

4.º Un impuesto sobre los tercios de efectos conducidos anualmente á la feria de San Juan de los Lagos.

Ya he dicho que á este edificio se le dió principio el año de 1848, y aparece que con excepción de unos cinco años transcurridos después de comenzado, han sido continuados los trabajos de su obra con suma asiduidad y empeño, hasta que la intervención francesa, y la ocupación de esta Penitenciaría por el invasor que la constituyó en fortaleza, hizo se suspendieran las obras de edificación de 1863 á 67. Mas desde aquella fecha á la presente, no se ha omitido gasto ni trabajo para lograr quede del todo terminada la obra.

La ciencia penitenciaria ó sistema de detención, castigo y reforma de los criminales es, de origen moderno. La pena de muerte aplicada al delincuente por medio de la crucifixión, fué practicada comunmente por los Asirios, los Egipcios, los Persas, los Cartagineses, los Griegos y los Romanos. Pero en Grecia, como también en Roma, se castigaba el crimen, con la pérdida de las consideraciones otorgadas á la casta, á los derechos de ciudadanía y á la libertad individual. También se castigaba al criminal, con la condena á los trabajos penales en obras públicas, las canteras y las minas. Durante el Imperio Romano, había casas, de detención llamadas: *ergástula*; se usaban estas con el fin de castigar en ellas á los esclavos refractarios y criminales. Pero no es en la Roma antigua, por cierto, á donde tenemos de buscar los progresos, el civilizador y el filantrópico espíritu de la moderna penitenciaría y de las sabias benéficas leyes que la rigen, es en la Italia contemporánea, entre los descendientes de aquellas razas de titanes que subyugaron al mundo de su época con su magno poder y

sus leyes asombrosas, donde tiene que inspirarse hoy día el legista sobre la criminalidad en obras que como las de Beltrani Sc lid * son toda una revelación en la profunda y complicada ciencia penitenciaria.

Nuestro sistema penitenciario inspirado más bien según entiendo, en el americano del Norte, que en los de Europa, pues hasta este edificio sigue algo el modelo y sistema del de la Penitenciaría de Filadelfia, parece dar muy buenos resultados. Hay ya presos aquí muy aventajados en instrucción elemental, y en los diversos talleres de industrias á las que he aludido de una manera satisfactoria. La escuela de la prisión tiene alumnos que bien podían desempeñar el cargo de profesores. ¡Lástima grande que tengan comprometida su libertad, junto con los bellos derechos de ciudadanos mejicanos! Socialmente, así como bajo el punto de vista de la ley, tienen perdido hasta su nombre y apellido y solo se puede distinguir á un preso de otro por el número que le ha correspondido en la prisión en virtud del artículo 38 del Reglamento de esta Penitenciaría que reza como sigue: "Desde el momento de ingreso de un preso á la celdilla, será designado por el número que ésta tenga."

Con respeto á la educación de los presos, el preceptor de ellos tiene obligación de enseñarles las materias siguientes:

Lectura.

Escritura.

Aritmética las cuatro operaciones con enteros y decimales.

Dibujo geométrico.

Moral y Urbanidad.

El artículo 15 dice: "El preceptor, con su buen trato, conducta y ejemplo, se esforzará por desp

* Este hábil jurisconsulto criminalista es inspector general las prisiones italianas, y además editor de la importante "Rivista Discipline" publicación mensual de Roma, dedicada exclusivamente á la ciencia penitenciaria.

"tar la dignidad del hombre, los buenos sentimientos
"y el estímulo entre sus alumnos."

El artículo 16 produce sus buenos efectos prácticos en esta prisión, y tiene por fin mejorar la condición moral é intelectual del sentenciado, como se echa de ver ya en muchos de estos seres infortunados. Dice este artículo que:—"Todos los domingos, durante una hora cuando menos, el preceptor leerá y explicará alguna obra de moral ó instructiva, aprobada previamente por el director."

Muy satisfactorio me era recoger de en boca de un inteligente y caballeroso empleado de esta Penitenciaría, la noticia de que ya hay aquí presos que bien pudieran ser profesores: en Geografía, matemáticas, cosmografía, etc., y que la escuela de la prisión, educa actualmente, á unos 150 alumnos, con un gasto tan solo de \$10,00 cvs. al mes que, por término medio, es todo el desembolso que se hace para papel, libros y demás utensilios de escritorio.

El costo de esta Penitenciaría monta á unos..... \$3,500 al mes ó sean \$42,000 al año. Haciendo un estudio comparativo entre esta Penitenciaría del Estado de Jalisco, y las dos que tiene el de Pensilvania, en los Estados Unidos, es decir, la de Filadelfia y la de Alleghaney, encuentro que estas dos cubren sus gastos con la cantidad de \$44,350 anuales. Es decir, las dos penitenciarías de Pensilvania, cuestan á aquel Estado una suma que no excede mucho á la gastada en una sola penitenciaría del Estado de Jalisco. El número de presos (término medio), en aquellas prisiones, es equivalente á esta de Guadalajara, pero con la desconsoladora cifra, para nosotros, de que siempre es mayor en Jalisco la proporción de criminales ó culpables de algún delito, dados los censos de población que arrojan por un lado, Pensilvania y, por el otro este importantísimo Estado de nuestra Federación Mexicana. Ciertamente es que, ni aún soñábamos en establecer en nuestra patria el régimen penitenciario, cuando ya el solo Estado de Pensilva-

nia, llevaba establecidas sus dos afamadas prisiones. La de Alleghaney fundada en 1827, la de Filadelfia dos años después, siendo hoy día esta última, *la única institución penal* en todos los estados Unidos á donde se observa el terrible castigo de la cárcel ó celdilla solitaria.

Aunque el artículo 35 del Reglamento ya citado de esta prisión, previene claramente: "Que la Penitenciaría recibirá solamente á los sentenciados á prisión," aparece de los informes que me han sido suministrados, que la pena de muerte fué aplicada á 3 individuos en el espacio de 6 años. Durante la pasajera administración del Lic. D. Jesús L. Camarena (en 1875), quedó por ley abolida la pena de muerte en el Estado de Jalisco. Pero el Código Criminal que rige en la actualidad, la hace aplicable en ciertos casos; mas de ordinario no se aplica aquí.

El máximo de años de prisión, es el de 20 en esta Penitenciaría, y la pena de muerte se conmuta en igual número de años. Los casos en que se aplicó la pena de muerte, y á que hago ahora referencia, fueron excepcionales, dadas las circunstancias de los crímenes respectivos que motivaron la ejecución de los reos. Uno de estos criminales sufrió la pena de muerte, por haber ahorcado á la madre del Director del Monte de piedad [Sra. Martinez Gallardo], homicidio que fué perpetrado, por robar á dicha señora sus alhajas y otros objetos de más ó menos valor. Los otros dos casos, en que se aplicó la pena capital, fué á militares por faltas de suma importancia á los superiores, pues uno de ellos hirió de gravedad á un sentinela.

El silencio, que tanta impresión me había hecho en esta prisión, está perfectamente explicado en el título 41 del Reglamento que, se lleva acabo con rigor; y dice dicho artículo:

"Durante las horas de estudio, trabajo y cosas no se permitirá que los sentenciados se dirijan palabra, ni se comuniquen entre sí por señas de cualquiera otra manera. En los talleres"

"berán hablar con el maestro ó con sus compañeros
"en aquello que sea indispensable para el trabajo."

Con respecto á las penas disciplinarias que se imponen á los presos por faltas cometidas en esta prisión encuentro las siguientes:

I. Reprensión privada ó pública.

II. Privación de recreaciones, comodidades, distinciones y encargos.

III. Encierro más ó menos absoluto hasta por cuatro meses.

IV. Aumento de fatigas.

V. Dieta.

Sin embargo, de todo ese rigor propio al sistema penitenciario, es muy grato saber, que tan bueno es el Reglamento en sus resultados prácticos, que hay un buen número en ésta cárcel que, goza de ese gran beneficio llamado: libertad preparatoria, y que consiste en otorgar al preso [que se ha portado bien], ese género de libertad tan importante, que, nada menos reduce á la mitad el tiempo al que está sentenciado el reo.

Mucho quisiera transmitir en estas páginas, otros datos interesantes relativos á los presos y la admirable administración de esta notable por mil títulos, Penitenciaría pero, las dimensiones de este capítulo me obligan ya á ponerle término. Sin embargo, aún mas incompletas quedarían éstas páginas si en ellas, no hiciera aunque mención lijera, del muy interesante departamento dedicado en esta prisión á las mujeres criminales.

Como se puede bien traslucir por el número de mujeres criminales [115], que había en ésta prisión en la última estadística, estas figuran en número muy reducido al lado de los hombres. El hecho de que á este número de mujeres, se le puede tomar como un término medio de las sentenciadas aquí por hechos criminales, habla muy alto en favor de la mujer del pueblo *Tapatio*, pues nunca el sexo débil ha figurado en esta prisión, en la cantidad en que figura el sexo

contrario. Ciertamente, que es esto muy consolador, dadas las circunstancias de la vehemencia de las pasiones en la mujer. Que algunas de las que hay en esta Penitenciaría den más que hacer que los hombres, se comprende fácilmente, cuando no hay desde luego mayor castigo para la pobre mujer, que la imposición del silencio y el aislamiento completo.

¡Yo no sé que pueda haber cosa que cause más honda impresión que una mujer criminal!

¡La mujer, que ha venido al mundo para cumplir con la más grande y noble misión sobre la tierra! La mujer convertida de paloma en fiera, de ángel en demonio, es metamorfosis que casi no se comprende sino es cuando se palpa, con los vívidos colores del realismo espantoso en una Penitenciaría como esta.


¡Qué desolador cuadro, es aquel que presenta la mujer criminal, en sus diversos castigos y faenas en ésta prisión! ¡Qué contraste tan terrible el de éstas infelices sentenciadas con las mujeres buenas—con aquellas llenas de virtudes, orando eternamente por los malos, ó llenando los santos y edificantes deberes en el bendito hogar—en el camino recto de la vida....

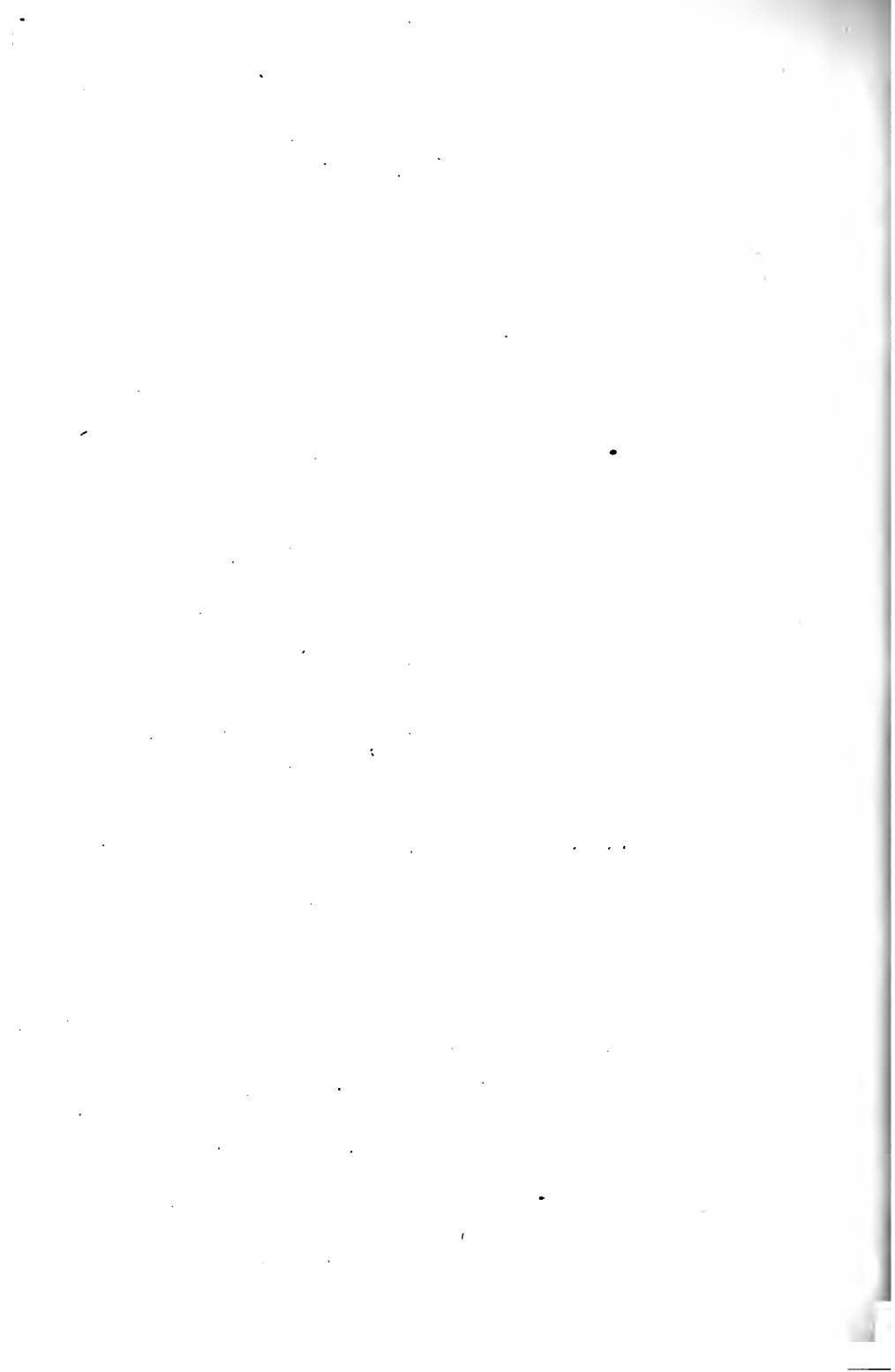
Con ligeros cambiantes, rige en ésta prisión el mismo reglamento para mujeres que para hombres. Ellas, lo mismo que ellos, pierden hasta el derecho al nombre y apellido, y la ley con sus severos-filosóficos mandatos no reconoce en ellas más que á un reo criminal, á un ser humano designado y conocido por una cantidad numérica.

En este departamento de mujeres sentenciadas, situado al costado Norte del primer gran patio de este edificio, departamento que tiene solamente un piso, todo está gobernado por las presas mismas al mando de una Rectora que tiene un escribiente para auxiliarla en sus tareas. Las obligaciones de esta Rectora, son análogas á las del Alcaide en el departamento de hombres. Hay además una preceptora que tiene á su cargo la educación moral é intelectual de las presas; y la única enseñanza que no es obligatoria

para las sentenciadas, es la del dibujo geométrico; de hay en tuera reciben la misma instrucción que los presos junto con la natural y propia á la educación de la mujer en todas partes.

Abandonaba el colosal edificio al toque de la Oración. Quería huir de este mundo del crimen y encontrarme de nuevo respirando los aires libres del jardín-Escobedo, y de esa manera, devolver al sistema nervioso su habitual modo de ser y de sentir. Los *Evangelistas*, habían desaparecido con todo su contingente de plumas, tinta, mesa y papel. Las mariposas, ocultas entre las flores dormían su sueño de delicia narcotizadas por el perfume de los naranjos, del heliotropo y del jazmín. Descanzaban también, las aves en sus nidos del pórtico y de la enrramada, para comenzar de nuevo su parloteo con los despuntes de la nueva aurora. Tambien los niños se habían ido al hogar; y en las solitarias callecitas del parque-jardín, solo se oía el murmullo del agua en la fuente, como el tenue eco de una voz musical, que estaba en amorosa charla con la naturaleza. A mis espaldas, la colosal Penitenciaría envuelta por las sombras de la noche; más frente á mí, y arriba de los cielos,—la gran reflectación de la eléctrica luz de la ciudad, iluminando todo, con su potencia mágica y sus reflejos deslumbrantes.





CAPITULO X.

ARTE Y ARTISTAS EN GUADALAJARA.

La Música, La Pintura, La Cerámica, Los Templos
y las Creaciones Religiosas.

NO sé que pueda haber un motor más eficaz para el desarrollo del sentimiento culto de los pueblos, como lo es la música. Es ésta una eficaz potencia, que determina sensaciones en el sistema nervioso, que dejan incrustados sus efectos en el alma; efectos, (en infinitos casos), los más consoladores y benéficos en sus resultados para la educación moral del individuo.

En Guadalajara, (así como hasta en el confín lejano de nuestra patria), la música es una necesidad para las masas; está en su organismo, como en el organismo del reino vegetal está la sabia que la produce y reproduce, el colorido que lo marca con caracteres propios y especiales. Es cosa averiguada entre nosotros, que si á nuestras condiciones climatológicas, agregamos el natural sentimentalismo de raza, la música tiene por fuerza de producir sus efectos más ó menos benéficos en la educación de los sentimientos morales en las masas del pueblo.

Pero es entre este simpático é interesante pueblo de Jalisco, donde he observado la afición y esmero por la música, si se quiere aún más que en

parte alguna de nuestra República. Es cierto, que la gente de nuestra costa es alegre, musical y fandanguera como de hecho lo es la gente tapatía; más no se qué tinte de tropical melancolía le encuentro yo á la música y bailes de la costa. El canto del jarrocho, del pescador y del vaquero, no es el canto alegre y bullicioso picarezo é inspirador del jalisciense. La poesía de unos y otros se diferencia en cuanto á que el clima no es el mismo, ni la localidad ni la manera de ser ó de vivir. En los primeros todo es tropical; en los segundos todo es andaluz. La música ejerce un poderoso influjo en los sentimientos y la manera de sentir de ambos pueblos; pero no en todos casos son iguales los resultados. Inspíranse los unos en la música del Oceano, cuando las turbulentas olas cansadas de luchar entre sí, se tienden magestuosas en las playas y con el rítmico vaiven de la marejada, forman acordes musicales, cuando entre espuma y agua, resuenan al rodar esas conchas, esas arenas de la mar esplendente. Inspíranse los otros, en el valle, la montaña y el bosque, las flores y las aves, iluminado todo por la luz del sol ó de la luna con celajes soberbios que son fuente inagotable para el poeta, y tema de armonía imitativa para el músico.

No cabe duda; los jaliscienses, como los italianos nacen músicos. En mis largas vagancias por esta ciudad Reina, y sus alrededores pintorescos, he oído música, muy buena música á toda hora. En la bella Plaza de Armas, ya descripta, cuando termina de tocar una banda de música, es reemplazada por otra en sus tareas. Los domingos hay música en los portales. En la tarde la hay también en sitios de recreo como lo son el Paradero, el Agua Azul y otr. Viene el vago viajero de recrearse el oído con acordes de una banda que ha tocado en el campo al apearse del tranvía que detiene su carrera en Plaza de Armas, le da la bienvenida ó regreso á ciudad otra espléndida banda militar que ejecuta el kisko. Se aleja uno de estos sitios encantado

cuando menos, el eco de la armonía celeste le persigue, como una cosa que está en la atmósfera, como una alma que hace sentir su influjo y su poder por donde va.

Yo he estado en reuniones musicales que en nada dejaban que desear á otras de su género en países americanos ú europeos. Se nota en los artistas jaliscienses, una modestia suma que á mi juicio, les perjudica mucho, cuando creen que todos sus esfuerzos en el divino arte de Euterpe nada ó poco representan en el mundo científico de la música tal como ésta se aprende y se enseña en la actualidad. Pocas veces he oído cantar ó tocar con más sentimiento de lo que se canta y toca en esta Guadalajara, donde el corazón sale á la boca, como á las notas sale la armonía.

Yo he visto como se baila en los barrios con compás admirable, sin perder una nota de la música, y he oído tocar los instrumentos de cuerda, con sumo gusto y singular maestría en esos fandangos y jaleos que son para el pueblo de esta tierra de la alegría, una necesidad, un pasatiempo indispensable en donde el alma tiene sus expansiones de alegría y encuentra esos ideales propios á razas soñadoras á donde se des- tierra á la tristeza, y se dá carpetazo al desconsolador realismo de la vida.

En mi primer visita al bello é inspirador "Juana- catlán," recuerdo haberme encontrado casualmente, con un filarmónico, un modesto organista de un templo de la católica "Ciudad Reina." Como era de esperarse, despues de hablar de la estruendosa música de la naturaleza en la regia cascada, venimos á charlar sobre música y músicos en Guadalajara, la natural disposición para aprender el divino arte, y el amor que en todas las clases de la sociedad era innato por tan bello motor del sentimiento. Como era natural me habló del órgano, y de la música clásica-sagrada, de su estado actual en Guadalajara, de sus progresos y esperanzas, como tambien de sus benéfi-

cos efectos en la educación moral del pueblo. Efectivamente, todo lo que asentaba, venía á corroborar lo que personalmente he experimentado en la Gran Basílica y otros templos de la ciudad, durante sus fiestas ó funciones religiosas donde nada escucha el visitante ó el devoto que no sea música religiosa. Considerando, pues, que es la música [como llevo ya dicho], "un motor el más eficaz para el desarrollo del "sentimiento culto de los pueblos," y considerando á la vez que es tan perfecta en su armonía imitativa, cuan poderosa lo es en sus efectos, no es por cierto la música de un carácter profano la que deba escucharse en las naves de un templo, pues esto es profanarlo y con ella al sentimiento religioso. No son las óperas, ni las romanzas de salón, ni la música para bailar, ni los cantos populares del pueblo lo que se debe ir á escuchar al templo, para eso tenemos teatros, salones ú otros lugares *ad hoc*. Porsupuesto, que hago referencia á la música profana que en tiempos de Navidad ú otros, se deja oír en las parroquias de los pueblos y en algunos templos de ciudades á donde la cultura y el buen sentido religioso no deberían exponer, (con semejantes absurdos), el culto católico á la mofa del incrédulo, ó la risa nerviosa del mismo creyente.

No es por cierto en la culta y musical Guadalajara, ni aún en el vasto Estado de Jalisco, donde el viajero ú el católico, escuchará la música profana en los templos consagrados al culto de la Divinidad, me decía el organista con quien charlaba frente al Juanaatlán.— Esto no se permite ya entre nosotros.— Desde hace mucho tiempo venimos iniciando la idea de la música religiosa; y al efecto puso en mis manos el prospecto de una nueva publicación quincenal titulada: "LA LIRA SACRA," que lleva por objeto propagación y el conocimiento de la música religiosa iniciada por muchos é inteligentes profesores jrcienses.

Lamento no poder intercalar en el texto

interesante prospecto, á causa de sus dimensiones; pero creo bastará con lo dicho para dar una idea del espíritu de este pueblo en asunto tan sumamente interesante como lo es por un lado, el destierro de la música profana de las iglesias católicas, y por el otro, la aceptación general y propaganda del canto y música sagrada, cuya importancia es solo comparable con la imponente y augusta sublimidad de un culto que, reconocen y sostienen cerca de 300 millones de seres humanos en toda la superficie de la tierra.

Para finalizar éstas mis observaciones sobre la música, su poder é influjo civilizador en las masas, recordaré que no ha habido un pueblo grande y poderoso que no haya aceptado la música como un motor eficaz para el desarrollo del sentimiento, que no haya tenido un cántico guerrero, patriótico, un instrumento musical para cantar sus glorias, placeres ó desdichas. El célebre Pitágoras, encontró el mundo *armónicamente* ordenado, como encontró los elementos que formaron la música; Sta. Cecilia, [á decir de la leyenda], hizo bajara sobre la tierra á un angel que descendió para escuchar la melodía de aquella gran patrona del arte arrobador. Los pueblos, pues, que como el jalisciense, aman la música, serán pueblos que la civilización siempre estará orgullosa de contar en sus filas, pues son los hombres de corazón los que más valen en el mundo; y es la música motor tan poderoso, que á decir del filósofo griego ya citado—hay música hasta en las doce esferas, por muy inaudible que ésta sea á mortales oídos.

* * *

Muy extraño sería que en raza tan afecta á la música, como lo es esta de Jalisco, que en esta Toscana de México Occidental, no hubieran nacido inteligencias con marcadas disposiciones para el arte pic-

tórico. Por mucho que el arte de Apeles no haya encontrado aquí, todo el eco y la protección que se le ha dado y se le da en otras partes del mundo artístico, Guadalajara sin pintores más ó menos inteligentes ú aventajados sería una aberración de la naturaleza misma en la raza y en las condiciones marcadísimas de ciertos climas, que, cual el de estas regiones ejerce un poderoso influjo en el sentimiento y desarrollo intelectual para la formación del hombre artista. Así es que, no han faltado en esta tierra artistas, lo que ha faltado [como en otras partes de nuestra patria], es la protección directa y benéfica á el arte. Es cosa incomprensible para mí, como es que nuestra gente adinerada, decora los muros de sus salones con tanto mamarracho y tanto disparate importado del extranjero, y no ostenta un solo cuadro [muchas veces], de alguno de nuestros artistas nacionales conocidos con ventaja y dignos por mil títulos de la preferente protección y el estímulo de sus conciudadanos. ¿Qué aberración es esta? ¿Qué patriotismo es este que deja abandonado en la pocilga al pobre artista nacional, con su talento y su enseñanza ocultos, con las luchas terribles por la vida, con la decepción y el excepticismo en el alma?

Hubo un tiempo feliz en todo México, en que á las bellas creaciones del arte religioso europeo importadas del viejo mundo, vinieron los ideales realizados de aquella escuela llamada antigua mexicana de la que surgieron pintores de la talla de los Rodríguez Juárez, Luis Juárez, Baltazar de Echave, Juan de Herrera, Cabrera, Ibarra y otros. Pero aparece que con la expulsión de los españoles del territorio por ellos conquistado, vino el destierro también del por ellos protegido.

Nos lamentamos todos, del estado de decadencia que en la actualidad guarda el arte pictórico e nosotros, pero no nos lamentamos de la decadencia social que en este caso determina de una manera directa el estado del arte entre nosotros. Per-

pasa con esto, lo que con otras cosas: que aquellos que aprecian en todo lo que valen las obras de los pintores nacionales, son desgraciadamente, aquellos que no poseen los medios monetarios para hacerse de ellas. Así, es que, no es la falta de apreciación la que sale faltando entre infinitas gentes, sino el dinero de los ricos que ni estiman, ni compran, ni estimulan siquiera en forma alguna al pobre, modesto é inteligente artista mexicano. Los gobiernos hacen algo: mandan pintar los retratos de los gobernantes. Pero esto no es bastante; hay que seguir pintando la historia mexicana con todos sus episodios sorprendentes, la magestad imponente de la naturaleza en sus diversas zonas, nuestras costumbres y progresos; en una palabra: todo aquello que tienda á la enseñanza objetiva al conocimiento del país y de nosotros mismos. Pero si fuerza es, que todo esto se pinte para nuestra enseñanza positiva, fuerza es también, que se haga para la protección del arte y los artistas nacionales.

Encaminaba mis pasos al Portal de Matamoros, con el fin de visitar el taller de fotografía y de pintura de un artista tan inteligente, como modesto lo es. Me refiero al Sr. Francisco Sánchez Guerrero, pintor jalisciense, cuyo magnífico retrato del Gral. Corona pintó para el Hospicio de esta ciudad, y cuya obra he comparado justamente en su ejecución con las obras de igual clase del eminente retratista de la escuela francesa, Bonnat. Se me había dicho, que el Sr. Sánchez Guerrero, tenía pintada por él una copia magnífica de la afamada Asunción de Murillo, y que también había hecho un bellissimo cuadro del siempre inspirador Juanacatlán. Estas noticias, eran lo suficiente para que yo, el gran amante del arte, y siempre fiel amigo del artista, me fuera en busca de esos lienzos. No tardé mucho en encontrarme en compañía del mencionado artista y en frente de sus obras. Tenía tres á la vista; y á la verdad era tal mi sorpresa, tan grata la impresión que desde luego me causaban, que no sabía por fin donde fijar la mirada y dar rien-

da suelta á la expresión. A mi izquierdo, y en buena luz, en el muro con que termina la escalera de un legítimo taller de artista, la copia fiel de ese gran cuadro soberano: la Asunción del sublime Murillo. A mi derecha, bien colocado en el muro, el Juanacatlán; frente á mí en su respectivo caballete esperando los últimos efectos del toque de pincel del artista, un retrato admirable (casi de tamaño natural), de una joven bellísima de Guadalajara, de una rubia, que se destaca de esa tela, como un soberbio lirio en la floresta, bañado por la dorada luz del sol poniente. Por bien que se pueda hacer la descripción de este cuadro resultará siempre un pálido reflejo, poco más, poco menos del que ahora voy hacer, cuando nunca la pluma puede dar sino es aproximadamente la idea del colorido, eso que es la gráfica representación, la vida animada de todo lo que es bello é inspirador en la creación. Y, es el caso, que si este joven artista se distingue por su dibujo delicado y correcto, igualmente puede bien distinguirse por el colorido y entonación preciosa que transmite á sus telas. Pero pase-mos al retrato en cuestión que es hoy objeto de mi particular encomio. Una joven de tipo rubio (como llevo ya dicho), aparece como salida de la selva que forma el bello fondo de esta composición. Se encuentra como recargada en una puerta rústica formada con unas ramas de árbol entrelazadas, donde se enredan las rosas de castilla y otras plantas silvestres. Tiene la joven un canastillo pequeño, lleno de flores en su mano derecha, cuyo brazo en parte desnudo y lleno de mórbida belleza y de potente vida juvenil, cae en su sitio con naturalidad suma. Es la cabeza de esta, inspiradora como un pensamiento de Goe y sus rubios acastañados cabel'os, flotan en parte bre su hombro izquierdo. Viste un sencillo traje propio al campo, y forma el claro-oscuro el listrebozo de seda puesto y cruzado con esa gracia tibia, digna en verdad de las hermosas hijas de tierra, Andalucía de América. Entre los deli-

dedos de la mano izquierda tiene esta joven una flor, [¿seguramente su predilecta?] Es la mirada de sus ojos claros, inteligente y dulce, revelación de alma cariñosa y buena. Abarca su visual más de una cosa á un tiempo, pues si la ajitan varios pensamientos, no por eso se olvida tambien de otorgar á sus espectadores una mirada dulce é inteligente. Bello es este retrato, porque representa fielmente á una belleza; bello, porque el colorido es digno de la paleta de un artista que reconoce el poder del colorido y lo maneja con destreza y delicadeza admirables. Bello, porque la forma y líneas muy bien comprendidas en todo el tenor de la composición hacen de este retrato una cosa perfecta; y finalmente, es bello y atrayente porque á mi juicio, reúne esos indispensables componentes á la belleza típica, á saber: Unidad, reposo, simetría, pureza y moderación.

—¿Es del agrado de Ud. este retrato? me preguntó el artista con su habitual modestia.

—No solo es de mi agrado, le contesté en seguida, sino de mi aprobación en todo, junto con mi particular admiración.

—¿Le cree Ud. bastante bueno para que se exhiba en la próxima Exposición de Chicago?

—Le creo bastante notable como obra de arte, para exhibirlo en todas partes. Aun más, creo firmemente que, trabajos artísticos de este género, tienen que salvar la reputación del arte mexicano en el extranjero como entre nosotros mismos.

Este modesto é inteligente artista, me daba las gracias con verdadera emoción. Parece increíble que un pintor como éste, viva ignorado; es por eso que deseoso se le estime en lo que vale, lo doy á conocer en estas páginas. En sus primeros años estudió en México, y fué discípulo de la Academia Nacional de San Carlos. Pero no es la Academia la que ha hecho de él un buen artista, es su organismo, es su alma que lo hace sentir lo que traslada al lienzo. Tiene á mi juicio las dos cualidades indispensa-

bles que forman al artista: siente y piensa. De suerte que inspirado en el gran sevillano, en su dibujo y colorido, resultan sus composiciones bellas y perfectas. Poseído del original de Murillo, le ha copiado con suma minuciosidad en la sublime Asunción de la Catedral; se nota que ha sentido y pensado al dejar que su brocha busque la inspiración necesaria al copista de las grandes creaciones del arte.

En el paisaje y vista del Juanacatlán, se nos presenta este artista, con un estilo y ejecución tan diametralmente opuestos al de sus retratos, que viene á ser una revelación más de sus dotes de artista y sus naturales brillantes disposiciones para la copia de las bellezas edificantes de natura! Es esta vista del Mexicano Niágara, una esplendente tela, que representa la cascada y el paisaje, bajo el mágico poder de las cambiantes luces de una puesta del sol! Toques valientes, coloración soberbia, dibujo magistral, luces y sombras, todo bien puesto en su lugar. Escuela: impresionista del inmortal pintor inglés Turner.

Perplejo ante este cuadro espléndido, fiel representación de lo que yo he palpado en aquella soberbia catarata, y al mismo tiempo conocedor de lasuntuosas telas del autor mencionado, preguntaba á Sánchez Guerrero, si conocía por ventura alguna obra de Turner, para haberle seguido sus pasos tan de cerca.

—Conozco, me contestó, tan solo uno que otro grabado de aquel eminente artista, pero ninguno de sus cuadros, puesto que nunca he ido á Europa, que es mi sueño dorado.

Recomendé al artista no dejase de enviar este cuadro á la Exposición de Chicago, pues estaba seguro llamaría sobremanera la atención de inteligentes y profanos.

Al salir del taller del Sr. Sánchez Guerrero, recordaba haber leído en las páginas del libro del escritor jalisciense, Joaquín Romo [más de una vez citadas], aquellas que hacen referencia al progreso y es-

"Ocho días después, algunos artistas acompañaban un féretro: adentro iba el cadáver de D. José Castro, que murió en el abandono más triste..... ¡era pintor!"

Lamento no poder describir estos frescos murales. Pero, á la circunstancia de ser muchos, y de tener gran cantidad de figuras, habría que contar con mayor número de páginas y de tiempo, del que puedo dedicar á un asunto defícil y de la importancia representativa, como lo es en el arte, la pintura mural. Al hablar del arte y los artistas jaliscienses, no me pue-

do abstener de hacer mención de los célebres frescos murales de Galvez y de Suárez en la Barca, y de recomendar al viajero que pase por aquellos lugares, no lo haga sin dar un vistazo á unas pinturas, que como aquellas son dignas de admirarse.

Otros artistas ha habido, y hay en Guadalajara, además de los que he hecho mención, que han dado honor á su arte y á Jalisco.

En el primer tercio de este siglo apareció un Don José María Uriarte que fué un notable retratista; y un Don Félix Zárate que pintó muchos cuadros para los templos de los que he visto algunos que revelan en él una conciencia religiosa.

Don Felipe Castro, discípulo de Clavé, es pintor de gran reputación, y posee un bello estilo como colorista, siendo su entonación suave y aperlada.

Don Pablo Valdéz, actual catedrático de pintura, en el importante Liceo de Varones, es un aventajado maestro en su arte, y tiene el honroso antecedente de haber hecho brillante carrera en la Academia de pintura en México. En suma; hay artistas en ésta ciudad; hay juventud que promete mucho, y que ama el arte. * La afición, á lo bello y á lo ideal, no puede dejar de existir, mientras exista el fuego en la imaginación,—el sentimiento en el alma, como existen aquí, entre éstas razas semi-árabes, semi-tropicales. Tendrá el pintor sus luchas más ó menos terribles con el avaro rico que estima sus trabajos artísticos á tanto más cuanto la pulgada, ó la vara cuadrada de sus telas. Tendrá la admiración de muchos, como la crítica de otros pero en medio de esas luchas, entre el indiferentismo de la ignorancia, la penuria de su lejítimo admirador, sobrevivirá su arte porque mal puede perecer; cuando ésta forma un parte integrante de la ley fija del progreso de los pu

(*) Entre los jóvenes artistas, que hay en Guadalajara, considero al Sr. Don José Vizcarra, como el más aventajado. Su fuerte, es mi opinión, el paisaje en el que revela como dibujante y colorista una escuela de primer orden. N. B.

blos,„ como llevo asentado en mi reciente opúsculo.
—*Reflexiones sobre Arte Nacional.*„

En el capítulo IV de ésta obra, creo haber dicho lo suficiente, para dar una idea aproximada de lo que es el arte del alfarero, de sus orígenes, desarrollo y del estado actual en Guadalajara de una industria, de una manufactura que marca con un sello especial estas comarcas y el sentimiento artístico innato en sus razas pobladoras. Así es que, al hablar del arte de la cerámica poco habrá que agregar á lo ya dicho en el capítulo mencionado.

En los alrededores de la estación del ferrocarril Central, hay una fábrica fundada por el inteligente alfarero Don Heraclio Farias. Los progresos de su interesante industria, revelan entre otras cosas, el admirable dón imitativo inherente en la raza. Allí se imitan con rara perfección los tibores chinos, los macetones japoneses, y otros objetos que son tan peculiares á las razas simíticas, á la civilización oriental, en cuyas fuentes ha bebido infinitas veces, el espíritu de la civilización Occidental, por mucho que ésta se haya inspirado en sus propias creaciones y en sus nuevos ideales. En el taller del Sr. Farias, se nota un especial anhelo por imitar todos los artefactos y obras de ornamentación que nos vienen del viejo mundo; y aunque esto es muy loable, pues la imitación de lo bueno nunca podrá perjudicar, yo quisiera que en la hermosa é importante industria de la cerámica (como en otras), imitásemos menos, y creásemos un poco más. Hay en el Estado de Jalisco, un caolin, y unas arcillas tan soberbias, que tanto para el trabajo de la porcelana como para la industria del alfarero no hay una sola cosa que no pueda fabricarse ya con, suma perfección y belleza. ¿Podrá darse cosa más

preciosa, en su género, que esos ladrillos comunmente llamados *de jarro*? * ¡Cuánto debe Guadalajara á esos preciosos pisos que á su buen pulimento y vista alegre, reúnen la circunstancia de despedir tan agradable olor cuando se les humedece para asearlos!

No comprendo como es que estos pisos tan bellos y tan útiles, no se encuentran en uso común en toda la República. Protejemos las industrias importadas á un precio fabuloso, y olvidamos la protección de industria nacional como esta, tan digna de encomio como lo es de pública utilidad. Es imposible que arte ninguno progrese entre nosotros, siempre que por medio del consumo, no estimulemos la buena industria patria y el producto de la manufactura nacional. Pero nos pasa seguramente lo que pasa con toda nación nueva: aceptamos lo bueno y lo malo de otras partes é ignoramos que un suelo tan rico y privilegiado como el nuestro, nos brinda todo para su explotación é industria nacional.

En mi visita al taller del Sr. Farías, noté con sumo gusto mucho adelanto en varios ramos de su industria cerámica; y hablé con él sobre la importancia de dar á su manufactura un sello inequívoco de arte nacional, que pudiera tener la apreciación que ya va teniendo en los Estados Unidos y en Europa la industria alfarera jalisciense. En corroboración de semejante aserto, diré que en Chicago (no há mucho), un americano, hizo un pequeño capital con diversos objetos de "*terra-cotta*" importados de Guadalajara. Y que yo he visto en Lóndres exhibirse en un establecimiento de la bellísima Calle del Regente, algunos trabajos de los humildes alfareros de San Pedro, que se han vendido todos á las 24 horas de haber sido expuestos á la pública expectación.

Es la cerámica, un arte tan bello como útil; ar-

(*) Por datos de muy buena fuente, he sabido que el primer fabricante en Guadalajara, de los ladrillos de jarro lo fué un Sr. D. Vicente Ortigoza, y tengo el gusto de hacer mención de este hecho en su memoria.

te antiquísimo que, como llevo dicho, se remonta á las judíos y á otros pueblos de la más remota antigüedad. Pero es en la China, dos siglos después de la venida de Jesús, á donde se dió el gran primer impulso á la fabricación de la porcelana hecha del caolín. Con el transcurso de muchos siglos, vino el conocimiento y la apreciación de esta bellísima cerámica en los mercados de la Europa. La porcelana reconocida bajo el nombre de *Majolica Rafael*, ó porcelana de la Umbría del siglo XV,—á decir de autoridad competente—fué probablemente introducida en Italia, cuando el conocimiento de este arte tan bien conocido de los moros de la isla de Mayorca, fué fuente de inspiración para los alfareros de esa antigua provincia que en su tiempo lo fué de los Estados Pontificios.

Que el divino Rafael [y otros artistas de su tiempo], hicieron infinitos diseños para el modelo de ésta porcelana, es cosa bien sabida. Por eso se llama: *Majolica Rafael*. Mas fué Dresde, en esa capital de la Sajonia, denominada la Florencia alemana, á donde el arte de la cerámica europea, [propiamente hablando], se fabricó por vez primera con todos sus caracteres propios; y eso, á principios del pasado siglo XVIII. Se debe la invención de esta riquísima y bella porcelana, al talento de un hijo de un boticario de Sajonia, llamado Juan Federico Bötter [ó Böttcher]. A las maravillosas creaciones de la porcelana de Dresde, se seguían con el transcurso del tiempo, las no menos maravillosas y esplendentes de la porcelana inglesa de Worcester, de Josiah Wedwood, la delicadísima y siempre encantadora de Sèvres, en Francia. Pero es hoy día [á mi juicio], la bellísima y consistente porcelana de Minton, en Inglaterra, la que es digna de imitarse. Sus obras en *Majolica* vienen desde hace más de 30 años evocando la admiración de todos, é inundando los mercados del mundo, pues no hay artefacto de importancia doméstica, ni obra de ornato artístico, ni objeto inspirador del arte que no

realice los ideales, ni las arrobadoras creaciones á las que el soberbio caolín da forma y consistencia, los colores vida, y el pincel del artista, encanto y belleza propias al arte inspirador de la cerámica.

* * *

En numerosas vagancias tanto matutinas, cuanto vespertinas, en esas horas dedicadas á la investigación serena, tranquila y edificante del arte religioso, he visto y estudiado algunos templos de los 31 que según noticias, existen aún en Guadalajara. Como resultado de esas vagancias junto con los apuntes recogidos de directas y personales observaciones, transmito á estas páginas aquellas mis impresiones, esperando en que éstas pueden ser útiles de algún modo.

Que la obra del cristianismo en todo nuestro país ha sido verdaderamente magna, se comprende tan solo con ver ese sinúmero de iglesias [y en su época de conventos], que el espíritu religioso del conquistador, y la enseñanza de las poderosas corporaciones religiosas, levantaron para honra y culto de la fé cristiana.

Penetraba en el Nuevo Mundo la luz esplendorosa y altamente civilizadora del Evangelio, como la luz de un nuevo sol desconocido que iluminaba los antros oscuros de la mente de las razas idólatras, adoradoras de los falsos dioses. Se derruían los *teocallis*, y de sus pedestales rodaban á centenares los horrendos ídolos, para dejarse levantar en su lugar el poderoso signo de la cruz, como el emblema sublime de la Redención del hombre, verificada entre los escabrosos peñascos del Calvario.

¡Qué magna empresa la de esos monjes y sacerdotes del Cristianismo! Por un lado destruir el templo idólatra, por el otro levantar, frecuentemente

el lugar de aquel, el templo cristiano. Qué unidad de pensamiento y de acción, qué organización tan admirable fué aquella que edificó tanto templo, que obtuvo un tan poderoso contingente para la construcción de tan sólidos muros de cúpulas y campanarios incontables. ¡Cuánto ingenio, cuánta ciencia, cuánto trabajo para amoldar, labrar, esculpir, dorar y pintar todas esas grandes y maravillosas creaciones del arte religioso!

La historia de la arquitectura eclesiástica Colonial, en Guadalajara, como en otras regiones del país, es una gran historia llena de profundo interés; pues, es aquella que, envuelta en las metamorfosis del tiempo y de las naciones queda, sea dicho, grabada en sus propios monumentos.

De los templos y conventos hay mucho que aprender. De los primeros: todo lo relativo al arte religioso y sus estupendas creaciones; y de los segundos: toda la magna historia del desenvolvimiento civilizador del intelecto de la raza humana, de las costumbres, de las crónicas patrias, de las ciencias, en una palabra, de todo aquello que ha formado la civilización del mundo. Las fuentes todas de la Historia Moderna se han encontrado en los monasterios y á las crónicas admirables de los monjes llevadas con religioso anhelo, debemos el conocimiento de infinitud de cosas, de trascendental importancia. El erudito é inteligente joven mexicano, honra de nuestra literatura nacional contemporánea, D. Luis González Obregón, en su reciente estudio sobre nuestra Academia de Bellas Artes, corrobora lo antes dicho cuando nos dice lo que íntegro copio: "Siempre que tratamos de investigar el origen de una idea noble que haya contribuido á la civilización de México, nos encontramos con los venerables misioneros, que no solo defendían á los vencidos, sino que también les enseñaban todo lo que debían saber." Efectivamente, los frailes franciscanos, fueron los primeros en fundar los talleres de pintura en la capital de Nueva España,

y el novilísimo arte de la pintura europea fué enseñado ahí por vez primera. En toda la extensión del Nuevo Mundo, no había hasta en aquel entonces, ni un vislumbre de lo que era el arte religioso de la Europa, y de su incalculable enseñanza objetiva para la formación del sentimiento y propaganda de una fe, de una religión, que ha encontrado en los primeros genios del mundo del arte, sus más fieles intérpretes, sus más maravillosas creaciones.

Las antiguas iglesias de Guadalajara, como muchas otras del país, tienen una gran semejanza, y se diferencian en general, por su mayor ó menor magnitud. No es de extrañarse pues, que entre otras cosas, ha llamado tanto mi atención la Gran Basílica de esta ciudad, porque en nada se asemeja á las demás de todo el país, en su estilo arquitectónico tanto exterior como interior. Más no sucede así con los demás templos, pues con raras excepciones se parecen los unos á los otros. Las mismas torres, sólidas y pesadas desafiando al tiempo arruinador, las convulsiones de la naturaleza y hasta las balas de los cañones, como sucede aquí con la torre soberbia del templo de San Felipe, que en los diversos sitios acaecidos á esta ciudad, ha resistido invulnerable, los proyectiles que le han sido dirigidos como á un blanco de inespugnable fuerza. Penetro en los diversos templos, y encuentro la misma nave en todos; el cimborrio cerca del altar mayor, y los demás altares en la nave estilo Corintio ó Jónico, Dórico ó Compuesto según el caso, con todo su lujo de dorados, sus esculturas frecuentemente mal proporcionadas y muchos adefecios, que á mi juicio, en nada pueden concordar con la sublimidad y la pureza de un culto en el que todo debe asumir lo bello, lo perfecto, lo inspirador y lo armonioso, como lo asume de hecho en el suntuoso nuevo templo de San José.

Eregida ésta hermosa fábrica arquitectónica en una de esas encantadoras plazas convertidas en jardín, ostenta todas sus bellezas exteriores, é invita

desde luego á visitar su interior. Su cúpula de blancos y azules mosaicos es obra del gran Gómez Ibarra, como llevo dicho, y su torre (aparentemente aislada del cuerpo de la fábrica), se destaca y avanza al frente, cual un explorador de la Santa cruzada en Palestina. Se eleva esta torre sobre un sólido pórtico de arcos dóricos, y cierra el frente de este templo, un elegante enverjado que á la distancia hace el efecto de un gran encaje blanco. Es la torre de un estilo compuesto y caprichoso, pues remata en pequeño cimborrio de estilo Bizantino, con cruz griega dorada. Pintado todo el templo exteriormente, color del ágata, resalta su bella cúpula blanca con sus grécas azules como un cimborrio morisco iluminado por el azul éter del Oriente. ¡Cuántas veces he contemplado este moderno templo del arte religioso! La ideología es muy bella en su conjunto semi-oriental, semi-cristiano y está en perfecta armonía con los ideales de las razas soñadoras, con las aspiraciones de una ciudad que como ésta se llama: *la perla de Occidente*.

Creer muchos que este suntuoso templo está en su interior demasiado cargado de dorados. Es cierto. Son sus altares resplandores de oro como lo es su cimborrio, sus bóvedas, cornizas y otras cosas, como el púlpito, especie de bellísimo tulipan en su parte inferior, donde cuelgan como tallos rotos sus adornos que se convierten en cascada de oro. Pero haciendo abstracción de ese excesivo lujo de dorados, con las magnificencias orientales, debo decir que, hay que admirar el trabajo de talla, el arte, el exquisito gusto con que está hecho todo. El piso igual al de la Basílica (pues es todo de la madera del mezquite), es de por sí trabajo de mosaico de bastante mérito. Y, luego: la sorpresa de encontrarse con que las esculturas de santos y de apóstoles, en todos los altares, son todas dignas del arte escultural religioso!

El altar mayor, es por si solo un magnífico templo, con espléndidas columnas astreadas, con un tabernáculo y una riqueza de molduras y tallados finos

en algunas partes como la filigrana de oro. En elevado nicho, se destaca la escultura del patron del templo, San José, el cual lleva en sus brazos una bella y risueña figura del niño Jesús. Es esta estatua, obra del inteligente artista de la escultura religiosa, Don Pablo Valdez, bien conocido en todo el país, pues varias de sus obras han enriquecido algunos templos de la República. Hijo de Jalisco, bien puede el Estado estar satisfecho de él, como orgullosos lo estamos de Acuña. Y, apropósito, no creo equivocarme, cuando dijo: que Acuña, ha sido para México, lo que fueron en su época para España Alonso Berruguete, Gaspar Becerra, y el siempre insigne Alonso Cano, el salvador del arte escultural religioso, el perfecto modelador, el consumado artista, que sacó avante su arte y lo emancipó de lo grotesco. Aquel estilo imposible en que la escultura había degenerado, debido á las imperdonables aberraciones de los pésimos tallistas é imperfectos modeladores del arte escultural que por el período de más de dos siglos, inundaron los templos con estatuas de santos, de vírgenes y de apóstoles, faltos de proporciones, faltos de expresión, faltos de anatomía, faltos en breve, de todas las reglas que determinan el que sea perfecta la concepción, como intachable la ejecución de la obra. Estoy firmemente convencido que de arte ninguno y de su simbolismo se ha abusado tanto entre nosotros, como del arte altamente sagrado, eternamente inspirador de la escultura religiosa. En parte alguna del mundo, he visto, en los altares de la fé católica, tanta estatua grotesca y desproporcionada de los santos, como se ven hasta en la actualidad, entre nosotros.

Es tan grande el valor, la enseñanza objetiva una buena escultura sagrada, que nada menos ví á ser el conductor valioso del pensamiento; el obj representativo que despierta la fé que evoca el cuerdo y nos traslada con el sentimiento á otros mundos, allende el que vivimos. Así, pues, no es ca la satisfacción que se experimenta, ante las es

turas de Acuña, que son á mi entender, el punto luminoso, la siempre hermosa luz en aquel mundo de tinieblas en donde jamás pueden brillar las falsas concepciones de un arte religioso, escultura disparatada.

Mas ya que de Acuña hablo y de sus bellas creaciones religiosas, bueno será pasar al templo del Carmen de esta Guadalajara, que posee dos de sus más inspiradas esculturas á decir: su afamada *virgen* de la Purísima, y su no menos importante estatua del profeta Elías.

Creo haber dicho, que desde el gran pórtico de la Penitenciaría, he contemplado las cúpulas de vivos colores del templo del Carmen. Efectivamente, aquel conjunto de cimborrios, hacen por fuera de esta iglesia, un edificio de aspecto semi-oriental pues, reúne á mi juicio, mucho de la mezquita con el templo católico, y evoca un tanto cuanto, el recuerdo de los edificios sagrados de los moros convertidos en iglesias del Cristianismo. Esto, en cuanto á su aspecto exterior, pues en lo que reza en su interior, revela un estilo bizantino, como también medio romanesco, y trae á la memoria aquel orden tan grandioso, con que se dió principio á la arquitectura eclesiástica en el reinado de Constantino.

Al penetrar en este sagrado recinto, se sienten desde luego los mágicos efectos de un imponente claro-oscuro. Una ancha nave conduce al visitante cerca del altar mayor. Mas antes de llegar hasta dicho altar, hay un anchuroso espacio coronado por la más grande de todas las cúpulas de este templo. Toda la bóveda del cimborrio está pintada al temple con pasajes de las Sagradas Escrituras. Se echa de ver en la pintura el efecto de un buen fresco mural. Hay cosas bien pintadas, como las figuras de los Evangelistas y otras cosas no mal comprendidas en dibujo, colorido y claro-oscuro. También esta pintura es obra de D. Pablo Valdez.

Pero es en este sitio céntrico donde se admira

la belleza de este templo, su arquitectura sólida, sus buenas dimensiones y estilo romanesco. Aquí asume la forma de una cruz griega. A la derecha, una nave; á la izquierda otra. En el fondo de ambas, dos hermosas capillas con sus correspondientes cúpulas. Detrás del espectador, la nave de entrada; á su frente, el altar mayor, y á los lados de este último, por la derecha, la interesante sacristía, por la izquierda una inmensa capilla en cuyo fondo se destaca una representación del Drama del Calvario, toda con peñascos y figuras de bulto, siendo la figura del crucificado imponente por sus proporciones y belleza escultural.

No he encontrado adefecios en este templo del Carmen, y sí mucho que admirar sobre todo en pinturas, las que bien colocadas por todo el edificio, detienen por largo rato al espectador y lo deleitan. Como es natural, lo primero que hay de buscar, es la escultura de Acuña—la virgen que es la patrona de esta iglesia y cuyo nombre lleva en memoria suya, como en un tiempo lo llevó el inmenso monasterio de la orden Carmelita, hoy fraccionado aquí y convertido entre otros edificios, en cuartel. La capilla que está á mano izquierdo del altar mayor es la dedicada á la Virgen del mencionado Acuña. Al dirigir mis pasos hacia ella recordaba haber visto, accidentalmente en Londres, en una muy buena fotografía, de Mora, tomada directamente de esta escultura. Sabía hasta cierto punto lo que ahora iba á ver; así pues, mi sorpresa, por razón natural, era muy relativa. Sin embargo, faltaría á la verdad, si dijera, que esta estatua, no embargó desde luego toda mi atención. Son á mi juicio, las cualidades siguientes, que hacen de esta escultura religiosa, una obra bel atrayente:

1. Inspiración.
2. Unidad.
3. Reposo.
4. Simetría.

5. Mucha pureza.

6. Naturalidad suma en su apostura.

Mas ahora pregunto yo ¿á quien de entre tantas obras de su género podrá ésta asemejarse? A todas y á ninguna. Explicaré esta aparente contradicción.

Se parece á todas porque no hay una sola Concepción que no dirija la mirada hacia el cielo, que no tenga las manos sobre el pecho, que no lleve suelto el cabello, que no esté parada sobre un mundo de estrellas, que no pisotee á la serpiente y ostente á sus piés la media luna. Todas á las que les falten estos requisitos serán vírgenes, más no vírgenes representativas de la Concepción. En esta parte, la Purísima del escultor Acuña, llena los requisitos de simbolismo y aún más, de esa magestad propia á la Madre del Hombre-Dios. En esto se asemeja á todas.

Deja en cambio de parecerse á otras esculturas de su género, en su parte realista. Su tipo humano por ejemplo: está inspirado en algún tipo bellísimo de las mujeres de raza tapatia. Sus manos, llenas de morbidez, sus dedos, cuajados de magníficas sortijas, no son las manos de la raza hebrea, ese lujo oriental ni concuerda con la humildad sublime de la Virgen, ni con la incomparable modestia de esa vida ejemplar de la Sacra Familia en su peregrinación y divina misión sobre la tierra. Se comprende que los humanos, como un tributo de amor y admiración decoren con valiosas alhajas á las vírgenes. Pero en mi humilde juicio faltan con esto á la verdad representativa de esos seres sobrenaturales que han venido al mundo con una misión tan maravillosa, que después del transcurso de tantos siglos, los seres privilegiados tan solo parecen comprenderla y valorizarla con toda su magnitud y trascendencia. Por lo expuesto, quisiera ver esta hermosa escultura del arte religioso, enteramente desprovista de toda ostentación, de todo aquello que aparece bajo la forma de la

vanidad humana. No son las telas de oro y plata, ni los mantos de terciopelo, los que vistió en el mundo, la humilde, la modesta Virgen María; ni tampoco portó, ni se adornó jamás con las perlas ni la deslumbrante pedrería. Ni siquiera en su ascensión al cielo, hay constancia ninguna de que al abandonar esta vida terrestre, fuese ataviada con todos esos distintivos de ostentación y de opulencia.

Al abordar, [aunque de paso sea], asunto tan sumamente delicado, como lo es de hecho la escultura religiosa, quiero afirmar que no es tanto bajo un punto de vista religioso, cuanto bajo aquel del arte y la verdad histórica, que trato esta cuestión. Bajo el punto de vista del arte, siempre he juzgado á la escultura de pasta, con raras excepciones, como realizaciones de un *falso ideal*. La escultura de pasta, es á mi juicio, una degeneración completa de la escultura en mármol, bronce ó talla en madera. Las primeras, presentan el gravísimo inconveniente, de tener que darles vida y expresión por medio de un colorido no siempre de buen éxito; de haber que ponerles los ojos de esmalte, el pelo ó cabellera del cabello humano. Luego hay que vestir las con infinitos atavíos, ropajes y adornos, ni siquiera soñados en la época en que vivieron, ó pasaron por el mundo en santa y edificante peregrinación. Y, así es como sin sentirlo siquiera, incurrimos en el *falso ideal*, y en abusos de imaginación que no solo perjudican el arte, sino á la misma religión, cuando se falta á la verdad histórica, y adulteran las tradiciones, las costumbres y la manera de ser y de sentir de aquellos, que han sido figuras las más grandes é inspiradoras de la tierra.

El catolicismo, tal como se comprende hoy en la Europa culta y en los Estados Unidos, no mite ya en los templos sino son las esculturas religiosas en mármol, bronce, talla ó *terra-cotta*; y creo der asegurar que si exceptuamos á España y la América española y tal vez algunas partes de Italia ~

Nápoles, en donde dominó el espíritu religioso y las costumbres españolas, es bien raro encontrar las imágenes de pasta, vestidas y adornadas con las joyas y las telas riquísimas conque el espíritu religioso, las ha ataviado [sin duda con la mejor buena fe y elevado sentimiento místico], falseando, así inconsientes, la historia, la verdad y el arte escultural religioso.

Salía de la capilla de la Virgen del Carmen, encantado con la hermosa escultura de Acuña, que por otro lado dió lugar á las reflexiones que vengo de asentar en estas páginas. A mi derecha tenia un bellísimo cuadro de regulares dimensiones. Detenia el paso, pues es una Sacra Familia llena de inspiración, dibujo y colorido. Hice lo posible por ver si estaba firmado el cuadro, pero nada pude sacar en limpio. Sin embargo, no creo equivocarme al atribuírselo á *El Españoleto* como le llamaban en Italia al célebre José Ribera. Este cuadro propiamente hablando, representa el nacimiento del Señor, y es muy posible que sea una de tantas de esas telas soberbias que pintó en Nápoles Ribera y después se fueron repartiendo hasta llegar, por una circunstancia ú otra hasta nuestra patria, valioso mercado en su época para el arte religioso de la Europa.

Frente á este hermoso cuadro, noté que había colgado en ancho muro, una copia de la célebre Asunción de Murillo, la de la gran basílica. La copia es bastante fiel pero la entonación es pobre. Muy superiores copias á esta hay en Guadalajara; he hecho ya mención, por ejemplo, de la del aventajado pintor Francisco Sánchez Guerrero, y más adelante haré mención de otra copia que ha llamado sobremanera mi atención.

En los momentos en que pasaba por el crucero del templo, se daba principio á una práctica religiosa, y temeroso de ser inoportuno me dirigí á la sacristía que guarda algunos cuadros de singular mérito y gran valor. Sobre un polvoso armario antiguo, descansaba una tela sin marco. Representaba á San José y el

Niño Dios. El tenor de esta composición, revela un colorido vigoroso y un dibujo correcto indudablemente, de escuela española; más como el sacristán á quien interrogaba yo sobre los autores no solamente de este cuadro, sino de otros de importancia en esta sacristía, nada sabia, y en su mayor parte están colgados muy altos, se pierde el espectador en conjeturas y no le queda otra cosa más que admirar, sin poder afirmar nada. Pero el hecho es, que, en un tiempo hubo aquí un padre Nájera, tan sabio, tan erudito, tan entendido en crítica y conocimientos del arte, que como un resultado feliz de sus desvelos, de lo que coleccionó y de su profundo saber, aún quedan en este templo bellísimas obras, del arte pictórico religioso que son dignas de admiración.

Nada hay, sin embargo, en esta interesante sacristía de magníficas bóvedas planas y de grandes ventanas, como un cuadro que mide unos 84 centímetros de largo por 65 de ancho, y tras de cuyo hermoso cristal, se destaca una cabeza soberbia de la Virgen de los Dolores. Arriba de una mesa, y en el muro que está frente al arco de entrada de esta sacristía, colocado en muy buena luz, este lienzo atrae desde luego las miradas del espectador y es para mí, el más admirable en su género que he visto en nuestra patria. Me he quedado perplejo ante esta maravilla del arte más de tres cuartos de hora. Felizmente, me acompañaba en esta vez un amigo artista de corazón é inteligente, de suerte que ya podíamos comunicarnos mutuamente impresiones análogas é ideas que llamaré hermanables.

Mi primera impresión fué abarcar el conjunto y luego los detalles. Tenía delante, una cabeza de tipo ideal italiano magistralmente dibujada. En el semblante un sufrimiento indecible; los ojos sin lágrimas, con la mirada al cielo: son todo un poema belegiaco de dolor y de angustia. Aquella boca habla en santo y suprimido silencio, ante el consumatus est de la Redención del hombre. Aquellas manos tan delicadas

das, tan llenas de vida y expresión, que á penas si se atreven á tocar aquel purísimo seno, cuyo corazón destila con sus latidos el dolor. Nada hay en este soberbio lienzo que no sea una revelación de como un solo pensamiento, un solo latido, absorbe todo bajo el dominio del portentoso dolor ocasionado por la pérdida y muerte del hijo Hombre-Dios!

El punto importantísimo era sacar en limpio, quien fué el privilegiado artista que ha pintado y dibujado una tela de tanta belleza mística, inspiración é imponente conjunto. He aquí la gran dificultad. El sacristán lo ignoraba y abrigaba temores de que el sacerdote encargado de esta iglesia [que á la sazón estaba en el púlpito], lo ignorase igualmente. Este divino cuadro lo mismo que muchos otros del arte religioso en nuestros templos, carece de firma y fecha. En tal situación, había que conjeturar por el dibujo y colorido quien podia haber sido el insigne maestro autor de esta composición.

Mi amigo y yo nos pusimos de acuerdo, y sentados frente al cuadro en un par de poltronas del siglo pasado convenimos en lo siguiente:

Que este cuadro es lejitimamente de escuela italiana; que no fué pintado en México por artista ninguno de la antigua escuela de la época Virreynal. Que en su dibujo y colorido se revela un génio de primer órden.

Que es una maravilla del arte religioso.

Y, finalmente que, era de lamentarse no saber el nombre de su autor.

Pocas veces, lo confieso, me he visto tan atrojado para emitir mi opinión particular sobre un cuadro de la naturaleza de este, teniendo como única guia el estilo, coloración, dibujo correcto y demás cualidades especialísimas que distinguen á los diversos grandes maestros de las escuelas florentino-romana, de la lombarda á estos, de la veneciana y á los de la bolonesa de los últimos y de la napolitana.

Mucho tiene esta composición del estilo de las

vírgenes de Andrea del Sarto, de Leonardo de Vinci, de Corregio, de Francia, de Sebastián del Piombo y aún mucho, muchísimo del Ticiano.

¿De cuál de todos estos grandes maestros es?

Me inclino á creer, después de detenido examen, y minuciosas pesquisas que es esta *Mater Dolorosa*, obra original ó copia maravillosa del príncipe de los maestros venecianos—quiero decir del Ticiano! Nada extraño sería que así fuera; y baso entre otras cosas mi opinión, en el hecho, de que si hubo en el Renacimiento italiano un artista que pintó admirablemente el noble y conmovedor asunto de la *Madre Dolorosa*, lo fué el Ticiano.

Muestra de ello palpable tenemos en la soberbia colección de cuadros del Escorial, en donde entre las obras de este genio inmortal, se encuentra una Virgen de los Dolores de la que me inclino á creer es ésta una repetición hecha por el mismo Ticiano pues, es cosa averiguada que, en medio de su fecundidad de artista, por una causa ú otra, repetía más de una vez los mismos asuntos. Hé aquí el porqué se admiran muchos de sus cuadros en Italia, varios de ellos duplicados de aquellos que pintó en el Escorial, para su gran amigo y protector Carlos V, ó su sucesor Felipe II.

Fundo también mi opinión al atribuir esta tela al arrísta en cuestión, en que se hecha de ver en ella mucho de su particular manierismo que en opinión de Lanzi, fué el resultado de haber imitado en su juventud á Bellini, en su estilo algo duro y tirante, y más tarde, á sus propios maestros Zucato y Giorgione, á quienes en breve aventajó tanto en su arte. Luego, el colorido como llevo ya dicho, es veneciano y propio en sus tonos y vigor al mencionado maestro. Luego, el tenor del dibujo y la composición fuerte y atrevida, nos revelan su estilo en que todo se nota muy bien comprendido y acabado de esa manera que le fué tan peculiar.

El sacristán me informó, que había venido aquí

un viajero inglés que ofreció por esta Dolorosa una fuerte cantidad de dinero, pero que dignamente se le dijo: que las imágenes del templo del Carmen no se vendían á ningún precio.

Saliendo una mañana de la gran Basílica, á donde había pasado un largo rato estudiando varias cosas, alguien me dijo que si había visto ya la última copia de la Asunción de Murillo ejecutada por un modesto artista jalisciense. Al contestar en la negativa, fuí llevado á la Notaría del Sagrario é incontinenti presentado al autor que está casualmente empleado allí. Después de los cumplidos de costumbre, me ofreció, desde luego, llevarme á su casa, con el fin de que pudiera ver su copia recientemente terminada. Habiendo ofrecido, en este mismo capítulo, que haría mención de esta otra copia por haber llamado sobremanera mi atención, lo hago gustoso, suplicando al lector perdone si en camino á la morada del artista, hago alto y abro un paréntesis, pues la esquina y soberbia fachada del templo de Santa Mónica detienen nuestros pasos.

—No sé que me pasa en Guadalajara,—decía á mi acompañante—pero á medida que permanezco aquí, encuentro cada día, cosas nuevas que admirar, no obstante que, para otros pasen si se quiere hasta desapercibidas.—¡Mire Ud., este templo sino reclama desde luego la admiración del amigo del arte ó del turista inteligente, y sin embargo, le veo hoy por vez primera después de haber hecho á esta ciudad dos viajes?

—Señor, me dijo—Yo creo que si Ud. se propone escribir sobre todos los templos de esta ciudad, con su natural amor á el arte y su espíritu de investigación, necesitaría Ud. dedicar un tomo aparte tan

solo á este asunto.—No le faltaba razón, sino más bien le sobraba.

Estábamos frente á Santa Mónica; la esquina de este templo destacaba en su ángulo una semi-concha colosal de bellísimos tallados. Frente á ésta la estatua en piedra más enorme que he visto en la República, figurando á San Cristóbal, aquel que llevó [como ahora lo representa], al niño Jesús en su hercúleo brazo. Aquel niño que á decir del santo: *pesaba lo que representaba!*

La estatua, en medio de tener sus defectos de anatomía y proporciones, revela bastante gallardía y al asumir el grado heróico en estatuaria, impone al expectador por sus proporciones gigantescas, y eso que llaman los italianos *bravura*. La piedra en que ha sido esculpida esta estatua, como toda la empleada en el resto de la construcción del edificio es muy bonita y asume un color como de ágata. Pero lo que es verdaderamente espléndido, es el trabajo Churrigueresco de la entrada, de los tableros superiores y del conjunto de todo el edificio, que, por lo bajo y compacto, recuerda más bien á las mezquitas de Palestina, ó á los primeros templos de la cristiandad en Pisa ó en Perugia, que á las iglesias de elevadas torres y colosales muros que el espíritu religioso del conquistador erigió por toda nuestra patria.

Bajo el punto de vista religioso, se puede considerar este templo como digno de la memoria de la Santa que tuvo un hijo como San Agustín. Bajo el punto de vista arquitectónico, es á mi juicio de gran mérito. El gran arquitecto español que lo edificó, haciendo á un lado el estilo colonial con todas sus bellezas, grandeza y eclécticismo, se propuso desplegar en él todo ese conjunto maravilloso y fantástico que marca con caracteres propios el estilo de Churriguera que, por muy pesado y contrario á las reglas del arte, (como en general se le ha calificado), tiene á mi juicio, sus méritos y su grandeza propia, tal cual lo tiene el arte gótico bajo sus diversas épocas, ó el

arte árabe bajo sus creaciones de sueños y de ideales realizados. Yo soy de los que me permito creer, que á Churriguera, se le ha juzgado con demasiada severidad y tal vez injusticia. El hecho es, que en el siglo XVIII fué el único de todos los arquitectos españoles que, imbuidos en las magnificencias del arte gótico, se esforzó para crear en España un estilo algo parecido á éste último, y que á la vez reuniera la circunstancia de ser una nueva creación original para el arte arquitectónico de su patria.

El estilo de este escultor-arquitecto adolecerá de mil defectos, pero el caso es que, su altar de los Reyes en la Catedral de México, así como el frontis y costado de Oriente del Sagrario Metropolitano, en sus puertas de entrada y luego este templo de Santa Mónica en Guadalajara, elevan y deleitan á todo el mundo inteligente.

Grata sorpresa me había proporcionado el rato dedicado á contemplar el exterior del templo de Santa Mónica, [el que después he estudiado más despacio.]

En compañía del modesto y atento Sr. José Reyes Durán [que es el nombre y apellido de la persona cuya copia de Murillo iba á tener el gusto de ver], seguí de frente hasta llegar á la calle de la Reforma á donde tiene su casa habitación.

Penetramos á una de esas casas, pequeñas que abundan en esta ciudad, y que me hacían recordar á las de Toledo ó Granada, con sus patios llenos de luz, de flores y de pájaros, con sus corredores de alegres pisos y de blancos arcos semi-moriscos. Pasamos á una *salita* de altas ventanas y al abrir sus puertas de estilo antiguo para que penetrase en ella la vivificante luz del sol, se presentó á mi vista el cuadro y copia que había venido á ver..

Muy favorable me era la primera impresión; pues á una entonación menos vigorosa que la del original, aún al de la copia de Sánchez Guerrero, notaba desde luego un dibujo muy concienzudo: la expresión

admirable, los detalles exactos, y un colorido tan apurado, tan transparente, unas luces y sombras tan delicadas, que atraían al espectador como le enamoraban. Así debe haber sido esta tela original de Murillo poco después de pintada, decía para mis adentros, sobre todo en su parte de luces, pues en cuanto á las sombras, si creo deben desde un principio haber sido tan vigorosas como hasta la fecha lo son en la Asunción que está en la gran Basílica.

Después de un largo rato de contemplación felicité al Sr. Reyes Durán por esta hermosa copia; y á instancias repetidas por su parte de impartir con franqueza mi juicio, le indiqué que en mi opinión, las sombras pedían entonación más oscura, pues era imposible (científicamente hablando) que esas luces tan vigorosas, no produjeran sombras que igualmente lo fuesen. Accedió bondadoso á mi consejo, y me ofreció se ocuparía desde luego en dar mayor vigor á esas sombras que á la derecha del cuadro de Murillo, hacen resaltar á su izquierda, esos divinos niños angélicos, que se bañan con la plateada luz de las altas regiones celestes por donde solo, seguramente, pasan los espíritus puros.

Con el transcurso de dos siglos y los naturales efectos y reacciones químicas del tiempo, he notado más de una vez en telas como las de Murillo, que las sombras sobre todo asumen una coloración sumamente sombría, así es que, no es difícil que cuando el insigne príncipe de la escuela sevillana pintó esta maravillosa Asunción, la entonación general del cuadro, tuviera las mismas tintas que en su parte de luces le ha dado el Sr. Reyes. Sea como fuere, esta copia es digna de todo elogio, y al retirarme de la casa del modesto artista, repito que ha llamado sobremanera mi atención; y que veo con placer que hay más de un artista en esta Guadalajara, que ha comprendido todo el valor y toda la enseñanza que encierran para el arte y para el sentimiento religioso, creaciones tan magnas como lo han sido las del inspirado pintor, hon-

ra y gloria de España y admiración del mundo entero.

Tomando en cuenta las dimensiones de este capítulo y lo vasto del asunto: "Templos y Creaciones Religiosas," me veo obligado ya á ser algo conciso en mis reflexiones y notas consiguientes. Así pues, diré que si es bellísimo y clásico el Sagrario por sus dos entradas principales, no lo es menos por dentro con su grandiosa cúpula, sus proporciones admirables, su blanca inspiradora luz bañando y sacando en relieve todas sus magnificencias de templo, de orden jónico, de cuyos muros se destacan sus elegantes altares blanco y oro, de estilo corintio puro. Este templo es á mi juicio, en arquitectura, una gran creación religiosa que podía figurar hasta en la misma Roma.

San Felipe, es también una gran fábrica con su imponente frontispicio, de un estilo compuesto, hermoso en sus labrados en piedra, como grandiosa y bien proporcionada lo es su torre sombría, que se eleva á una altura de 150 piés.

Interesantes por su antigüedad, algunos cuadros muy buenos y otras cosas, lo son los templos, Santa María de Gracia, la Soledad, Capuchinas, Santa Teresa [con sus altares góticos aunque de reciente construcción], San Francisco con sus dos iglesias unidas, y sus fragmentos de pasada historia y grandeza monacal. La Merced, exteriormente hablando, es asunto muy poético para el pintor. Aquel cementerio de entrada, con sus semi-derruidos y caprichosos arcos del muro que lo circundan. Aquella casa que daba entrada al convento con su fachada de plena arquitectura colonial, con sus santos de piedra ensimismados en sus nichos. Aquellos balcones volados y chaparrones, con sus barandales de hierro oxidado, [donde se han asomado quien sabe cuantos mercedarios], y todo este conjunto formando caprichoso rincón del cementerio envuelto entre luces y sombras juguetonas, me ha deleitado en más de una ocasión, cuando cansado de mis vagancias matutinas, he buscado ahí

el reposo para el cuerpo, sino, es también que para el espíritu.

Mas hay un templo extramuros de Guadalajara, de una importancia grande no solo por su belleza arquitectónica, sino porque en él veneran los jaliscienses á una pequeña virgen llamada de Zapopan, nombre que lleva igualmente el colosal Santuario y la villa en donde se encuentra este, á cosa de dos leguas de distancia de la ciudad Reina. Escribir un libro sobre la capital de Jalisco, y no hacer mención aunque fuera de paso [como ahora lo hago], de tan interesante creación religiosa, sería equivalente á no hacer mención del Santuario de Guadalupe, después de escribir sobre la capital de México.

Cuenta la tradicional historia que, Fray Antonio de Segovia, de la orden franciscana, y uno de los fundadores de la villa de Zapopan en 1542, fué el que trajo de España, la pequeña escultura de la Virgen tan venerada por los jaliscienses á causa de los infinitos prodigios que ha hecho, al grado que en el siglo XVII, el obispo de Guadalajara, á la sazón D. Juan Ruiz Colmenero, hizo levantar una información jurídica, motivada por los milagros verificados por la intercesión de esta diminuta imagen escultural, que en 1821 fué solemnemente proclamada Generala de las armas del Estado de Jalisco, portando desde aquella fecha la banda azul y el bastón de oro de su elevado rango. Por eso, en época no muy lejana, el Gobierno civil saludaba su visita anual á los templos de Guadalajara con una salva de 21 cañonazos. Patrona contra las tempestades desde 1734, se ha hecho costumbre de llevarla cada año á la ciudad, donde permanece desde el 13 de Junio hasta el 5 de Octubre, durante las fuertes lluvias torrenciales.

En una de tantas de mis vagancias por los pueblos de los alrededores de esta ciudad, fui resultando en Zapopan un domingo por la mañana; y á consecuencia de mi visita al célebre Santuario jalisciense, puedo finalizar este mi laborioso capítulo con las no-

tas é impresiones recogidas sobre un asunto que por mucho colorido é interés local que tenga para los hijos de Jalisco, no creo por eso deje de tenerlo para el mexicano católico en otras regiones del país.

El gran punto objetivo en el camino real de Guadalajara á Zapopan, es el santuario de esta villa. Las hermosísimas torres del templo se echan de ver á gran distancia, como un gran buque mercante que, con henchidas velas, se presenta á la vista en los horizontes del Océano, con todo su silencio magestuoso y aparente inmovilidad! Conforme se acerca uno á la población, se hace más aparente que este grandioso santuario lo nulifica y lo disminuye todo. Reina allí solo; y es como las pirámides de Egipto: la única cosa imponente del lugar, el dueño y señor de aquellas comarcas veneradas por el sentimiento religioso, y frecuentemente holladas por la planta del devoto en santa y edificante peregrinación.

¡Qué poder de las creaciones religiosas en todos los cultos y todas las edades! Una pequeña Virgen de media vara de altura esculpida y tallada en madera en pleno siglo XVI, y traída casualmente de España, por un misionero franciscano, ejerce por el espacio de tres siglos, el más poderoso influjo en el corazón y sentimiento de diversas generaciones y de incontables almas. Y, si por un lado, artísticamente considerado, está dicha Virgen desprovista de mérito, por el lado religioso, no hay méritos que no tenga, ni palabras humanas para los corazones creyentes, que den idea de lo que realmente vale y representa esta Santa Imágen.

En la plaza principal de ésta villa, se encuentra el célebre santuario; pero es tal su magnitud, su sólida grandeza, junto con el convento al que está unido, y que lleva por nombre: "Colegio Apostólico de Santa María de Zapópan," [fundación del gran Obispo Ruiz de Cabañas], que ocupa una parte muy considerable de la mencionada plaza.

El primer templo erigido á esta Virgen, fué uno

relativamente pequeño, pero de aquel se edificó el presente. En cuanto al monasterio, se construyó con la suma de \$120.000, donados con ese objeto por una religiosa del Convento de Santa Mónica, al hacer su profesión solemne. La sensación que experimenta el visitante frente á este hermoso santuario, es aquella que en el alma produce todo lo que es espacioso, sólido y de gran elevación. Es bello también el enverjado de hierro que separa el templo del vasto espacio, que entre los edificios y sus puertas de entrada de la reja forman esbeltos arcos dóricos. La fachada es imponente y está muy bien labrada. Las torres, aunque de un estilo compuesto y en su remate casi hasta caprichoso, presentan un conjunto imponente y artístico. Al penetrar al santuario por su gran nave de orden dórico, se cree uno estar en toda una catedral. Los altares son de gusto y bellas proporciones; y en todo se revela el amor y singular esmero desplegado por los fieles para hacer de esta iglesia lugar digno de la Virgen de Zapópan. La elegante capilla dedicada á la *Sacra* familia, y que encierra las soberbias esculturas de Acuña, de Jesús, María y José, es digna del asunto y del Santuario. Reasumiendo, diré: que el conjunto es toda una creación del arte religioso; pero de ese arte, lleno de enseñanza, que dulcifica y consuela el espíritu del creyente, cuando en él encuentra tantos ideales realizados y para lo porvenir, más luminosos horizontes.

CAPITULO XI.

LA BIBLIOTECA PUBLICA.

Horas Intelectuales.—Entre los Libros.

En las primeras páginas de este libro he dicho: "que en mis largas vagancias por el mundo, no conozco ciudad que ostente una catedral y un obispado que no valga la pena de mirarse, y que en donde hay catedral hay historia, en donde hay historia hay museo, en donde hay museo hay biblioteca, en donde hay biblioteca fuerza es que haya civilización." Que ésta última, como lo demás, existe en Guadalajara, creo haberlo probado de mil maneras en éste mi ensayo monográfico de la ciudad más artísticamente bella de la República Mexicana.

¡Sí, en donde hay biblioteca, fuerza es que haya civilización! Pues son los libros buenos el alimento del espíritu, tan necesarios para muchos, como para todos tiene de serlo la buena alimentación del cuerpo humano, para la salud, conservación y prolongación de la humana existencia.

En el costado sur de la manzana que ocupa el edificio del Liceo de Varones, está la entrada de esta Biblioteca Pública, arriba de cuya puerta, de elegantes molduras, está indicado con grandes letras doradas, que por allí se penetra al templo de la instrucción y del saber; y pasado aquel bello dintel, pronto se en-

cuentra el visitante entre los libros que han escrito muchos grandes genios del mundo y que son el producto de la inteligencia, de la investigación y del pensamiento elaborado en el grandioso é incomprensible laboratorio del cerebro humano.

¡Cuánto respeto, cuánta veneración infunde una Biblioteca como esta! En su mayor parte formada con más de 24,000 volúmenes sacados de los antiguos conventos de San Agustín, la Merced, el Carmen, Santo Domingo, San Francisco, San Felipe, Zapópan y aún muchos de la Universidad y el Seminario, no es de admirarse sea pues, tan altamente representativa, valiosa y selecta como de hecho lo es. Ante aquellos inmensos tomos empastados en pergamino; ante aquellas sorprendentes ediciones del siglo XV y XVI que encierran tantas lecciones, tanta sabiduría y erudición, se pasma el pensamiento y se corrobora, lo que tengo ya dicho en el capítulo anterior: que de los conventos hay mucho que aprender, etc.; y que las fuentes de nuestra moderna historia se han encontrado en los monasterios; y que á las crónicas admirables llevadas por los monjes con religioso anhelo, debemos el conocimiento de infinidad de cosas de trascendental importancia.

Pasado el dintel de la puerta de entrada, se sube una escalinata y se pasa á un artístico vestibulo muy bien decorado entre otras cosas, por un fresco mural, representando el templo de Minerva. Este fresco, así como lo restante del adorno del vestibulo, es obra del pincel del artista jalisciense Villaseñor. El *plafond* ó cielo-razo representa las ruinas de Atenas con la Acrópolis ó antigua ciudadela erejada sobre la colina; y á lo bien pintado que está, agregaré que, nada encuentro más adecuado cuando en los grandes estantes de esta Biblioteca se echan de ver las obras selectas de los grandes ingenios de la clásica Grecia. En el arco que divide en dos partes el vestibulo, se lee la siguiente inscripción con letras doradas: "*A las Ciencias y á las Artes han debido los pueblos su*

prosperidad." En este mismo lugar está el departamento del conserje. A mano izquierda la puerta que da entrada al salón estudio del Director; la puerta de la derecha conduce desde luego al salón de lectura para el público y de este, un grande arco con cortinas de colores le lleva á uno á los inmensos departamentos que comprenden cuatro salones: dos en línea recta y otros dos á un costado (divididos por un largo pasillo), que contienen en inmensos estanteros que llegan hasta el techo, los 30,000 volúmenes que hoy día poseé esta soberbia Biblioteca de Guadalajara.

¡Cuántas horas intelectuales he pasado yo entre estos libros! Horas tranquilas y serenas para el alma, horas de bendición y de instrucción para la mente. ¡Los buenos libros! fieles amigos del hombre, soles de blanca y pura luz que iluminan el cerebro y nos dan paz á el alma, fé y esperanza!

Desde mi primera visita á esta tranquila é interesante mansión de los libros, á donde viven eternamente en páginas impresas los genios y talentos de muchos hombres célebres, tuve la honra de conocer al actual director de esta Biblioteca, Lic. Carlos Daniel Benítez, así como á varios empleados cuya atención y finura hacen muy gratas las horas pasadas entre los libros y las noticias impartidas cuando de cualquier empleado se recaba algún informe.

Recuerdo que el primer libro que me fué enseñado aquí, fué desde luego para mí una revelación. Tenía en mis manos la obra que tanto por el texto, cuanto por lo notable de sus ilustraciones á varias tintas de color, cuanto por lo muy rara que es en el mundo, he bautizado con el nombre de: *joya* de esta Biblioteca. Titúlase esta: *Civitates Orbis Terrarum* y consta de 3 volúmenes de á folio, edición de Colonia impresa en 1572. Entre sus numerosas ilustraciones, contiene una de suma importancia para nosotros los mexicanos: es la que representa la topografía del valle y la ciudad de México 50 años después de la Conquista. Por supuesto que la comprensión de térmi-

nos en estas viñetas y la perspectiva es bien mala y recuerda los primeros ensayos de Pablo Ucello, en tan trascendental asunto. Pero haciendo todo esto á un lado, diré que esa lámina despierta un vivo interés geográfico-histórico de suma importancia, pues en él se ve la situación de montañas, lagos, canales y otras cosas de sumo interés; y, luego el aspecto en aquél entonces de la real y antigua Tenoxtitlán, con los restos de su antigua magnificencia, y las transformaciones en ella efectuadas por las construcciones de estilo feudal y colonial al mismo tiempo. Luego, el hecho de que en obra de esta magnitud é importancia, se conocía ya á México en el Viejo Mundo, es muy halagador para nosotros, pues es también de notarse que, si se exceptúa á Lima [que también figura en estos tomos], de ninguna otra parte del Nuevo Mundo se ha hecho mención sino es de México.

Como datos fidedignos de sumo interés recogí los siguientes: que durante la intervención, el Gral. Douay ofreció por esta obra á nombre del Gobierno francés la respetable suma de \$11,000, los que le fueron rehusados [prueba inequívoca de la actitud digna y patriótica de los guardianes de esta Biblioteca]. Además, que en todo el mundo, no existen de esta valiosa obra sino es de *tres á cinco ejemplares*.

Penetrando por el arco que divide el salón de lectura del primero de esta Biblioteca, encontrará el visitante, en los estantes de su mano izquierda, mucha riqueza en obras y ediciones de principios del siglo XVI. En su mayor parte los textos están en latín, pero hay bastantes también en francés é inglés. En el librero de enfrente, y á mano derecha, están todos los libros referentes á Historia Universal y particular en los idiomas siguientes: castellano, francés é italiano, alemán é inglés. La Historia Eclesiástica, como es de esperarse, es muy abundante y comprende ediciones desde hace tres siglos, con sus vetustas encuadernaciones de pergamino y broches de metal, sus soberbias ilustraciones ya bien intercaladas en el texto, ya

bien por separado, hasta lo más moderno y lujoso, en su estilo de impresión, papel, láminas y pastas que son verdaderas obras del arte y encanto del bibliófilo.

Yo quisiera poder escribir en estas páginas, sobre el valor é importancia de tantos autores selectos antiguos y modernos, y de su obra magna para la ilustración de los pueblos y el grandioso desarrollo de la inteligencia por medio de la instrucción impartida en sus libros. Pero cuando la empresa está fuera de mis alcances (y además se necesitarían tomos aparte para escribir sobre tan magno asunto), tengo de limitarme á decir en breve, lo que pueda, esperanzado en que las horas intelectuales pasadas entre estos libros puedan servir de una pequeña guía á los que como yo vengan aquí en busca de instrucción y recreo intelectual.

Decía que los estantes de la derecha contienen libros referentes á la Historia Universal y Particular en varios idiomas y que la parte relativa á Historia Eclesiástica [como es de esperarse], es muy abundante, etc.; efectivamente teníamos delante, "La Historia Eclesiástica Indiana," escrita á fines del siglo XVI por Gerónimo Mendieta y publicada en México por primera vez en 1870 por D. Joaquín Icazbalceta. Fleury se presenta formidable con sus 36 volúmenes *Histoire Ecclesiastique*. Ducreux, no se queda atrás con sus 8 tomos sobre el mismo asunto y otro volumen extra de "Adiciones á la Historia Eclesiástica General." Receveur, es otro historiador sagrado que escribió "Historia de la Iglesia desde su fundación hasta el Pontificado de Gregorio XVI." Esta es una obra magna que abarca centenares de años y que está comprendida en 14 volúmenes. No creo que nada pueda corroborar mi aserto tocante á lo muy abundante de la Historia Eclesiástica, que el hecho de haber yo anotado en mi libro de apuntes y tomo II del catálogo de esta Biblioteca, los nombres de más de 45 autores de diversas nacionalidades que se han ocupado de tan complicado

asunto, sin contar entre estos las obras de autores *Anónimos* y los historiadores de los Concilios y de los Papas, entre cuyos selectos y grandes historiadores he extrañado no encontrar al alemán Von Ranke, que en opinión de su gran crítico Macaulay, escribió la Historia más erudita é importante de los Papas, obra indudablemente digna de concienzudo estudio, no obstante su magnitud.

La sección de Historia Eclesiástica de México, revela lo mucho que entre nosotros se ha escrito sobre esta materia, desde la ya mencionada obra de Gerónimo Mendieta, de fines del siglo XVI, hasta la muy interesante obra de Manuel Ramírez Aparicio, "*Los Conventos suprimidos en México*," publicada en 1862; un trabajo cuya lectura recomiendo.

Como era natural, buscaba con ahinco todo lo referente á la Historia de México, y entre los tomos relativos á tan interesante asunto, junto con los tratados Generales y Particulares, creo poder decir que todo lo que hasta la fecha se ha escrito, se encuentra en su lugar en esta Biblioteca. Siguiendo el orden alfabético, mencionaré algunos historiadores cuyas obras se pueden consultar ó leer aquí: Alaman, Aparicio, Arellano, Arias, Arista, y Arroniz. Boturini, [su erudita obra sobre la Historia de la América Septentrional]. Bustamante su "*Historia de Texcoco*," etc., Cavo.—"*Los Tres Siglos de México*," Clavigero, Cogolludo.—"*Historia de Yucatán*," escrita en el siglo XVII. Cortez Hernan.—*Historia de Nueva España*. Cuevas.—su juicio sobre el estado político de México en 1821 y 1851.—Díaz del Castillo Bernal—el chispeante y siempre interesante historiador de la Conquista de México. Gomara,—Humboldt Icazbalceta, Iglesias, Laguna, el historiador de la ciudad de Zacatecas en el siglo pasado. Las Casas, el defensor de la libertad de los americanos. Mota Padilla, el sabio y erudito autor de la "*Historia de la Conquista de la Nueva Galicia*," [hoy Jalisco]. Payno,—el compendiador de nuestra Historia

Prescott, de cuya obra sobre la Conquista, he visto aquí por vez primera la traducción en francés de una edición de París 1863.—Sahagun lo mismo que Soliz.—"Su Conquista de México," figuran estos estantes y con especialidad el último, con diversas ediciones todas del siglo pasado, varias de Madrid y una de Barcelona.

En resumen diré: que he contado 60 nombres de autores que se han ocupado en escribir sobre "Historia Antigua y Moderna de México," y que si bien es cierto que entre estos figuran algunos escritores extranjeros de la talla de Humboldt, el Conde Segur, Prescott, y los grandes historiadores españoles de la Conquista, es muy satisfactorio saber que la mayor parte de los historiadores cuyas obras figuran aquí son mexicanos de nacimiento y nacionalidad y que entre estos podemos registrar nombres tan respetables é ilustres como lo son los de Bustamante, Luis G. Cuevas, Mariano Arista, Orozco y Berra Icazbalceta, Pimentel, Roa, Bárcena y otros.

En la sección de "Anónimos y Colecciones," he visto obras rarísimas é importantes para la historia patria como: "La Historia Antigua de Varios Estados Mexicanos" y los "Documentos históricos de Jalisco;" "Efemérides mexicanas;" "Guerra con Francia en 1838," "Elogios fúnebres de celebridades mexicanas," y una Historia de Iturbide publicada en Filadelfia en 1822.

He dicho ya, que nada encuentro más adecuado en el vestíbulo de este edificio, que el cielo raso de Villaseñor con las ruinas de Atenas, cuando en los grandes estantes se echan de ver las obras selectas de los grandes ingenios de la clásica Grecia. En esta riquísima colección de Historia Universal, y particular de cada país, se destacan las obras de los historiadores griegos desde Ælianus con su "Varia Historia," hasta el célebre y fecundo Herodoto, cuyas páginas nos deleitan hasta la fecha, como en su tiempo deleitaron los oídos de los atenienses en los Juegos

Olímpicos. Las ediciones todas de estos historiadores son alemanas, algunas del siglo XVI y otras de 1829!

No menos rica, sino por el contrario mucho más, es ésta Biblioteca en historiadores romanos, en textos y traducciones de los mismos.

Los *Comentarios* famosos de Julio César, por ejemplo, aparecen aquí en tres idiomas: en latín, francés y español, aunque en su mayor parte en ediciones de fines del siglo XVIII. He tomado nota de 16 historiadores romanos y sus correspondientes obras, entre los cuales figuran los nombres de aquellos con los que nos familiarizamos desde jóvenes en los seminarios y colegios como son los de:—Cornelio Nepon-te, Salustio, el gran Tácito, y Tito Livio, el amigo de Augusto, en cuya "Historia Romana" se distingue tanto por su estilo puro, claro y correcto así como por su estupenda fecundidad.

La vieja Europa, ha traído á ésta Biblioteca, su poderoso contingente de historiadores célebres; y no es poca la satisfacción que he experimentado, al encontrar-me en estos libreros, con las magnas obras en cuyas páginas me he esforzado por estudiar lo muy poco de historia que individualmente he podido abarcar. Pero á los estudiantes y lectores afectos al estudio importantísimo de la Historia, me permito recomendar el estudio de las obras de aquellos historiadores de los que más provecho creo pueda sacarse. Y, me es tan doblemente grato hacer esta recomendación, cuanto que, por estadísticas que me han sido proporcionadas, he visto con gran satisfacción que, entre el buen número de concurrentes á esta Biblioteca, pocas obras son tan solicitadas para su lectura como las de Historia.

Como resultado pues, de mi experiencia individual, así como en vista de lo que sobre la materia obra en estos estantes, aconsejo el estudio ó lectura de lo siguiente: Bossuet.—"Discurso sobre la Historia Universal." Lafuente,—su brillante "Discurso Preliminar á la Historia de España." César Cantú,

tal vez el más leído y mejor conocido entre nosotros, de todos los historiadores europeos, no es á mi juicio en medio su inegable talento y gran erudición, un escritor siempre verídico y desapasionado; y yo opino no porque se le deje de leer, sino por que se lea un poco más á Alison, Hallam á Hume, á Lingard á Robertson, á Guizot, Gibbon, á Barante, al abate Millot, el Conde Segur, Lefranc, Prescott, Washington Yrving, Cobbett y tantos otros que me sería imposible enumerar sin hacer de esa lista, una, excesivamente larga y detallada. Igualmente recomendaría á historiadores contemporáneos de la talla de Buckland (su grandiosa Historia de la Civilización), y al erudito sabio Enrique Taine; pero las obras de estos autores, así como las del gran historiador y filósofo escocés Thomás Carlyle no están aún coleccionadas en esta Biblioteca.

Entre las obras raras de esta sección me he encontrado aquí la "Historia de los Judíos" de Josephus Flavius, edición de Venecia 1502; y una Historia del Japón y de China, escrita por Don Pedro Morejon, é impresa en Medina del Campo en 1621.

Muy rica es la colección sobre la vida de los santos [cosa de esperarse], cuando la mayor parte de los libros que hay aquí han sido trasladados de los conventos de Guadalajara á su actual local. Me arrojan mis apuntes la suma de 57 biógrafos y apolo-gistas de la vida é historia particular de los santos. Difícil pues, me sería, en tan delicado asunto esternar mi opinión y decir cuáles son los mejores biógrafos y obras de consulta en esta materia. Pero lo que sí puedo recomendar es la lectura de la vida de Santo Domingo, por el gran sabio Lacordaire, y la de Santa Isabel de Hungría, por esa otra lumbrera de la literatura francesa, el Conde Montalembert, ambos honra y gloria del mundo católico.

La Historia de las Ordenes y otras corporaciones religiosas, me parece muy completa y se puede asegurar, que tanto el investigador cuanto el escritor sobre

esta materia, difícilmente encontrará mejores fuentes que las que en estas obras se encuentran y que abarcan tantos siglos desde la fundación por ejemplo, de la Orden de San Francisco 1209, hasta la instalación de la Compañía de Jesús en Nueva España, de cuya instalación fué historiador entre nosotros, el Padre Francisco Javier Alegre y, cuya obra fué publicada en México en 1813, en tres volúmenes que obran en estos estanteros.

Rica es también ésta Biblioteca en Dictionarios Eclesiásticos y Biográficos, — así como en biografías, entre las que recomendaría la lectura de la de Fénélon por Bossuet, la del Caballero Bayard, por Guyard Berville, — la de Bossuet por Besançon — la de Fr. Juan de Sahagun por Simon Castelblanco — la de Colón por Washington Irving. — — La de los Reyes Católicos por Prescott — la de Carlos V. por Robertson — la de Carlos XII por Voltaire — la de Rafael, por Quatremére — la de los Varones ilustres del Nuevo Mundo por Fernando Pizarro y Orellana — la de Godfredo de Bouillon, de H. Prevault — la de Napoleón I. por Massias — la de Miguel Angel por el abate Hauchecorne y tantas otras, que me sería imposible ennumerar en tan vasta y rica colección biográfica. Entre los autores anónimos, he notado que hay una biografía de nuestro gran cura Hidalgo y otra de ese génio guerrero y patriótico de nuestra independencia: el inmortal Morelos. No habiendo tenido la oportunidad de formar un juicio crítico sobre estas biografías, mal podía dar mi opinión, pero me inclino á pensar que, aún no tenemos sobre Hidalgo una biografía digna de él y de nuestra literatura. Así como opino, que en apuntes biográficos ninguno de nuestros hombres de letras nos ha dado una idea más aproximada y elocuente de Morelos, que maestro Altamirano, en su brillante escrito sobre este héroe intitulado "Morelos en Zacatula," y que tiene el gusto de publicar en el primer número de "Artista" [segunda época].

La colección de obras sobre "geografía y viajes," es tambien muy variada é importante en los estantes de este 1er. salón. El hecho de que tanto las ediciones de muchas de estas obras, están escritas en varios idiomas, facilita para todos su lectura. Los viajes, son el complemento más práctico que conozco para la educación del hombre; y todo aquel que no puede viajar, tiene de suplir este gran vacío con la lectura de las obras de los viajeros. Yo, soy de los que creo firmemente que, si no fuera por los viajes, no seríamos muchas veces tan cosmopolitas como lo estamos siendo los mundanos de fines nuestro siglo que tantos errores destruimos por medio de los viajes, y tanta enseñanza objetiva abarcamos con la experiencia propia que estos nos proporcionan. Es increíble como se viaja hoy día, y lo mucho que diariamente se publica sobre viajes.

En general, creo debemos dar la preferencia al estudio de las obras de viajes escritos por los ingleses. Mi experiencia propia me dicta este consejo, y me demuestra que, pocas ó ningunas obras en este género importante de literatura, tienen é imparten tan sólida, benéfica y duradera instrucción como las de los ingleses. Por un escritor de viajes como el inteligente italiano Edmundo d'Amicci podría citar en Inglaterra 30 de su talla, tanto del sexo masculino cuanto del femenino. En esta materia es mucho lo que en Londres se ha impreso por autores ingleses sobre México y, si bien es cierto que, no todos los viajeros de aquel país han escrito sobre nosotros de una manera imparcial y verídica, no por eso quiere decir que, algunos no lo hayan hecho muy bien, haciendo siempre elogios mil sobre la incomparable belleza del país, su riqueza y porvenir junto con la apología de nuestro carácter, cualidades morales, educación y costumbres. Mas volviendo á las obras de esta Biblioteca, sobre tan recreativo é instructivo asunto, como en lo general son los libros de viajes, diré: que es muy grato encontrarse aquí con obras tan

curiosas é importantes como son los "Viajes del joven Anacarsis á la Grecia," la de John Stephens sobre Yucatán y Chiapas, las del erudito y sabio viajero egiptologista Champollion, la de Taylor [su viaje en la India y á través del gran desierto] la de Humboldt "Viaje á las Regiones Equinociales del Nuevo Continente." Los "Viajes del Capitán Cook [al redor del mundo]. Los de Chateaubriand á la América y á Jerusalén, los de Barrow, en China, formando el complemento á los de Lord Macartney, y el "Vaje por Egipto y Siria," de Volney.

Pasando del primer salón al segundo, recrea el visitante la vista, no solo con los libros y las lujosas pastas de variados matices que brillan en los estantes cuando les hiere la blanca luz de estas regiones de eterna primavera, sino igualmente con la preciosa perspectivá que presenta el patio de! Liceo de Varones, visto por las rasgadas ventanas que de trecho en trecho, dividen los estanteros por el costado izquierdo del muro del salón. Estas ventanas, y unas que están á mano derecha, son las que dan luz á estos salones, como los libros de los estantes dan luz á la inteligencia ó á la mente y regocijo al corazón. El patio, pues, del edificio, visto desde estas ventanas, es verdaderamente precioso. Una vegetación abundante y variada da sombra ahí. La luz es apacible é impregnada de cambiantes matices, entre los que figuran los verdes de todos los tonos confundidos con las plantas de los rojos y morados *quelites*; las rosas, los claveles, la alfombrilla y no sé cuantas otras flores, dándole un colorido encantador. Junto a' árbol del plátano se echa de ver creciendo el pino; y se confunde la vejetación de la tierra caliente con la de la tierra fría, ¡prueba inequívoca de lo privilegiado de este suelo! Y, si al silencio propio á esta Biblioteca reunimos el precioso murmullo de la fuente en el patio, no creo exagerar al decir: que no conozco un lugar más á propósito para estudiar y encontrarse uno entre los libros.

Si en el primer salón se halla el bibliófilo obras de la importancia que he descrito, de una manera, digamoslo así tan pasajera, en el segundo, hay igualmente mucha riqueza que revela selección admirable; pues la importancia representativa de una biblioteca no consiste en el número de sus volúmenes (tal como el vulgo pueda creerlo), sino en la calidad y valor de estos. No ha muchos años, se promovió en Inglaterra una erudita discusión entre las autoridades más competentes tocante á cuales eran los 100 libros, ó por mejor decir obras más importantes que un hombre debía leer para considerarse como verdaderamente instruido. Como resultado de tan interesante asunto, se publicó un folleto (del que obra una copia en mi poder), y que contiene valiosísimas listas y opiniones sobre las 100 obras de mayor importancia en el mundo. Pues bien, cualquiera de esas listas, comprende toda una biblioteca, ¡y sin embargo, muchas de ellas no reunirán sin duda, mil volúmenes! Muy grato me es comunicar que, en esta Biblioteca de Guadalajara, figuran las obras y los autores mencionados en muchas de esas listas formadas por autoridades bibliográficas de la magnitud de Sir Jhon Lubbock [el promotor de la idea], Carlyle, Ruskin, el profesor Bryce, Lord Coleridge, Max Müller, Gladstone, Russell Lowell —los bibliotecarios de las bibliotecas de Londres y el Museo Británico y otros de igual saber é importancia. Creo fué el célebre poeta alemán Goëthe, el que hablando de libros nos ha dicho: "*Haced bien, vuestra selección, pues por breve que sea, es sin embargo interminable.*" ¡Breve, sin duda, por lo muy corto de la vida del hombre; interminable, por que jamás nadie podrá leer todo lo escrito! Traia esto á la memoria ante aquellos volúmenes de á folio de las abundantes enciclopedias que están en este segundo salón; la cantidad enorme de periódicos y revistas empastadas, los estanteros apretados de libros de bella literatura en varios idiomas, y la soberbia edición de la Universidad de Cambrid-

ge de Jhon Smith,—la Biblia Políglota en ochenta idiomas! impresión de Lóndres 1825, de la que á mayor abundamiento, poseé esta biblioteca dos ediciones iguales. Por vez primera veía yo las Sagradas Escrituras, en tanto idioma; llamando mucho mi atención los textos chinos y el japonés no sólo con todos sus caracteres propios, sino impresa en papel de arroz, y encuadernada toscamente con las pastas amarradas con cáñamo bastante burdo. Más propósito de la Biblia, debo mencionar que en uno de los salones interiores, hay una incunable que lleva la fecha de 1497, impresa en Venecia, por Gieronimi Paganines Bartinnis. Otro libro he visto también del siglo XV: "Tratado de Astronomía" por Juan de Sacro Busto, edición en latin, impresa en 1485, obra de las más raras y notables. Estos dos tomos, es de lo verdaderamente muy antiguo que he tenido en mis manos, entre los admirables libros que hay aquí.

En una biblioteca que cual esta poseé ya unos 30,000 volúmenes con obras tan selectas y tan escasas como son algunas de las mencionadas en estas páginas, sería una audacia de mi parte pretender dar una idea completa de su verdadero valor representativo. Así es, que por mucho que desee yo posecionar al lector con su magnitud, y la variedad infinita de obras que contiene sobre todas materias, siempre habré que dejar mucho, muchísimo pendiente en el tintero; por largas y deleitosas que hayan sido las horas intelectuales pasadas aquí entre esos regimientos de libros tan bien organizados y clasificados. Mr. Lowell Russell, nos ha dicho muy bien cuando nos dijo: "Hay una selección que hacer en materia de libros como en la de los amigos;" es decir cada cual escoje lo que mejor creé convenirle. si bien es cierto que así pasa, siendo este axioma una verdad, me voy á permitir recomendar la li que he formado de algunas obras que deban á juicio leerse en esta biblioteca, quiero decir una li de 100 autores que puedan servir de guía á much

de los eruditos concurrentes al salón de lectura. Hé-
la aquí:

1. La Biblia. (anotada.)

2. Aristóteles..... Selección de sus obras.
 3. Homero..... "La Iliada y la Odisea."
 4. Cicerón..... "Oraciones Escogidas."
 5. Virgilio..... "La Eneida."
 6. Horacio..... "Arte Poético."
 7. Plutarco..... "Hombres Célebres."
 8. San Agustín..... "Confesiones."
 9. Pascal..... "Pensamientos."
 10. Tácito..... "Germanía,"
 11. Tito Livio..... "Décadas."
 13. Dante..... "La Divina Comedia."
 13. Milton..... "Paraíso Perdido."
 14. Mahoma..... "El Koran."
-

15. Bacon..... "Novum Organum."
16. Newton..... Sus obras.
17. Buffon..... Sus obras.
18. Darwin..... "Origen de las Especies."
19. Mill Stuart..... "Lógica."
20. Lavoisier.... "Tratado Elemental de Química."
21. Humbolt..... Sus obras.
22. Lyell..... "Geología."
23. Arago..... "Astronomía."
24. Saint Pierre... "Estudios sobre la Naturaleza."
25. Sechi..... "El Sol."
26. Shakesper re..... "Trajedias."
27. Esquilo..... " " "
28. Juvenal..... "Sátiras."
29. Moliére..... "Sus obras."
30. Esopo..... "Fábulas."

31. Cervantes....."Don Quixote."
32. Le Sage....."Gil Blas."
33. Tasso.....Jerusalem Libertada."
34. Silvio Pellico....."Mis Prisiones."
35. Camoens....."La Lusitana."
36. Ercilla....."La Auracana."
37. Góngora.....Sus Obras."
38. Fr. Luis de León..."Sus obras y traducciones."
39. Moratin....."Obras Líricas."
40. Madrid J. F....."Guatemozin" (tragedia).
41. Quevedo....."El Parnaso Español."
42. Lope de Vega..."Sus obras en Prosa y verso."
43. Bretón de los Herreros....."Comedias."
44. Goldsmith....."Vicario de Wakefield."
45. Defoe....."Robinson Crusoe."
46. Isla J. F.....Fray Gerundio de Campazas."
47. Zevallos....."La Elocuencia del Silencio."
48. Zorrilla....."Poesías y Dramas."
49. Fenelón....."Telémaco."
50. Chateaubriand....."Genio del Cristianismo."

-
51. Rocine....."La Religión" [poema.]
 52. Goëthe....."Fausto."
 53. Klopstock....."La Mesíada."
 54. Burke....."Discursos Célebres."
 55. Byron....."Sus obras."
 56. Moore....."Vida de Lord Byron"
 57. Pope....."Ensayos sobre el Hombre."
 58. Walter Scott....."Sus novelas."
 59. Zimmerman....."La Soledad."
 60. Frejes....."Arte de Pensar."
 61. Petrarca....."Diálogos."
 62. Balmes....."Filosofía Fundamental."
 63. Ritter....."Historia de la Filosofía."
 64. Fray Zeferino González.....Sus obras."
 65. Dupuis....."Origen de los Cultos."
 66. Montaigné....."Sus Ensayos."

- LITERATURA MEXICANA.

76	Beristain.....	"Bibliografía."
77	Fr. A. Reyes....	"Arte en Lengua Mixteca."
78	Carpio.....	"Poesías."
79	Mota Padilla.....	"Historia de la Conquista de la Nueva Galicia."
80	Frejes.....	Idem Idem.
81	Pimentel.....	"Historia de la Literatura Mexicana y demás obras."
82	Orozco y Berra.....	"Obras Científicas y Literarias."
83	Flores Manuel.....	"Obras Poéticas."
84	Vigil.....	"Poesías, Prosa y traducciones."
85	Obispo Munguía.....	Sus obras.
86	Alaman.....	"Historia de México."
87	Aparicio Ramírez.....	"Los Conventos suprimidos en México."
88	Ramírez Ignacio.....	Sus obras.
89	García Icazbalceta.....	Sus obras.
90	Roa Bárcena.....	Sus obras.
91	Rivera.....	"Historia de Jalapa."
92	García Cubas.....	"Geografía."
93	Carochi.....	"Arte de la Lengua Mexicana."
94	Prieto.....	"Cantos Populares."

- 95 Vetancourt....."Teatro Mexicano."
- 96 Fernández de Lizardi....."Periquillo."
- 97 Riva Palacio....."Novelas."
- 98 Altamirano....."Obras en Prosa y Verso."
- 99 Arroniz....."Historia de Orizaba."
- 100 Pérez Verdía Luis....."Compendio de la
Historia de México."

Lamento sobremanera que en esta lista que he formado no me haya sido posible mencionar sino es á 25 de nuestros autores nacionales, dejando en el tintero á muchos otros cuyas obras merecen recomendación para su lectura. Pero habiendo llegado al número 100 de esta mi lista, no me queda otra cosa que hacer sino cerrarla y, recomendar los notables volúmenes del bibliófilo Beristain, en donde encontrará el lector muchos nombres de literatos mexicanos omitidos por mí, y donde se ve quiénes son los hombres de letras que por sus escritos, han dado luces, honor y gloria á nuestra literatura nacional, desde remotos tiempos hasta el año de 1819. De aquella fecha hasta el presente, no creo haya un solo hombre de letras entre nosotros cuyas obras, no sean más ó menos conocidas. Si quisiera ver en esta Biblioteca un departamento, ó mejor dicho, estanteros que contuvieran exclusivamente obras de autores mexicanos. Pues si bien no es cierto que escasean aquí, y que están perfectamente clasificadas, por el otro lado diseminadas como se hallan entre tantos millares de volúmenes, se hace imposible ver á primera vista los nombres y las obras de los que han formado eso que llamaremos "Literatura Nacional."

Yo creo, que todo autor mexicano, debía mandar un ejemplar duplicado de sus obras á esta biblioteca, y de ésta manera enriquecer la sección relativa á escritores nacionales, muchas de cuyas obras están aquí por su ausencia."

Antes de terminar este capítulo, diré: que bastante rica esta noble institución en manuscritos raros é importantes, así como en follejos.

Entre los manuscritos he tomado nota de algunos muy interesantes del año 1550, como un brebe del Pontífice Sixto V; las cédulas reales firmadas por Felipe III, Felipe IV y su viuda la Reina Regente, y 97 por Carlos II. Hay aquí documentos que llevan el autógrafo de Felipe V y de Fernando VI. Un brebe de Clemente XIV extinguiendo la Compañía de Jesús. Es muy interesante la cédula en que Carlos III ordena se extingan los idiomas indígenas en la Nueva España. La historia (inédita) de las fundaciones de los conventos de Jalisco, con relación de muchos sucesos memorables, escrita por un autor anónimo en 1653, comprende unas 503 fojas y es uno de los importantes manuscritos que hay aquí. Los comentarios á la Filosofía de Aristóteles, escritos por Fray José de Torres, franciscano de Guadalajara en 1732, son una prueba más de la erudición y trabajos intelectuales de los monjes de aquella célebre corporación, que tan valiosos manuscritos dejó en esta ciudad como en otras partes del mundo.

Los manuscritos núms. 46 y 52 son interesantes, pues el primero trata de: "Elementos de Gramática del idioma Mexicano," y el segundo es: "Vocabulario de la lengua Mexicana," escrito por D. Carlos de Tapia en 1765.

El Núm. 66 es manuscrito de mucho valor, pues es una correspondencia de varios de los provinciales del convento de San Francisco de Guadalajara, en la que se tratan asuntos públicos de importancia con virreyes, presidentes de audiencia, y otras autoridades, desde 1778 á 1796. Además, obran en esta correspondencia las firmas autógrafas de los virreyes Conde de Revillagigedo, Marqués de Branciforte, Don Martín de Mayorga y otros. El volumen es de á folio menor con 372 fojas, y la pasta es de pergamino.

Los "Salmos griegos" del padre Manuel Nájera, son una prueba de la erudición de aquel notable sabio carmelita que tanto renombre dejó en esta ciu-

dad, y á quien he aludido en mi capítulo anterior al tratar de la iglesia del Cármén. En resumen: hay en ésta Biblioteca unos 99 manuscritos de mucho valor, que son un precioso é inestimable complemento á los 30,000 volúmenes coleccionados aquí y clasificados con concienzudo empeño, é inteligencia digna de todo encomio.

La fundación de esta Biblioteca Pública data desde 1861; pero no se abrió al público sino hasta fines de Diciembre de 1875, debido á los estuerzos del Sr. Lic. Ignacio L. Vallarta, en aquel entonces, Gobernador de Jalisco. También á él, se debió que se imprimiese el primer Catálogo, que ocupa dos volúmenes 8.^o menor, con 1,028 páginas. Desde el año indicado [1875], estuvo al servicio del público hasta fines del de 1890, en que el Gobierno, acordó la translación de esta Biblioteca á la planta baja del mismo edificio. Pero á consecuencia de haberse verificado la translación de los volúmenes, sin el cuidado debido, se confundieron las divisiones que la componían, y en esa virtud al comenzar el año de 1891, el Gral. Galván decretó la clausura provisional del establecimiento á fin de que se arreglara nuevamente. Con tal objeto, fué nombrado el actual director que se ocupa desde hace mucho tiempo en la formación de un nuevo catálogo que, corrigiendo los errores y deficiencias del antiguo, pronto estará listo, y que á mi juicio, es un trabajo de gran mérito; que expeditará mucho el conocimiento de autores y de libros en ésta Biblioteca orgullo de Guadalajara, encanto del bibliófilo y del amante á la instrucción.

Como una biblioteca como ésta, en tan simpático recinto, encuentra el espíritu deliciosa expansión. Por lo menos esta es mi experiencia propia; y, jamás hubiera escrito este capítulo, sobre tan importante asunto, á no ser que haciendo abstracción de todo, he dirigido mis pasos tantas veces á esta biblioteca, en busca de: "Horas intelectuales entre los libros."

CAPITULO XII.

CREPUSCULO VESPERTINO EN EL SANTUARIO DE GUADALUPE.

Ante la Tumba de Fray Antonio Alcalde, Su Corazon,
El Monje, El Obispo, El Filantropo.

Aunque nunca podrá la lengua humana
Del Santo obispo referir las obras
Se guarda su recuerdo en lo más hondo
De nuestros pechos. (Ig-
nacio R. Rubio. Oda en honor del Sr. Alcalde.
Primer centenario de su muerte.)

Encaminaba mis pasos lentamente en dirección al Santuario de Guadalupe. Iba en busca de una tumba que guarda las cenizas de un hombre tan notable, cuanto querida y venerada es su memoria y el recuerdo constante de él, en comarcas como estas á donde felizmente hay tanto corazón y tanta admiración para lo bueno. ¡Qué comunión tan íntima había en esta tarde, entre aquel Santuario (dedicado por el), á la santa Virgen, patrona de los mexicanos, aquel sepulcro solitario de forma piramidal en el silencioso presbiterio, y el crepúsculo vespertino más imponente que ha tocado á mi suerte ver aquí! Atmósfera violeta que descendiendo de lo alto de los cielos en ténue y vaporoso velo envolvía las semi-feudales torres del Santuario y de allí, descendiendo poco á poco, venía á posarse sobre el sepulcro del que en vida,

había portado esos mismos colores en su traje de Obispo. ¡Sí; qué comunión tan íntima, entre la naturaleza, el aspecto de esta tarde, este Santuario, y aquel sepulcro tan representativo en su mutismo eloquentísimo! Al Poniente, grandes rátagas de púrpura y nubes, asumiendo la forma de blancos ángeles con cabelleras de oro. Al Oriente, en el confín lejano, apizarradas nubes, desprendiendo lluvia; pero al Sud-Este, un bello arco-iris anunciador de paz y de ventura, de esa paz que en el sepulcro de los buenos, es más consoladora y concordante que en el sepulcro de los malos. Arriba de las torres del templo, se destacaban de es efondo violado del cielo, nubecillas como de plata, formando [ante la fantasía], grupos de risueños querubes en cuyas alas no había más aleteo aparente que aquel impartido por un viento tan lento, que hacía de esos fragmentos de nubes, una cosa casi sin movimiento en el espacio. El silencio de la plaza jardín que está frente al Santuario, estaba en concordancia con la tumba del gran Obispo en el tranquilo presbiterio. - Por la puerta entreabierta del templo se oían algunas voces como de ángeles que entonaban la oración de la tarde en loor del Creador Supremo y de la Virgen Santa. ¡Qué momentos estos! ¡qué crepúsculo aquel! Siempre recordaré con reverente pensamiento como hasta la misma naturaleza contribuyó en esta ocasión para hacerme más impresionable en la memoria y en el alma, el recuerdo de esta mi visita y estancia ante la tumba de Fray Antonio Alcalde.....

Envuelto por esa atmósfera violada, que tanto disponía el ánimo á lo poético, á lo sentimental y á las reflexiones tranquilas, detenía el paso ante aquella tumba para pasar en revista la vida y obras de un hombre, cuyas virtudes y hechos nunca pueden encomiarse demasiado, por mucho que sus ilustrados biógrafos hayan considerado la materia agotada. Llegaba en esta vez á este lugar santificado por en vida, como hoy lo es por sus restos y memoria

bajo el peso de una impresión moral bien grande. En este mismo día había tenido la honra,—el singular privilegio, de tener en mis manos, su santo corazón. ¡Sí; aquel corazón tan bueno,—aquel corazón que latió siempre para hacer el bien y nunca el mal á sus semejantes, y que, hoy guarda esta Guadalajara, con respetuoso amor en un pequeño nicho del coro del convento de Capuchinas! Allí le ví con profundo interés y sentimiento de elevado respeto y de veneración. Tuve en mis manos el vaso de cristal que entre algodones fenicados contiene aquella gran reliquia. Hice un imperfecto bosquejo del mismo, y escribí mis apuntes junto á ese corazón petrificado, modificado por el trascurso de los años pero siempre palpitante para los corazones jaliscienses que le bendicen y lo recuerdan diariamente.

En un rincón del silenciosa coro y á la mano derecha de la reja que ve para un costado del altar mayor del templo, hay en el muro un nicho. Dentro del nicho, una caja de madera en forma de tabernáculo; dentro de este, un bote de zinc con un sello de lacre y una inscripción manuscrita y pegada; el papel en la tapa del bote dice así: "*Corazón del Rmo. y Señor Ilustrísimo Don Fray Antonio Alcalde.—Capuchinas.*" Y en la puerta de la caja que asume la forma de capilla, se lee lo siguiente que he copiado como está:

"AQUI YACE EL CORAZON DEL ILUSTRÍSIMO Y REBERENDÍSIMO SEÑOR MAESTRO DON FRAY ANTONIO ALCALDE Y BARIGA, DEL SAGRADO ORDEN DE PREDICADORES, DIGNÍSIMO OBISPO DE ESTA CIUDAD DE GUADALAXARA, EN DONDE FALLECIÓ Á 7 DE AGOSTO DE 1792: Y SU CADABER ESTÁ SEPULTADO EN LA PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE ESTA MISMA CIUDAD XXXXXXI."

Abajo del nicho mencionado, había una mesa antigua en donde coloqué el corazón, mientras copiaba las inscripciones y hacía mis apuntamientos. Había allí un Crucifijo muy hermoso probablemente

cultura italiana. Arriba de esta mesa un cuadro al oleo representando una Virgen Bizantina altamente representativa del arte religioso del Oriente, antes que las nuevas creaciones del Renacimiento nos vinieran á edificar con sus grandes ideales y su impeccedera enseñanza. Otra Virgen había allí arriba del nicho: la de Guadalupe, cuadro apropiado para adornar aquel muro donde descansa sin latidos y en profundo silencio, el corazón del Prelado que en vida tanto reverenció y amó á la Santa patrona del pueblo mexicano.

Por doquier he visto perpetuada la memoria de este hombre por mil títulos notable en esta Guadalajara, donde el viandante tropieza á cada paso con algún noble pensamiento realizado por él; con algún edificio de filantrópica grandeza, como el Hospital de Belem, y magnificencia arquitectónica como el Sagrario, la Universidad ó este Santuario de Guadalupe. Por doquier me han hablado de él como el gran protector amado del pueblo de esta tierra. De su vida y sus hechos me he yo impuesto también en las páginas elocuentes de distinguidos biógrafos de tan magna figura, como lo son el actual é Illmo. Obispo de Yucatán, Don Crescencio Carrillo y Ancona, Don Luis Gutiérrez Otero, Don Jesús López Portillo, y otros. De anécdotas de su vida, he leído varias y he oído contar dos, una de ellas inédita, según me dijo un notable anticuario en La Barca. En resumen: creo haberme impuesto hasta donde es posible de la vida ejemplar y la obra magna de este hombre ilustre, en su larga carrera y peregrinación sobre la tierra. Y, sin embargo, toda emoción, toda sorpresa mezclada de natural respeto y de profunda admiración, han sido pálido reflejo al lado de la emoción que yo he sentido al ver ese inerte corazón en medio de la mística, la solitaria atmósfera de aquel coro de Capuchinas, velado por un conjunto admirable de luces y de sombras, perfumado por el incienso de los años—santificado [entre otras cosas] por esa reliquia de un

lustro depositada en el nicho del muro,—y, finalmente, decorado y embellecido por las creaciones del arte religioso de hace ya más de un siglo.

¡La elocuencia del silencio de ese gran corazón depositado entre algodones en un sencillo vaso de cristal! Esto no se describe sino es con el silencio mismo.....

Nada hay que pueda dar una idea más elevada del cariñoso y respetuoso sentimiento del pueblo de Guadalajara, hacia al santo Prelado, que el hecho de que su corazón está guardado en el convento de este coro, así como guardada está su lengua en Santa Teresa, y sus ojos en Jesús María, corporaciones religiosas que en vida de él, tuvieron sus especiales simpatías y muy generosa protección. Así es que, en esta tumba, no hay otra cosa que las cenizas del esqueleto humano convertido en polvo de los muertos por el transcurso de cien años.

Pero creo que es ya tiempo de que ante esta misma tumba, transcriba al lector la biografía y mi juicio del que en vida fué tan prominente figura, no solo de Jalisco, sino también del siglo en que vivió. En tarde como esta, con un crepúsculo tan bello, tan singularmente alegórico y arrobador, sentía una disposición de ánimo especial para reflexionar y trasladarme con el pensamiento al siglo XVIII, y pasar en revista lo que fué este hombre admirable, como Monje-Obispo y filántropo. Comenzaré á decir algo sobre

EL MONJE.

Todo ser humano tiene sin duda su predestinación. Unos bien grande, otros bien pequeña. Al número de los primeros tocó en suerte venir al mundo al que á su tiempo tenía de ser Fray Antonio Alcalde, y después.... algo más grande aún. Nacido en España, en Cigales, pueblo insignificante de 290 vecinos, pero á dos leguas de la ciudad de Valladolid (célebre por haber sido allí ajusticiado el Con

destable D. Alvaro de Luna), viene al mundo el 16 de Marzo de 1701. Fueron sus padres: José Alcalde é Isabel Barriga, de pobre origen y bienes de fortuna, pero ricos, inmensamente ricos, en nobles cualidades y virtudes, como fué el hijo á quien dieron el ser.

No era por cierto en aquellas comarcas de la católica España, á donde al despuntar el pasado siglo, se dejasen sentir los efectos de la Reforma Luterana. Firmes las creencias y las corporaciones religiosas, el joven Alcalde optó por abandonar las cosas del mundo, y en el año de 1718 tomó el hábito de religioso de la orden de Santo Domingo, en el vetusto convento de Valladolid. Había, pues, ingresado á una de las más austeras é históricas comunidades religiosas del mundo. A esa orden fundada por Santo Domingo en 1215; á esa potencia conocida en Francia bajo el nombre de *Jacobinos*, y en Inglaterra de los *Monjes negros* (*Black friars*). A esa orden que en España, como en otras partes del mundo, ejerció tan poderoso influjo contra los herejes, así como en la Inquisición, de la que fué primer inquisidor el mismo Santo.

Es preciso tener una sincera vocación para entrar á un convento como lo hizo este joven, al de Santo Domingo, cuando contaba solo unos 17 años. Al asumir el burdo hábito del monje, y cambiar las comodidades y placeres de la vida, por las vigiliass, privaciones, disciplina y severas reglas del claustro en tan temprana edad, lo hacía siguiendo los impulsos de su gran corazón, los dictámenes de su conciencia, é inconciente tal vez, comenzaba para él la primera página gloriosa de su noble misión sobre la tierra, cuando como esos ástros muy lejanos apenas figuraba en el callado firmamento en la obscura noche de un porvenir de todos ignorado. Si; el joven monje, era entonces un astro cuyo brillo y magnitud aún no era posible conocer sin embargo; su gran predinación, tenia principio, dada la circunstancia

hasta en aquel entonces, estaba en los destellos tenues de su juvenil aurora. Desde el momento de su entrada al monasterio de la orden de Predicadores de Santo Domingo, se dedicó con rara asiduidad al estudio de humanidades y ciencias eclesiásticas, hasta ordenarse de Sacerdote y graduarse de Maestro.

Por el espacio de treinta años, desempeñó las cátedras de Filosofía y de Teología en varios conventos de estudios generales. Pero su gran enseñanza estaba en el púlpito y en el confesionario, como su gran misión Evangélica siempre estuvo hasta lo último en la choza del pobre, al lado del menesteroso, en la cabecera del enfermo, en medio de esa atmósfera de sufrimiento y de dolor humano, cuyas densas tinieblas disipaba con solo su presencia.

Era en verdad, Fray Antonio Alcalde, un monje modelo por su sabiduría, virtudes é instrucción; así es que era lógico esperar que con el rodar de los años este humilde hijo del pueblo de Cigales, llegase á ocupar, como de hecho ocupó el puesto de Prior del Monasterio de Zamora, y más tarde del de Jesús, María de Valverde. En ambos puestos y lugares, dió grandes pruebas de la comprensión apostólica que él tenía de su misión sobre la tierra, la que ejercía como un Angel tutelar para todos. Bajo cualquier circunstancia, y en todo tiempo, edifica leer las páginas y tradiciones relativas á como pasó su vida este monge, tan célebre en los anales del monasticismo de su siglo. Se le busca en el monasterio y se le encuentra amando á Dios con el alma entera, como con el corazón amaba y servia á sus projimos. En su celda pasaba el tiempo en oración frente á un Crucifijo á cuyo pié estaba una calavera.

¿Qué dos objetos más elocuentes podía haber para su alma? El primero: era su amor verdadero, su ideal realizado, su esperanza, su todo. ¡Por El portaba ese burdo hábito como distintivo de que, afiliado en los grandiosos ejércitos del Redentor sublime de la humanidad, había venido al mundo para llenar una

noble misión cristiana, edificante, altamente humanitaria, como lo fué la suya! El segundo: era para él la viva representación de lo que es el hombre y de lo que en la tierra viene á parar:—¡en un Cráneo! En un fósil, que en su mutismo nos habla al corazón, como también le habla á la profunda é interesante ciencia Paleontológica..... Se busca á este monje en la cátedra, y se le encuentra con su claro talento y erudición, profundizando las materias más árduas en las que la enseñanza de los pasados siglos, unida á la del suyo, forman monumental conjunto para su estudio. Sus libros favoritos á decir de las crónicas y de su último biógrafo (el ya citado Sr. Obispo de Yucatán), eran: la Biblia y la maravillosa Suma de Santo Tomás de Aquino. Conmovía y elevaba su palabra Evangélica en el pulpito, como conmueve y eleva hasta el presente, la historia de su benéfica y munificente caridad cristiana.

¿Y qué tenía este monje admirable para sí, él que tanto tenía para todos los demás? ¿Tenía á Dios para su alma y su vida—para su subsistencia un pedazo de pan y unas hierbas del campo.—Para apagar la sed, un jarro de agua —para descanso de su cuerpo, una tarima de madera en el suelo. Y, de este modo, llegaba á los sesenta años de su vida tan llena de sublime ejemplo.

Pero ya á éstas fechas iba á efectuarse un acontecimiento notable que cambiaría radicalmente sino la manera de ser y de sentir de Fray Antonio, si por lo menos, la de su residencia y caracter monarcal con el que estaba investido en España por la orden Dominicana. No obstante, que lo que voy ahora á relatar nada de nuevo tiene, pues es demasiado conocido, sin embargo, dejaría desunidos los eslabones de la cadena en la historia de la vida de este varón ilustre, si omitiese la importante entrevista al convento de Valverde.

Erase en la tarde de un domingo del caluroso mes de Julio de 1760, cuando el ya por varios af

los célebre Rey de España é Indias, Don Carlos III, gozaba en compañía de sus amigos de una de esas partidas de caza, tan renombradas en los anales de los placeres de los monarcas. La proximidad del pueblo de Valverde á Madrid, [del que solo dista legua y media], y el hecho de que la cacería se había efectuado por aquellos rumbos, y de que el rey estaba rendido y fatigado, hizo que éste, junto con su comitiva, buscase el descanso en el convento de los Dominicos. Tan inesperada era la real visita, que en la puerta del monasterio no había mas que un hermano lego; y, el silencio del claustro venía tan solo á ser interrumpido por la llegada de esa deslumbradora comitiva que tan inesperadamente había llegado. El Rey, con el lego por guía, llegó hasta la celda del Prior, y no fué poca su sorpresa encontrarse con que embebido el primero en el éxtasis tan propio á la oración del monje católico, frente á un crucifijo y á una calavera, apenas si se había apercebido de la llegada de su soberano al umbral de la puerta de aquella pobre celdá. Fray Antonio, acostumbrado á la Magestad de todo un Dios, y con aquella humildad y dulce calma propias á su caracter, recibió al Rey de España sin perturbarse en lo más mínimo, y al ofrecerle su adhesión así como su gratitud por la honra que su visita hacía al convento y al Prior, se puso desde luego á su disposición.

¡Qué dos figuras tan grandes, cada cual por su estilo, se habían encontrado providencialmente en esa tarde! ¡Qué contraste entre esos dos hombres. El Rey, bajo de estatura; el Prior por el contrario, sumamente alto. El primero con toda esa magestad propia á su rango y poderío. El segundo con toda esa magestad correspondiente á sus virtudes y nobles sacrificios en aras de sus semejantes. A la sagacidad y rápida comprensión de un hombre como lo fué Carlos III, no podía escaparse el valor moral de ese monje, ante el cual había venido á dar accidentalmente, y que, para el monarca había permanecido

cido como un valioso tesoro oculto, entre los muros de un convento. Era preciso, pues, sacarlo á luz del mundo; y que, comensase á cumplirse esa misión tan noble que su predestinación le había marcado y llenaría más tarde en las regiones del Nuevo Mundo, con toda aquella grandeza y valentía con que dos siglos antes, lo había verificado Fray Bartolomé de las Casas, aquel otro gran apostol de las Indias

Desde aquella célebre entrevista en la imponente celda del monasterio de Valverde, Carlos III había designado al Prior con el célebre nombre de *El Fraile de la Calavera*. Tan profunda fué la impresión que causó al Rey este varón, que al abandonar aquel tranquilo retiro, ya llevaba en su mente la idea de sacarlo de ahí y colocarlo en puesto muy prominente. No transcurrió, en verdad, mucho tiempo sin que se presentase una oportunidad propicia. Por la muerte del Ilmo. Sr. Padilla acaecida en aquella tarde memorable de la visita real al monasterio Dominicano, quedaba vacante el Obispado de Yucatán; y, siendo prerrogativa de este monarca, nombrar los preladados de sus vastos dominios, desde luego libró sus reales órdenes al Ministro de Negocios Eclesiásticos con estas palabras que según tradición, fusron así: *Nombre Ud. al Fraile de la Calavera precisamente.*

Hasta aquí parece que todo conspiraba en contra de los sentimientos y deseos personales de Fray Antonio Alcalde. El buscaba la humilde obscuridad del claustro de Valverde. Pero la esplendorosa luz del Nuevo Mundo lo reclamaba ya. El no quería sino es hacer el bien á sus semejantes, ocultando á su mano derecha lo que verificaba con su izquierda, y que su nombre y hechos no resonaran por el mundo con la ruidosa trompeta de la Fama. Pero en Península Yucateca, así como más tarde en esta Guadalajara, la humanidad doliente, las ciencias y las artes, le tenían preparado vasto campo para su magna obra: laureles para su frente, amor, veneración y fe titud sublime para siempre.

No había remedio. Escrito estaba ya en el libro de su destino, desde su nacimiento, en su humilde cuna del pueblo de Cigales.

Había sido Monje y Prior; iba á ser Obispo y gran benefactor. Ya le hemos visto como Monje, véamosle ahora en su puesto de Prelado.

EL OBISPO.

Parece que entre los atenienses se daba el nombre de Obispo [*episcopos*] á aquellos que tenían á su cargo la inspección de la ciudad; y lo mismo aparece que hacían los judíos, así como después los romanos. El catolicismo hizo uso por vez primera de este título de alta dignidad, en la persona de nuestro primer Pontífice San Pedro, titulado el primero de Roma. Al buscar el origen y sentido de la palabra, lo he hecho para demostrar lo muy adecuada que es, y como se amolda y concuerda con el carácter moral y los hechos del santo Obispo Alcalde.

Es cosa singular, que el mismo 18 de Septiembre de 1761, día en que el Prior de Valverde, acababa de haber sido elegido con igual carácter para el más importante monasterio de la vieja é histórica Segovia (que linda por el E. con la Guadalajara de España), es cosa singular, repito, que recibiese la Real Cédula en que Carlos III le daba el nombramiento para el Obispado de la Península de Yucatán.

Como era de esperarse, dado el carácter y miras del sabio-virtuoso monje, fué su primer impulso renunciar á tan elevado cargo, é iba á efectuarlo así; pero reflexionando que sus votos monásticos le obligaban á obedecer, y que no tenía más voluntad propia, apeló á recabar la opinión del Superior de su Orden, que llamado por el Rey, se encontraba justamente en España.

Notable y concluyente fué la opinión del Superior y Ministro General de la Orden de Dominicos enviada por escrito, y que el actual Sr. Obispo de

Yucatán reproduce íntegra en su notable biografía de: "El Fraile de la Calavera ó la Centuria de un Gran Prelado.—1792.1892."

Acatando, pues, las órdenes de su Superior junto con los mandatos de su Rey, aceptó el elevado puesto con todas sus consecuencias. Despachadas que fueron sus Bulas de Roma por el en aquel entonces Pontífice, Señor Clemente XIII, recibió la consagración en Cartagena de Indias, el 8 de Mayo de 1763, y cruzando el Oceano, vino en ese mismo año á tomar posesión de su Iglesia en Yucatán, como su XXVII Prelado después de la conquista de Nueva España.

Su larga estancia de años en la Península, cuyas playas habían recibido á tantos monjes misioneros de su Orden, forma una de las innumerables páginas brillantes de su historia. ¡Qué monje aquel de Valladolid y de Valverde! Pero también ¡qué Obispo de Yucatán y de Guadalajara!

Uno de sus primeros actos después de arribar á la capital Yucateca, fué hacer la dedicación ritual de su Catedral de San Ildefonso, consagrando dicho templo, creación del siglo XVI, en tan fausto día como lo es en general para todos los mexicanos el 12 de Diciembre.

La reforma de su clero, la predicación del Evangelio, el alivio del menesteroso, el fomento de la educación pública, basada en la moral cristiana, y los progresos de su siglo, fueron [entre otras muchas cosas], motivo de su especial trabajo y atención. En el Seminario Conciliar de Mérida, fundó de su peculio la Cátedra de Teología Moral perfeccionando además los reglamentos de dicho plantel.

No obstante, la ya respetable edad del Obispo, visitó en dos ocasiones, su vasta Diócesis, y sus predicaciones resonaron desde las playas del Golfo mexicano hasta los apartados confines de Tabasco. Es preciso conocer prácticamente lo que es el clima asador de la tierra caliente, las privaciones y mo s-

tias de todo género con las que tiene que cargar el viajero por esas Islas y Penínsulas, para poder valorizar aquellas peregrinaciones y visitas pastorales del anciano Prelado, verdadero apóstol del Cristianismo, en que administraba los Sacramentos, auxiliaba las Iglesias pobres y aliviaba de cien maneras á los menesterosos.

Un acontecimiento muy notable acaecido en España, en 1767 venia á afectar directamente un gran plantel de educación y de saber: la Universidad Pontificia de Mérida establecida desde principios del Siglo XVII. Me refiero á la expulsión de los Padres Jesuitas de España, y de todos los vastos dominios de la Corona de aquel reino. Yucatán, que por más de un siglo, habia visto en su Universidad el centro de la educación y la fuente de la instrucción pública, impartida por tan aventajados y sábios maestros, como siempre lo han sido los Jesuitas, podia permanecer impávida; y, el Sr. Obispo Alcalde, el primero en acatar los mandatos del Rey, no sería el último en poner el remedio, supliendo la falta de los hijos de Loyola, con la de otros sacerdotes, y procurando convertir el Seminario en nueva Universidad. No fueron por cierto estériles sus trabajos, pues dos de sus sucesores vieron el fruto de aquella idea benéfica como todas las suyas.

Batallador incansable, como un génio del bien, se encuentra á ésta extraordinaria figura en todas partes. Decreta Carlos III la expulsión de Jesuitas, se cierra la Universidad de Mérida, pero él pone la primera piedra para que más tarde se abra otra. Viene en su Diócesis una plaga de langosta, y ésta le proporciona ejercer su bien entendida caridad en favor de todas sus ovejas. Falta una enfermeria de mujeres en el Hospital de San Juan de Dios, y otra para Sacerdotes pobres, y él las establece á costa de una cantidad de dinero bastante respetable.

No me puedo abstener de intercalar en estas páginas, una anécdota que, por muy repetida que

haya sido, yo la he evocado ante su tumba en esta tarde de incomparable crepúsculo vespertino, cuando la misma naturaleza, desplegando las soberbias galas de un sol aparentemente moribundo, establecía una concordancia maravillosa entre ella, el Obispo y el Santuario.....

Héla aquí:

Tan humilde era el ínclito Prelado, que jamás hizo misterio de su pobre y oscuro origen. Antes por el contrario, hacía mención de ello, siempre que venía al caso. Contaba todo, con aquel humor festivo jovial y franco que le eran característicos, á decir de aquellos que en vida tuvieron el privilegio de tratarlo. Ocurrió que teniendo que enviar un socorro pecuniario hasta España, que tenía por objeto aliviar las penas de su muy anciano padre, el secretario que á la sazón dirigía el sobre puso en él: *Al Señor Don José Alcalde*; pero el Obispo al verlo, y con sonrisa ingenua dijo:—"No, no; *pues si yo soy el primer Don de mi casa*. Este dinero va á perderse, porque nadie en España, sabe quien es el Sr. Don José Alcalde. A mi padre se le conoce por el *tío Chepe Alcalde*. Qué así se escriba."

Había corrido el tiempo: y cerca de diez años trascurridos desde la llegada del Sr. Obispo Alcalde á la Península Yucateca. ¡Pero qué años aquellos para él y para sus feligreses! No es de admirarse que su memoria evoque hasta el presente, en aquellas regiones, el recuerdo cariñoso, la admiración de tantos corazones yucatecos. Difícil sería decir hasta que punto, era grande el vacío que dejaba este Obispo cuando al ser convocado por la mitra de México para asistir al Concilio IV Provincial, abandonando [sin saberlo], para siempre, aquella Diócesis en donde tantos beneficios había hecho.

Llegado que fué á la capital, después de un penoso viaje, asistió desde luégo á la solemne apertura del Concilio el día 13 de Enero de 1771, y como era de esperarse, su autorizada voz fué de gran pes

y valer en aquellas sesiones de la Catedral Metropolitana. Fué en breve, la lumbrera de aquella docta asamblea, tomando parte muy directa en la formación del Catecismo Mayor, y predicando con aquella elocuencia que le era propia á su talento y vasta erudición. Más no conforme con traer el poderoso contingente de su palabra y experiencia á la religiosa asamblea, con su natural desprendimiento, regaló de su renta episcopal para los gastos del Concilio la suma de \$4,000.

Así pasaban las cosas, cuando llegó de España la noticia de que el Sr. Arzobispo de México, D. Francisco Antonio Lorenzana sería trasladado á la Primada de Toledo; el Obispo de Puebla á la de México, y el Sr. Alcalde al Obispado de Guadalajara, Nueva Galicia. Si las nuevas de este cambio de Diócesis venían á ser para Yucatán, en cuanto al santo Obispo Alcalde, una desgracia lamentable, no lo era así para la Nueva Galicia, que iba á tener la dicha de reportar beneficios tan magnos como jamás pudiera imaginarse ni en alas de una potente fantasía.

Rectificada la Real Cédula por las correspondientes Bulas enviadas de Roma, tocante al nombramiento del nuevo Obispo de Guadalajara, Su Illma. emprendió el viaje rumbo á esta Perla de Occidente, en donde desde luego se encontró con mayores recursos y más vasto campo [que el que había tenido en la Península], para ejercer su ardiente caridad y realizar sus grandiosos proyectos.

Una vez en su nueva Diócesis, tuvieron su inmediata atención: El Seminario Conciliar, las escuelas de alta enseñanza, la importante cuestión de la educación de la mujer tan atrasada entonces como la de las hermanas del Oriente, los hospitales, la industria, el arte y hasta el crecimiento y ensanche de la ciudad y compostura de las calles, fueron objeto de sus desvelos y cuidados.

Hé aquí, más ó ménos, una idea del Obispo. Ve-

mos ahora lo que fué como benefactor y lo que hizo para Guadalajara.

EL FILÁNTRORO.

Si como monje edifica el Sr. Alcalde, y como Obispo admira, ¿qué se podrá decir sobre él como filántropo que dé una idea perfecta de lo trascendental que ha sido su obra de caridad hasta el presente? Si como de hecho fueron cuantiosas las rentas de su Obispado durante su gobierno, hubieran montado al doble ó triple, es indudable, que éstas las hubiera gastado en hacer el bien público, como de hecho lo hizo, con los caudales que por el espacio de 21 años pasaron por sus manos en su elevado puesto.

Asombra ver en ésta Guadalajara la magnitud de sus obras; y bastaría tan solo con el renombrado Hospital de Belén, la Universidad y este Santuario de Guadalupe, para perpetuar la memoria de cualquiera en el mundo. Es la filantropía, puesta en práctica, tal como la puso este gran hombre, sino una cosa escepcionalmente rara, sí por lo menos no común. Entre nosotros, no hay otro que le iguale; y no creo fácil, encontrarle paralelo, aún en la inmensa extensión de nuestro Americano Continente.

Ya he hecho mención de una gran plaga de langosta que afligió á Yucatán de una manera atroz, durante el gobierno espiritual del filántropo Obispo; y como aquel gran corazón ejerció la caridad cristiana en favor de tanto desgraciado. Pero Guadalajara, le iba á ofrecer un cuadro aún más desolador el año de 1786, año funesto para esta población, año de peste y terrible hambre, pero en el que se destaca la figura del filántropo heroica y grande, en medio de los más desgarradores cuadros, cuando en las calles y las plazas públicas morían las gentes de hambre y peste. El inocente niño, como el desvalido anciano, la infeliz mujer como el adulto, se arrastraban moribundos y devorados por la fiebre, con temblorosos labios pi-

diendo el santo pan de cada día! De ese pan tan necesario para la subsistencia. ¡De ese pan que se tiene para pedirlo, la oración más hermosa, sencilla y elocuente de las del Cristianismo! En medio de aquellos cuadros de estupenda desolación y sufrimiento, se veía la figura del Obispo, como un sol vivificante, que rasgando las negras nubes de una tormenta, esparcen con sus rayos benéficas luces, consuelos y esperanzas. ¡Pan! piden los desgraciados y pan les da el filántropo con sus propias manos. Con su habitual modestia y humildad, como enviado de Dios entre los desgraciados, y sin temor ninguno á enfermedades ni contagios (poseído de ese valor real y propio á los hombres excepcionales como él), acude anheloso á hacer el bien, á impartir el consuelo á todo el que sufría. Previendo la escasez y presintiendo sus resultados, envió fuertes cantidades de dinero para hacerse de víveres en poblaciones foráneas. Hizo aumentar el número de camas en el edificio de Belemistas, y convirtió en enfermerías hasta las celdas de los conventos. ¡Qué previsión y qué obra tan práctica la de este filántropo, tan lleno de virtudes como de talento administrativo! ¿Qué hubiera sido de esta población en tan angustioso año, á no ser por su obra previsora y sus medidas sabias? ¿Qué hubiera podido hacer el Ayuntamiento de la ciudad sin aquellos *cien mil pesos* que le facilitó el Obispo, para hacer frente á situación tan dolorosa como fué aquella para Guadalajara?

Si bien es cierto que en todo tiempo se destaca muy grande esta figura filantrópica, es á mi juicio, en esta ocasión, á donde asume las proporciones gigantescas, y donde se explica la admiración, y aquello que en debida forma se llama: el culto á los héroes! Si en lugar del transcurso de poco más de un siglo, (fecha en que se verificó la peste y el hambre que asoló estas comarcas), hubiesen transcurrido unos cinco ó seis lustros y el filántropo hubiese vivido siglos atrás, muy probable sería que las naciones posterio-

res considerasen á este ser extraordinario, casi como á una figura legendaria. Pero felizmente, su recuerdo y sus obras están bien frescas en esta Guadalajara, donde hasta las piedras hablan de él.

Varias son las anécdotas que sobre tan eminente personaje, han recogido la historia y sus biógrafos. Pero á mi juicio, una de las que mejor pinta el carácter del Sr. Alcalde, es la que me ha sido bondadosamente proporcionada [con carácter de inédita], por el estimable é inteligente anticuario Lic. Mauro Villaseñor, y que al efecto aquí transcribo:

"Casi todas las tardes, después de terminados los trabajos propios al Obispado, Su Señoría tenía la costumbre de salir á pié. Una ocasión hallándose por el rumbo de Mexicaltzingo, acompañado de uno de sus familiares, al llegar al puente de las "Damas" junto de la garita, un niño de corta edad se le acercó pidiéndole limosna para su padre acosado de hambre y de una grave enfermedad. Su Señoría, socorrió desde luego al pobre niño poniéndole en las manos varias monedas de plata de diverso valor. Más el jovencito limosnero, al ver lo que para él era sin duda demasiado dinero, lo rehusó temeroso de ser castigado por la madre, diciendo al mismo tiempo que: con tan solo una pequeña moneda de aquellas, bastaba para aliviar las necesidades de su casa. Y, á pesar de las instancias del Sr. Obispo, para que se llevase todo aquel dinero, el muchacho rehusó."

"Admirado Su Ilma. de aquella conducta, observó el rumbo tomado por el niño, y luego que lo vió entrar en su casa, invitó á su familiar á que fuesen á cerciorarse del verdadero estado que guardaba la familia del niño. Vió, que en efecto, en la casa reinaba la miseria completa. Un hombre, acostado en un petate agonizaba. Una mujer rodeada de dos criaturas llorando estaban muertas de hambre. El niño, á quien el Obispo acababa de socorrer, estaba entregando la limosna. El sar...

"po, con sus palabras de consuelo, exhortó á aquella
"mujer para que se resignase en su desgracia; le dió
"todo el dinero que portaba y le ofreció algunos otros
"auxilios."

"Ese mismo día, y en horas avanzadas de la no-
"che, cuando el Palacio Episcopal guardaba ya el si-
"lencio, Su Señoría, salía enteramente solo llevando
"sobre los hombros un colchón, almohadas, ropa de
"cama, comestibles y unos cien pesos en dinero. Pe-
"ro al atravesar una de tantas calles de la ciudad, ca-
"sualmente se encontró con la ronda, la cual creyén-
"dole LADRÓN, lo tomó preso llevándoselo á la cárcel
"de prevención ó sea en aquel entonces: el VIBACK.
"Deseoso el buen Obispo, de no ser conocido, sopor-
"tó el ser conducido á la prisión, junto con el rudo
"tratamiento de los agentes de policía. "Más al ser
"descubierto quien era, en el acto fué púesto en li-
"bertad, rehusando los ofrecimientos de ser debida-
"mente acompañado, más exigiendo se guardase el
"más absoluto secreto, tocante á lo que acababa de
"ocurrirle."

"Pocos días después, supo que el enfermo á
"quien había visitado en su postrer momento, había
"dejado de existir. Entonces recogió á la familia del
"finado, alojándola en una de las numerosas casas por
"él construidas en el barrio del Santuario, con el no-
"ble propósito de mejorar la condición de las familias
"pobres. Como era de esperarse, se ocupó desde
"luego de la educación de aquellos niños huérfa-
"nos de padre; teniendo la satisfacción de ver más
"tarde el resultado de su obra tan benéfica. El niño,
"que había solicitado de él, aquella limosna en tarde
"memorable, llegó á ser sacerdote. La niña, se edu-
"có en el Colegio de Santa Clara, fundado y sosteni-
"do por el filántropo Obispo, llegando á ser monja y
"más tarde abadesa del convento de Jesús María." [*]

(*) Esta interesante anecdota se conserva por tradición en el
Convento de Jesús María. El Señor Villaseñor, la oyó contar á una
monja de la expresada comunidad.

Otras anécdotas interesantes hay sobre el Señor Alcalde, demasiado conocidas para repetirlas en estas páginas. Unas más verosímiles que otras, pero muchas que concuerdan con su carácter, su vida filantrópica, su excelsa caridad.

Los vastos proyectos de pública beneficencia que surgieron en la mente de este hombre extraordinario, tuvieron muchos de ellos completa realización durante su vida. Otros, si acaso se llevaron á cabo [como el clásico templo del Sagrario], fueron debido á las sumas cuantiosas que legó con objeto siempre muy loable. No cabe duda, estaba imbuido no solo en las ideas de su siglo, sino también en las de la Edad Media, en cuanto á la concepción y la realización de las monumentales estructuras que con un carácter benéfico y altamente cristiano se levantaron en Europa, como colosos del pensamiento y de la filantropía, como las realizaciones más ideales de la cultura y del noble sentimiento en unión íntima y concordante armonía. Este es el efecto que en mí produce la obra de este filántropo; este es el juicio que de él tengo formado cuando atónito he contemplado por ejemplo: el soberbio Hospital de Belén de esta ciudad, orgullo de la América española; de este Santuario de Guadalupe, grandiosa combinación arquitectónica en que se trasluce el singular conjunto de la fortaleza de los Godos, con la belleza y magestad del arte cristiano; del edificio de la ex-Universidad en cuya magnífica escalera se leen en un fresco mural estas verídicas palabras: "A las ciencias y á las artes han debido su opulencia las naciones cultas." Palabras dignas de la memoria del filántropo que fundó este grandioso plantel de educación, justo orgullo de Guadalajara como lo es su Sagrario, como lo es todo aquello en que él tomó parte directa en aras del bien público y del engrandecimiento de esta Florencia de la patria mexicana. En corroboración de lo dicho voy á dar una idea de las sumas gastadas por él.

Para engrandecer la ciudad fabrican

do manzanas enteras que comprenden 158 casas, junto con la Parroquia de Guadalupe.....	\$ 240,835 00
Para el Hospital de Belén.....	" 266,008 00
Para la fundación y dotación de la Universidad.....	" 60,000 00
Para la construcción del Sagrario...	" 80,000 00

Suma.....	\$ 646,843 00
-----------	---------------

La instrucción pública y la educación de la niñez, tuvieron su especial cuidado y atención como se vea de ver por las siguientes cifras:

Para establecer el Colegio de Niñas llamado Santa Clara, y darles una educación fundamental y esmerada.....	\$ 70,440 00
Para la Escuela pública de Niños en el barrio de Guadalupe.....	" 11,000 00
Para las cátedras del Colegio del Seminario.....	" 10,700 00
Para dotar á diez señoritas en los colegios de San Diego y Santa Cruz	" 10,000 00
Para la dotación de tres cátedras en el Colegio de San Juan.....	" 14,000 00

Suma.....	\$116,140 00
-----------	--------------

Inmensa es la lista y cuantiosas las sumas de dinero, repartidas por este insigne filántropo, en el espacio de 21 años de residencia en esta Diócesis. Seguir pormenorizando como lo han hecho ya otros, su obra benéfica, sería incurrir en repeticiones casi inútiles. Basta agregar á lo dicho, que sin incluir del todo las sumas repartidas por él en Yucatán, gastó en estas comarcas la respetable cantidad de \$1.320,000 con la que hizo tantos beneficios, que hasta la fecha reportan los habitantes de esta Guadalajara, los prácticos efectos de tan grandiosa filantropía como ha sido la de este el más sorprendente benefactor de nuestra América Española.

Sí; grande fué su obra, su vida y su ejemplo, y al evocar ante su tumba el recuerdo de el Monje,— el Obispo y el Filántropo,—he tenido en cuenta que ofrecí hablar de él en esta obra tal como lo merece. Espero haber cumplido tan delicada oferta hasta donde mi pobre juicio y mis conocimientos me han ayudado y dado luces. Quisiera que en mi mano estuviese, poder hacer ante su tumba el panegírico de figura tan grande. Pero á medida que se le estudia y se le conoce, parece hacerse más colosal. Los hombres de su talla, son como las montañas; es preciso verlos de cerca, para abarcar su magnitud y comprender los tesoros que guardan. No es, por lo tanto mi debil pluma, la que ha pretendido, sino es trazar á grandes rasgos la vida de Fray Antonio Alcalde. Y al consagrar á su memoria este capítu'o, lo he hecho con la conciencia de su grandeza, por un lado, y de mi pequeñez por el otro. Envuelto por aquella violada luz, y bajo el peso moral de sus efectos, me he retirado de la tumba con el análisis de la vida y obras, del que hace un siglo, descansa en el silencioso é imponente Santuario de Guadalupe; más imponente aún, en esta tarde, bajo los mágicos efectos de inolvidable y concordante crepúsculo Vespertino.

CAPITULO XIII.

EL GRANDIOSO HOSPITAL DE BELEN.

Impresiones de una visita.—Entre vivos y muertos.

Levantó otro amplísimo edificio
Para recibir pobres, consolarlos,
Curar á los enfermos de alma y cuerpo
Con amor tierno y santo.
(Oda en honor del Sr. Alcalde.—Ig-
nacio R. Rubio.)

Extraño, muy extraño sería, que entre “Vagancias y Recuerdos,” no dedicase algunas páginas al grandioso Hospital de Belén de esta Guadalajara. Ignoraba en una época, como muchos ignoran, lo que realmente vale y representa esta Ciudad Reina en el mundo de la civilización, de la más culta y refinada filantropía; pero no ignoraba que había aquí un Hospital que por su magnitud y práctica grandeza, no solo ha sido y es la admiración del visitante y del viajero, sino que, en su género, se destaca sin rival en la extensión de nuestro vasto continente.

En tarde tranquila y serena, con celaje sin nubes, con diáfana atmósfera y poética luz, luz que llamaré de siesta de la naturaleza, me propuse visitar este Hospital en compañía de un inteligente catedrático de Química, estimable amigo, y antiguamente encargado del departamento farmacéutico de este gran plantel.

Caminábamos rumbo al Norte, en donde no los

suburbios de esta parte de la ciudad, se halla situado el inmenso edificio que comprende el Hospital, el asilo de dementes, el templo, y atrás de todo, el poético Cementerio de Santa Paula. Por supuesto, que este edificio como todos los demás de importancia en la ciudad, está muy bien situado frente á su correspondiente plaza-jardín. Mas no sé qué le encuentro de tétrica [á toda hora] á esta plaza-jardín, de grandes árboles y tupida vegetación.

Será tal vez que existe cierta analogía entre lo que encierra el edificio, lo que dentro de sus inmensos muros va el visitante á contemplar y la melancolía externa de los alrededores, que predisponen el ánimo del vago que intrépido se lanza á ver la humanidad doliente, que lucha con la muerte para prolongación de la vida.

Bajo el peso de tristes impresiones, anticipadas si se quiere, por lo que llevo dicho, llegábamos mi compañero, y yo, frente á la inmensa fachada del Hospital, abigarrado pero imponente conjunto de campanarios, torreones, enverjado de hierro de entrada al templo, sólidos muros, pórticos, ventanas de estilo colonial inequívoco, y zaguanes ó puertas esparcidas aquí y acullá. Se nota en todo esto el espíritu del arquitecto del periodo Virreynal, como también se traslucen el espíritu monástico prevaleciente en la época. Este edificio, pues, está marcado con un sello propio á las construcciones del siglo XVIII, y es como el Escorial de España: extraña mixtura de Palacio y de Monasterio, magestuosamente sombrío, eternamente ensimismado bajo el peso de su grandilocuente arquitectura y el objeto á que está destinado. Y así como la entrada al espléndido Hospicio [ya descripto], evoca el recuerdo de Roma por un lado, y de Aten por otro, así este grandioso Hospital, evoca el de España en tiempos de Felipe II.

Penetrando á este edificio por su entrada principal que es la del Sur, se lee la siguiente inscripción que está sobre la puerta:

"Fray Antonio Alcalde á la humanidad doliente." ¡Cuán verídica es esta inscripción! Y cuanto dicen esa media docena de palabras! Sí; gracias á su bien comprendida filantropía y real munificencia, encuentra aquí asilo y consuelos la humanidad doliente;—y aún más: encuentra también la paz en el sepulcro del cementerio de este Hospital que todo lo ha reunido en bien del prójimo.....

No sé que especie de contraste hay entre el exterior y el interior de este edificio, pero es el caso que la luz de sus inmensos corredores, de sus magníficos patios es ménos triste que la luz que baña silenciosa los renegridos muros de su enorme fachada. Al penetrarle, sentí desde luego en el espíritu la demostración de ese contraste; y aunque iba á ver á la doliente humanidad y tenia de estar triste, sin embargo, el efecto era el mismo que se experimenta cuando se sale de un lugar obscuro á otro lleno de luz, por melancólica que esta última aparezca, ante los ojos del slumbrado expectador.

Una vez en pleno Hospital, no hay sino vagar por todos lados, observar, hacer preguntas, tomar nota y verlo todo hasta donde es posible; de otro modo, imperfectas y aún falsas tienen de ser las impresiones del visitante y del viajero.

Comenzaré pues, por decir que, la planta general de este inmenso edificio tiene la forma de un cuadrado, con 350 metros por lado; en este se halla el templo, el panteón y el hospital. Un cuadrilongo de 200 metros de longitud por 150 de latitud es la parte ocupada con los edificios mencionados así como por la casa habitación del capellán y la del Administrador. Pero del centro del cuadrilongo mencionado, rompen en forma de estrella [estilo de la Penitenciaría], seis salones que son los que están dedicados propiamente para la enfermería. Las salas que ven al Oriente son para hombres y las del Poniente, para el sexo contrario. Pero hay además, otros salones, y se hacen uso de ellos en tiempos de epide-

mia; y en ese caso, el número de enfermos á quien puede proporcionar auxilio este hospital, [con sus respectivas camas], es el de 725.

El efecto de la grandiosidad de este edificio, se deja sentir conforme en él penetra el visitante. Por todos lados patios é inmensos corredores con su noble arquería estilo dórico ó toscano. Al proverbial aseo tapatío se nota todo muy bien pintado y arreglado; y, luego un silencio y un orden que es verdaderamente arrobador. Nadie creería haber penetrado á un establecimiento que guarda entre sus muros á tantos centenares de personas. La verdad, es que este silencio que, tanto impresionaba, estaba muy de acuerdo con esa humanidad doliente, aquí asilada junto con la magnitud del edificio. Pasamos de frente el compañero y yo sin encontrar á nadie. Allá á lo lejos se dibujaban en la sombra de los arcos unos que otros enfermos, convalescientes, cuyas estenuadas figuras se proyectaban como los mástiles de un barco en las tranquilas y reflejantes aguas de una bahía sin movimiento. De trecho, en trecho, como figura de linterna mágica, se notaba que cruzaba con paso acelerado una figura humana por los corredores, para desaparecer violentamente por una puerta ó tras de un arco. ¿Seguramente algún enfermero ú enfermera en cumplimiento de deberes sagrados y de inmediata ejecución? ¿No es de extrañarse que nuestras pisadas dejaran eco al paso en corredores y pasillos! Así llegamos á donde está situada la casa habitación del administrador. Aquí se interrumpió el silencio, pues alguien nos daba las buenas tardes desde el quicio de la puerta de un comedor inmenso parecido á los del Hospicio; además, gorjeaban varios pájaros en sus jaulas; colgadas en los arcos y el cielo de estos junto con el brillante colorido de las flores en incontables macetones (preciosos muchos de ellos como obra de la cerámica jalisciense), hacían de este sitio una especie de casa de campo, como caída de las nubes en medio de aquel aparentemente abandonado

edificio de tan severo aspecto é imponente grandeza. Sí, no cabía duda, era éste como el Oasis en el Sahara, como el único punto luminoso entre el laberinto de patios, corredores y pasadizos de la obra magna, realizada á costa de la munificencia ilimitada del incomparable fundador.

De este patio, pasamos á un corredor sombrío en donde se halla la botica del Hospital y en donde fué presentado con el profesor de farmacia, persona sumamente inteligente y afable, discípulo aventajado del maestro en cuya compañía tenía el placer de encontrarme en esta ocasión.

Se nota desde luego, en este importante departamento, mucho aseo y orden que llamaré matemático. Las medicinas, revelan una preparación muy cuidadosa é inteligente. Aquí no hay medicinas de pacotilla, de esas que abrevian los días del paciente en vez de aliviarlo ó prolongarle la existencia. Por el contrario, el orgullo de este Hospital son sus bien preparadas medicinas como base del alivio de la doliente humanidad. Con tan noble objeto, está provisto este departamento de todos los utensilios necesarios, entre los cuales he admirado el importante brasero ó cocina de Naphata, en donde como magia, se preparan á la perfección aquellas medicinas que exigen el calor del fuego, lento ó intenso científicamente, aplicado. El laboratorio de química, en donde reciben enseñanza diaria varios jóvenes dedicados al estudio profesional de la farmacia, llamó sobremanera mi atención, pues nada falta aquí, sino por el contrario sobra, previsto siempre el caso de la demanda natural en un hospital que cual éste, tiene por término medio unos 275 enfermos, con entrada y salida diaria de 10 á 12 pacientes.

Los datos que me han sido suministrados por el inteligente profesor ya mencionado, tocantes al despacho diario de recetas en esta farmacia, revelan un trabajo asídúo y una administración digna de elogio. Aparece de esta estadística, que basta

con el profesor y tres ayudantes para despachar término medio por la mañana: unas 600 recetas y otras 50 por la tarde. Además, se preparan y envían de aquí unas 150 recetas, con medicinas para el Hospicio, la Penitenciaría y la Escuela de Artes y Oficios. ¡Cuánto consuelo, cuanto alivio para la humanidad doliente! Apenas si se encuentra forma de caridad más práctica, que aquella suministrada en medicinas para combatir el sufrimiento y las enfermedades humanas. El hambre es un sufrimiento indecible, pero de fácil curación. ¿Quién es aquel que rehusa á otro un mendrugo de pan, sino es algún monstruo de la humanidad? Pero la adquisición de medicinas no es siempre fácil; y cuando se encuentra el filósofo en un laboratorio y farmacia como la de este Hospital, que despacha gratuitamente tantos centenares de recetas diarias, hay de quitarse el sombrero con respeto como en un templo—¡pues aquí está la ciencia y el saber en unión íntima con la sublime caridad cristiana!

Salía muy satisfecho de tan importante y bien surtido departamento. Había visto el *modus operandi* de esta farmacia tan benéfica; preciso era ver el *modus vivendi* de los pobres enfermos, luchando muchos de ellos con la muerte.

Del laboratorio de química, pasamos á un patio pequeño, pero de frondosa vegetación, y de allí fuimos directamente á la enfermería.

Una vez que se penetra en los hermosísimos salones, con sus 80 metros de longitud, por 7 de latitud y sus 300 camas ocupadas por los enfermos, es cuando se está en medio de la humanidad que sufre, rodeada por la santa caridad de aquellos nobles seres compasivos que se hacen tan dignos del Dios Creador, como de la civilización, cuando sacrifican toda su existencia á la conservación y el alivio de sus semejantes. El médico como el enfermero, el capellán como el pulturero, todos están aquí en cumplimiento, de más sagrados deberes hacia sus semejantes. 76

imponente cuadro el de la humanidad doliente, pero qué consolador aquel otro formado por los hombres de ciencia, prestando sus auxilios y luces al paciente tanto en lo físico cuanto en lo moral!

Estos salones, son radiantes tanto por su forma, que como llevo dicho, tienen la de una estrella, sino lo son también por la radiante luz que en ellos penetra. Las camas revelan un aseo muy grande, y los pobres enfermos están rodeados de infinitas comodidades que nunca han tenido muchos de ellos, ni tendrán en su hogar. Arriba de esas camas, se leen algunas inscripciones pintadas con grandes letras en los muros, muy alegóricas á la situación que guardan los dolientes. Pasajes bíblicos llenos de una filosofía incontestable, aforismos de Balme y de otros grandes filósofos cristianos, que nos recuerdan lo pasajero de la vida, la inmortalidad del alma, el grande y eterno premio en la vida futura del espíritu, para todos aquellos que mueren en la fé del Señor.

Penetraban los rayos del declinante sol por las grandes ventanas de los salones, é hiriendo las antedichas inscripciones en el muro, las hacían centellear ante mi vista, como chispas de fuego; pero de ese fuego invisible de la mente que no se ve, pero que deja sentir su poder en el alma. El estertor de un pobre moribundo en un catre, no muy lejos de el sitio á donde habíamos detenido el paso, me hizo pasar del momentaneo *rêverie* en que había caído á las realidades de la vida. Allí había un ser humano que se iba de este mundo transitorio en donde había peregrinado. Ante el conmovedor espectáculo de la muerte de un ser desconocido para mí, no podía sentir para aquel prójimo, más que el deseo de su felicidad eterna y su descanso de los sufrimientos físicos. Para la humanidad doliente, aquel moribundo en cantidad numérica, era uno menos en la vida del sufrimiento. Para el mundo, [parodiando á Espronceda] era ¡un cadaver más que nada le importaba!

Los empleados que á la sazón conversaban con-

migo, no hicieron mayor reparo en la muerte de aquel que había dejado de existir. Para ellos, era un espectáculo con el que estaban demasiado familiarizados, cuando suele morir en estos salones un enfermo diario, aunque parece haber meses en que la mortalidad baja hasta el número de 20, ó sube la cifra á 35. Seguíamos nuestra interesante pero bien melancólica visita entre vivos y moribundos. Aquellas fisonomías cadavéricas, aquellos cuerpos macilentos, aquella humanidad doliente me hacía un efecto espantoso. Era un cuadro demasiado realista aquel en su conmovedor conjunto para dejar de impresionar hasta un corazón de piedra. En aquella pesadilla realizada de ésta grandiosa enfermería, la única cosa que alegraba la vista, era ver el piso rojo y abrigantado, formado por las baldosas de la industria cerámica tapatía. Aguado, había otra cosa que de vez en cuando me hacía tornar la mirada de aquella enorme y monótona fila de catres apostados como centinelas, de trecho en trecho, dijo: los copos de los árboles, las plantas, enramadas y las flores que por detrás de los cristales de las ventanas del salón, se vislumbraban, al levantarse airozas en los patios-jardines que hay entre las divisiones que forman la colosal estrella de ésta enfermería.

Charlando y tomando apuntes, habíamos detenido el paso en la parte céntrica de la estrella mencionada. Aquí pude admirar á mis anchas la construcción sólida de todo, y como de este centro, radían esos seis salones á donde la bendita caridad, junto con la esplendente ciencia, tan digna del siglo en que vivimos, proporciona cuantos auxilios puede á la doliente humanidad! Enormes arcos, con sus correas, pendientes cortinas corredizas dividen los seis salones de la rotunda central de la estrella. En esta (entre otros dos ó tres), un buen retrato del General Corona, gobernante que hizo cuanto pudo por el hospital, durante su administración, pues se refie que en persona visitaba á los enfermos y se impor

de todo con minuciosidad, siendo para él la hora en que venia aquí enteramente indiferente; pues lo mismo hacía sus visitas á las dos de la mañana que á las dos de la tarde. En breve se aparecía entre la humanidad doliente, cuando menos esperada podía ser su presencia.

Hay una luz sombría en el centro de esta estrella, que impone sus efectos en el espectador. Es para mí, todo este conjunto de arcos, pesado cortinaje, bóvedas, retratos y otros detalles como el grandioso escenario de un teatro convertido en la más pura realidad; tanto más elocuente en su silencio, sus luces tenues y sus sombras profundas, cuanto más se piensa en el objeto á que ha sido destinado por su noble filántropo, aquel "Monje de la Calavera," cuyo benéfico espíritu se deja traslucir por todos lados. Pasaban delante de nosotros, á su destino, un cadáver encerrado en su caja mortuoria.

Era el cadáver de ese hombre que hacía un rato había visto morir. Iba primero á la sala de autopsia reclamado por la ciencia, después iría al Panteón reclamado por la tierra y las leyes inexorables y fijas de la evolución humana. Más tarde sería polvo, sería calavera, igual á aquella que al pié de un Crucifijo, tenía delante en su humilde celda del convento de Valverde, ese monje ejemplar: Fray Antonio Alcalde.

Sí; nada hay tan profundamente misterioso como la misma muerte, ni más realista en medio de sus estupendos misterios. La muerte, es la Democracia niveladora que se impone por las leyes de la fuerza mayor. Así es que, lo mismo es la calavera del Rey, que la del pobre, ó ser desgraciado sobre la tierra. No queda, pues, sino es el recuerdo de los que en vida fueron grandes ó pequeños en sentido moral. ¡Qué lección más grande! Lástima que no la sepamos estimar en todo lo que vale! Aquel cajón mortuorio que ante la vista pasó rápidamente por la sombría rotonda, me pareció como el acto final de un drama,

como la última palabra ya pronunciada en la tragedia cotidiana de la familia humana.

En busca de otras cosas de profundo interés, nos salíamos de la enfermería, de esa estrella del mundo terrestre, maravilloso albergue de los seres que sufren. Tomábamos camino por el costado Norte, que partiendo del centro del edificio, le conduce á uno al departamento á donde está la ropería, los baños y aposentos dedicados á los practicantes ó cuerpo médico. Todo me pareció muy bien arreglado, pero nada ha llamado mi atención como el anfiteatro ó salas de autopsias que sin tener grandes pretensiones, reúnen todas las circunstancias favorables á su objeto como son: luz magnífica que penetra por rasgadas y grandes ventanas; aire puro que proviene de lugares llenos de vejetación; agua pura también por todos lados; enormes planchas de límpido y blanquísimo mármol de Carrara en donde se colocan los cadáveres para hacer la autopsia de la manera más práctica y eficaz que conoce la gran ciencia moderna quirúrgica. Al rededor del muro de estas salas, hay una gradería de madera para los estudiantes que con el respectivo profesor, asisten á las cátedras de enseñanza objetiva. Los aparatos hidráulicos con sus tubos de goma elástica y sus llaves de *nickle* perfectamente combinados para su uso violento en las planchas, son una prueba más de que en este anfiteatro todo está arreglado de la manera más científica. Casualmente, no había en los momentos en que visitaba este departamento ningún espectáculo de esos que en las planchas de autopsias ponen á prueba el sistema nervioso del espectador, ageno á la esplendente ciencia anatómica. Sin embargo, olvidaba que en la segunda sala contigua donde estaba, había un punto negro en medio nuestra vitalidad y la vivificante luz; quiero decir, caja mortuoria que contenía el cadáver de aquel pobre hombre que en esta misma tarde había visto irir... .. Había razón para que estuviera aquí. ¿Así no iba la ciencia á hacer una autopsia? Mier

que yo no era más que uno de tantos de esos vagos curiosos que en busca de noticias é impresiones había venido aquí.

Cuando se ha visto todo lo ya descripto en este grandioso Hospital, no quedan por visitarse más que los departamentos destinados á los dementes de ambos sexos, el Observatorio Meteorológico y el hermoso Panteón de Santa Paula, sin duda alguna, el mejor de los dos que hay en esta ciudad.

Cuando igualmente se ha pasado visita al bien ordenado departamento de farmacia y al anfiteatro, se han tocado los dos puntos extremos. Quiero decir: en la botica, está cifrada la esperanza toda de la ciencia, (así como en la cirugía, según lo pida el caso), para la conservación ó prolongación de la existencia. Pero ya una vez que el ser humano ha pasado de la vida á la muerte, y se le tiende en la plancha de mármol de las salas de autopsia, con la cesación de la vida cesó toda esperanza... quedando solo un cuerpo, maravillosa máquina que no sirve ya para otros fines que aquellos destinados á las profundas investigaciones y el análisis del escabelo en las disecciones anatómicas. En resumen: es la botica centro de una esperanza. Es la sala de autopsia un centro de ciencia, de luces, del cálculo fric, severo y desapasionado, pero jamás un punto de esperanza para la devolución de la vida. Por eso al salir de este departamento se vé el expectador bajo el influjo de un doloroso é inexplicable sentimiento: aquel que se deja sentir con el espantoso realismo de un cadaver que se ha dejado atrás y que de nada sirve ya, sino es para la ciencia.....

El departamento destinado á los infelices dementes, forma contraste con el resto de este benéfico y colosal plantel. Hay algo de tan sombrío, con especialidad en el lugar destinado á los hombres, que se establece una concordancia entre el estado mental de aquellos seres desgraciados, y las bartolinas, y los aposentos que les están asignados. Pasábamos por

unas galerías inmensas sin más luz, que aquella que penetra por las claravoyas ó elevadas ventanas de muros que sostienen las bóvedas. ¡Qué tétrico é imponente conjunto aquel, formado por esta parte del sólido edificio, inexpugnable como las fortalezas de los Césares, y aquellos dementes, unos hablando solos, otros callados como estátuas, unos de aspecto feroz y otros de semblantes risueños. Mentes sombrías, galerías sombrías, aposentos derruidos recientemente, patios tristísimos, muros renegridos, puertas maltratadas, en suma: cuadro desolador para hacer perder el juicio á los buenos y sanos de la mente. Confieso, que al pasar por este departamento, no podía detener el paso, ni proferir palabra á mis acompañantes. Tenia sin embargo, una idea fija: salir de aquí lo más pronto posible en busca de una luz sin tan profundas sombras, en el mundo moral como en el físico. Por fin, después de varias vueltas y revueltas allá en el fondo de una galería, veía una reja de palo por donde penetraba mucha luz. Era la puerta que conduce á un patio inmenso semi-huerta, semi-jardín con varias habitaciones para locas. En la puerta de entrada había una anciana portera (en su tiempo también algo demente), y al mandato del empleado que nos acompañaba, dió vuelta á la llave y cerrojos de la puerta, y abriendo ésta, pasamos desde luego á ver este nuevo departamento dedicado á las pobres dementes.

La transición de aquellas sombrías galeras y aposentos de los locos á la luz plena de la tarde en este vasto sitio, casi me deslumbró. El cambio de decoración era completo. ¡Era más fácil creer que nos habíamos trasladado á una ranchería modelo á una casa de locas! Estas pobres mujeres andaban en diversas faenas por todo aquel local. Unas lavaban ropa, otras la colgaban en sus respectivos tenderos. Otras se ocupaban en dar de comer á los nejos de piel de armiño y de ojos de ópalo; otras distribuir el maíz á las gallinas; otras de encic

los pájaros en sus jaulas, ó de regar las plantas y las flores. Algunas reparaban en nosotros con actitud estatuesca, con mirada fija y penetrante, mientras que otras nos miraban con la mayor indiferencia. En el centro del patio noté un enorme kiosko á donde había un buen número de mujeres, cociendo y tejiendo. Pero en general la mayor parte estaban en movimiento é iban y venían por todos lados. ¿Quién podría imaginarse que ante un cuadro tan pastoril y poético como este, se contemplaba á la doliente humanidad en forma tan penosa y terrible como lo es el misterio profundo de la enagenación ó locura de la mente humana? Presumo, sin embargo, que las mujeres que teníamos á la vista ó padecían una forma de locura *monomaniática*, ó estaban muchas de ellas en vía de alivio y recuperación de su inteligencia. ¡Pobres seres infortunados doblemente dignos del amor y atenciones de sus semejantes por la condición de su sexo! Ellas, sin saberlo, encuentran albergue aquí, junto con los cuidados de la bendita caridad y bajo esa sombra duradera y benéfica, resultante de esa luz refulgente, por todos lados propagada por esa inteligencia, por ese corazón del gran Obispo Alcalde.....

Avanzaba el sol en su carrera, y era fuerza aprovechar el tiempo que restaba para acabar de hacer la visita del grandioso edificio. Era preciso regresar por donde habíamos venido, pues habíamos llegado ya al fondo ó término de los muros, que por esta parte circundan el Hospital. Como por vía de despedida en este sitio, levantaba también el vuelo una inmensa parvada de blancas palomas y de azul-tornasol. Hendían el aire como una nube fugaz arrebatada por el viento é iluminada por la coloración de una puesta de sol. Con aspecto de autómatas, nos volvió á abrir la anciana portera aquella reja que pone dique á la salida de las esclavas de la demencia, y no tardamos en alejarnos de ahí para pasar otra vez más por el departamento de los locos y experi-

mentar de nuevo los efectos del [paso en esta vez], de la esplendente luz á las tinieblas ó *Rembrandtezas* sombras de las galerías.

Salir de este departamento por naturaleza triste y conmovedor, es como salir de una duda que tiene agitado el corazón; ó como quien sale del socavón de una mina á plena luz del día.

Nos encontrábamos de nuevo en el corredor en donde están los salones del anfiteatro; y de paso por una puerta, se me invitó á subir á las azoteas y visitar el naciente Observatorio Meteorológico, que sin mayores pretensiones, se ha establecido en este Hospital. Una escalera de caracol conduce al visitante á las altas regiones y después de algunas vueltas y revueltas, se encuentra en un pequeño gabinete de instrumentos científicos, con los que se analizan y observan á profia las cosas del gran mundo que habitamos y de los inconmensurables mundos de que estamos rodeados.

Este gabinete, con su mirador de cristales, con vista al cementerio y su torre ú azotea de observación con su pararrayo, telescopios, termómetros, barómetros y qué se yo cuánto más, me hacía el efecto de la capilla predilecta en una gran catedral, en donde se ha reunido todo con esmero, aunque en pequeña escala. Pero en sustancia, tan templo es la capilla como de hecho lo es la catedral. Este gabinete, viene á ser pues, lo que en su relación es el pequeño oratorio ó capilla para el gran templo: un lugar ó rincón predilecto.

En mi ignorancia de las cosas científicas, mal podría yo atreverme á describir y dar una opinión tocante á los instrumentos de observación que posee este importante departamento del Hospital, cargo de personas competentes. Mas una cosa podré asegurar: que los instrumentos, son todos primera calidad, y que este Observatorio es una prueba más de lo que he dicho ya en estas páginas y repito otra vez con placer sumo: "*se nota en*"

en esta Guadalajara, mucho amor á lo bello, mucho anhelo por todo lo que viene bajo la forma del progreso."

Estábamos en plena azotea; así es que, sentados al borde de un pretil, contemplábamos desde las alturas, el bello panorama del valle y de la ciudad. A nuestros piés, teníamos el poético cementerio del Hospital, el mejor de Guadalajara. ¡Qué frondosidad, qué flores y qué aroma en este silencioso jardín de los muertos! El arte de adornar los sepulcros, y muchos de los sepulcros mismos, son en este panteón, el más sentido recuerdo de los vivos en conmemoración de los seres amados que, abandonándonos, nos han adelantado el viaje por el camino de la vida eterna del espíritu.....

Anteriormente, y antes de ser panteón, fué este hermoso lugar, huerta del hospital, y si á lo fructífero de su tierra vegetal, se reúne el cuidado y esmero con que se le ha convertido en jardín de los muertos, en Eden, pero aquel del dolor que busca aquí, conformidad y consuelos, fácilmente se comprende porque el azahar de los naranjos de sus calles, del laurel rosa y de las lilas al caer de la tarde, embriagan al espectador con sus perfumes.

En medio de aquel artístico desórden que, en su conjunto revelan siempre los monumentos del arte sepulcral, con su simbo'ismo y sus ideales del sentimiento, se levanta en el patio principal del cementerio de Belém, un sarcófago imponente de estilo Egipcio. Es una concepción del gran Gómez Ibarra. ¡Sea tal vez éste, su último pensamiento, el postrer sueño arquitectónico realizado en medio de los muertos para la contemplación de los vivos!

Al talento y fecunda concepción de Gómez Ibarra, dejó el Illmo. Obispo Sr. D. Diego Aranda, el proyecto y dirección de este cementerio comenzado en 1848. El eminente Arquitecto, le dió la forma de un cuadrilongo de 130 metros de ancho por 100 de longitud. Le dividió en dos patios; el prime

ro que está al Poniente, tiene una planta cuadrada de 180 metros por lado. Existen aquí dos corredores con 50 arcos cada uno. El orden arquitectónico aquí observado es el jónico. En estos corredores están los nichos ó gavetas para los cadáveres. En este primer patio [que tenemos á la vista], es en donde se levanta la concepción arquitectónica, el sarcófago que contiene dos capillas: una alta, y la otra subterránea con 64 nichos mortuorios, en donde antiguamente se sepultaban á los canónigos, y hoy se sepultan á personas de distinción

La idea que tuvo el Arquitecto de coronar este monumental sarcófago de columnas, capiteles y muros del arte y el decorado egipcio, por una pirámide de una altura total de 40 metros, le encuentra tan en regla é idiológica que forma nada menos que el singular conjunto, no solo del arte arquitectónico de los faraones, sino que es además la fuente (donde á mi juicio), bebió y se inspiró también el genio arquitectónico de nuestras indígenas razas pobladoras. ¿Qué cosa, pues, más propia entre nosotros que el estilo del arte de los egipcios? ¿Acaso no evocamos el recuerdo de las pirámides de Cheops ante las pirámides de Teotihuacán? ¿El recuerdo de las grandezas de la arquitectura de los palacios de Karnac, ante las ruinas igualmente soberbias de Mitla y de Uxmal? ¿No es acaso este diáfano cielo y esta atmósfera de gasa transparente la misma que la de Egipto? ¿No agita del mismo modo el viento los penachos de la palma mecedora y del frondoso platanar en nuestras llanuras como en las de allá? ¿No es tan embriagador el perfume de los naranjos de nuestro cementerio como el perfume de los naranjos de Alejandría y del Cairo? Siendo así, la idea de Gómez Ibarra sido muy feliz; y al erigir en este cementerio un monumento egipcio nos despierta el recuerdo de aquellos grandes arquitectos Toltecas, Zapotecas, Aztecas y otros que en nuestro mundo americano y la inspiración de pueblos en donde se meció la

del arte, edificaron monumentos tan grandiosos, que sus fragmentos mismos nos sorprenden hoy día, cuando les vemos y estudiamos en medio al arrobador silencio de los siglos.

Allá en el fondo, y tras el monumental sarcófago, está el segundo patio, dedicado para el entierro de los pobres, y como todo lo de aquellos, es pobre también, y desprovisto de todo lujo y ostentación humana. Pero ante el supremo Dios, todos somos iguales, y la hosamenta de los reyes no tiene para El más valor que la del pobre pordiosero. Ahora en cuanto á los muertos: ¿no es acaso para ellos, lo mismo la fosa de á \$100 del primer patio, que la fosa común en el segundo, valor 25 centavos? Así pues, recordando al admirable Obispo Alcalde, en una bella estrofa del erudito y estimable canónigo Dr. D. Felipe de la Rosa, repetirá el filósofo cristiano:

¡Siendo fecundo en bienes para todos,

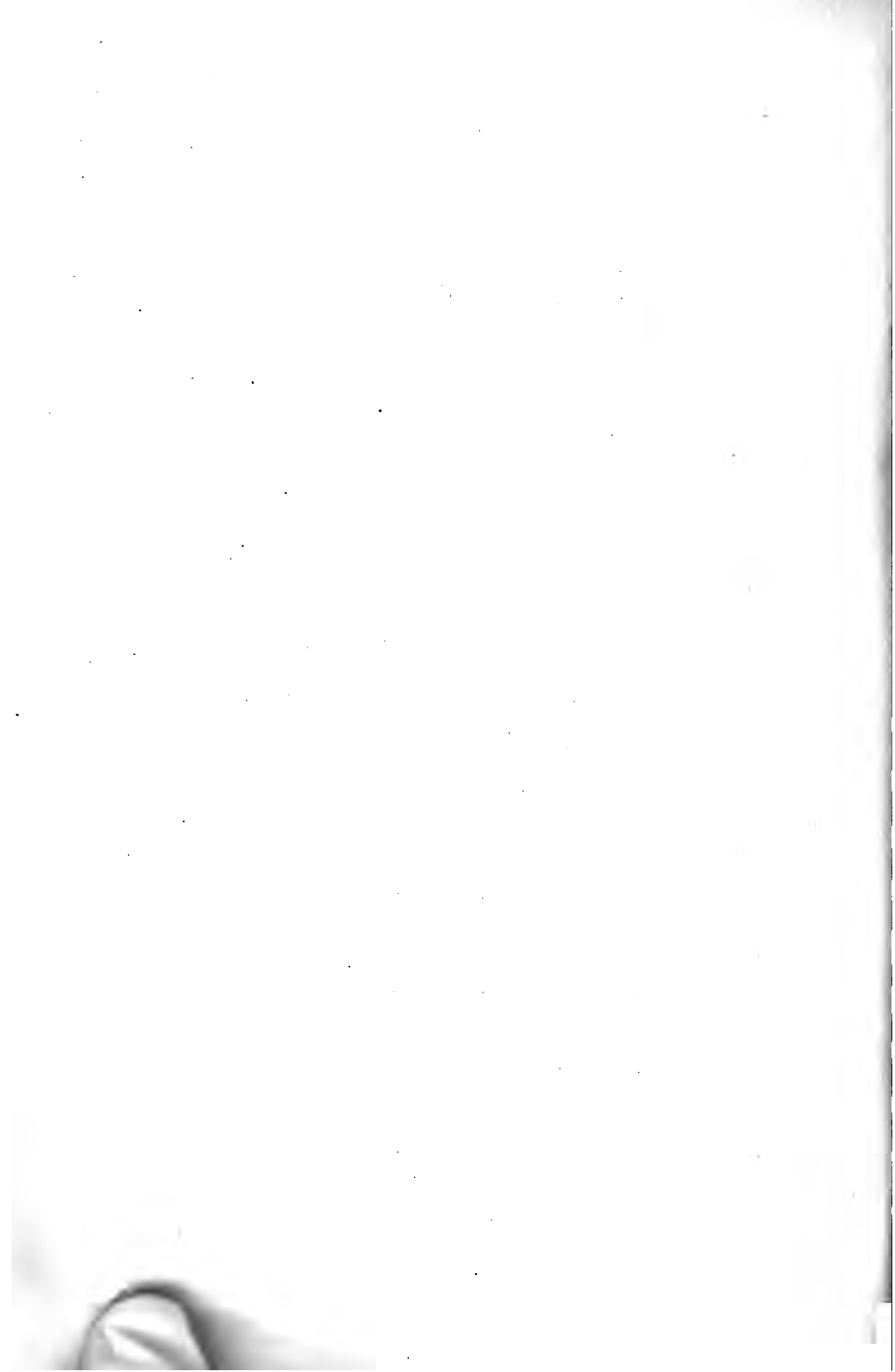
¡Cosa admirable! para tí no lo eras;

Desde tu tierna juventud amaste

A la pobreza.

Si fué para la pobreza y la humana miseria, para quien el gran filántropo levantó este grandioso Hospital de San Miguel de Belén; y al visitarle hoy, tan detenidamente como lo he hecho, en compañía de dos inteligentes hombres de ciencia, confieso que han sido grandes y múltiples mis impresiones. "entre vivos y muertos."

Salía del edificio magno, cuando las sombras de la noche ya todo lo envolvían. En el obscuro firmamento centelleaba un lucero, único punto luminoso. En él parecía ver retratado el espíritu de Fray Antonio Alcalde, que desde aquellas regiones misteriosas, velaba por la doliente humanidad, en cuya memoria siempre estará vivo su recuerdo.



CAPITULO XIV.

¡ADIOS, GUADALAJARA!

En busca del Mar Chapálico.—Al través de la Sierra.

Ausentarse de la "Ciudad Reina," dejarla allá, en su valle de esmeralda, rodeada de soñolienta cordillera, toda bañada por luces argentinas, de un sol vivificante de eterna Primavera. Irse de aquí, dejando atrás tanta, tanta ventaja para la vida real, tantas compensaciones para el espíritu en ese luminoso mundo intelectual formado por su Biblioteca, sus creaciones religiosas, sus nobles instituciones, y el arte todo bajo una forma ú otra, es triste como es sensible para el que siente y piensa.

Dice un antiguo adagio: "cada quien habla de la feria conforme le vá en ella." Es muy cierto. Yo he conocido gentes que les vá bien ó mal en todas partes. Unas que se fastidian y se quejan de todas las ciudades; que son como judíos errantes aún en su propio país y entre sus propias gentes; que se quejan de Guadalajara, como se quejan de Lóndres, ó París, de Venecia ó de Roma.

Yo, fogueado viajero, me es grata la feria en todas partes, y en esta "Ciudad Reina," con su belleza natural, sus naturales atractivos, sus habitantes hospitalarios, cultos y francos de carácter, me ha sido muy grata esa feria de la que habla el adagio.

Como ha de ser posible, que en vista de lo escrito en este libro, y de lo experimentado aquí, no diga al ser llevado en alas del vapor, lejos de estos lugares encantados que, ¡estaba triste el alma! y que al desvanecerse de mi vista allá en el Occidente, la perla de las ciudades de la patria, exclame con profundo sentimiento: ¡Adiós, Guadalajara!

* * *

En el hermoso y vasto Estado de Jalisco, hay como en la *Divina Comedia* del Dante, una trilogía —permítaseme el uso de esta voz— un poema dividido en tres partes. Forma esa primera parte la Ciudad Reina; la segunda la forma el Juanacatlán ó *Niágara Mexicano*, y es complemento de esa trilogía “El Mar Chapálico” con toda su grandeza y enseñanza.

En busca de ese mar, de sus tempestades y sus calmas, de sus ideales, de su historia realística, abandonaba á Guadalajara. Era preciso ir allí, á El Chapala, para acabar de comprobar el poema y estimar en todo lo que vale esa trilogía admirable, resultante de una ciudad, de una cascada, y finalmente, de un lago que por su magnitud y marejadas, asume todos los caracteres de un mar interno.

Triste, y con las ideas bien frescas de “Vagancias y Recuerdos” en la bella Guadalajara, llegaba en claro día á la estación llamada de Atequiza, en el Ferrocarril Central, á unos 40 kilómetros de la Ciudad Reina.

Abandonaba el tren, como quien dice la civilización, y cambiaba las comodidades de la locomoción al vapor, por la locomoción de un caballo alquile no siempre de lo mejor.

Partía el tren para su destino con toda su fuerza y altivez; y yo también partía en mi modesta

ca. El primero, correría veloz por la llanura, los puentes y las colinas, mientras que mi alazán, taciturno y voluntarioso treparía conmigo la montaña, bajaría la ladera, se detendría á beber agua en el primer arrollo cristalino encontrado al paso, y finalmente, me dejaría tacle que temprano orillas del Mar Chapálico, punto objetivo de mi viaje y anhelo.

En compañía de un arriero vivaz, simpático y diligente, llamado por sus compañeros el *Güero*, [por lo muy rubio que era], tomaba rumbo á mi destino. Pasando al trote, por entre los extensos edificios que comprenden: el magnífico molino, la iglesia y casa señorial de la Hacienda de Atiquiza, comenzamos á subir la montaña para internarnos en la sierra.

Confieso que una vez en las alturas estaba en mi elemento. ¿Acaso hay algo de más grande é inspirador en la naturaleza misma, que las montañas? No son estas las que más se acercan al cielo? No son también las que dominan las vistas más grandiosas del paisaje, los observatorios más grandes de la tierra? ¡Cuánta enseñanza revelan las montañas! Masas de inconcebible espesor de tierra y de granito que encierran en sus entrañas geológicas riquezas fabulosas en constante estado de silenciosa y desapercibida evolución. Grandiosos coliseos que circundan el valle y la llanura, de donde brota el agua que forma los ríos y fertiliza los campos, y se vacía por fin en los Océanos. Abrigo solitario de las bestias feroces que forman en las sombrías cavernas el hogar, como lo forma el pastor en sus laderas, en donde el pasto es alimento de infinitos rebaños.

Son las montañas á la vez de surco para los ríos, purificadoras de los vientos y fuentes de riqueza inagotable para el hombre. Su arquitectura es estu-
lamente grandiosa y original en concordancia del
con el espíritu de su gran Arquitecto. Por eso
nac, nos conmueve y acaba, hasta por abrumar-
sica y moralmente; pues como dice muy bien
lin: "Es imposible examinar en su sistema li-

"gado las formas peculiares aún del paisaje más común de la montaña, sin llegar á la conclusión, que todo ha sido preparado con el fin de unir hasta donde es posible, y en el compás más reducido, todos aquellos medios para encantar y santificar el corazón del hombre."

Conforme penetro más y más en el corazón de una montaña, más visible se me hace el poder y el espíritu del Creador. Aquí encuentro las escuelas, aquí los grandes templos y catedrales de la naturaleza. Aquí mucha de la enseñanza reveladora del Génesis: altares de piedra, órganos de basáltico, estatuas de nieve, alfombras de musgo, techumbres de nubes ó de estrellas errantes y luminosas, y tanto, tanto, que enajena, deslumbra al hombre y enaltece el nombre del Creador en la montaña!

Que hermosa y que imponente soledad la de ésta sierra por la que íbamos pasando dos hombres: el guía y yo. El primero, sin sentir ni poder apreciar y valorizar todo lo que le rodeaba, pensando solamente en llevarme por el camino más corto para abreviar la jornada y recibir su paga lo más pronto posible. Y yo, el segundo de esos hombres, como llevo ya dicho: en mi elemento,—y apréciándolo todo desde la flor silvestre doblegada por el viento polvoso del camino, hasta los picos caprichosos de los montes, envueltos como monjes en sus hábitos y cogullas, formados aquí por las sombras que lenta y matemáticamente caminaban por estas serranías.

Volviendo de mis reflexiones, estudio del camino y la montaña, á las cosas comunes á la vida, preguntaba al arriero:

—¿Qué distancia hay de Atiquiza á Chapala?

—Pues, *siñor amo*, me contestaba el *guero*, si bestias hacen tres horas de camino de la estación al tren hasta llegar al pueblo, orillas del lago.

—¿Pero bien, cuántas leguas habrá?

—Pues *siñor*, unos dicen que cuatro y medio otros que cinco leguas largas; ¿quién sabe quién?

drá razón! Pero *pa que* apurarse si al fin hemos de llegar vivos ó muertos....

Esta filosofía del inperturbable guía en su parte final de llegar *muertos*, confieso no era de lo más consoladora, ni mucho menos concordante con el fin y propósitos que me llevaban por tan encumbradas alturas para llegar al mar Chapálico.

Es cosa extraña, pero perfectamente averiguada, que viajando á caballo [el mejor medio de conocer el país], difícilmente se saben las distancias exactas que miden entre un punto determinado y otro á donde se va.

De entre los matorrales que abundan por aquí, á un lado del camino, salió un caballo pequeño, negro como la tinta, y que llevaba á un hombre en él montado y armado de rifle, pistola y sable. Como arma sin fuego, llevaba á mi juicio una bien peligrosa, me refiero á la reata, la que usada con destreza suma por nuestros rancheros y por muchos que no lo son, se ha constituido entre nosotros], después de la conquista], en arma tan temida, como útil lo es de hecho en sus usos comunes.

Este hombre que se había aparecido entre los matorrales, era conocido del *güero* y como él, hombre pacífico pero trabajador honrado. Iba á una hacienda cerca de Chapala, así es que, sería compañero de viaje una buena parte del camino que nos faltaba por vencer.

Teníamos un compañero más en la jornada; y mi guía, un amigo con quien charlar mientras yo hablaba con la naturaleza misma y sentía sus mágicos efectos.

La formación de estas montañas, revela para la geología esa tierra rojiza, amarillenta, peculiar á las arcillas tan abundantes en Jalisco, como lo son muy importantes para la industria cerámica. La coloración es, pues, variada y muy brillante y á la distancia asume ese color tornasol que á las cordilleras un aspecto admirable. Las ba-

sálticas rocas, enegrecidas muchas de ellas por las aguas, levantándose magestuosas aquí y acullá, y otras tan voladas, tan á la orilla del precipicio ó del barranco, que me hacen el efecto que, van á precipitarse dentro él y rodar al abismo, como un objeto que suspendido en una cuerda por romperse, amenaza caer, ó un cañón á punto de ser disparado. Abajo de esas rocas titánicas, capas de arena pomosa, y más abajo aún, la tierra vegetal con los arbustos y las plantas propias á la montaña, como las oxalideas y las rosas silvestres.

Cuando uno sabe que las montañas y los cerros dan movimiento á el agua; que mantienen un cambio constante en las corrientes del aire; que dividen la tierra en climas diversos; que de mil maneras adulteran la temperatura y la naturaleza del aire; que efectúan cambios constantes en los terrenos de la tierra; que nos producen tantos metales preciosos y tantas diversidades de mármoles, entonces es cuando se comienza á abarcar toda su grandeza representativa y su maravilloso objeto en la Creación.

Son también las montañas, como nos dice Ruskin: los huesos de la tierra, siendo sus más elevados picos aquellas partes de su anatomía que están enterradas en las llanuras á una profundidad bajo 25 mil piés de sólido espesor de un suelo yacente. A estas inmensas montañas debemos la formación de lagos como el Chapala. De ellas brota, viene el agua que se forma en riachuelos, luego en rios, por último en lagunas ó en mar interno como aquel en cuya busca iba en esta ocasión.

El día estaba caluroso y la sed en su punto. El medio de calmar esa sed algo lejano: el agua de riachuelo á una legua de distancia de donde nos llábamos, en una pequeña ranchería que veíamos á jo del camino. ¿Qué hacer? nada, sino era esperar y entretanto beber gratuitamente el polvo alborado por el viento de la montaña y las patas de los

ballos, junto con el de ganados y recuas de mulas que en dirección contraria pasaban cerca de nosotros.

¡Qué largo y dilatado se hace el camino del viajero, cuando la sed le acosa y no puede desde luego apagarla sino hasta vencer una distancia ineludible!

Tres cosas, á mi juicio, imponen sus efectos en la montaña: Su soledad grandiosa, su libertad sin límites, su inmensa elevación. Cuando se ha alcanzado la cúspide de estos gigantes de la tierra, se ha tocado sin duda: ¡el colmo de la soledad, de la libertad individual, de las alturas, sin un más allá, sino es el firmamento al que tan solo llegamos por el camino de la ciencia! Son tantos los efectos que en el alma se sienten por estas montañas de la patria, tan sumamente hermosas, que casi abruman el espíritu y hacen muy imperfecta la mejor descripción de su belleza típica, de su historia en muchos casos legendaria, y en otros eminentemente realista. Jalisco, tiene una parte bien importante de su historia verificada y atestiguada en sus montañas. No es preciso remontarse á épocas muy lejanas, para evocar el recuerdo de que, si el gran Hidalgo, dió el primer grito de libertad ó independencia en el humilde pueblo de Dolores, las montañas de Guanajuato, de Michoacán y de Guerrero, repitieron el eco de ese grito sagrado que hizo levantar insurrectos á los valientes hijos de los pueblos indígenas anidados en las laderas de los montes.

Estudiando lo que podía en esta Sierra de Atiquiza, y haciendo mis apuntes en la cabeza de la silla, se me acercaba el *Güero* para obsequiarme con un puñado de jugosas ciruelas que, apenas si sabía donde colocarlas entre tanto las chupaba para apagar la sed abrasadora del camino. Un indio, que llevaba un burrito cargado de hucuales con tan deliciosa fruta, había sido detenido al paso por el guta, y el primero á su vez, se convertía en nuestro aceptable proveedor.

Apenas sí se puede encontrar una ciruela más carnosa, dulce y jugosa que la propagada en estas comarcas. Bastante grande en tamaño, tiene por fuera una epidermis muy delgada y de un color rojo subido que alegra la vista, como su jugo disminuye la sed. Por dentro tiene un color amarillento muy subido, que forma verdadero contraste con la cáscara. Siendo grande la variedad que de este fruto se conoce, correspondiente á el árbol que lo produce, no me atrevo por falta de suficientes conocimientos botánicos, á decir de un modo afirmativo, á qué clase de las diferentes variedades pertenece esta ciruela de Chapala, pero presumo que deba serla á aquella especial denominada *Damascena*.

Sea como fuere, el caso es que nos venían de molde esas ciruelas, obsequio especial del pobre arriero que insistió en pagar por ellas contra viento y marea.

Habíamos bajado de la montaña á una planicie casi desierta y muy polvosa. Cruzábamos un pequeño arroyo, aquel de la ranchería, que desde las alturas de la montaña habíamos vislumbrado hacía un buen rato. El agua de ese arroyo; un tanto azás barrosa, no nos tentaba á beber. Mas no así los *Rosinantes* en que íbamos montados, los que no habiendo sido partícipes de las ciruelas tan jugosas, protestaban tirando de sus bridas, que con todo y los frenos, era preciso que ellos también apagaran su sed. Según el compañero del arriero, estábamos á más de medio camino de Chapala, pero es el caso que nada vislumbraba en forma de mar.

Un galope tendido hasta llegar al principio de una loma, abreviaba el tiempo. El *güero* y su amigo discutían la importante cuestión de la pérdida las cosechas, y el pánico causado por el alto precio del maíz y del frijol que, en los vecinos estados Guanajuato, Michoacán y Querétaro, estaba haciendo mucho estrago entre la masa de la gente pobre que estaba casi muriendo de hambre por falta

esos dos cereales, base indispensable de la alimentación del pueblo mexicano.

Ascendíamos de nuevo á la sierra donde nada había por el camino, sino éramos nosotros escoltados por nuestras propias sombras y la de los caballos. Sombras que, al dibujarse lentamente por la ruta entre el follaje, ó al pié del tronco de los árboles silenciosos, aparecían como espíritus errantes de las serranías jaliscienses. ¡Cuánto idealismo, cuánto realismo á la vez despiertan las montañas! La belleza del reposo de la naturaleza, es á mi juicio, tan consistente con lo ideal, que tal vez solo aquel que es artista lo puede sentir y comprender. El realismo, todos lo sentimos, por poco ó mucho que lo comprendamos.

La falta de apreciación de las bellezas de la naturaleza, ya bien sea en la montaña, el valle, el río ó el lago, proviene á mi juicio, de una organización intelectual muy imperfecta. Porsupuesto, que la educación y el conocimiento de las cosas, trae consigo la apreciación de ellas, tanto en la naturaleza, como en el arte, como en la vida real. Así pues, no hay de sorprenderse si ante los grandes espectáculos de natura, permanecen muchos impávidos ó indiferentes. Y al traer todo esto á colación era porque, veía á esos dos hombres que, caminaban á mi vanguardia perfectamente indiferentes á todo lo muy grande que nos rodeaba. Como estos dos hay muchos, y de ello puedo dar fé. Seguramente, de aquí nace esa falta de verdadera apreciación por las cosas del país que se nota en algunas gentes, que por mucho que quieran á su patria, no pueden valorizarla en todo lo que vale y representa. La estimación de las cosas, está en perfecta relación con el conocimiento positivo de ellas; y esta es cosa perfectamente averiguada, en el mundo moral, como en el mundo físico.

Dábamos vuelta á la montaña, y al descender por el camino, mi guía, apuntando con el dedo pulgar y llamando mi atención me decía en alta voz:

— ¡Señor, señor, ahí está ya el Chapala!

Efectivamente, á mi izquierda, y en dirección Sud-Este, allá en el horizonte, se dibujaba el mar Chapalico como una faja ó una serpiente colosal de azogue. Inmensas nubes de fantásticas formas, anublaban de tiempo, en tiempo el accidentado paisaje, y aquel lejano mar interno de Jalisco. ¡Qué efectos de luces y de sombras, qué coloración tan rica y tan variada! Jamás olvidaré la primera impresión en mí causada, por esta mole de agua vista desde la falda de la sierra, á legua y media de distancia. Aquel objeto luminoso que al ser herido por los rayos del sol, brillaba como brillan las bayonetas de un gran cuerpo de ejército, desfilando lentamente, se convirtió desde que le ví, en centro de mis pensamientos, en íman de mi voluntad. Conforme nos acercábamos al pueblo, se hacían más visibles las blancas torres de la iglesia parroquial, y estas se destacaban en la atmósfera, como bancos de hielo, convertidos en pirámides de triángulos esbeltos.

Venía en busca del mar Chapalico, y por fin con él daba. Iba ya á realizar el deseo de los años: conocerlo, vogarle, bañarme entre sus espumosas aguas, contemplar su espléndido paisaje, evocar los recuerdos de su historia, y soñar despierto en sus playas de abrillantada arena y de espumosas ondas.

Pasábamos por los terrenos de una Hacienda muy inmediata al pueblo. Eran muy cerca de las dos de la tarde. El taciturno amigo del arriero, se despedía de él, como también de mí con las frases de costumbre:

—Buen viaje señores: hasta otra vez—vayan ustedes con Dios. En seguida, metiendo espuelas á su pequeño *Rosinante*, desapareció, como había aparecido de entre los matorrales, como una silueta silenciosa y oscura.

Al acercarnos al pueblo, llevábamos tres horas y media de camino; y á fé mía que no me pesaba en lo más mínimo llegar á una posada. Aquellas nubes inmensas de fantásticas formas que á gran dis-

tancia había visto suspendidas, anublando el paisaje y dando al Chapala efectos admirables de luces y de sombras, habían por fin [como se dice vulgarmente], reventado. El pueblo presentaba una frescura relativa, pues la evaporización al mediodía es demasiado violenta para tolerar aquí, que la vegetación tropical ostente por largo rato en su arbolado, sus plantas y sus flores, aquellas cristalinas gotas de agua, que cual lágrimas de la naturaleza, se suspenden en las verdosas ojas del platano, del chirimoyo, del manglar, de los rosales, en fin, de toda vegetación.

Entrábamos, por una vía derecha y larga, de esas que forman la calle real de todo pueblo. Las casas, de un solo piso con sus fachadas blancas ó de color. Las puertas y ventanas de madera; éstas últimas sin rejas ni vidrios, revelando que en el honrado hogar del pescador están por demás esos lujos, esas seguridades. Así es que, tan fácil es penetrar aquí, á una de estas casas por el zaguan, como lo es por las ventanas, cuando mucho obstruidas por las macetas llenas de flores, ó las grandes jaulas de las aves canóras.

¡Silencio adormecedor el de ésta población de pescadores! tan tranquila que, solo se oye al mediodía; el sumbido de las nubes de moscos, y el aleteo de los gavilanes cruzando por el espacio.

Pero el gran punto luminoso estaba en el fondo de esa calle, quiero decir: el Chapala. Una embarcación de pescadores con su vela latina se aproximaba al puerto. Fuera de ahí, nada estaba á la vista en esa inmensa superficie de las aguas, sobre la que brillaba el sol de la tarde, produciendo unas luces y sombras como las que arroja la marmaja.

Mi guía, que se había adelantado para pedirme alojamiento en el pequeño Hotel que hay aquí, en los bordes de las playas Chapálicas, descargaba el equipaje del mulo que lo había traído, en los momentos en que yo arriendaba mi jaca frente á un zaguan de arco y puerta de aspecto conventual.

No tardé en comprender que si este Hotel, á decir de todos, era el mejor del pueblo ¿qué serían los demás cuando el más bueno presentaba un aspecto rudimentario en toda la acepción de la palabra; vamos un estado perfectamente primitivo? Mas hay que hacer justicia á varias cosas importantes en ésta posada. Los cuartos y las camas, por ejemplo, son aseadas; la alimentación buena y abundante. El comedor, que está colocado en el zaguan, es algo obscuro y airoso, pero en cambio, en sus mesas y bancos al estilo del refectorio de un convento, siempre encuentra el viajero descanso, pescado fresco, perfectamente cocinado, y buena taza de café.

Había venido en busca del Mar Chapálico, de su grandeza y enseñanza; no en busca de las comodidades y el *confort* de la gran vida de los centros de la civilización y la cultura. Así es que en tal virtud, tomaría las cosas incómodas y las privaciones con la filosofía debida. A mí lo que me importaba era haber realizado un propósito de años: conocer el Chapala; y á fè mía que lo tenía á mis piés, con toda su hermosura encantadora y todos sus rumores imponentes, producidos por el viento, el vaivén de sus marejadas y el rompimiento de sus olas que, al chocar contra piedras y arenas, dan á la playa un ósculo pasajero de pura y blanca espuma.

¡Qué impresiones las de esta jornada! y todo en un solo día.

¡Adiós á Guadalajara!

Al través de la Sierra.

Finalmente: frente al extenso Mar Chapálico.



CAPITULO XV.

EL MAR CHAPALICO.

En sus orillas y sobre sus orillas. — Impresiones finales.

No había duda que estaba á orillas del Mar Chapalico. Prolongadísimas siesta de la tarde me había robado en parte el sueño de la noche. El rumoroso viento, junto con el acompasado chasquido de las olas tendiéndose en la playa, no muy lejos de la ventana abierta de mi cuarto, eran prueba evidente de que muy cerca tenía el lago-mar, con toda su agitación de alma inquieta, con toda su vitalidad palpitante, más perceptible aún, en medio el silencio nocturno.

Al ruido musical del viento y de la marejada, había que agregar otro monótono, desagradable y provocativo; el de los moscos que abundan por aquí, y que en nubes compactas, se encuentran ya bien por la playa, ya por los callejones del pueblo, ya invadiendo hasta el más ínfimo rincón de las habitaciones de las casas.

Inofensivos estos insectos para el hombre (pues rara vez le pican), son del todo nocivos á ciertas cosas como por ejemplo, á las bujías. Atraídos por la luz, invaden en bandadas compactas la vela, cubriéndola de tal manera, que la convierten en columna de moscos, dándole un aspecto fantástico, como de hecho sucede con los soberbios relieves de la histórica

columna de Trajano. Es curioso ver esto; estudiar esos moscos porfiados é indomables, que chamuscan sus alas en la flama, y perecen al fin entre la estearina derretida por sus propios esfuerzos y una lucha titánica digna en verdad de mejor causa.

Pregunto yo ¿qué quieren esos moscos con la vela? ¿Se alimentan acaso con la estearina ó con el sebo? ¿O es la luz y el calor lo que tan solo les atrae? ¡La luz y el calor! que dos elementos de mayor atracción de placer y de vida en la Creación. Para el mundo físico, así como para el mundo moral, la luz es *todo*; el calor, lo es igualmente para la vida universal, acción grandiosa y estupenda del sol.

Pero volviendo á estos moscos, ó *mosquitos* de Chapala, quisiera saber á que familia pertenecen pues, desde luego, [puesto que no atacan con su trompa al hombre], no pueden ser de los insectos de la familia de los *hemóceros*, que es cosa averiguada, causan incomodidad á todo ser viviente. Estos moscos, que tienen un color verde, y que son conocidos en la Nueva Granada y otras partes de América, por lo venenoso y funesto de sus picadas, son aquí inofensivos. Presumo, que estos insectos de los depósitos acuáticos de estas regiones, están ya estudiados por los científicos del país, y que ellos, nos explican las causa, que determinan no sean venenosas las picaduras de estos insectos dípteros.

El calor, hace hasta cierto punto indispensable dormir aquí, con ventanas abiertas. Pero aún cerrándolas el resultado es siempre el mismo, puesto que, en los marcos de las puertas no hay vidrios, y cuando mucho sustituyen á estos, unos pedazos de manta por cuyas hendiduras penetran á las habitaciones esos audaces enemigos de las velas.

¡Qué primitivo y que modesto es todo en este pueblo de Chapala! Pero cuán bello é inspirador su mar interno, cuán fragante y lozana su naturaleza, esa que le rodea por todos lados, como el marco de soberbios tallados y de dorado reluciente que, es com-

plemento y dualidad á una grande obra pictórica inspiración de un génio.

En vano me había esforzado en leer varias veces durante esa velada de mi primera noche en el Hotel. Cubierta la bujía, por esos moscos tan tenaces, era de todo punto infructuoso, pretender que la flama alumbrase las páginas del libro. Aquel compacto velador de insectos, aquel olor de las alas chamuscadas, aquellos pequeños animales enegreciendo la vela y obscureciendo la luz, hacían que la campaña emprendida contra ellos, fuese de todo punto ingrata para mí. No había otro partido que tomar sino era el de esperar la llegada de la luz del sol; mientras tanto, en las tinieblas de la alcoba, recapacitaria lo visto al través de las sierras, y trasaría mi plan de campaña para el nuevo día.

¡Con cuánto placer oía por fin el canto de los gallos en el corral de la fonda, y el cuchicheo de las goulondrinas, anunciando junto con las campanas parroquiales la hora del alba! Los ténues rayos de la luz comenzaban á penetrar por las rendijas de las puertas, cuando saltando del lecho y vistiéndome con precipitación, salía por la ventana á un reamedo de jardín con su cerca de palo, y de ahí salvando dicha cerca, á las tupidas arenas de la hermosa bañadora playa del Chapala.

El aire estaba tibio, y la naturaleza toda convidaba al amante de ella, á contemplar su despertar en medio las colorantes galas de una bellísima aurora matutina. Celaje de nacarados fondos, nubecillas de ténue fuego, ráfagas de violeta, sol de rayos de oro iluminando las crestas de montes encumbrados. Hé aquí la escena que ante mi vista atónita se echaba de ver desde la playa.

Las campanas de la poética iglesia parroquial que sonaban á orillas del lago-mar, hacían poner en pié á todos los habitantes de la aldea. En el rústico muelle, muy cerca del Hotel, había ya anclado una de esas embarcaciones de regular tamaño, llama-

das aquí canoas, pero que en realidad son lanchas de fondo plano. El desembarque de los efectos nacionales que había traído para su venta, comenzaba á efectuarse; ya más tarde estarían estos en la plaza del *tianquis* dominical, tan común á estos pueblos. Con viento poco favorable de popa, caminaban por entre las pequeñas olas, tres canoas, que con velas poco henchidas, se dirigían á estas playas. Los remeros hacían por impulsar el lento avance de esas embarcaciones tan sumamente primitivas que, en aguas agitadas, se derriban con facilidad suma, y que tan solo avanzan en su carrera, cuando el viento es realmente fuerte y favorable.

El Mar Chapálico, con sus 90 leguas cuadradas (según la opinión de geógrafos perfectamente equivocados), no es por cierto, como alguien ha dicho, el lago más grande de la República. No es así; hay en el país uno más grande y con ventaja suma: la Laguna de Términos, con sus 306 leguas cuadradas. Lo que sí creo difícil, es que haya laguna más hermosa que el Chapala, en nuestro país; pues si el lago de Pátzenaro, por ejemplo, es todo un idilio, y el Cuizco todo un canto de horizontes vastísimos, en que la soledad inmensa es el tema favorito del poeta, el Mar Chapálico, es un poema de singular é imponente grand-za, cuyos cantos lo forman sus tempestades y sus calmas, sus tropicales orillas montañosas y su historia patriótica.

He dicho ya, que al venir aquí era en busca de las tempestades, las calmas, los ideales y la historia realística de este Chapala, en esta mañana hermosa, sentado sobre la arena, muelle de esta playa, era recompensado con un paisaje enteramente ideal, como el que resaltaba á la vista, bajo el poder de una aurora matutina. La calma ¡ah! ¡acaso no la sentía en el alma, no estaba por ventura transmitida en gran parte, por esa inmensa mole de agua, por esa naturaleza tropical de los alrededores, sonriente y tranquila al despunte del nuevo día? ¿La tempestad?

Esa vendrá más tarde. ¿Y la historia realística? Ya en su oportunidad también será contada.

Se alejaban las olas de la playa, dejando su blanca espuma tendida como encaje sobre las arenas, como un recuerdo de una cosa que olvidada, vendrá más tarde á recogerse. Era la hora de la mar baja, en que el reflujo descubre una parte de la playa. Pero, á propósito de esto, dirán algunos ¿por qué á este lago se le llama Mar Chapilco? Pues se le nombra así, porque es un mar interno tal como el Caspio, ó el Muerto, allá en el Continente Asiático.

—Marea.—Llá nanse así también á lagos grandes como estos. Pero el Chapila, se diferencia del mar Muerto, en que las aguas de este último, se encuentran impregnadas de sales y de ácidos que impiden la cría de todo género de pesca. También se diferencia, en el hecho de que son muy áridas las montañas que lo rodean, mientras que las de Chapala son fértiles y bellas.

Se asemejan en cuanto á que, ambos mares reciben las aguas de dos rios. El primero: las del Jordán y el torrente Cedrón. El segundo: las de Santiago ó de Lerma y el Cuitzeo (conocido con el nombre de rio grande de Tololotlán). Este rio de Cuitzeo, nació según se dice, en este mismo lago-mar interno, y después de recorrer una distancia inmensa se desagua en el puerto de San Blas, en donde une sus aguas dulces á las saladas del Océano Pacífico. El Lerma, entra al Chapala, después de desbordarse magestuoso en Juanacatlán, para más tarde confundirse aquí, con el Cuitzeo y formar las aguas de este Chapala, bello é inspirador. Por la parte oriental, y al sur del pueblo llamado de Jamay, penetra al lago el Lerma. ¡Qué cosas de la naturaleza! Nace este rio cerca de una laguna para ir á dar á otra, y de aquí, venciendo una distancia de 208 leguas, viene á perderse en el profundo mar.

Pasaba en revista por mi mente, estas ideas y esos datos sentado en esta linda playa, y me olvida-

ba de la hora, hasta que el sol haciéndome sentir el poder de sus rayos, me hizo irme al muelle rústico de este modesto puerto, donde atracaba una canoa cargada de pescados.

La pesca, como es de suponerse, es comercio muy propio á estas comarcas. Mucha es la gente que gana su vida, con negocio tan importante. ¿Quiénes fueron los primitivos pescadores, quienes los navegantes y descubridores primeros de este mar interno? Todo esto de tan grande interés, se encuentra oculto, perdido [probablemente para siempre], en la misteriosa obscuridad de las edades pasadas. Lo que se sabe, es que, durante la conquista de la Nueva Galicia ó de Jalisco, los españoles, se encontraron aquí con que los indios navegaban el lago y hacían la pesca para su comestible. Se encontraron también con hombres de edad muy avanzada, que tenían como tradición la idea de que sus antepasados habían venido del Asia. Pero volviendo al muelle; desembarcaban una pesada red repleta de peces de diversos tamaños. Por las investigaciones que he hecho, respecto á la cría y diversas clases de pescados propios al mar Chapálico, resulta que estos pueden clasificarse y dividirse de la manera siguiente:

Hay el pez llamado *Blanco*, y este es el que mejor aprecio tiene. Su carne es muy blanca y dulce al paladar; blancas también son sus escamas, y relucientes como plata. Su tamaño mayor es un tercio de vara, y se asemeja mucho en sabor al pez del mar Atlántico, conocido con el nombre de *Sole* en Inglaterra y de *Lenguado* en España. De este hay tres ó cuatro clases.

El *Bagre*, menos espinoso que el *Blanco*, y con la carne no tan blanca, tirando más bien al color morado; el cutis, grueso de color obscuro muy liso y sin ninguna escama. Es apreciable al gusto, pero por otro lado algo dañoso á la salud, por ser de por sí frío lo mismo que flemoso. Me llama la atención ver la vitalidad que revela este pez largo rato después de

haber salido fuera del agua. Recuerdo que en La Barca he visto uno de estos peces, de una vara de largo y 15 libras de peso, evadirse de la red 20 minutos después de haber sido pescado; tal era la fuerza de su potente aleteo y singular vitalidad. Este pez, que tiene la cabeza muy grande respecto de su cuerpo, tiene también una fila de dientes en cada mandíbula, y es común á todos los ríos de la América; hay en Chapala seis clases diversas.

Otro pescado abundante y pequeño, pues el más grande no pasa de una sesma de vara, es uno conocido aquí con el nombre de *Charal*. Del mismo color y escama del pescado *Blanco*, tiene en el mercado, igual aprecio, por ser casi de la misma especie.

Hay un pecesillo muy espinoso, llamado *sardina del Chapala*; su tamaño cuando mucho es de una cuarta. Agradable al paladar, no es dañoso á la salud; tiene escama con el color obscuro deslavado. La sardina, es propia á los mares Atlántico y Mediterráneo, donde permanece en las profundidades una gran parte del año, hasta que en el Otoño, [según observaciones zoológicas], se arrima á las costas para desovar. Es de presumirse, que siendo la sardina un pecesillo propio á los mares mencionados, al encontrárnoslo en estas aguas dulces del mar Chapálico, sea una cría especial y propia á la biología del país. Así es que, podemos considerarla como una especie particular á el Chapala, puesto que esta se cria en aguas dulces, y la otra por el contrario, en aguas saladas de la mar. Otros pescados hay en estas aguas como la *Popocha*, muy apreciada en Toluca, [según informes fidedignos], y cuya venta produce mucho dinero. Finalmente, la *Majarra*, es también de abundante pesca; y el *Chuíme* ó *Boquinete*, que es un pez muy parecido al Robalo.

Hasta aquí mis pobres observaciones sobre las clases diversas de peces que se crían en el mar Chapálico, y que son un medio importantísimo, de sub-

sistencia y de comercio para miles de gentes en estas comarcas.

En cuanto á la pesca, dos son los medios empleados aquí: las redes, entre las que hay algunas de 100 varas de largo (como una que ví en el río de Zula, en Ocotlán, una mañana) admirablemente tejidas, —y el anzuelo común á todo pescador.

Los pescadores, tienen en general un aspecto simpático y un aire varonil, propio á esa vida de todo hombre que nace, crece y muere, en medio los grandes elementos de natura. ¿Qué importan á estos pescadores las recias tempestades de su mar interno, cuando todos son como pescados en el agua, cuando á río revuelto hay ganancia para ellos? ¿Qué importa que se derribe una canoa entre las olas agitadas, acaso no han aprendido todos á nadar desde sus juveniles años? Me causa gran placer, poder comunicar en estas páginas, que el hombre indígena de estas regiones no es el pobre que vemos en la meseta central: humilde, abyecto, sumiso hasta lo inconveniente. No; los hijos de esta tierra, conservan en sus venas ese fuego de sus antepasados; aquel que en las guerras contra el conquistador así como en aquellas en que lucharon invencibles por su sagrada independencia, hizo de muchos de ellos heroes en nada indignos de los valientes de otros pueblos, de otros siglos ajenos á los suyos.

He dicho ya, que el pueblo de Chapala, situado á orillas del lago-mar, lo es en su mayor parte de pescadores; quisiera agregar algo tocante á su antigüedad; más todo lo que de él se sabe, es que, cuando la conquista de la Nueva Galicia, existía ya sin tener mucha importancia y sin mayores antecedentes que, los de encontrarse aquí, en una montaña, un ídolo, que en altar de basalto, adoraba el pueblo chichimeco. El rodar de tres largos siglos, ha tan solo cambiado el primitivo *jacal* del indígena, en casa de adobe con puertas de madera blanca y ventanas de ol mismo; las vestiduras de pluma, por las de manta y

cuero, las pieles de bestias feroces en la cabeza del guerrero, como un distintivo de valor y de heroísmo, por el sombrero de *petate* de anchas alas; y la flecha por las armas de fuego. Pero, hay una cosa de vital importancia en la que si han ganado los indígenas de una manera trascendental:—el cambio de sus obscuras creencias idólatras, por las esplendorosas de la fé cristiana. Y este cambio estupendo, que ha sido en realidad, la obra grandiosa del conquistador español, se dejó sentir por toda la inmensidad del mexicano territorio donde frecuentemente, y sobre las ruinas del *Teocallis*, se levantó el templo y el culto al verdadero Dios. No es de extrañarse, pues, que á orillas del Chapala, y á unas cuantas varas de distancia del rústico muelle, se levante la iglesia parroquial, con sus dos torres bellas, blancas y simbólicas de la más pura de todas las religiones de la tierra.....

Difícilmente, podía haberse encontrado lugar más lleno de poesía que el de ésta playa, para erigir un templo á la Divinidad. Es cosa singular, pero por todos lados y á muchas leguas á la redonda, se levantan estas torres muy vistosas como una señal inequívoca, de que en medio de la grandiosa selvaticquez de estas comarcas, se adora al Ser Supremo en los altares de un hogar sacrosanto, de un templo, que envía al lago-mar, los rumores del órgano imponente y los cantos sagrados de música inspirada, cuyos ecos recoge la montaña al través de las olas.

Después de un almuerzo en que el pescado frito hizo las veces del mejor de los manjares, me dirigí al templo situado frente á la posada. Era domingo, y por lo tanto su única nave estaba llena de gente. Una masa compacta, arrodillada y respetuosa era lo que me encontraba en ésta vez. El templo, y el pueblo revelaban ese aseo, que como llevo dicho, es tan proverbial á Jalisco. Desde la puerta de la iglesia, se dominaba una vista hermosísima del mar-interno, y la brisa purísima de las montañas, de la orilla opues-

ta, se dejaba sentir en el templo, un tanto caluroso. El silencio, era de vez en cuando interrumpido, por el vaiven de la marejada en la playa, ó por el de las olas que al romper contra las piedras del cercano muelle, lanzaban sus quejidos á los vientos.

¡Qué bello cuadro aquel formado por la naturaleza, la fé, el sentimiento religioso y la modesta iglesia representante del arte cristiano á orillas del Mar Chapálico. Jamás olvidaré haber asistido á un templo bajo tan poéticas y sentimentales impresiones.

Cerca del ángulo formado por el casi derruido muro de caprichosa forma, que circunda el cementerio de esta poética iglesia parroquial, se destaca un árbol llamado aquí *Salate*; es chaparrón, pero de grueso tronco y de tendidas ramas. Este árbol [probablemente de dos siglos ó más] se hace notable entre los montículos de arena de la playa como el único representante aislado de vigorosa vegetación. ¡Es un lunar en las arenas este árbol solitario de los siglos, por mucho que su sombra sea refugio de tantos á la hora del sol ó de la tempestad! No me explico la presencia de este vetusto árbol en lugar tan poco apropiado como lo es para él esta arenosa playa, sino es de esta manera: erupciones volcánicas, grandes perturbaciones de la naturaleza, que han venido cambiando la configuración del terreno y que han determinado que las aguas y arenas del Chapala, suban hasta este sitio donde años atrás, no había sino colinas fértiles. Es indudable que la tierra vegetal está debajo esas arenas, pues de otro modo imposible sería, que este árbol solitario siguiese desarrollándose en esta playa, como prueba inconcusa de la vitalidad energética del reino vegetal.

Había llegado la tarde de este domingo memorable, cuando á invitación de unos amigos iba á surcar por vez primera las aguas del Chapala. No sé qué había en la atmósfera, que indicaba un temporal por venir en tiempo no lejano. Un aire menos reseco que el del resto del día; un vientecillo húmedo re-

sultado de lluvias y evaporizaciones; unos horizontes color apizarrado. Llegábamos al embarcadero rústico, y notaba que el agua estaba demasiado agitada en sus orillas, no obstante que al parecer estaba muy tranquila la vasta superficie del mar-interno. Mi primera impresión, al ver el barquichuelo en que se pretendía vogásemos, era que aquel estaba más adecuado á un río pequeño y de corrientes suaves, que á este mar imponente por su volumen de agua, sus largas distancias, junto con sus peligros naturales.

Sin lastre suficiente, con timón muy poco gobernable, y marejada gruesa, estuvimos á punto de ser derribados por esta embarcación, demasiado pequeña é imperfecta para su objeto. La experiencia no era del todo agradable, por más que los marineros se esforzaban en hacernos creer que su bote era muy bueno y muy ligero, protestamos de tres, dos: que era resgoso hacernos á la vela en semejante embarcación. Ganó la mayoría, y aprovechando á la vez la oferta de la gran canoa atracada al muelle, y que por la mañana había visto entrar cargada de efectos nacionales, nos trasladamos á ella, no sin haber experimentado una mojada regular, al pasar de una embarcación á la otra.

Pensaba, como era natural, en que no hay viaje sin riesgo en la vida de las expediciones por el mundo. Pero es preciso confesar que aquí, en el Mar Chapálico, no está el riesgo tan palpable en las aguas, como en lo muy imperfecto y primitivo que está todo relativo á navegación por parte de los pobres indígenas.

Con más ó menos alharaca, confusión y voces de mando, nos hicimos por fin á la vela. Sin embargo, el patrón de la canoa me inspiró desde luego mucha confianza, y en nada desmintió más tarde el hecho de ser un marino fogueado. Hombre de 60 años, conocía el Chapala desde que había nacido, y estaba por lo tanto, muy familiarizado con el elemento formidable de las aguas, tanto con sus calmas discretas, así

como también [á decir de él], con sus indiscretas tempestades.

La canoa en que íbamos, tendría unas 10 toneladas; sin duda embarcación de las grandes, que hacen el comercio y navegación de estas hermosísimas riberas. Cubierta en su parte de popa, por un toldo formado de gruesos petates, industria del país, era preciso para gozar de las vistas treparse en la *caja* del timón, ó sentarse en la proa. Esta embarcación tenía un olor inequívoco á pescado, la verdad, es que los pescadores tienen la costumbre de colgar en las cuerdas del aparejo los Charales y las sardinas de que ya he hecho mención. Estos peces, se cocinan con los rayos del sol, y una vez fritos por ellos, sirven de alimento á los marineros, en sus largas é inciertas caminatas en Chapálicas aguas.

Describir las innumerables bellezas de este lago mar, con sus orillas montañosas, sus haciendas de labor, su vegetación tropical exhuberante y llena de un colorido y de un aroma propio; sus aldeas y pueblos, de romántica historia y de tradicional enseñanza, llenaría no un capítulo, sino más bien un libro aparte. Pero lo que sí afirmaré es lo siguiente: que es placer indecible vogar en éstas aguas, cuando están relativamente reposadas, cuando esa coloración en los cerros y celajes de múltiples y cambiantes matices, enloquece al artista, cuando el poeta, en brazos de las musas, siente el sopro de la sublime inspiración. De ese sopro, oculto é incomprensible, que pone alas al pensamiento y sentimientos en el alma; de ese sopro que al asumir la palabra humana, como maravilloso motor de la expresión, nos eleva y nos conmueve hasta lo infinito.

Caminábamos rumbo á la histórica isla de - cala, sita á seis leguas del pueblo de Chapala, el desaparecía de nuestra vista como un objeto de - terna mágica. Allá en la lejanía, como co - volcán, se veían las torres blancas de la igle - roquial, más de hay en fuera, lo único

osinaba, eran tres cosas: la masa enorme de agua haciendo horizonte, las sierras y montañas envueltas ya por las tupidas sombras de la tarde, la colosal bóveda del cielo encapotada en parte por nubes en rápida carrera.

Pensaba entre otras cosas, en las profundidades de este Chapala, pues previsto el caso de que nuestra embarcación se derribase, no era muy poca cosa, tener siquiera idea de las honduras por donde navegábamos.

El agua, de un color barroso muy subido, hacía imposible vislumbrar los fondos, pero el andar ligero de la lancha-canóa, era una indicación de que vogábamos en aguas bien profundas.

—¿Está muy hondo aquí?

—¡Ah! sí señor, me contestaba el viejo marinero.

—¿Cuántas brazas?

—Pues dicen los que han echado sonda, que hay por aquí de fondo como unas doce ó quince varas.

—¿Es esto lo más hondo del Chapala?

—Pues quien sabe señor, de eso no entiendo bien, pero yo puedo asegurar, que bárcos muy *grandotes* pueden andar aquí. [*].

El viento que comenzaba á cambiar de dirección, nos arrojaba rumbo opuesto al deseado por nosotros; es decir: á la playa. Nos encontrábamos á unas quinientas varas de un marjál ó valle pantanoso con tupida vegetación acuática. Destacábase en estas soledades un anzar triste y meditabundo; varios alcátraces parecían tener comunión entre sí, formando círculo compacto; mientras tanto los patos y las garzas volaban y nadaban agitados por aquí y acullá.

Estos fieles representantes de la fauna de éstas

[*] El geógrafo jalisciense D. Longinos Banda, nos dice en sus "Nociones Geográficas del Estado de Jalisco," que: las profundidades en la extremidad oriental son de 1½ brazas 6½ en la parte más céntrica y 3 brazas en la orilla Occidental; con 95. 93 leguas cuadradas de extensión.

regiones jaliscienses, revelaban esa inquietud propia á toda ave, cuando presiente una tempestad cercana. Efectivamente, ya se anunciaba una. No lo sentía, puesto que he dicho, haber venido aquí en busca de las calmas y de las *tempestades* de este soberbio mar Chapálico.

Había que desistir en esta vez de llegar hasta la histórica Mescala. Vientos contrarios, noche cercana, distancia grande de aquella isla envuelta en tenue bruma, eran razones poderosas para posponer el tan deseado, aunque difícil viaje, á aquel montón de tierra y rocas que se destaca en la superficie de las aguas, como un lugar de fantasmas y leyendas, como un cuento de esos alemanes á orillas del Rin.

Con la proa, pues, en dirección al puerto de Chapala, hacíamos lo posible por regresar á tierra, ántes que la tormenta descargase su enojo sobre nuestras espaldas indefensas. Las muy pequeñas olas que al salir [hacía más de dos horas] nos habían hecho el viaje divertido y sin riesgos, comenzaban ahora á convertirse en olas de regulares dimensiones; bastante grandes para hacer de nuestra embarcación, un especie de cuna en movimiento sobre las aguas.

Nuestra vela latina, que á la ida tan bien había servido, no obstante sus agujeros y remiendos, era del todo inútil para nuestro regreso con tan contrarios vientos. Así, pues, arriándola á riesgo de ser casi derribados, los marineros, recurrían á sus pesados remos como único medio de impeler nuestra pesada lancha.

—¡Qué navegación tan primitiva toda esta! me decía un de los compañeros.—Pero ya pronto tendré el gusto de invitarlo á vd., á navegar en mi *yate* de dos palos que he mandado traer á Europa.

—Lo que lamento—le contestaba,—es que no haya sido posible llegar hoy hasta Mescala.

—Pues yo en cambio me alegro no haber llegado ahí....

—¿Porqué?

—Por razón muy fundada: porque en aquella isla, con sólo levantar una piedra, basta para encontrarse con todo un nido de alacranes. Y, nada hay en la vida que á tanto horror le tenga como á esos escorpiones.....

Después de esta revelación, enmudecimos todos; y el silencio, era tan solo interrumpido por las pisadas de los remeros descalzos, que en la proa, se esforzaban por darle impulso á la muy lenta navegación de la canoa. Todos teníamos fijas las miradas por el mismo lugar: aquella ensenada, en donde como un punto negro, se veía el rústico muelle del pueblo de Chapala. ¡La embarcación, parecía más bien retroceder que avanzar, tan lentamente caminaba! En cambio, la tempestad, se iba haciendo visible y más imponente por momentos. Soplabá Norte, ese que se hace tan temible en nuestro golfo de México; ese mismo, que aquí le denominan: *el viento mexicano*, y que determina las grandes tempestades del Chapálico-mar.

Afortunadamente no llovía; teníamos tormenta, pero tormenta á secas; con nublazón tan pronunciada, por parte del Poniente que hoy no veríamos una puesta de sol, de esas que en el Chapala desafían al pintor de marinas, por no teuer en su paleta suficientes colores con que pasar al lienzo los soberbios y múltiple: de natura

Confieso que no obstante el peligro relativo que en esta vez corríamos, sentía una atracción irresistible con el aspecto que presentaban esas aguas, agitadas por el viento rumoroso, como también por la desolación del mar-interno y la magestad toda de esas sombrías montañas, de ese arbolado y de esa vegetación de las lejanas orillas, luchando cual gladiadores de titánica raza con el viento arrasante. De ninguna manera, podía ni debía lanzar una queja. ¡Acaso no había venido aquí para buscar, entre otras cosas, las tempestades del Chapálico mar?

Habíamos comenzado por aventurarnos, en una

embarcación, sin condición alguna favorable para vogar en estas aguas. Después nos trasladamos á esta otra lancha cuando los marineros y el patrón de ella habían hecho advertencia, de que probablemente habría Norte al caer de la tarde. Así es que, en esta vez en nada habíamos sido engañados, sino por el contrario, bien informados de lo que teníamos de esperar. No sé qué mágico poder es el que posee el agua de un mar, de un río ó de un lago que tanto atrae, por mucho que á la vez intimide. Pero es el caso que tal vez los más tímidos son los que con mayor frecuencia cruzan los mares, los rios y las lagunas, pues son los de constitución nerviosa por razón no solo fisiológica, sino igualmente psicológica, los que más sienten y los que se ven atraídos por la magia del agua, y por todos los bellos y edificantes espectáculos de la naturaleza!

Pero veamos lo que está haciendo el viento con la canoa. Pues este, está esforzándose por derribar el mástil, por reventar la jarcia, por llevarse en su veloz carrera el modesto toldo de petates que sirve de cubierta ó toldilla al pobre pescador y á su familia de esposa y de chicuelos. Ayudado también de la corriente, quiere ver como parte en mitad la embarcación estrellándola contra las rocas, y, finalmente, ver si puede igualmente llevarnos á nosotros, para que después nos dé sepultura en su fondo el mar interno.

Con gran dificultad habíamos logrado acercarnos á la playa. Esto era algo de importancia; mas no era el todo, cuando la noche estaba por llegar y era mejor estar en tierra. Teníamos, además, la corriente en contra, y rompientes de alguna magni cerca de la playa, donde la marejada de un mar gris dejaba ver su blanca espuma, que en las tinieblas de la nublazón y de la luz en decadencia, parecía menuda fila de palomas, agitando sus niveas alas las arenas.

Había que tomar una determinación --

y el viejo patrón de la canoa, sujirió una idea practicable, pero que llamó altamente mi atención: remolcar la barca casi á nado [estilo japonés!], mientras otros con los remos la impulsaban y de este modo conseguir acercarse lo más posible á la playa.

Así avanzamos una distancia regular, hasta encontrar un fondo tan relativamente insignificante que dos remeros se echaron á el agua para empujar la canoa por atrás. ¡Manera bien primitiva de arribar á puerto de salvamento, pero única á que apelar en este caso!

La lancha daba tumbos por todos lados; las olas la bañaban, y á nosotros también, por todas partes. Más al fin, estábamos muy cerca de la playa, y en hombros de dos robustos marineros, metidos arriba de la rodilla en las aguas agitadas, lográbamos de uno en uno, [mis compañeros y yo], pisar la tan deseada tierra firme.....

El sentimiento de haberse salvado de un peligro inminente, solo puede valorisarse, cuando se experimenta. Habíamos desembarcado de un modo que llamaré cómico, pero que sin embargo, nos ponía á salvo del agua enfurecida, y esto era lo importante. A un cuarto de legua del pueblo de Chapala, teníamos que irnos á pie por largos callejones, hasta llegar á la pequeña plaza-jardín donde por la mañana, había asistido al *tianguis* en busca de un sombrero de palma de anchas alas y de elevada copa.

Dejábamos la pesada embarcación, anclada en las arenas, batallando con las olas; y en las tinieblas de la noche cercana, me hacía esta el efecto de un hipopótamo bañándose en un río muy caudaloso del Africa. Una vez en tierra, confieso haberme alegrado de haber visto (sobre las ondas) una tempestad del mar Chapalico, pues puedo, entre otras cosas, hacer comparaciones entre el espectáculo que en alta mar presenta el Océano Atlántico y el Chapala, ambos, bajo el potente dominio de un uracán dese-

cho. Y el que esto escribe, que ha estado á punto de naufragar más de una vez, es el que mejor puede apreciar todo el valor de estar en tierra, cuando las aguas de los mares, asúmen con su volúmen inconcebible de la gran materia líquida é inorgánica, la forma de los cerros cónicos coronados en tierra por la nieve, y en la mar por la espuma.

Recapacitaba en la ventana de mi cuarto las impresiones diversas de este día. La luna luchaba por salir entre las negras nubes, de vez en cuando blanqueadas en sus contornos tan fantásticos. El Mar Chapálico, seguía muy agitado y un tanto tenebroso, en su aspecto de rugiente y luchadora fiera. En comunión bien íntima con el espectáculo que á mis ojos tenía, había olvidado la hora de una cita que tenía por objeto ir á oír tocar y cantar á unas damas sajonas, y á la vez escuchar algunas canciones de los negros del Sur. Felizmente pasaban por mí unos amigos que por fin me llevaron al concierto improvisado; y al hacer mención de esto aquí, es solo porque quiero entablar una comparación entre la música del país y la de nuestros vecinos del Norte; hablo de los cantos y música popular de ambas naciones.

La del Norte nos entristece, nos disuena y nos fastidia siempre que no nos hable al sentimiento de un modo muy directo. Pero es tal vez, porque como á ellos les pasa con la nuestra, no la entendemos lo bastante, ó pretendemos, en cambio, entenderla demasiado.

Que el Puritanismo de los inmigrantes del Plymouth, ha marcado en los Estados Unidos, con un sello especial la música nacional americana, es cosa indudable, con ese sello que llamaré salmodico, ese nacido de un fanatismo religioso plagado de una letal melancolía. Pero me atrevo á creer que la música americana es más filosófica en general que la nuestra; pues, nace en muchos casos de la interpretación de los poetas líricos nacionales, y no de los versificadores á tanto el verso para la canción, como suele ocurrir

entre nosotros. Ahora, en cuanto á la música de los pobres negros, encuentro en sus baladas y romanzas cierta similitud con las nuestras en cuanto á sentimiento melancólico y dulce melodía, y se comprende fácilmente. ¿Acaso ambas razas, es decir, la indígena y la negra, no han sido esclavas razas? ¿No hay por ventura similitud entre sus sufrimientos y desgracias?

Nuestra música popular es en lo general de mucho sentimiento, por mucho que el verso resulte disparatado ó inverosímil. La inconstancia, el amor desengañado y los celos, ó por el contrario, la pasión vehementísima exajerando el objeto del amor hasta lo imposible, son tema el más frecuente en la música y cantos de nuestro pueblo. Las canciones de los negros del Norte, se asemejan en sentimiento y en pasión á las de nuestro pueblo. Encuentra esta música americana nacional sus orígenes, como llevo ya dicho, en la sagrada de los salmos del Puritanismo, así como la nuestra, puede encontrarla en la música española importada de las playas ibéricas por los conquistadores de la Nueva España.

El *banjo*, entre los americanos, es instrumento tan popular como la guitarra entre nosotros, y es el que sirve en general, para los acompañamientos de las canciones populares. En esta ocasión, la guitarra no daba la función sino una concertina muy bien tocada por una señora americana, que al mismo tiempo hacía segundas á otra en la sentimental y popular romanza inglesa: *Sweet Home*, ó sea el *Dulce Hogar*. Las romanzas y canciones de los negros del Sur, me traían á la memoria mis expediciones por el suriano Estado de la Luisiana, y nunca hubiera creído que en este poético Chapala, en noche tempestuosa, hubiera venido á escuchar en los corredores del patio de un Hotel-meson, esos cantos sentidos y románticos de la raza africana, que en noches parecidas á ésta he oído por aquellas comarcas.

Una visita á la casa de un pescador, terminaba

mi expedición nocturna, y con ella las muy interesantes y variadas impresiones de todo un día feliz.

Han transcurrido varios meses desde que ví por vez primera el mar Chapálico; y ahora me encuentro de nuevo, en sus orillas y sobre sus ondas, admirándole cada día, más y más. Relataré, pues, mis impresiones finales, junto con mis observaciones y estudios, esperanzado en que estos, sirvan de algo al estudiante de las cosas del país.

El mar Chapálico no tiene, como mal informado nos han dicho varios geógrafos, 90 ó 95 leguas cuadradas. Su magnitud, es de 222 leguas cuadradas, puesto que, son 37 leguas las que tiene de largo desde la boca del río de la La Barca hasta Xocoteppec; siendo de ancho [término medio], unas 6 leguas. Más la parte que tiene en su mayor distancia, como de ancho, es de Cojumatlán, á la boca del río de Ocotlán, unas 12 leguas. Por estas latitudes, el lago-mar, hace horizonte y trae á la memoria el portentoso Océano, con todos sus encantos y todos sus peligros.

Hay otra cosa de importancia para la geografía, que he venido, con ayuda de otros á rectificar. Me refiero á las profundidades del Chapala. Las que nos dan geógrafos conocidos, están en su mayor parte equivocadas. Por ejemplo: el Sr. Longinos Banda, geógrafo jalisciense, nos dice que el Chapala en su mayor profundidad arroja una medida de $6\frac{1}{2}$ brazas. Y la sonda y los tubos para los nuevos creaderos de tróleo, nos dan una profundidad de unas 20 brazas. Me inclino á sostener, que este mar interno, tiene la mayor profundidad de la que en lo general se cree. El volumen de la agua y su color, nos indican claramente, que es bien profundo en ciertas partes está

interno, y que bien pueden caminar en él buques de buen calado.

Me voy á permitir una importante observación, en honor de la ciencia geográfica en nuestro país, y es la siguiente: para no incurrir en errores de mucha trascendencia, es absolutamente indispensable no escribir sobre la geografia nacional, desde nuestros gabinetes de estudio, en donde solemos copiarnos los unos á los otros, y lo que es peor, copiarnos mil errores. Es imposible escribir sobre el Chapala, la Sierra de Atequiza, ó cualquier otro asunto de interés para la ciencia geográfica, sin ir á los lugares mismos, y por medio de los instrumentos *ad hoc*, el estudio y la investigación, decir prácticamente lo que valen y lo que son. Daré un ejemplo de este aserto:

Viaje de Chapala á Tuxcueca á bordo del vaporcito "San Francisco." Revoluciones del hélice: 110 por minuto; vapor, 99 atmósferas. Distancia de un punto á otro de los mencionados, $5\frac{1}{4}$ leguas; velocidad del buque, 15 millas por hora; tiempo en que hicimos la travesía, 1 hora y 20 minutos; en el centro de la laguna, 33 varas de profundidad, según la sonda, con mar grueso de fondo, debido á la fuerte tempestad de la noche anterior; cerca de la playa de Tuxcueca, olas pequeñas de rápida sucesión; celajes diáfonos hacia el Norte; nubecillas aisladas por el Oriente, arriba de los cerros color azul turquí; por el Poniente, cerros de varios matices de forma caprichosa, tajados por las lluvias torrenciales de los siglos; hacia el Sur, señales inequívocas de lluvias tempestuosas que caerían por la tarde; temperatura á la sombra del vaporcito, 70 grados Fahrenheit; temperatura del agua, 69 grados Fahrenheit; hora en Tuxcueca, 8 15 a. m.; dirección del viento, Sur, con brisa matutina sumamente tibia.

Temperatura del agua en las playas de Chapala: á las 6.30 de la mañana, 70 grados Fahrenheit. A la misma hora por la tarde, el mismo número de grados. A las 10 de la noche 69 grados Fahrenheit.

Navegación del Chapala el 21 de Junio. A bordo una balandra de 4 toneladas, construida en Hamburgo. Hora, 3 de la tarde, agua tranquila como un espejo; viento, S. E.; ce'aje despejado por varios lados, menos por el Poniente; señales muy marcadas de tempestad por región pluvial en dirección P.; á las 3 y 40 minutos cambio repentino de escena; velocidad vertiginosa de espirales de polvo en las veredas y caminos de la sierra; rumor lejano de detonaciones como de grueso proyectil; inmensas nubes negras cargadas de agua, viajando hacia la dirección de la balandra; relámpagos de rápida sucesión, iluminando momentaneamente el tenebroso paisaje montañoso. Finalmente, las aguas (antes como espejo) convertidas en montículos de olas de blancas y espumosas crestas. Tiempo para arrear velas y echar el ancla: tan solo el muy preciso. A las 4 de la tarde, tempestad digna del Golfo mexicano. Número de olas en el costado de estribor: primero 5 ó 6 por minuto; más tarde 10 y 14. Magnitud de esas olas: 6 piés de altura rompiendo contra el mástil. Todo esto, resultado de observación asidua, y en medio del peligro, sacrificando mucho, en aras del estudio y la verdad científica. Ahora pregunto yo ¿será posible escribir con conciencia sobre ciencias geográficas, geológicas, arqueológicas ú otras que exigen de nosotros el estudio objetivo, sentados muellemente en poltrona de Gabinete, lejos, muy lejos del terreno científico? Confieso que no es apetecible encontrarse en peligro eminente á bordo, una balandra ó canoa, en medio un huracán deshecho á dos leguas de tierra en este mar interno. No niego, igualmente, que es preciso no marearse y estar acostumbrado como yo (desde joven) á afrontar peligros del género descrito, y cediendo los riesgos, estudiar los fenómenos grandiosos de este nuestro planeta terráqueo. Mas una condición: que algunos geógrafos quieran [sin argar nada] escribir desde lejos incurriendo en error que tanto nos desvían, como nos perjudican.

Trás de la tempestad viene la calma, y si los vientos predominantes en estas latitudes, agitan, por las tardes á el mar Chapílico, tiene este, con suma frecuencia, sus quince ó más horas de estar sumamente tranquilo. Entonces, es cuando más bien se asemeja á un lago, y el navegante olvida los peligros, ante ese paisaje sublime que circunvalan estas aguas plomosas; paisaje, donde se inspira el poeta, soñando despierto y escribiendo aún dormido.

El Chapala, posée dos islas: la llamada de Chapala, ó de los *alacranes*, y la de Mescala, que viene á ser para este lago-mar, lo que San Juan de Ulua ha sido para Veracruz: Histórica fortaleza, presidio [en su tiempo] para los criminales, tanto del Estado de Jalisco, como del circunvecino de Michoacán.

Ya tengo asentado en estas páginas, en la parte relativa á mis primeras impresiones del Chapala, que había venido (en otras cosas) en busca de su historia realística, y que ésta en su oportunidad sería contada. Pero he aquí que frente á la histórica isla, de tan caprichosa forma topográfica, me encuentro sin nada nuevo que comunicar al lector, por más que me he esforzado en recoger noticias inéditas.

Hay algo tocante á la histórica defensa de esta isla-fortaleza, que ha venido á llenar un vacío y es: la interesante relación del heroico insurgente Don José Santa-Ana, junto con la del capitán Don Pedro Padilla. Relación hecha por escrito al eminente Gobernador de Jalisco Don Prisciliano Sánchez. Esta relación impresa en Guadalajara, en 1890, con interesantísimas notas bibliográficas de la bien cortada pluma del erudito jalisciense, Don Alberto Santoscoy, es la que mejor idea puede dar de lo que fué dicha defensa, de la isla de Mescala, durante esa sangrienta lucha por la independencia de la patria. Lucha, sostenida en estas comarcas, por el valeroso indígena Don José Santa-Ana, con su puñado de patriotas, entre los que se destacó la figura del P. Castellanos, hábil agitador y digno émulo de Hidalgo y de Mo-

relos. No puedo hacer cosa mejor, que recomendar la lectura de esos importantes documentos pedidos según aparece á Santa-Ana, con el fin de comunicárselos al historiador Bustamante. Con tan interesantísimo folleto debe venir á esta Mexcala el amante de la historia patria; y entre las ruinas de lo que años atrás fué una fortaleza y presidio de importancia suma, meditar y escribir.

La defensa de esta isla, junto con otros lugares de las costas de esta Chapala, hija predilecta de la Creación, es digna de las edades heroicas de la antigüedad. Unos centenares de indígenas valientes como el león y dirigidos por un especie de Cuahutemoc y alentados por un Sacerdote, y el hijo de un pescador de Tlachichilco, sostienen una lucha sin tregua por el espacio de cinco años, contra los que por el transcurso de tres siglos, habían sido los conquistadores y gobernantes de su patria.

Los indios de Chapala, y del inexpugnable peñón de Mexcala, tenían que combatir á un enemigo formidable, á un verdadero ejército de soldados y de oficialidad disciplinada; con numerosos elementos, con escuadrilla de embarcaciones bien artilladas y construidas en el puerto de San Blas; en una palabra: luchar contra un enemigo en que el valor y la pericia militar, es tradicional en la historia del mundo; á un enemigo rico y poderoso en todos sentidos.

Más sin embargo, el cielo protegía esa causa, y á las amargas horas de la incertidumbre y de la lucha por la libertad de la patria, se seguían aquellas en las que el sol vivificante de la victoria, alumbraba estas risueñas playas, ofreciendo en día no muy lejano, iluminarlas eternamente, para que un pueblo que nunca debió haber sido esclavo, fuese de nuevo

¡Asombra cerciorarse de como el indígena ta-Ana, y sus valientes guerreros, pudieron sostener la lucha tan desigual por el espacio de cinco años en este pequeño Gibraltar del mar Chapálico! P el casoque así fué. A juzgar por el pla

isla, [del que tengo un ejemplar], aparece que el peñón, no contaba con más artillería que unos trece cañones y que, con los quitados al enemigo, nunca tuvieron más de diez y siete inclusive los dos que servían de defensa á la isleta cerca de la isla grande.

El hambre, y la peste tan propias á la guerra, fueron la causa principal que motivó la rendición del indígena Santa Ana y sus valientes, al Comandante Gral. español Don José de la Cruz.

Mas ¡cuánto hay que admirar en aquella lucha titánica de cinco años de esos mil indios patriotas parapetados en esta isla fortaleza que cual colosal hipópótamo se levanta sobre la superficie de las aguas. Cuánta sangre derramada en este peñón, cuánto cadáver sepultado para siempre de indígenas y españoles en las profundidades de las aguas plomosas!

Al leer el relato de Santa Ana, sobre la historia de la defensa de la isla de Mexcala, se comprende lo que fué aquella, lo que fueron también los guerreros indios chichimecos, indomables en la guerra de independencia, como lo habían sido durante la conquista de Nuño Beltrán de Guzmán, y de sus aventureros capitanes del siglo XVI.

¡Las transformaciones del tiempo! De 1812 á 1817, no se oía en este mar Chapálico, más que la detonación del cañón de la artillada isla. Desde aquel entonces, nada interrumpe el asolador silencio de estas comarcas, sino es la detonación del trueno cuando la tempestad con la naturaleza entra en batalla. En este solitario peñón, en diversas épocas poblado de centenares de gentes, habitan hoy dos pobres viejos, marido y mujer. Los inmensos edificios de la prisión y templos están en ruinas. En donde alguna vez hubo celdillas de criminales [hoy día sin techo] crecen los arbustos y se propagan las lagartijas; y los indígenas poseídos de una superstición característica de raza, creen ver en los cuervos de la isla, el alma en pena de sus antepasados, ó de los conquistadores españoles! Por eso he dicho, y creo no me fal-

ta razón al hablar de Mexcala: "que este montón de tierra y rocas que se destaca en la superficie de las aguas, es como un lugar de fantasmas y leyendas, como un cuento de esos alemanes á orillas del Rhin.

* * *

Con qué pesar me veo obligado á irme de estas regiones encantadas del Chapala! Mas ha llegado á mi pesar el momento de poner término á "Vagancias," aunque no á los "Recuerdos" en Jalisco, pues estos estarán siempre vivos en la memoria del autor de estas páginas. Debo decir que, tocante á la "Historia de Chapala" durante nuestra gloriosa guerra de independencia, también hay que leer las muy interesantes páginas escritas por el historiador jalisciense D. Luis Pérez Verdía. También diré: que la Quinta bellísima que desde el mar se avista sobre un cerrito á un cuarto de legua del pueblo de Chapala, es obra y propiedad de un caballero inglés, que con su amor á la naturaleza mexicana y la cultura que le es propia á los de su educación y posición social, ha venido á darle mucho ser á estas comarcas, y á estimular también á otros, para que hagan sus quintas de recreo y con ellas den vida y civilización á tan hermosísimas regiones.

El pueblo de Chapala, ofrece al visitante, no solo los placeres de bañarse en las aguas del mar interno, sino también en los manantiales de sus excelentes baños medicinales. Lamento no haber podido conseguir el análisis deseado de tan importantes baños; lo único que puedo asegurar, es su bondad para las enfermedades reumáticas y algunas de la piel, por contener sus aguas preponderancia de azufre y algunas sales muy benéficas. En cuanto á la temperatura del agua, varía esta mucho según el tanque donde se toma el baño. En el zurco ó manantial, el

agua tiene una temperatura muy alta de calor, unos 100 grados Fahrenheit; pero hay el último de los tanques pequeños en donde el agua está tibia [unos 73 grados F], y en este es delicia bañarse, sin correr el peligro de debilitar el sistema demasiado, como sucede aquí con estos baños [tan calientes], indiscretamente tomados por muchos.

Había que partir de Chapala para ir sobre las ondas en busca de otras playas. Con el vaporcito "San Francisco" á mi disposición, y navegando á regular velocidad, he logrado estudiar algo sobre configuración de cerros, bahías pequeñas ó ensenadas de Tuxcueca, Agua Caliente y Tizapán. Qué poéticos son todos estos pueblos del Chapala. Qué vida tan pastoril, que costumbres tan sencillas y primitivas, las de los habitantes pescadores ó labradores de estas regiones. Aquí, la naturaleza es todo; lo demás está por hacerse, hablo en cuanto á la civilización, bienestar y cultura. Lo más prominente en todos estos pueblos ó aldeas, son las torres y cúpulas de sus iglesias parroquiales que se levantan por todos lados como inequívoca señal de que el catolicismo es la religión preponderante é imperecedera de los mexicanos.

El comercio y navegación del lago-mar, en sus diversos pueblos, se hace por medio de canóas; pero hay un barco grande [además del "San Francisco"], que hace con regularidad viajes diarios entre Ocotlán, La Palma y Tizapan. Además, este vapor que se llama "El Chapala" [1], y que pertenece á una compañía, hace un viaje redondo cada ocho días. Recomendando esta excursión á todo aquel, que en busca de salud ó recreo, quiera gozar y conocer estas regiones admirables.

En espera del vapor mencionado, en las playas de Tizapán, charlaba con los campesinos y los pesca-

(1) Este barco no es tan solo de pasajeros, sino lo es igualmente de carga. Tiene de largo unos 80 pies por unos 20 de ancho, y sólo unos tres pies de agua.

dores, relatándoles como había encallado el "San Francisco" en los bancos de lodo y de arena, en esta mañana en que hacía mis estudios sobre profundidades por la costa en que estábamos. Efectivamente, está el agua tan baja, en algunos puntos, que apenas si hay una vara de profundidad á un cuarto de legua de la playa.

Tizapán tiene en su magnífica fruta un elemento rico de exportación. Los cereales, las maderas y la pesca son, sin embargo, los productos de verdadera importancia para el comercio y fletes del Chapala. En el pintoresco pueblo de Jamay, en las playas del Sur, la industria de los petates dá el pan y la ocupación á centenares de gentes de ambos sexos y diversas edades. Pero es en Ocotlán y La Barca donde hay más vida y movimiento, pues en estos lugares embarca el ferrocarril Central, el pescado, las cereales y demás productos de toda la laguna,

Como un mensajero de la civilización, se dibujaba en el aperlado horizonte la chimenea del vapor "Chapala," y su penacho de humo anunciaba por toda esa inmensa region del mar interno, que si las lanchas-canoas con sus velas latinas representaban el pasado y la navegación imperfecta y peligrosa, el vapor, maravilla de nuestro siglo, representaba el presente con toda su potente vitalidad y sus conquistas de progreso.

Una media hora después, abordaba "El Chapala." Al encontrarme en su cubierta, sentía un placer indecible; ese motivado por todo lo que está en orden, por todo lo que viene á ser civilización!

Un excelente *beefsteak*, un buen vaso de cerveza y la fina atención del inteligente capitán del vapor, me hacían sentir en casa, como diría un inglés. Que impresiones finales de este día memorable

A las 5. 40 de la tarde, un soberbio espej. por la costa del Sur; espejismo que convertía las bes reflectadas en las aguas, en palacios feéricos

crystal; á las palmeras, en hadas; y á las montañas en mundos extraños y fantásticos!

A las 6. 30, cambio completo de decoración, con puesta de sol maravillosa, colorando la superficie de las aguas con tintas de carmín y de oro.

Una hora después, echaba el vapor anclas cerca de la barra del río de Ocotlán. En la región del Norte, tempestad formidable. Viento muy fuerte y húmedo; relámpagos soberbios iluminando vastísima región de las montañas jaliscienses y de la sierra Michoacana. Truenos, rayos y agitación violenta de las aguas encolerizadas por el huracán. ¡Qué imponente espectáculo! En la tarde, la gloria de la naturaleza risueña, mágica y seductora! ¡En la noche, lo tenebroso, lo imponente, lo desolador! Un remedo del Juicio Final, de la destrucción, del cataclismo universal, parecía esta tormenta, digna de la brocha de Turner, de una creación del Dante, ó de una interpretación de Miltón!

Saltaba á una canoa que había traído leña para el vapor, y haciéndome á la vela por el río de Ocotlán, contaba los minutos por llegar á puerto de salvamento. Un relámpago tras otro iluminaba el anfiteatro sublime de agreste cordillera, y de esas montañas envueltas en la oscuridad de noches de siglos, con su silencio aterrador, sus tesoros escondidos y sus leyendas de brujas. Bajo el peso de esa tormenta y de ese espectáculo grandioso, abandoné el Mar Chapalco y sus encantadoras orillas. Era en vano esperar la aparición de los astros. Solo el relámpago, eléctrico, destello de la Creación, sustituiría fugaz la momentánea iluminación de esa tenebrosa escena. Imponente, como lo que es obscuro, grande, como todo lo que proviene del Creador.!

FIN.



INDICE.

PAGS.

CAPITULO I.....1

La Ciudad Reina.—Arribo, vagancias é impresiones.

CAPITULO II.....11

Wadil-ad Jara.—Más vagancias. En busca de lo desconocido.

CAPITULO III.....29

La gran Basílica.—Impresiones del arte externas é internas.

CAPITULO IV.....71

Una tarde en San Pedro Tlaquepaque. (Arte del alfarero.)

CAPITULO V.....89

Historia del Hospicio.—Horas sentimentales en el de Guadalajara.

CAPITULO VI.....115

Vagancias matutinas.—Impresiones recreativas instructivas. El Liceo de Varones. El Museo Industrial.

CAPITULO VII.....149

Vagancias nocturnas.—Reflexiones é impresio-



